

^A
3469



OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO-BAZÁN
CONDESA DE PARDO-BAZÁN

TOMO 40

13098

A
3469

EMILIA PARDO-BAZÁN

CONDESA DE PARDO-BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 40

BELCEBÚ

(NOVELAS CORTAS)




MADRID

V. PRIETO Y COMPAÑÍA, EDITORES

Pontejos, núm. 8.

1912



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Establecimiento tipográfico, Campomanes, 4.



BELCEBÚ

Nada equivale al dominio sobre
las almas.

NAPOLÉON.

I

A tal hora, y alumbrados por romántica luna, los vetustos edificios se ennoblecían. Sus cerradas puertas sugerían misterios; sus ventanas, inquietud. El arqueólogo recordaba genealogías, lamentaba sucesos, ausencias y decadencias.

—El palacio de San Julián... Lo han adquirido los Paulistas. El de Noaña... Este sí que tiene empaque... ¡Qué Atlante el que corona el ático, aguardando, según la tradición, á que pase una mujer de bien, para soltar la bola que agobia sus hombros! Ya es dueño del palacio

Carozo, que abrió almacén de mercería en los bajos. El caserón de Andianes... Veinte mil duros dió por él Sañete, el prestamista... Puso tiendas... ¡Si levantase la cabeza el que lo fundó, el orgulloso caballero portugués, emparentado con los Braganzas!...—Aguarde usted. Con la Inquisición hemos topado. En el día, Administración de Rentas Estancadas...

—Pues no le encuentro aire siniestro al edificio.

—Pch... No, en realidad; y registrando papelotes, tampoco parece esta Inquisición de las más temerosas. Al contrario: llama la atención el espíritu de benignidad de sus sentencias. Benignidad relativa, claro, como todo es relativo en este mundo. Los tribunales ordinarios aplicaban entonces los mismos procedimientos é igual penalidad que el Tribunal de la Fe: la tortura, la horca, la hoguera—y así sucedía en toda Europa—. Lo que sorprende, dada la leyenda, es que muchos de los reos que gimieron en esos calabozos—hoy sótanos, depósitos de tabaco—fueron reclamados por el Santo Tribunal á la justicia seglar, que los había condenado á muerte de fuego, y la Inquisición no sólo les salvó la vida, sino que los echó á la calle—previa, eso sí, la azotaina y la pública vergüenza—. En los procesos que he destripado, en todo el siglo XVII no encuentro aplicado una sola vez el brasero por esta Inquisición. Astrólogos y brujas cumplieron con azotes.

—¿Astrólogos y brujas?...—repetí.

—¡Bah! Gentuza aldeana; rameras de un

género especial, enamoradas de unos diablos fingidos; buhoneros portugueses que judaizaban y no comían torreznos... Supersticiones groseras... Ni aun existieron aquí de esas beatas alumbradas, tan curiosas como la célebre de Piedrahíta; no hubo de esos conventos de pose-sas... Unicamente...

—¿Qué?—pregunté ansiosa, olfateando drama.

—Uui-ca-mente...—repitió con énfasis—.

Pero se trata de un estudio hecho por mí, sobre documentos que nadie conoce; un verdadero descubrimiento que creo haber realizado...

Comprendí que, como todo hombre obsesio-nado por una idea, el arqueólogo deseaba la confianza, y como todo investigador erudito, la admiración hacia sus indagaciones—, y apreté.

—Va usted á ser la primera persona á quien confíe... Porque hay mucha gente envidiosa, grajos que se vestirían de las plumas ajenas... Me robarían el fruto de mis vigili-as...

Me guardé de advertirle que lo que suele co-rrer peligro de ser robado es el dinero y los ja-mones, no las sabidurías—y ofrecí absoluta reserva.

—Mire usted bien—me dijo—esa fachada de la Inquisición, con su portón macizo, su arco de robustas dovelas; ese huerto que la rodea, y en el cual existió su cementerio. En él sepulta-ban secretamente á los que fallecían en las cár-celes; ahí dormirán los restos del protagonista de mi relación, y ahí se enterró con él la solu-ción de un enigma obscurísimo de la historia de España en el último tercio del siglo XVII... Y

ahora venga usted conmigo: contemplaremos la residencia donde se inició el drama.

Al través de callejas con soportales, costanillas y escalinatas, fuimos á parar frente á un palacio, el más solemne de todos los vendidos por sus arruinados ó antojadizos dueños. Es difícil decir en qué consiste el toque del señorío y la dignidad en los edificios; sin embargo, nadie ignora qué impresión de respeto causan ciertas piedras antiguas. Quizás el mismo deterioro del palacio, lo negruzco de su cantería, su aire de abandono, prestaban grandiosidad al amplio escusón, con dos sirenas por tenantes.

—Fíjese usted—indicó el arqueólogo—. La luna permite ver... Es el blasón de Mariño y Lobera; las sirenas recuerdan la aventura del caballero que amó á un monstruo marino de figura de mujer; las veneras y las ondas con tres peces, la del que vió venir por el mar la barca prodigiosa, de granito, del Apóstol, y se convirtió. La fábula y la leyenda se reúnen en tan ilustres apellidos. Un Lobera, virrey del Perú, construyó este palacio y legó á sus descendientes un caudal, reunido después de dos sucesiones en cabeza de doña Juana Mariño, unida en matrimonio á don Fernando de Aponte, Conde de Landoira. El palacio tenía sombroso jardín; actualmente lo han aprovechado para instalar una tintorería.

Bien contemplado el sugestivo edificio, nos retiramos á la fonda, y, en su salita, nos sentamos en sillones revestidos de antimacasares de crochet, el mobiliario más prosaico... El reloj

de la Catedral, con majestad infinita, dejó caer doce distantes campanadas en la transparencia de la noche, y por la abierta ventana entró, envuelto en blanca lumbre, el leve fantasma del pasado.

—Va usted á oír...—murmuró el arqueólogo—. ¡Ah!, el día en que yo me decida á publicar mi libro sobre el asunto... Tendré que editarlo en Madrid, y recurriré á la amistad de usted; aquí no me fío de las imprentas; á lo mejor, el catedrático Delgadillo, que siempre anda á la husma, se adelanta...

—¡La historia!—exigí, refrenando la divagación maniática del erudito—. Es tarde, y no quiero dormir antes de oírla. Es decir, usted tiene el deber de que, después de haberla oído, no pueda dormir tampoco.

II

—Para desvelar es el caso... Sepa que la historia empieza exactamente el 28 de Febrero de 1689, ó sea once años antes de finalizar aquel siglo en que España, la del sol nunca puesto, pareció hundirse en las tinieblas... El 12 del mismo mes, en Madrid, había fallecido, casi súbitamente, á los veintisiete años de edad, la Reina doña María Luisa de Orleans, primera

mujer de Carlos II, á quien llamaron después *el Hechizado*.

La pobre niña estaba casada, desde los dieciocho, con un esposo melancólico, último y único superviviente de los varones que dió á luz doña Mariana de Austria, y que, retoños de una cepa sin savia y jugo vital, se extinguieron á poco de nacer. Sobre la cabeza de la gentil francesita colocó el Monarca español corona cerrada de diamantes; rodeó su cuerpo con velludos bordados y cándidos armiños; ciñó su garganta con perlas gruesas como lagrimones de una gigante triste; la festejó con corridas de toros en que picaron y rejonearon los grandes—los Camarasa, los Ribadavia, los Medina Sidonia—, y con un auto de fe espléndido, el postrer auto que vió la corte de las Españas. No obstante, desde su alto trono, la Reina se añoraba de Versalles, y siendo infecundo su vientre no tenía esperanzas de que un día la distrajesen las gracias de un infantito. Bajo sus ventanas, la serenata española, en vez de hipérboles de adoración, repetía una redondilla conceptuosa, que encerraba una amenaza de divorcio:

«¡Parid, bella flor de lis:
en afición tan extraña,
si parís, parís á España;
si no parís... á París!»

Y la flor de lis se secaba de puro aburrimiento—cuando apareció en la corte un meteoro ruidoso y brillante: la célebre Condesa de Soissons, Princesa de Carignan...

—¡Olimpia Mancini! ¡La sobrina de Mazari-
no!—repetí, empezando á vislumbrar un punto
de luz rojiza entre las tinieblas del anunciado
enigma histórico.

—La misma, la *negra* Olimpia... que no fué
tan negra; que todavía, á los cincuenta años,
conservaba mucho del perverso atractivo que
estuvo á pique de hacerla Reina de Francia, y
no había interrumpido sus galanterías—como
que apenas llegada á Madrid, se murmuró de su
intimidad con el Embajador de Alemania, Con-
de de Mansfeld—. Traía Olimpia en sus falda-
mentas de brocado, en sus encajes exquisitos, en
sus lazos de rasolís, el aire embriagador de
aquel Versalles donde se cortejaba, se bailaba,
se conversaba ingeniosamente—y se moría de
pronto, con muerte inexplicable—. Desde la
llegada de la Soissons, la Reina de España no
tuvo más afán que verla, hablar con ella de
Francia, de la corte, de los que allí alegremente
habían quedado, mientras ella pasaba el Piri-
neo, hacia sus nostálgicos destinos.—Carlos II se
oponía. Bueno y débil, el Austria amaba á su
esposa, y no ignoraba qué ardorosas ambiciones
políticas y combinaciones europeas pendían de
la existencia de María Luisa de Orleans. La
francesa estorbaba en el trono, y el Rey temía
que Olimpia, entre sus frascos y pomos de oro
llenos de blanquete, colorete y esencias, trajese
otros de las aguas letales que la había enseñado
su padre á preparar... En París, con el cual
soñaba María Luisa, una gavilla de envenena-
dores y sacrílegos era juzgada en aquellos días

por la Cámara ardiente, y la venida de Olimpia tenía trazas de fuga...

No lograron las razones del Rey convencer á la Reina. Por una escalera secreta de Palacio fué la Mancini diariamente introducida en la regia Cámara. Carlos II suplicó que, al menos, no probase su esposa manjar que no hubiese catado él, y ordenó que se pidiesen á Francia contravenenos. La joven Reina sonreía aturdidamente, y Carlos, desde la llegada de Olimpia, se mostraba más abatido, más flojo que nunca, más dominado por indefinibles terrores, quejándose de *algo* que no acertaba á explicar; desmayo de su virilidad, decadencia de sus energías...—Un día se esparció la fatal nueva: la Reina se moría, la Reina había muerto... La triaca pedida á Francia llegó veinticuatro horas después.

Susurró la gente; hubo en la opinión ese estremecimiento hondo que sigue á las tragedias. Sin embargo, como del monástico y austero Palacio real no salió un ruido ni una voz; como la Mancini se evaporó lo mismo que había venido, camino de Bruselas, sin que la persiguiesen—los vasallos de la Católica majestad enmudecieron también y se dedicaron á esperar que la Princesa alemana que había de sustituir en el trono de España á María Luisa no fuera también estéril, y naciese el ansiado heredero—. Sólo dos ó tres duendes cortesanos soltaron la especie que la justicia buscaba á los servidores de la Mancini, para aplicarles el tormento y descubrir una horrenda trama. O los servido-

res supieron ponerse en cobro, ó no encerraba verdad el sordo rumor.

III

Dos semanas después—cuando todavía en las iglesias españolas se elevaban preces por el alma de la tronchada flor de lis—llegó á esta metropolitana ciudad de Estela un hombre joven, de traza distinguida, con señales de haber caminado á pie largo tiempo. Algo de dejo extranjero tenía su habla, y sus modales eran corteses y reservados. Los zapatos á la francesa que calzaban su curvo pie, los revestía espeso polvo y se caían de viejos; su equipaje era menguado hatillo. Preguntó por la residencia de don Fernando de Aponte, Conde de Landoira, y le guiaron á ella. Solicitó el derrotado viajero ver al Conde, para quien traía, según dijo, una carta comendatoria, y admitido á la presencia del señor presentó la misiva, en la cual don Nicolás de Guzmán y Caraffa, Príncipe de Astigliano y servicial amigo de don Fernando, recomendaba eficazmente al portador—recomendado á su vez del Embajador alemán—, que deseaba seguir la carrera eclesiástica, y careciendo de dineros se prestaba á cualquier trabajo si le mantenían y le dejaban horas disponibles para el estudio. La

carta llevaba fecha del 2 de Febrero y, sin duda por descuido, no expresaba el nombre del portador, pero éste se apresuró á decirlo: llamábase «el caballero» Justino Rolando, natural de Nápoles, en Italia. El hecho de que un extranjero viniese á cursar Teología y Cánones en Estela no era extraordinario, y en las casas ilustres rara vez faltaba el sirviente-estudiante. Algunos de éstos llegaban con el tiempo á obispos. Don Fernando dispuso que se previniese cena y cama al forastero.

La familia del Conde de Landoirase componía de su esposa doña Juana Mariño y de dos hijos: don Enrique, de catorce años, y doña Columba, de doce á trece. No faltaban en el palacio dueñas y pajes, cocinero y marmitón, y un mayordomo; pero conviene advertir que el personal y el tren de la casa eran á la antigua española, sin refinamientos ni fausto, pues don Fernando pecaba de mezquino, con harta desazón de doña Juana, amiga de sacar los pies del plato y disfrutar de su riqueza. En aquellos tiempos, las mujeres y los hijos estaban sometidos á la autoridad conyugal y paternal, y ni la Condesa, á pesar de ser la hacienda suya, se atrevía á gastarla, ni á intervenir en la educación y futura suerte de sus hijos.

Había resuelto el Conde que don Enrique no tardaría en ser enviado á la Corte para ceñirse la espada, y doña Columba, al cumplir la edad de dieciséis años, se casaría con su primo el Marqués de Armariz—boda concertada casi desde el nacimiento de los novios.

Lisonjeó la avaricia del Conde de Landoira el encontrar en el forastero una persona de entendimiento sutil, conocimientos variados y letracísima que, sin sueldo, le sirviese de secretario, ayudándole á desenredar la madeja de varias cuestiones y litigios que le traían á mal traer. Desde el primer momento, Rolando se captó la confianza del señor. El resto de la familia no le miraba con tanta benevolencia, y aun puede decirse que al principio sentía indefinible prevención, que acabó por disiparse.

Las maneras políticas y la dulzura insinuante del italiar o consiguieron quitar todo pretexto de hostilidad contra él. La superioridad de la educación se impone hasta á los que no la poseen, y la gente de escalera abajo también llegó á profesar involuntario respeto al estudiante. Rolando jamás tenía una exigencia, jamás se descomponía; trataba con igual consideración á las dueñas que á la Condesa; y en cualquier asunto, sin alardes vanidosos, demostraba saber y práctica del mundo. Sus movimientos eran cautelosos; dijérase que vivía sordamente; se deslizaba con felina suavidad y evitaba hasta el roce. Por otro lado, ni sombra de tacha en su conducta; cuando salía era á la Catedral, á rezar muy devoto, como quien ha de ser de iglesia; y aun las devociones las practicaba sin afectación, sin estruendo. Su mayor cuidado era no molestar á nadie y eclipsarse en lo posible. Tal género de modestia y tanta prudencia le ganaron las voluntades y le envolvieron en la penumbra discreta en que parecía aspirar á esconderse.

IV

Sólo una persona influyente en la casa siguió mostrando, y más cada día, violenta repulsión al «caballero». Esta persona, conocidísima y hasta popular en Estela, fué el Inquisidor y padre Visitador del convento de San Francisco, fray Diego de las Llagas. Para explicarse aquella relativa benignidad de la Inquisición de Estela, de la cual hemos hablado, es preciso saber que andaba manejada por fray Diego, hombre de sanas entrañas si los hubo, opuesto á toda crueldad inútil, y que disputaba á la justicia secular su presa, libertando de la hoguera á los que sólo habían pecado de ignorancia y obtusidad de entendimiento. Cuando no se piensa por papeletas rutinarias y se examina de cerca los documentos históricos, aparecen bastantes inquisidores clementes—siempre dentro de su época y de su medio, que otra cosa fuera milagro—. No solamente fray Diego gustaba sacar de las uñas de los alguaciles á las ilusas y supersticiosas sin maldad, sino que ejercitaba la caridad con ardiente celo, y á él acudían pedigüños y mendicantes de muchas leguas en contorno. Decían que su sayal «tenía virtud» y besaban con fe su grueso y lustroso rosario de huesos de aceituna del Olivete.

Por deberes de su cargo de Visitador de toda una provincia Seráfica, que ejercía con celo incansable, fray Diego se hallaba ausente de Estela cuando Rolando se cobijó en el palacio de Landoira. Una tarde—ya á fines de Mayo—presentóse impensadamente el fraile, á la hora del chocolate, en el saloncito donde solía sentarse don Fernando, á mirar al través de los vidrios el gentío que pasaba camino de la Catedral. Entrometiéndose amistosamente, preguntó el franciscano qué ocurría de nuevo, y le noticiaron la llegada del forastero, que ya en el convento se sabía, y que don Fernando refirió, ensalzando las cualidades del napolitano. Imperioso mohín de disgusto arrugó la faz morena y expresiva del fraile. ¡Maldita la gracia que le hacían los italianos á él; Italia era una tierra corrompida, y lo bueno que de allí viniese, en la frente se lo habían de clavar!

—Pues el santo Patriarca San Francisco de Asís, en Italia ha nacido—observó con alguna picardía don Fernando.

—¡Hace ya muchos siglos!—replicó el Inquisidor al aplastante argumento—. Y no ha vuelto á nacer otro por el estilo, que yo sepa... Hágame la merced el señor Conde de consentir que vea la cara de ese pájaro. Llámele aquí, si lo ha por bien.

Compareció el «caballero» Rolando y, al cruzarse con la del fraile su mirada, la propia sacudida eléctrica, misteriosa, de antipatía total, retembló en los nervios de los dos. Impresión no razonada, que viene del fondo del instinto, y por

lo mismo es más fuerte, se afirmó en fray Diego al examinar, con su ojeada de confesor é inquisidor experto, el talle y cara del mozo. Sin embargo, éste, que representaba apenas veintitrés años, y contaba en realidad veintiocho, era guapo, apuesto y de buen porte. Vestía de paño negro, con sencillez severa, y su cabeza aristocrática se erguía sobre un cuello largo y nervudo. Su rostro, de perfilada y recta nariz, corto de barbilla, descolorido y bello, recordaba un poco la fisonomía triangular y enigmática de los gatos, y sus ojos aumentaban la semejanza, vastos y verdes, del verde líquido, agrisado é irisado, del agua de mar encharcada en las peñas. Sus manos llamaban la atención por lo pulidas y flexibles. Aunque adamado, sus piernas torneadas descubrían musculatura de acero. El franciscano, guiñando las pupilas, le consideraba, y discurría, con la angustia que produce el querer fijar un recuerdo y no lograrlo:

—¿Dónde he visto yo una faz, un gesto parecidos al de este bergante?

Apenas hubo salido Rolando, hizo explosión el fraile, vehemente como todo el que sufre la impulsión de la corazonada.

—¡Ni una hora le tendría yo en casa, ni disfrutaría un momento tranquilo si le tuviese! ¡Este —añadió, dándose una puñada al lado izquierdo, sobre la región cordial— no me engaña nunca!

Don Fernando lo echó á broma, pues gastaba muchas y muy sazonadas con el fraile, y gustaba de hacerle rabiar un poco.

—¡Sea mejor pensado su paternidad! ¿Qué pecado ha cometido este galán, si puede saberse?

—¡Hum, hum!—replicaba el Inquisidor, no hallando respuesta categórica.

—El á estudiar, él siempre á vueltas con sus librotes. El no sale sino á la iglesia, al anoche- cer. El no levanta la voz á nadie. El no tiene un vicio...

—¡Hum, hum!—insistió el franciscano—. ¡Peor, peor, peor! ¿Conque sin vicios? ¿Un san- to *mocado*? Tomara yo que echase un traguillo, ó diese una vuelta á los naipes, ó anduvie- se tal cual día, como quien dice, á la flor del berro..., y no tanta santidad, no esa agua man- sita....

—¡Fray Diego, qué está diciendo su paterni- dad!—exclamó el Conde, fingiéndose escanda- lizado.

—Dios sabe perfectamente lo que quiero de- cir, señor de Aponte... Y no se me santigüe, que no hay por qué, si no es por devoción... Barro es el hombre, y pecadores somos, y es de recelar que quien no peca como hombre, peque como diablo... Antes podría dudar de ese mozo; pero ahora al saber sus virtudes, juraría...

—¿Qué?—insistió el Conde.

—Ello dirá... Ya que no le ponga en la ca- lle, que más valdría, ¡al menos, abra el ojo! Sería la primera vez que fray Diego de las Lla- gas no conociese á un cojo en el andar...

V

Un mes después de esta plática trasladóse la familia al solariego Pazo de Landoira, muy predilecto de don Fernando, quien, entre otras puerilidades, tenía la de preferir los bienes y casas que constituían su propia menguada hacienda, á los muchos que le venían por parte de su mujer. Landoira, realmente, justificaba la preferencia de su señor; situado el palacio á la margen del río Ulla, en la comarca más pintoresca que es dable soñar, era una residencia veraniega y otoñal que competía con las tan ponderadas de Liñares, Ribadulla y Oca; y, á pesar de su habitual tacañería, el Conde había gastado no poco en hermosearla, en hacerla amena y productiva, acreciendo sus diestros con adquisiciones afortunadas y alhajando sus salones con más lujo que los de Estela. Invitó el Conde á fray Diego á que pasase con ellos en el campo un par de semanas de descanso y reposición de la salud; el Inquisidor aceptó, y el par de semanas se convirtió en un largo mes, durante el cual su sagacidad se ejercitó en tratar de descubrir algo sospechoso ó censurable en los procederes del italiano, por quien seguía sintiendo una repulsión instintiva, ardiente é invencible. Fué, no obstante, inútil su cuidado; Rolando

no hacía nada que pudiese ser objeto de censura, antes al contrario, afable y cortés para todos, diligente y utilísimo para el Conde, apto para la labor de secretaría, aplicado y callado, era difícil regatearle los elogios que le prodigaba don Fernando con cierta maligna satisfacción de haber acertado y de alardear de independencia y perspicacia ante el Inquisidor.

Callábase éste, sin renunciar á vivir alerta; pero había algo que le preocupaba especialmente en casa de Landoira, y era doña Columba, la hija de los Condes. Conviene saber que fray Diego adoraba en ella; era su confesor, y conocía las maravillas de su alma, amasada con nieve y fuego, y las gracias de su espíritu, tempranamente adornado con perfecciones propias de los serafines. Aproximábase Columba á los catorce años, y parecía trasunto de una de esas vírgenes-niñas, de frente espaciosa, cándidos ojos y formas indecisas, asexuales, que se ven en las tablas de los primitivos, arrodilladas, esperando al ángel, ante un reclinatorio, donde en búcaro ligero se yergue tersa vara de azucenas. Para que se comprenda bien el sentimiento que á fray Diego de las Llagas inspiraba doña Columba, debe decirse que era un cariño protector, unido á una especie de alarma medrosa. Hay purezas que asustan, como asusta lo excesivo, lo que es más que humano; y el Inquisidor, hombre en el mejor sentido de la palabra, temía en la hija del Conde de Landoira las enfermizas exaltaciones, como se teme que ha de romperse, aun sin tocarle, el cristal fragilísimo

que se enciende con los colores del cielo. Los temores, los presentimientos, mejor dicho, de fray Diego, parecían empezar á tener fundamento aquel año, en aquella grata temporada veraniega, en que las uvas que dan el vino dorado y perfumado maduraban en los hojosos parrales, y los mirtos en flor, en el condal jardín, atraían á las aterciopeladas mariposas y á las abejas borrachas de miel, con una alegría pagana, enteramente opuesta al misticismo que invadía el espíritu milagrosamente precoz de la doncella.

Se enteró con pena y aprensión fray Diego de que Columba hacía rigurosas penitencias y se pasaba horas enteras con los brazos en cruz en la capilla, donde se guardaba la imagen de cera de su patrona, la mártir Santa Comba, suntuosamente ataviada y con la garganta sangrienta, degollada casi. Las dueñas hablaban de cilicios y disciplinas, secretamente usados por la niña; de haberla hallado en su cuarto arrebatada en éxtasis. Sin saber por qué, á no ser que fuese por algún aviso de «aquél», que jamás le engañaba, el fraile relacionó dos hechos sin conexión aparente, pero que á la vez le dolían: la exaltación de la niña y la presencia del italiano. Fijóse en ambos cuando los veía juntos, y creyó advertir que Columba, más bien que sentir atracción hacia Rolando, se encogía y se estremecía en su presencia. En el confesionario pudo cerciorarse, pues Columba declaró que Rolando y los ojos de Rolando producían en ella una impresión de azoramiento inexplicable, una

especie de pena punzadora, y la hacían sufrir hasta en sueños.

—Relucen de noche como los de los gatos —añadía la niña bajando la voz y como invadida por extraño escalofrío.

Alarmado vagamente, antes de despedirse de los Condes de Landoira, fray Diego celebró con ellos una conferencia detenida, y de tal manera supo pintarles los riesgos que corre una tierna jovencita en el mundo mientras no la ampara un esposo, que logró la promesa de que doña Columba pasaría en el convento de la Santa Enseñanza los peligrosos años que separan á la niñez de la adolescencia, y sólo saldría para unirse á su prometido. Raro parecerá que para curar la crisis del naciente misticismo de Columba discurriese el Inquisidor enviarla á un convento; pero ha de advertirse que no era la Santa Enseñanza un monasterio de contemplativas y exaltadas, propensas á la iluminación, como el de Belvista, sino una especie de colegio de señoritas, animado y bullicioso, donde Columba encontraría amigas de su edad, y donde las monjas pensaban, ante todo, en enseñar labores y música, y en preparar mermelada de membrillo, dulce industria que ayudaba al sostenimiento de la Comunidad. La elección de la Santa Enseñanza como asilo provisional de Columba probaba la sagacidad de fray Diego; y éste respiró, al dejarla aislada entre aquellas paredes, lejos del sospechoso Rolando y con elementos de distracción y hasta de inocente alegría.

VI

El mismo invierno en que Columba entró en la Santa Enseñanza, su hermano don Enrique fué enviado á la Corte, bajo la protección del Príncipe de Astigliano, á seguir la carrera de las armas, única digna de la estirpe de Aponte Mariño. Los Condes de Landoira quedaron solos.

Dos ó tres años después de la partida del mayorazgo y la reclusión de la hija, empezó á advertirse transformación gradual en las costumbres y en el tren de la casa, que, por decirlo así, giró en sentido opuesto al antiguo. El mando y dirección, ejercidos hasta entonces por el jefe de la familia, fueron pasando de un modo insensible á manos de la esposa doña Juana, cuyos gustos y aficiones visiblemente prevalecieron; y no sólo se aumentaron el gasto y el boato, sino que la Condesa de Landoira, antes vestida con la rica sencillez que conviene á una matrona y á una mujer de su casa, apareció, no sin sorpresa de la gente, compuesta, emperifollada y retocada como una coqueta de la Corte de Luis XIV, poniendo en Estela las modas francesas y viviendo pendiente del espejo y del tocador, encendido su grave otoño por una llamara de ardor placentero y frívolo. Era su

consejero y director de vanidades—¿quién lo pensara?—Justino, convertido de oscuro estudiantillo en abate refinado y almizclado, maestro en las artes de la molicie y del lujo. Poseía el caballero secretos—aprendidos, según decía, de un alumno del célebre perfumista Renato, brazo derecho de Catalina de Médicis—no sólo para adobar pieles, guantes, postizos y unturas, sino para defender y conservar la belleza madura y hacerla más provocativa y tentadora. En los desvanes del Pazo de Landoira había instalado una especie de laboratorio químico, y allí componía y destilaba menjures, drogas y cosméticos, blandurillas, potingues y tintes variados, merced á los cuales una frescura traseña y una turgencia de formas remozadas permanecieron en doña Juana, con esplendor de ocaso inflamado de cálidos tonos. Los servidores de la casa notaron con asombro y hasta con risa, disimulada por el trampantojo del respeto, que el Conde, tan honesto marido siempre, parecía ahora, á veces, trasnochado galán de su mujer—al paso que los cordones de su apretada bolsa iban aflojándose sin protesta, pagando galas, joyas, muebles y regalos de la mesa, nunca en el palacio de Landoira conocidos. Las relaciones y amistades de los Condes; la aristocracia entonada y timorata de Estela; los Torés, los Lanzós, los Resende, los Pardo, los Lage—, principiaron á murmurar sin tasa de tanta novedad y tanto derroche, y, sobre todo, de las composturas y descomposturas de doña Juana, de sus profanos escotes, de sus

collares y piochas, de su calzado con tacón alto, de las empecatadas esencias que, según el señor Canónigo dignidad de Maestrescuela de la Catedral, olían á infierno. La comidilla y el escándalo diario en Estela fué la casa de Landeira.

Andaba á la sazón fray Diego de las Llagas viajando largo para atender á muy diversos asuntos, unos terrenales y otros espirituales, que interesaban á su convento y á su Orden, y que le obligaron á pasarse cosa de año y medio en Roma, donde desenredó activamente varias marañas y dió muestras de su aptitud conciliadora. Al regreso á Estela, y en su propia celda, visitada por clero y señorío, se enteró inmediatamente de la chismografía atrasada. Cargó sobre todo la mano en los detalles y en apreciaciones severísimas el antes nombrado Canónigo Maestrescuela, D. Tomás Resende, hombre de rígidos principios, Inquisidor también, pero de los literales, partidarios de «hacer escarmiento». Por gusto de don Tomás, á más de cuatro se hubiese achicharrado,—y no perdía ocasión de echar pullas á fray Diego con motivo de su lenidad. En esta ocasión, sin embargo, coincidieron los dos Inquisidores: meneando la cabeza, el Maestrescuela sugirió:

—Que me emplumen si eso no es obra del italiano...

Y fray Diego, fiel á su corazonada, metiendo las manos en las mangas del sayal, actitud franciscana por excelencia, asintió:

—¿De quién había de ser?...

La conversación entonces tomó un giro tortuoso, y las reticencias fueron más que las frases.

VII

Preocupado y ensimismado el fraile, salió del convento y subió la prolongada cuesta que, al través de dos ó tres callejas empinadas y sombrías, conduce desde San Francisco á la Santa Enseñanza. Antes de dirigirse al locutorio á preguntar por Columba, quiso entrar en la iglesia del monasterio á rezar unos padrenuestros. La iglesia estaba solitaria á tales horas; ante el altar mayor, una figura negra, esbelta, se postraba. La sangre le dió un vuelco al franciscano; había reconocido á Rolando en el devoto, que ya se levantaba haciendo una genuflexión, y se retiraba, no sin mirar repetida y fijamente hacia el coro alto, donde se oía el rezo un poco gangoso, cadencioso, porfiado como lluvia mansa, de las monjitas.

—¿A qué viene este pajarraco aquí?

La interrogación que á sí propio se dirigía fray Diego, da á entender que no se encontraba dispuesto ya á enfrascarse en rezos y devociones. Sólo su boca oraba. Su pensamiento volaba, tumultuoso, y su mirada, que se posaba

en el altar distraída, de pronto se fijó fascinada en algo no percibido antes. La sacudida fué tal, que el fraile se tambaleó, balbuciendo:

—¡Jesús, Jesús! ¡Mi santo Patriarcal!

En la hornacina central del altar, de honda y rica talla dorada, campeaba un grupo de San Miguel y el dragón. El príncipe de las milicias celestiales era, como es siempre, un lindo mancebo, de cara de mujer y cuerpo gallardo y musculoso. Su vestidura, magníficamente pintada y estofada, y el emplumado casco de oro que ceñía sus negros bucles, le asemejaban á las miniaturas de los códices, que le representan elegante y terrible. Hincaba el pie con energía sobre las roscas escamosas y verdes del monstruo infernal, y asestaba virilmente el hierro de la lanza hacia su jeta, contraída por la rabia y el dolor. El escultor había dado al dragón cuello y cabeza humana, y cabeza no repugnante, sino también hermosa, juvenil y como impregnada de una desesperación infinita. Un rayo de sol, al través de la ventana ojival, venía á iluminar la frente pálida y los ojos de vidrio del Malo, y fray Diego, espantado, creyó estar mirando la propia frente, los mismos ojos líquidos, submarinos, del «caballero».

Momentos después, en el locutorio, la Abadesa daba al alarmado Inquisidor noticias de la hija de los Condes de Laudoira. Noticias excelentes: una santita, y el asombro de madres y educandas por sus precoces virtudes y su continua y férvida devoción. El genio, eso sí, algo triste; pocas migas con las compañeras, ningun-

na travesura, ninguna chiquillada. Su futuro esposo, el joven Marqués de Armariz, había venido un día á visitarla, y edificó á todas la modestia con que le recibió, y como ni un punto alzó la vista del suelo, tanto que al otro día corrió por Estela un dicho del Marqués: «A no habérselos visto en otro tiempo, no sabría de qué color los tiene.»

Rumiando estos informes—que parecían óptimos y sin embargo no acababan de agradarle—, y volviendo á ver en su imaginación la cara del desesperado á quien el Arcángel pisotea, se encaminó fray Diego al palacio de Landoira. Desde el portal pudo advertir las innovaciones que los murmuradores comentaban. Encantadoras tapicerías francesas de vivos tonos revestían las paredes de la escalera y la antecámara; criados de librea, ceremoniosos, abrieron puertas y precedieron al visitante, que refunfuñaba á lo sordo, de puro asombrado y descontento. En los salones que tuvo que cruzar para llegar hasta la cámara de don Fernando de Aponte, advirtió también la metamorfosis: en lugar de los serios y altaneros muebles á la española, bargueños y sitiales, vió dorados espejos y estofas sedeñas, y en la pared cuadros de asuntos lascivos, desnudos clásicos y mitologías eróticas. Si fray Diego de las Llagas se deja llevar del asco, hubiera escupido. Aquel trozo de Versalles representaba la pérdida del alma y honor de la casa de Landoira...

Y su indignación subió de punto al ser introducido en la estancia donde solía pasar las

tardes el Conde. Revestíanla sedas ostentosas, y en una especie de lecho de aparato—reminiscencia versallesca también—yacía tendido el señor de Aponte, con un gorro fino en la cabeza y una rameada bata de floripones, todo de francesa hechura; al alcance de su mano, en una mesita, tallados frascos colmos de vino, pasteles, dulces, grajeas y pastillas en cajas de plata; quemándose en un pebetero, un perfume que daba vértigo, y al lado de su esposo doña Juana, escotada, peinada á la Montespan, cubierta de joyas y encajes de oro, y prodigando mimos y carantoñas al Conde, que sonreía imbécilmente, con baboso libertinaje...

No supo el Inquisidor hacer otra cosa más que persignarse.—Se persignaba á prisa, susurrando los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en ardiente invocación. Avanzó después, y sin poderse contener, dirigiéndose á la Condesa, exclamó:

—Hermana, cubra ese pecho...

Dió un respingo la señora y aplicó sobre su busto maduro y mórbido el pañuelo de encaje que tenía en la mano.

El Conde se enderezó apenas: su cara revelaba el estrago de algo que no se podía definir á primera vista; sus ojos brillaban en su cara demacrada y pintada de colorete, como los de un roedor saturado de arsénico.—¿Era aquél don Fernando de Aponte?—El fraile se detuvo, mudo y cortado. ¿Qué iba á decir, qué consejo dar, qué resolución esperar de un hombre que en tal estado se encuentra?

Doña Juana, entre tanto, convidaba al Inquisidor á vino de Málaga y golosinas; y ante la vehemente negativa de fray Diego, se sentaba silenciosa, como el que da á entender que una visita molesta.

—¿Qué buen viento le trae, fray Diego?— articuló al fin el Conde lánguidamente—. ¿Cómo le ha ido por Roma? ¿Se ha solazado mucho su paternidad? ¿Está reconciliado con Italia?

Un momento titubeó el fraile antes de contestar. Se le atropellaban en la boca palabras y conceptos furiosos.

Al cabo soltó aquellos que le parecieron propios del caso presente.

—Mal pudiera reconciliarme con Italia, como su merced dice—articuló en tono incisivo y mirando fijamente á doña Juana—, cuando allí he averiguado que tiene doble motivo para renegar de las artimañas italianas el que sea buen español y súbdito leal de nuestro Señor el Rey. En Roma se sabe cuanto ocurre por el mundo, y se murmura todavía de lo sucedido en el Palacio real, al morir la Reina doña María Luisa. Sepa su merced que se coló allí una italiana, hija y sobrina de italianos, y con ella entró, no sólo la muerte, sino la brujería; porque embrujado está el Rey nuestro Señor, y exorcismos hay que aplicarle, á ver si logran deshacer la obra de la malvada, y que la Monarquía, con esta nueva Reina, consiga heredero... De Italia, sépalo el señor don Fernando si lo ignora, viene este arte maldito de los hechizos... ¡y de

algo más!, y con las drogas de Italia se sazonan los platos y se componen los filtros que han de atontar y barajar el seso... Los perfumistas no son tales perfumistas; son *otra cosa, otra cosa*...— y apoyaba el fraile sobre la enigmática frasecilla—. Así como han atentado á la sacra vida de la Reina de España, y á la sacra salud del Rey, atentaron en Francia á la del Monarca Luis el Grande.—¡Castigo de Dios por sus desórdenes!

Doña Juana temblaba, lívida bajo el colorete. Una involuntaria mirada de angustia que le dirigió, enardecíó más al franciscano.

—Hermanitos gemelos son el pecado y la muerte: no lo olvide, señor Conde de Landoira... Por los sentidos entra el pecado, y por la boca la droga impura. Vivir honestamente, con sencillez, ejercitando buenas obras, rigiendo su casa y familia, es el modo de llegar á viejo... Y, hablando de la familia: ¿cuándo casamos á doña Columba? Diecisiete años ha cumplido; urge darla esposo. Su primo el Marqués de Armariz es por todos estilos digno de ella. El día de su salida de la Santa Enseñanza debe ser el de sus bodas.

—Se... se hará... lo conveniente... ¿No es cierto, do... doña... Juana?—balbuceó aleladamente el señor.

—Así es; lo conveniente—respondió evadiendo la respuesta la señora, cuya turbación iba en aumento.

—De... de mi hija... dispongo yo—afirmó don Fernando—. Lo mismo que... de mi mu-

jer...—Y encandilado, dejando fluir de su boca un hilo de baba, alargó los dedos y tocó la barbilla y garganta de la señora, que se echó atrás, confusa por la presencia del Inquisidor. Este, gravemente, se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, y exclamando:

—Aquí ni se puede admitir convite de vino ni silla de amigo... Queden en paz los Condes de Landoira; no crean que si fray Diego se marcha, dejará de encomendarles á Dios en sus cortas oraciones...

Al salir, desbordante de indignación, tropezáronse el fraile que iba y Rolando que venía. Los ojos gatunos fosforecieron y el Inquisidor volvió á persignarse, sintiendo que, á cada cruz trazada sobre frente y pecho, el hierro agudo de una resolución violenta se le afincaba en el alma...

VIII

Hay pensamientos y zozobras cuyo peso difícilmente soporta el hombre sin confiarlo á otro hombre. Al cruzar por delante de la casa de los Marqueses de Noaña, el Inquisidor alzó los ojos, miró al agobiado Atlante, que parecía sudar y jadear bajo la pesadumbre del globo que sus hombros hercúleos sufrían, y se comparó con él, y la afirmación legendaria acudió á su men-

te: «Cuando pase una mujer honrada...» Desechó la amarga idea; si doña Juana estaba embrujada ya, Columba era inocente, y apremiaba defenderla.

Aquel mismo anochecer, en un vasto y sombrío aposento amueblado con librerías cargadas de pergaminosos folios y decorado con pinturas religiosas en cobre, departían el Canónigo don Tomás Resende y fray Diego de las Llagas. La claridad de un velón de tres mecheros puesto sobre una tallada mesa—escritorio, alumbraba la estancia débilmente; pero de cerca acusaba con vigorosos contrastes de clarooscuro los rasgos de las fisonomías graves de los dos inquisidores. Fray Diego abría su corazón oprimido, contaba sus ansiedades y sus sospechas, comentadas por don Tomás.

—Hartas veces tengo dicho á su paternidad que gastar blandura con los malos es peor que ser malo—declaró don Tomás, así que oyó la relación del fraile.—Si desde que apareció en Estela ese hechicero se pudiese en un calabozo, no podría haber maleficiado á toda la familia de Landoira.

—Alto ahí, señor Maestrescuela, que no es todo tan llano como su merced lo pinta. No quisiera yo presentarme al juicio de Dios cargado con la culpa de pudrir en un calabozo á quien no me conste que lo merece en justicia y ley. Indicios vehementísimos no son certidumbres.

—De tales escrúpulos de monja se prevaleñ los malos—arguyó don Tomás, alzando un dedo

amenazador—. Ya no hay Tribunal de la Fe; ya no hay verdaderamente Inquisición en Estela, ni tampoco en España. A nadie se castiga. Valientes sandios estamos y buen papelón el que hacemos. Paréceme su paternidad á aquel maridazo, que lo negaba porque no lo había visto sino una vez. Y ahora no alegará su paternidad que hay pecado de ignorancia. El dichoso caballero Rolando figúrome, al contrario, que sabe tanto ó más que su patrón y abogado Belcebú...

—Por lo menos tiene la misma cara y los mismos ojos—pronunció abismado en pensares el franciscano.

—Y los mismos hechos. ¿Se figura, hermano, que ese peje se vino á esconder á Estela por haber rezado rosarios y cantado letanías? Algún moscardón le zumbaría á los oídos, que si no... Están los tiempos, fray Diego, que es cosa de jurar que el enemigo anda más suelto que nunca anduvo. Antes, San Miguel lo tenía sujeto por la punta del rabo, y ahora ni por ahí. Su paternidad, ¿no ha oído contar en Roma cosas que erizan el vello?...

—Sí, por cierto... ¡Cosas he oído que apenas pueden creerse... ni que las consientan arriba sin mandar un rayo!...

—¿Le han hablado de la misa negra?... ¿La misa al revés...? ¿La misa sacrílega?...

—Sí, sí, á mi noticia llegó... En París, en medio de tantos lujos y tanto arte como dicen que allí florece... y con lo devoto que es el Rey Luis, aunque pecador... hombres que han re-

cibido el sacramento del Orden sacrifican niños, empapan en su sangre la partícula (el Santo Sacramento sea loado) y dicen esa misa infame sobre el cuerpo de una mujer...

—¿De alguna meretriz?...

—De grandes señoras... las más ilustres... ¡Sí repito, Maestrescuela, que no puede creerse!...

—Todo cabe en la naturaleza humana, corrompida por el pecado y manejada por el Tentador... Esos ritos del averno llegarán también aquí, y los cumplirá, si logra ordenarse, el caballero Justino Rolando, protegido del muy necio señor Conde de Landoira.

—Para que remedemos ese y otros males que amagan, he venido yo á consultar al docto Maestrescuela.

—Pues no hay que quebrarse tanto los cascos, ni hace falta sabiduría. La Inquisición echa mano mañana mismo al brujo. Y en asegurándole...

—Y un escándalo inaudito en Estela; y los Landoira, mis amigos, afrentados, señalados... No, procedamos con cautela, y hartémonos de razón; reunamos cargos fundados, irrefutables, contra el que llamamos brujo, y entonces...

—¡Brava flema! ¡Cargos! ¿No me ha dicho, hermano, que ese hombre, ó diablo, tiene en Landoira un gabinete escondido donde manipula drogas y potingues?

—No basta. En esos hornillos hará arrebol para doña Juana, ó filosofará, como tantos, buscando la alquimia del oro.

Entró en aquel punto la criada del canónigo, portadora de la bandeja con los hondos pocillos rebosantes de soconusco. Y al ensopar los inquisidores el primer tajo del famoso bizcochón de las monjas de Belvista, repuso don Tomás, siguiendo el hilo de la plática:

—¡Lo que él filosofa... no quisiera yo tomármelo disuelto en este chocolate!...

Por la tarea de absorber el suyo, ó de puro consternado, calló fray Diego. Fué el Maestrescuela quien volvió á la carga.

—Puesto que no quiere su paternidad avenirse á lo más acertado, que sería echar el guante al brujo y quemarle en debida forma, al menos, urge ponerle en estrecha vigilancia por los medios de que siempre ha dispuesto nuestro Santo Tribunal, y que ya apenas practica, desdichadamente. Esta vigilancia no la fiaremos á ningún familiar: correremos con ella en persona. Y nos encargamos también de casar cuanto antes á doña Columba y á su noble pretendiente don Ramón Nonnato Armariz.

—¡Eso sobre todo! ¡Antes que nada!—exclamó fray Diego, revelando cómo le interesaba, más que castigar á Justino, prevenir el daño de la hija de los Condes.

—Poco á poco; ahora soy yo quien lo dice... Hay que proceder con tino. Vea su paternidad al joven Marqués y entérele, no de la verdad completa, sería imprudente, pero sí de que hay influencias que podrían aunarse para estorbar su matrimonio; que viva prevenido y dispuesto á lo que se ofrezca. Y mañana, *Deo volente*, doña

Cabreira, dueña mayor de la Condesa de Landoira y pariente del Padre Alvaro de San Benito, comparecerá aquí y hará declaración jurada de cuanto sepa y haya visto en casa de sus amos. Su declaración será contrastada por la del mayordomo D. Segundito, que antes mandaba allí y ahora está á las órdenes del brujo, cosa que no le será gustosa, ni se lo puede ser humanamente. Y si hace falta delación expresa, la habrá.

Concertados quedaron los dos Inquisidores en poner por obra al otro día su acuerdo; pero cuando fueron á ejecutarlo, supieron que don Fernando y doña Juana, con la servidumbre, habían salido hacia el Pazo de Landoira, en la Ribadulla. Nada tenía de extraño el caso, pues en Mayo acostumbraban siempre ir á disfrutar de la hermosura del campo los señores; y, sin embargo, fray Diego se admiró, porque, habiéndoles visto la víspera, natural parecía que se lo anunciaran. Adivinó una marcha súbita, dispuesta, acaso, para librarse de él. No quedaba en el palacio sino el portero, viejo pasivo y taciturno, del cual no se podían esperar declaraciones importantes.

Ante el imprevisto obstáculo, nuevamente conferenciaron los inquisidores. En el primer momento no sabían qué partido tomar; las comunicaciones eran en aquel tiempo difíciles, y Landoira dista ocho leguas de Estela. Don Tomás, siempre amenazado de ataques de gota, no sufría ni el zarandeo de la litera. Fray Diego, más ágil, podría hacer la jornada si, recién lle-

gado de Roma, no le obligasen estrictamente á permanecer en el convento lo menos doce ó quince días el despacho y arreglo de los asuntos que tanto importaban á su Orden.

—Pues déjelo para entonces, fray Diego—aconsejó don Tomás—. Repare que doña Columba, á pesar de las aprensiones de su paternidad, no corre peligro; en el convento está bien guardada. Aprovechemos estos días para entendernos con el Marquesito de Armariz y apresurar la boda.

IX

Hízose así, y fray Diego, agobiado por quehaceres inaplazables, si no olvidó el interés que le inspiraba la suerte de doña Columba, hubo de relegarlo á segundo término. El Canónigo, más desocupado, fué quien activó la secreta negociación matrimonial.

Cierta tarde, ya á boca de noche, pasaba fray Diego por una calleja que forman las tapias del huerto de la Santa Enseñanza y las del antiguo Hospital de leprosos. Cruzóse con él una sombra, una figura de hombre, suelta y airosa, recatada por sombrero ancho y capa obscura. Sintió fray Diego algo singular, una vibración en el pecho, aquel aviso profético que se jactaba de recibir en

las horas críticas; y, volviéndose, quiso seguir al embozado; dobló la esquina de la tapia... Ni en los cercanos agros, ni en el estrecho y fétido callejón que serpeaba al pie de ellos, vió á nadie. Dijérase que la tierra se había tragado á la figura misteriosa. Flotaba no más en el aire un resplandor de ojos entrevistos, una centella verde...

Lleno de indecible inquietud, corrió al otro día fray Diego á interrogar á la Abadesa, cuya respuesta fué tranquilizadora. Columba estaba allí, como siempre, tranquila, melancólica, muy asidua al rezo. El clavo de la ansiedad quedó, á pesar de todo, hincado en el alma de fray Diego de un modo intolerable. ¿Qué hacía en Estela el brujo? Atropellando negocios, expedienteos y cabildeos con padres graves, salió el franciscano al decaer la fuerza del sol, caballero en lucia mula, hacia Landoira.

Todo el camino experimentó una impresión singular, acentuada á medida que la noche se acercaba; parecíale que, á una distancia siempre igual, precedía al choque de las herraduras de su mula contra los pedruscos un ruido idéntico, más lejano, como si otro viajero le antecediese. Aunque ni era apocado ni supersticioso, el franciscano se persignó y rezó bajito. Cuando la ceniza delicada del crepúsculo fué envolviendo el valle del Ulla, dejó de oírse el metálico sonido distante. Fervorosamente, fray Diego recitó un Ave María; una campana argentina acababa de llorar, á lo lejos, el *Angelus*.

No era tan sencillo fray Diego que se dirigiese al Pazo de Landoira. Tomó por conocidos atajos, y se halló pronto en la Rectoral. Seguro estaba de la amistad del Abad de Landoira, y hasta de su cooperación y obediencia; llevábale un nombramiento de familiar de la Inquisición de Estela, y tenía derecho á reclamar sus servicios, su silencio y su hospitalidad.

Empezó el Abad por disponer suculenta cena al huésped; despachados los huevos frescos, las magras de jamón con torreznos, el vinillo del país que huele á violetas y fresa silvestre, el queso de tetilla y la jalea de membrillo, conferenciaron el eclesiástico y el religioso. Este deslizaba preguntas, formulaba interrogaciones hábiles.

—Infestado anda el país de brujería—declaró el Abad—. Nunca he visto igual descaro. Se reunen las hechiceras en la fuente de los Angeles y en la cueva de la Pena, que están al pie del río. Bailan y pecan al aire libre, con mil obscenidades que no refiero, porque ofenden las pías orejas... Maravillado me tenía que no tomase mano en esto el Santo Tribunal. Y en cuanto al caballero Rolando, no sé qué decir... A las altas horas, en el desván del Pazo, se ve desde fuera rojear la llama de sus hornillos, y si no elabora más que unturas para la Condesa, muhas gasta esa señora... El es allí el amo, en eso no hay duda. Por cierto que me contó ayer mi criada, que se lo oyó á la moza que apaña hierba para las vacas en Landoira, una cosa rara de ese italiano. Es el caso que ha mandado ma-

tar, en diferentes épocas, hasta tres cochinos magníficos, cebados y enormes. Después los ha hecho abrir en canal y colgar en la bodega. Así los dejó quince ó veinte días, sin salarlos, hasta que se pudrieron, y apestaban que confundían. Luego ordenó que se quemasen... Se han perdido ahí algunos doblones... No hallo explicación á tal capricho.

Calló el Abad, de pronto, al notar que á fray Diego se le descomponía el semblante—. No en balde venía el fraile de Roma, de escuchar cien veces la historia ó la leyenda del *acqua tofana*, de la horrible *cantarella*, el célebre veneno de los Borgias, obtenido frotando con arsénico el cuerpo de un cerdo abierto en canal, y recogiendo cuidadosamente el líquido que gotea de la carne descompuesta y saturada de ponzoña... Un temblor nervioso se apoderó del Inquisidor... Ya no podía caberle duda... ¡Oh, corazón profeta, corazón zahorí!

Proporcionó el Abad á fray Diego el disfraz que deseaba; ropas no eclesiásticas; las que gastaba el mismo Abad para ahorrar la sotana y salir en busca de la perdiz en el otoño. Serían las once cuando, provisto de cuchillo, yesca, pedernal y recio bastón, calzado de paño, salió recatadamente el fraile, y se enhebró por las sendas floridas que conducían al Pazo de Landoira. Era su intención ver si ardía el satánico hornillo, y acechar lo que á tales horas sucediese en el Pazo. Se sabía de memoria entradas, salidas y rincones, y conocía una puerta mal cerrada de la sacristía, un paso por la tri-

buna de la capilla, que iba á dar al interior de la mansión de los Condes. La aventura soliviantaba el espíritu del hombre de acción y de sentimiento. Estaba en campaña contra *Belcebú*.

X

De la tribuna de la capilla, por la cual pasó deslizándose, salió á la balconada descubierta, de granito, toda entapizada de enredaderas, y hiedras, por donde se accedía á distintas habitaciones del palacio, entre ellas la que solía ocupar el mismo fray Diego cuando le hospedaba el Conde. Alzó el pestillo de la ventana desde afuera con la hoja del cuchillo que llevaba para tal fin, y entró en el aposento. Echó yesca y encendió una vela de cera, puesta en alto candelero. Un silencio medroso reinaba en aquella parte del vasto edificio.—Alumbrándose con la vela, reconoció el fraile el trascuarto que servía de desahogo al aposento, y vió en él una portezuela nunca usada, que salía á una antecámara y á un pasadizo angosto, abierto en el espesor de los muros, y en desuso también. Conducía el pasadizo á una antesalilla ahogada, convertida desde el arreglo de la residencia señorial en almacén de trastos de desecho; y la puerta de esta antesala—condenada

y sin llave—daba en otro tiempo ingreso al salón principal del Pazo. El franciscano apagó la vela, se encaramó á un mueble carcomido, y acercó el rostro al mainel encristalado, iluminado por luces que en el salón ardían. Miró... Sus ojos, fascinados por el espanto, no podían apartarse de la extraña escena.

En el testero del salón, revestido de pardiazules tapicerías flamencas, ardía la chimenea, á pesar de haber pasado la estación del frío. Las ventanas estaban cerradas; las velas de los candelabros y las lámparas que pendían del techo, encendidas. Y cerca del fuego, ante soberbia mesa de mármoles, doña Juana y Rolando, en pie, con las cabezas muy próximas, se dedicaban á una tarea que al pronto parecía humorística é infantil. Armada la Condesa de tijeras, dedal, aguja é hilo, y teniendo delante un cestillo lleno de retazos de tela, cortaba diminutas prendas de ropa, á la medida de un muñeco de cera, como de media vara de alto, en cuyo semblante pensó fray Diego hallar vaga semejanza con el de don Fernando de Aponte, Conde de Landoira. Las mórbidas manos de doña Juana, donde brillaban esmeraldas y suavemente refulgían perlas, no descansaban en la febril labor de adaptar á la figurilla un ropaje parecido también al que solía usar el esposo de doña Juana. Como que los retazos procedían de trajes de don Fernando, y los galones de plata y oro que guarnecían la casaca del muñeco, eran arrancados á una del Conde. De cuando en cuando, la Condesa se detenía un momento para mirar

á Rolando, para intentar acariciarle. Pero el italiano daba prisa.

—Pronto, pronto... Antes de la media noche...

Y las tijeras rechinaban y la aguja corría, corría... Cuando el muñeco estuvo vestido del todo, Rolando apremió otra vez:

—Los cabellos, los cabellos... Las raeduras de uñas... El diente...

De un papel doblado extrajo doña Juana unos bucles de pelo, un diente blanco y pequeño, lechal. Eran reliquias de la infancia de don Fernando, conservadas por la madre, ahora entregadas por la esposa para el horrendo maleficio. Con arte y presteza, Rolando adaptó á la testa del muñeco los bucles; en la hendidura de la boca, implantó el diente; en las manos hincó las uñas cortadas. Hecho esto, desprendió del corpiño de la Condesa un largo alfiler de oro. Al auxiliarle para que encontrase fácilmente el alfiler, doña Juana se inclinó con vehemente anhelo, y recogió de la boca de cinabrio del brujo la irritante miel que buscaba, en sorbo largo, chupón y goloso. En esta actitud les sorprendió la hora de la media noche, que sonó en el aparatoso reloj de caja—uno de los primeros que vinieron á España—con flauteada y plateada serie de golpecitos temblones. Rolando rechazó á la señora, y tomando el muñeco, en el lugar del corazón clavó lenta y reiteradamente el alfiler, murmurando las palabras de un conjuro, erga bárbara que pronunciaba con impresionante solemnidad. Así que tuvo bien acrí-

billado el pecho de la figura, entrojeció el alfiler en las brasas, y tendiéndolo candente á doña Juana, murmuró:

—Ahora tú, Condesa.

Horripilada, vacilaba la señora; pero el brujo buscó á su vez los labios sedientos, y después del halago, la mano de la esposa, esgrimiendo el alfiler, apuñaló nuevamente el pecho del muñeco, representación del marido... Al hacerlo, creyó oír—no podía decir dónde sonaba—una queja sorda, un lamento del otro mundo... Era fray Diego, que lloraba y rugía á la vez, de dolor, de indignación, de grima...

—Ahora — dispuso Rolando — al fuego con él...

Doña Juana cumplió la orden. Sobre las brasas de la moribunda chimenea depositó la figulina; la llama prendió en las telas, abrasó en un segundo los bucles, derritió la cera, socarró el dientecillo. El olor de chamusquina era sofocante. Se oyó otro gemido... Un reguero de chispas voló al consumirse todo...

XI

Fray Diego se bajó del mueble de un salto, y despavorido, ciego, huyó, tropezando con las paredes, salvando puertas, recovecos y pasadi-

zos, con alocada rapidez. Nunca supo cómo ni en qué tiempo salvó la distancia que separa el Pazo de Landoira de la casa rectoral. Al llegar á ésta, el Abad, que bajó á abrir y alumbrar al inquisidor, se espantó de la alteración de sus facciones. Daba diente con diente como si hiciera frío—con ser la noche templada, primaveral—; su boca salmodiaba rezos, sus rodillas se entrechocaban, y lo único que pudo decir fué:

—Voy á acostarme... No estoy bueno... Echeme encima algún abrigo...

Sin más aclaraciones se dejó caer, tiritando, sobre el limpio lecho que el Abad, preparada su propia cama en un mal catre, cedía á su huésped. La fiebre se declaró á las pocas horas; antes de que amaneciese, fray Diego deliraba. Hablaba de filtros, de hoguera, de alfileres de oro, de una mujer perdida, de brujos; discursos sin ilación que el párroco no entendía. ¿Qué podía hacer? Bastábale la brega de asistir al enfermo, de sujetarle, de cuidarle á su modo, con los escasos recursos que ofrecía la medicina casera de entonces. Muy apurado se veía el buen Abad, y ya iba á despachar un propio á Estela en busca del mejor médico, cuando la criada, vieja comadre labriega, sabidora á su modo, corrió al tapial, colmó su manteo de picote de haces de ortigas frescas, y se las presentó á su amo, barbotando humildemente:

—No he de ser yo quien le asacuda, que sería vergüenza... Asacúdale, señor, sin duelo; dele bien, que le salte la sangre, y se le irá del cuerpo toda la malinidá del mal. Yo arrimaré al fuego

cocimiento de ruda y hierba virge en aceite, y con tal aceite le amos de curar después la descueradura del cuero.

Resolvióse el Abad á practicar la rústica receta, cuya eficacia no ignoran los cazadores, y fustigó piadosa y reciamente las carnes del franci cano con las bravías ortigas que levantaban miles de ampollas. Le puso las carnes del color de los pimientos rojos maduros en la solana; y mano de santo fué la ortigada, violento revulsivo, que devolvió á fray Diego la razón y acaso la existencia. Cambió el curso de su sangre, helada por el horror; cesó la fiebre, y al abrir los párpados después de un sueño de los que reparan las fuerzas y crían nueva vida, al pronto le costó trabajo recordar la causa de su trastorno. Acudió la memoria al fin, é incorporándose en la cama, gritó:

—¡Landoira! ¡Landoira! Abad, pronto, dígame, ¿qué ha sucedido en el Pazo?

—¡Si ha sucedido—contestó el Párroco evasivamente—, no es para pensar en ello ahora...! Duerma y sane...

—Dígamelo, no recele. Estoy muy bien, Dios sea loado. Me siento ya fuerte; mañana espero poder levantarme. Le mando que me cuente cuanto sepa.

—Pues oiga su paternidad... ¡Más valiera dejarlo hasta que se levante y tome un buen caldo de gallina!

—No, no; sáqueme de esta angustia...

—Pues... al otro día de caer su paternidad enfermo, se corrió por la aldea que á la una de

la madrugada había fallecido el Sr. Conde de Landoira...

—¡Jesús mil veces!—exclamó el franciscano—. ¡Señor, tú que ves la iniquidad! ¡De súbito! ¡Sin confesión! ¿A la una de la madrugada?—repitió, confirmando con el detalle exacto la horrenda verdad.

—Eso decían... El ya hacía tiempo que andaba malucho... Le enterraron al otro día, á las nueve de la mañana, en el panteón de la capilla...

—¿Tan pronto? ¿No expusieron el cadáver, según es costumbre, para que los caseros y foreros de la casa, con lobs de paño negro, le velasen y le rezasen?

—No tal...—y el cura bajó la voz—. Decían que estaba muy desfigurado... con manchas feas en la piel... La rapaza Carmela, que apaña hierba en casa del Conde, se lo contó á mi criada... ¡Hubo mucho que hablar de eso, por cierto, en la aldea! Dicen que la señora Condesa está como lela, y que no tiene entendimiento para cosa ninguna... y que, al otro día de morir el Conde, salió camino de Estela el italiano, con la litera...

—¿La litera? ¿La litera? ¿Para qué?—tartamudeó fray Diego, que temía comprender.

—Para traer á doña Columba... á la hija de los Condes. Ya está aquí desde hace días.

Arrojando con violencia las mantas y las sábanas que le cubrían, saltó al suelo el fraile, y sin oír objeciones ni consejos, gritó:

—¡Mi hábito! ¡Mis sandalias!... ¡Ni un ins-

tante de demora!... ¡He de verla, he de ver á doña Columba ahora mismo!

XII

Mientras fray Diego se disponía á lanzarse en busca de la hija del Conde de Landoira, ésta, sentada en una piedra, al pie de la fuente antigua que en la aldea llamaban de los Angeles, —por el asunto del gastado relieve románico que la adorna, una orquesta de ángeles tañendo arpas y violas—, oía atenta las palabras de Rolando, de pie ante ella, y respondía lenta y profundamente, como si el compás rítmico y musical de las gotas de agua que fluían del caño esmaltado de roja herrumbre, diese el tono á la canturía de su hablar. El caballero y ella vestían de luto, y el negro intenso del damasco de seda de las faldas de la niña realzaba el nácar amortiguado de sus delicadas mejillas, que semejaban alumbradas desde adentro por una lámpara de iglesia, y el rubio luminoso de su cabellera sideral.

—Puedes quererme sin temor, azucena mía— murmuraba Rolando, envolviéndola en el efluvio de sus ojos sobrenaturales—. Yo también sé preferir la pureza á los demás dones; yo también ansío que la azucena florezca en mi jardín.

Yo lo deseo más que nadie; es mi ensueño, por mi desgracia nunca realizado. Que un alma sea completamente mía, mía como es mía la mía propia, todavía con mayor dominio si cabe; y que esa alma sea la más escogida, la más alta, la más infinitamente inmaculada, como la tuya... ¡A eso aspiro! Y por eso, Columba, entrégate á mí sin miedo, sin que tus mejillas se enrojezcan. ¿Has hecho voto eterno de castidad, dices? ¡Mejor! Blanca eres, blanca serás, mientras me ames... Porque es amor lo que sientes ahora, y era amor lo que sentías en la Santa Enseñanza, cuando desde el coro trocabas conmigo largas miradas en que me enviabas el azul del cielo... ¡El cielo!...—Y Rolando suspiro hondamente.

—No sé lo que era entonces, ni sé lo que es ahora, lo que siento, Justino... De amor hablan los libros que he leído y los salmos que he rezado; pero yo no entiendo qué cosa es el amor. Si el amor es mancharse, reniego de él. Si el amor es compasión, amor te tengo; porque al ver en el altar una cara tan semejante á la tuya, y que tiene como la tuya una expresión de dolor sin consuelo, la piedad me derretía las entrañas. Cuando no estabas tú, me embelesaba en contemplar tu efigie, y al contemplarla me iba naciendo dentro el afán de estar yo no menos triste que tú, y por las mismas penas. Quiero para mí tu dolor y tu castigo. Al pronto, tu presencia me oprimía; cuando te conocí sentí curiosidad y... miedo. Ahora conozo que soy tu súbdita, tu hermana, tu esposa.

—Era el mismo presentimiento de que yo sería tu dueño absoluto lo que te angustiaba... Sí, eso era, Columba: me perteneces ya en muerte y en vida.

—Te pertenezco...—repitió Columba pensativa, dejando caer las manos, que sostenían un ramo de madreselva, sobre el faldellín de seda negra arrugado en hondos y elegantes pliegues—. Estoy pronta á lo que ordenes para demostrártelo... A todo... menos á...

—¡Vive segura, paloma!... Mi destino en muerte y en vida será el tuyo, y tu pureza me es sagrada y admirable. Ella es lo que me atrae en ti. Si te mancharas, perdería mi única ilusión, mi único bien. Despreciemos y repugnemos los dos lo que tú repugnas.

—No sé contestarte. Estoy sujeta á ti por una fuerza que no comprendo. He oído en el convento hablar de monjas tentadas por el demonio de la impureza, que turbaba su sueño con asquerosas representaciones, y me parecía increíble que tan sucio dogal pudiera atar á un espíritu... ¡Cómo las despreciaba, Rolando! ¿Ves cómo tenía razón?

—La tenías de sobra. ¡Azucena, á mí serás consagrada... por siempre y más allá de este mundo!

Y Rolando, aproximándose, sopló suavemente sobre los ojos y los cabellos de la niña—la fascinación del hálito—y á paso lento se alejó, volviéndose para mirarla.

Fray Diego encontró á Columba en la misma postura: una actitud de extática; ambas manos

sobre el corazón y los ojos perdidos en algo lejano, muy hermoso ó muy terrible. A las primeras palabras, á la proposición de apresurar la boda con el Marqués de Armariz, la doncella se levantó serena, muda, desdeñosa. Insistió el franciscano, y la hija del Conde acabó por responder.

—He hecho voto—murmuró con tenaz dulzura—de perpetua virginidad.

—¡Sin consultarme á mí, á tu confesor! Hija mía—repitió casi con lágrimas el fraile—, ese voto no es válido. Obedéceme; vente á Estela ahora mismo, en mi compañía, y mañana te desposarás con el novio que tus padres te habían destinado. Vengo á salvarte.

—¿De qué?—murmuró desdeñosamente la niña—. No puedo casarme. Vivo sin vivir en mí. Mi voluntad no es mía: la he enajenado.

El Inquisidor retrocedió un momento, y haciendo la señal de la cruz, exclamó:

—¡Pertenece al Malo! ¡Estás poseída!

Y la azucena de pistilos de oro, clavando en fray Diego sus pupilas claras, del color del río cuando está limpio el firmamento y derrama en el agua su divino matiz, contestó:

—¿Al Malo? ¿Por qué? Mi cuerpo es un vaso de cristal donde no hay empañadura.

—¡Qué importa!—tronó el fraile—. Por dentro, tu alma es ya negra como el pecado mismo... ¡Acepta el esposo que te ofrezco; es tu única salvación, Columba, hija mía!

—¡Un hombre! ¡Bodas!...

Y haciendo un gesto de inmensa repugnancia,

sacudió su ropaje de seda, sacudió el polvo del borde de su falda y se alejó por donde había desaparecido Rolando, destacándose su figura, grácil hasta lo inmaterial, sobre el fondo verdoso y luminoso del poniente, donde se erguían, como negros obeliscos, los viejos cipreses del cementerio de la aldea.

XIII

El franciscano cabalgó en su mula, sin querer esperar al otro día. Débil y fatigado por la enfermedad, su ansia de salvar de grado ó por fuerza á Columba le prestaba ánimos. Llegó á Estela rendido, extenuado; pero sin perder momento púsose al habla con el Maestrescuela. Encerrados y juntos estuvieron cerca de dos horas ambos inquisidores. La misma tarde salió nuevamente fray Diego hacia Landoira; pero esta vez no iba solo: llevaba de escolta, caballeros en matalones, no una hueste de alguaciles y corchetes, que hubiesen escandalizado y revuelto de antemano á la ciudad y después á la aldea, sino á tres hombres seguros, callados, ya viejos, avezados á realizar las prisiones y justicias que antaño ejecutaba el Tribunal de la Fe.

Alojóse la corta hueste en la casa del Abad,

el cual informó á fray Diego de que la osadía y desvergüenza de los brujos y hechiceros del contorno ya no conocía freno ni valla, hasta el extremo de tener espantadas á las gentes sencillas del país.

—He tenido delación—añadió el Párroco—de que se juntan en conciliábulo semanal, para ritos nefandos, en la fuente llamada de los Angeles, y allí cometen toda especie de sacrilegios y profanaciones. Bueno sería hacer un escarmiento, toda vez que no pueden sospechar ellos que está aquí la Santa Inquisición.

—¿Se reunirán esta noche?—interrogó meditando el franciscano.

—Con seguridad, porque es plenilunio, noche de San Juan, y le atribuyen en esta comarca mágico influjo. Creen que la fuente está encantada, y que el diablo acude á ella para recibir un culto muy propio de tal señor.

Recordó fray Diego que la fuente era la misma en que había visto á Columba, y sin saber por qué asoció la idea de la captura que iba á realizar con la de los sacrilegos ritos y abominaciones que acababan de delatarle. ¿Quién sabe si Rolando acudiría al conciliábulo maldito, y si allí sería más fácil echarle mano? De todas suertes, convenía enterarse.—Ordenó que se emboscase su tropa al amparo del cementerio, no lejos de la fuente, conviniendo una señal para llamar apenas fuese precisa ayuda. Fray Diego y el párroco, vestidos con ropa seglar, se ocultarían detrás del ruinoso paredón que sostenía la fuente, entre los sauzales y ma-

tas tupidas, á fin de sorprender los ritos negros, si es que realmente iban á celebrarse.

Cayó la noche después de larguísimo crepúsculo; noche deliciosa, nupcial, saturada de fragancias agrestes de madre selvas y hierbas aromáticas. La luz lunar plateaba los agros y se adormía en los alindes del ancho espejo del río, allí donde se hacía más recatada y densa la sombra de los altos peñascos. A lo lejos, en las laderas de las montañuelas, oíanse los cantos prolongados de los labriegos, los gritos de júbilo y reto, los aturutos al saltar las hogueras de San Juan; pero según fué avanzando la velada, los ruidos se extinguieron, y la poesía novelesca del paisaje se acentuó con el silencio y la quietud. La fuente de los Angeles derramaba su hilito plañidero gota á gota, en el pilón de piedra enverdecido de musgo. La plazoleta estaba desierta todavía.

A poco, una sombra grotesca avanzó penosamente: era una vieja apoyada en dos muletas. A la primer hechicera coja siguió una jorobada, otra tripona, otra que era un puro esqueleto. Hombres de catadura igualmente risible las escoltaban: un patizambo, un jayán tuerto y fornido, uno sin piernas, que lagarteaba sobre las manos. La luna exageraba en caricaturas de pesadilla las sombras de aquellos seres, confusos y deformes como larvas. Algunos porteaban pesados haces de leña; los unieron, los apilaron, y pegándoles fuego, pronto la hoguera sanjuanera crepitó. Entonces se vió una cosa ridícula y espantable: los vestiglos se desnudaron á pri-

sa de sus andrajos, y cogiéndose de las manos, parodiaron, en ronda empecatada y bufonesca, el ancestral baile aldeano, que termina con el salto de la fogarada. Cantaban injurias al Bautista y letanias al revés, invocando al Maldito. En vez de *ora pro nobis*, repetían los labios blasfemos, entre carcajadas, «Peca *pro nobis*...» Y la parodia del pecado, más repugnante que el pecado mismo, hacía de la rueda endemoniada un cuadro del Bosco, una comedia satánica, juego de bufones sardescos que quieren distraer el aburrimiento del diablo.

De pronto, se paró la rueda. — Avanzaban hacia el centro de la plazoleta dos figuras vestidas de negro. Desde su escondite, fray Diego se conmovió hasta la última fibra... Eran Rolando y Columba dándose la mano, hermosos los dos, á la luz de la luna que enverdecía sus semblantes y de la llama que los enrojecía. Las melenas de Rolando, foscas y flotantes á lo Carlos II, eran de un tono de ala de cuervo; las de Columba, á la llamarada de la hoguera, una rutilación de oro, el inmenso nimbo esplendente y afilligranado de una efigie. Los brujos se postraron, adorando; sentóse el italiano en la piedra, y la hueste de sortillegos vino á besarle el pie.

—¿Habéis hecho todo el mal posible?—preguntó él, ceñudo.

—Sí, sí—exclamaron todas las voces.

—¿Habéis secado á la vaca, chupado al niño, consumido con hierbas de ponzoña el corazón del hombre?

—¡Sí, sí, Príncipe!

—¿Habéis quemado la casa, inficionado el agua, arrasado la cosecha, avivado con filtros el ardor de los siete pecados capitales?

—¡Sí, sí, ilustre señor!

—Entonces sois dignos de ver á vuestra reina. Miradla qué hermosa; no os acerquéis, es inmaculada como la nieve. Desde lejos os será permitido admirar su milagrosa belleza y asistir á su consagración. Columba, ha llegado el momento—añadió el brujo sin gestos, con la sencillez del que puede mandar.

Fray Diego sentía sus venas heladas; el mismo entorpecimiento inexplicable que le había acometido al presenciar cómo embrujaban al Conde, le sujetaba ahora; quizás no era sino la curiosidad de lo desconocido, del *más allá* infernal, negro, espantoso...

Columba avanzó sumisa, como magnetizada. Rolando, con la varita de avellano que empuñaba, situándose hacia Oriente, trazó rápidamente el pantacro, y después el círculo mágico, en el suelo argentado de luna. Sus labios borbotaban las palabras de la evocación, *super flumina chobar...*, mientras diseñaba en los diámetros del pantacro la cruz y los signos de la kábala. Terminada la operación, hizo una señal á Columba, y ésta se adelantó sin miedo, colocándose en el centro del pantacro. Rolando recitaba las palabras del pacto en bastardo latín y la joven las repetía exactamente con su voz angelical; ironía horrible, oír salir tales vocablos de tal boca! *Et tibi polliceor quod faciam quotquot malum potero, et atrahere ad mala per omnes...* Brujos y brujas

rugieron de alegría al oír la promesa confirmada al final por los invocados nombres de Leviatán, Astarot, Belcebú... Los ojos fascinados de aquella misera grey creyeron entonces percibir que surgía la sombra gigantesca del macho de cabrío, erguido sobre la piedra en que Rolando se había sentado antes. La luz de la hoguera encendía su pelaje, y el monstruo barbudo y sardónico parecía hecho de cobre á martillo. A otra señal del caballero, Columba, automáticamente, empezó á despojarse de sus ricas vestiduras de luto. Fué todo como un relámpago: á la claridad del satélite, y al resplandor moribundo de la llama, el cuerpo de la niña apareció como estatuilla de nácar blanco con vislumbres rosa; sobre su desnudez no quedaban sino en espalda y pecho dos rectángulos rebrilladores: el escapulario de las monjas, el escapulario de San Miguel Arcángel, Príncipe de las milicias celestes, bordado de talco y lentejuelas chispeantes.— Rolando extendió la mano y arrancó el escapulario; al hacerlo, rozó uno de sus dedos la piel de seda de Columba, y una ampolla se alzó, roja como brasa. Nueva orden prosternó un instante á la hija de los Condes de Landoira ante la piedra, donde los brujos creían ver, en la hedionda figura que reviste para presidir el sábado, al propio Belcebú... Y cuando la bruja joven se irguió—ya consagrada—, permaneció de pie un instante, vaciló, y cayó en tierra, rígida, inerte.

El Inquisidor y el Abad habían asistido á los ritos embargados de espanto y también de

aquel sentimiento complejo, la punzante curiosidad, la que impulsa á rasgar velos y presenciar, entre crispaciones, espectáculos malsanos y crueles. La fascinación, nudo de la impía maraña, les sometió también á su encanto letal, como si el ungüento frío de las brujas les hubiese tullido los miembros. Para recobrarle, necesitó el franciscano ver á Columba tendida cuan larga era, blanca bajo la claridad del plenilunio...

Aplicando á los labios fray Diego el pito de plata que llevaba colgado del cuello, silbó para llamar á sus hombres, y éstos salieron rápidos del matorral donde se ocultaban, armados de espadines y estoques, las cuerdas arrolladas al brazo. «Prendan á todos... menos...» Fray Diego no se atrevía á pronunciar el nombre de doña Columba—y, veloz, recogió las vestiduras de negra seda crujiente y con ellas cubrió, volviendo el rostro, la escultura luenga y fina como las que se adivinan al través de los ropajes simétricos de las santas en el sublime pórtico de la *Gloria*...—Mientras los corchetes se apoderaban de Rolando y de un par de brujos—en dispersión los restantes como asquerosos animalejos nocturnos que se agazapan en sus guaridas—el inquisidor repetía, recobrado ya el uso de la palabra y usando la fórmula dialectal:

—¡San Silvestre! ¡Santa Comba! ¡Meigas fóra!

XIV

Rolando, maniatado, envuelto en una capa, fué conducido reservadamente á los calabozos secretos de la Inquisición de Estela. Se encargó el sigilo más absoluto á los tres esbirros, que asumían las funciones de dar tormento y aun de ejecutar, si este último improbable caso llegase.

La hija de los Condes de Landoira quedaba con su madre en el Pazo; fray Diego no quiso ni aplicarla los exorcismos que en aquel momento se aplicaban al desgraciado Monarca español. Anhelaba el fraile, ante todo, sofocar el escándalo, apagar las hablillas; después se pensaría en el remedio de lo demás, en desembrujar á la infeliz posesa.

Fué encerrado Rolando en la mazmorra más oscura, y allí, en completa incomunicación, se le dejó algún tiempo, el necesario para que se reuniese el Tribunal y deliberase lo que convenía hacer. Consultóse á Madrid; vinieron órdenes de conferir el asunto á fray Diego y á Resende, actuando el primero de fiscal, y, sin pensar en moniciones, abreviando el procedimiento, se acordó aplicar al reo la tortura para arrancarle una completa confesión que justificase el castigo más severo. Tres meses después de la noche de San Juan, trajeron al caballero

á la cámara de la tortura, no muy angosta, baja de techo y abovedada, que recibía luz de estrecho ventanillo con reja. Para mayor reserva, el Maestrescuela actuaría y recogería las declaraciones del reo. Los tres hombres que habían capturado á Rolando servirían de verdugo y ayudantes. Se prescindió del médico de la cárcel: había facultades para eso y más.

Trajeron al italiano extenuado por el cautiverio, ajados los ricos terciopelos y los encajes de su vestidura, y enmarañada la sombría y sedosa melena felipeña. Sus facciones, acentuadas por el enflaquecimiento, expresaban desdén, ironía y reto orgulloso. En muchos condenados al ansia se vieron rostros así antes de probar el suplicio; el Maestrescuela se lo hizo notar á fray Diego, el cual—antes de que entrase Rolando—parecía el reo verdaderamente, según estaba de abatido y escalofriado, oprimido su corazón benigno por la atroz necesidad de aquella hora. Apenas hubo visto al brujo, sintió la conmoción de antipatía, se acordó de sus fechorías criminales y se resolvió á proceder.

Dos cadenas bajaban de las manos á los pies del caballero. Fueron abiertas las argollas, y el Maestrescuela, instalado ante su mesilla, con provisión de papel de barba y servicio de tintero de asta y plumas de ganso, requirió al reo á que confesase cuantos hechizos hubiese practicado antes y durante su estancia en Estela y en Landoira.

—No diré palabra—respondió él friamente.
—Hagan de mí lo que quieran.

Despojáronle de sus ropas, dejándole sólo el paño femoral. El torso del reo estaba demacrado, pero era hermosísimo, de líneas helénicas, de singular perfección. Amarraron cuerdas á sus tobillos y muñecas, y le tendieron sobre el potro... El potro pude yo verlo aún en los sótanos—advirtió el narrador—. Era una tarima que alzaba del suelo algo menos de tres cuartas, y cuyas tablas, en vez de ser planas, tenían una arista aguda hacia arriba, donde había de recostarse el cuerpo del paciente. Las cuerdas de pies y manos fueron pasadas por cuatro anillas sujetas á la pared, y al extremo de las cuerdas se adaptó una especie de torniquete para hacer fuerza y atirantar mejor. Estiraron primero los pies, las manos luego—y Rolando quedó en cruz, hincándosele en las carnes los cortantes barrotes del potro. Su pecho anhelaba y jadeaba; revolvía la lengua seca en la boca, apretaba los dientes—; pero á la nueva intimación de confesar, sólo respondió con obstinado, altivo silencio.

Una por una, forzaron las cuerdas. Se oyó el estallido y crujido de los huesos al distenderse con violencia ligamentos y articulaciones. Repitióse la intimación, y el reo contestó con un movimiento negativo de la cabeza, que pendía hacia atrás, como si se le hubiese tronchado el cuello. La tercer vuelta—la última que la naturaleza humana puede resistir sin que sobrevenga la muerte—arrancó al reo un «¡no!» que parecía el aullido de una fiera. Las costillas se dibujaban en el pecho, aplanado, por decirlo

así; el vientre parecía vaciarse al pensar los intestinos la piel, prolongada por la tirantez de brazos y piernas; la carne amoratada hacía cojín sobre las sogas, ya salpicadas de sangre...

—No resistirá—balbució fray Diego, más blanco que el papel en que garrapateaba don Tomás—. Basta, basta... Ya se ve que no confiesa...

—¿Aún tendrá su paternidad compasión de este sacrilego? Si no confiesa en el potro, confesará por el agua. En el agua encontraremos la verdad; pero antes le daremos vino para que vuelva en sí.

XV

Rolando, en efecto, sufría un síncope. Se le desató, tendiéndole sobre un jergón, y se le hizo beber un trago de añejo; el jarro estaba prevenido ya, para el desfallecer del reo y el cansancio de los verdugos. Al abrir los ojos, Rolando suspiró:

—¡Agua... agua!

—La tendrás abundante—advirtió el Maestrescuela—si no confiesas ahora mismo, y de grado, todos tus sortilegios y maleficios, y no te prestas á deshacer el de doña Columba de Apon-te y Mariño y el de su madre doña Juana Mariño, por tus artes diabólicas embrujadas y posesas.

No hubo respuesta. La resistencia de bronce del brujo continuaba. Dejaronle reposar una hora; los atormentadores salieron á tomar un bocado; don Tomás hizo lo mismo; fray Diego sólo bebió un poco de tisana. Después se preparó el nuevo suplicio. Sujeto el reo en cruz, con los mismos cordeles, sin estirar, sólo para inmovilizarle, se le tendió, no en el potro, sino en una estrecha tarima corriente. Hecho esto con suma celeridad, se colocó sobre su boca un paño y un embudo. Lentamente, goteando, dejaron caer el agua, descansando para que el torturado no se asfixiase, y el chorro fuese colocándose y repartiéndose en el interior del dolorido tronco, causando un sufrimiento más cruel, una agonía más intolerable que todos los martirios anteriores... Rolando había salido de su modorra. Al principio resistió con firmeza; sólo cuando hubo trasegado una azumbre empezó á gemir y á querer soltarse, rechazando el embudo con instintiva defensa. Se lo quitaron.

—¿Confiesas?

Los dedos, hinchados y sujetos por la argolla, dijeron que *no*.

—¿Libertás el alma de doña Columba?—imploró fray Diego.

Otra negativa muda. Después, los ojos fosfóricos fulguraron, y de la garganta salió una arrogante protesta.

—Esa alma es mía. Mía para siempre.

—¡La segunda azumbre!—dispuso el Maestrescuela.—¡Y luego otra!

Al ir entrando el líquido, se vió una cosa es-

pantosa en el escuálido tronco: el estómago y el vientre empezaron á formar una colina; luego una redonda vejiga, que fué inflándose como buche de sapo hostigado. El alroz temblor del cuerpo hacía retemblar y crujir la tarima.

—Si él resiste, yo no, Resende—, intercedió fray Diego, más blanco que el papel—. ¡Desátenele, por amor de Jesucristo, y pidámosle á Él y á su gloriosa Madre que le inspire arrepentirse y confesar!

Desataron al reo, y cogiéndole por piernas y brazos, volvieron á tenderle en el colchón. El franciscano mandó alejarse á los verdugos, y se hincó de rodillas al lado de la víctima, instándole á decir la verdad. El caballero se volvió hacia el fraile.

—¿Quieres saberla?—contestó él en voz quebrantada, pero cuajada en desprecio—. Prepárate, fraile, y no te acerques; nos hemos detestado desde que nos conocimos. Ahora que no es el tormento el que me obliga, voy á hablar. Haced lo que queráis de mí; no podéis quitarme mi victoria.

—¿Cuáles fueron tus propósitos al embrujar á doña Columba de Landoira y á su madre?—interrogó el Inquisidor—. ¿Saciar tus torpes apetitos? ¿Apoderarte de la hacienda de esa familia, perdida por ti?

Los ojos, ya casi apagados como dos gotas enfriadas de la cera verde que gastaba la Inquisición, se encandilaron y fosforescieron de nuevo al replicar.

—¡Necios! Hay algo mejor que la posesión

del oro, mejor que la carne, mejor que los sentidos; hay un tesoro, que es el alma. La de doña Columba me pertenece, justamente porque no la he manchado con torpeza ninguna. Puedo deshacer las ceremonias con que la inicié de bruja; pero nadie impedirá que su espíritu sea mío, y mío por la eternidad. Este goce no lo comprendéis... ¡Sois unos miserables sandios, que no creéis sino en la materia! Con doña Juana, que es como vosotros, he usado drogas; su alma, si es que existe, os la regalo... A doña Columba no me la quitaréis jamás. No sabéis su precio. La guardo para mí. Cuantas palabras murmure la boca, y cuantos círculos trace al revés la varilla, no desharán lo que hizo el espíritu, señor de la carne y de la voluntad.

—¿Le damos á beber sin sed otros pocos tragos?—propuso, destellando furia, Resende.

—¡Será en balde!—suspiró fray Diego, que se reconocía vencido, y creía oír la voz del Malo, allá en el altar donde San Miguel vibra hacia él su lanza, repitiendo: «¡Hiéreme, acribíllame; no me vencerás...!»

Comprendió el brujo la derrota de los inquisidores, y aun quiso abrumarles más bajo el peso de la grandeza satánica y prolongar y complicar su triunfo, como ellos habían prolongado y complicado la tortura.

—¿Pensaréis que sólo he logrado á doña Columba...? ¿Que me ha bastado la familia de Landeira, el padre muerto, la madre mancillada, la hija posesa, infundido en ella mi sér y unida á mi destino...? ¿Pensaréis eso de mí? ¡Pues sabed

que cuando he llegado á esta ciudad obscura, ya dejaba cumplida una obra mayor, mayor! ¡Dejaba en su féretro á la Reina, y ligado y maleficiado al Rey!

De esta vez, los Inquisidores se alzaron aterrados, con el mismo grito en la garganta:

—¡Maldito!

—¡Maldito, *vade retro*!

—¡A la Reina nuestra Señora has osado!

—¡Al Rey nuestro Señor!

—¡A fuego lento! ¡A fuego de leña verde hay que quemarle!

—¡Mientes, maldito!—exclamó al fin fray Diego—¡No has hecho tal cosa!

—La hemos hecho de acuerdo Madona Olimpia, mi hermosa amante, y yo. Ella dispuso, yo ejecuté lo dispuesto. ¡No entendéis la delicia de hacer el mal! Preparé la pócima, recité el conjuro, realicé la evocación. La Reina tenía calor una tarde, en su regio aposento de Madrid, quería beber leche, y se la servían caliente y turbia. Madona Olimpia corrió á buscar leche exquisita, helada. En ella, mi mano vertió unas gotas de *acqua*, de esa agüita admirable que tanto ha influido en los destinos del mundo, en la existencia de los Reyes... Vertí la dosis atemperada, la que no mata instantáneamente—y por eso la Reina aún tuvo tiempo de decir á sus médicos: «No defiendan mi vida, que no vale la pena...»—Porque la Reina vivió triste, triste, sin amor, sin juventud...

—¡La hoguera!—repitió Resende—¡La hoguera, y las cenizas al viento!

—¡Lo que queráis...! ¡No impediréis que esto haya sucedido como lo oís...! ¡Ni impediréis que esté hechizado el Rey Carlos II; que se hayan secado en él las fuentes de la vida, incapacitándole para transmitirla! La nueva Reina no parirá; el reino será devastado por reñida y larga guerra; la sangre y el llanto correrán á mares; las llamas del incendio subirán al cielo, y todo eso será mi obra, la obra de este hombre cuya carne habéis rasgado, cuyos miembros habéis descoyuntado, pero sobre cuya esencia no tenéis poder!

XVI

Miráronse los dos inquisidores con inmenso desconsuelo.—El réprobo decía verdad.—Bajaron las cabezas consternados, y dejando á la víctima exhausta por el esfuerzo que acababa de hacer, salieron á deliberar en la sala ahumada y lóbrega que precede á la cámara del tormento.

—Buscaremos la leña más verde de Torozos para la quema—fué cuanto se le ocurrió al Maestrescuela, que, como al fin era hombre, añadió una ristra de los ternos de entonces—por vidas, pesias y reniegos.

—¡Don Tomás, eso es imposible! ¡No podemos sacar á quemar ni á morir en la horca á este hombre!—contestó después de un momento de hosco silencio el franciscano.

—¿Es que no lo tiene merecido? ¿Es que también de éste será capaz su paternidad de sentir compasión?

—¡No hay tal!—estalló fray Diego, espantado y tembloroso, enjugándose el sudor frío que le corría por la piel con ancho pañuelo de hierbas.—¡No es compasión! ¡Sólo la gran Madre Teresa de Jesús ha compadecido al demonio! Es que tenemos que guardar el silencio y echar tierra, como hicieron en Madrid... Ellos con su conducta nos dan la norma... La muerte de la Reina María Luisa, á quien Dios haya, no ha sido vengada por el Rey Carlos: se ha permitido que la envenenadora pasase la frontera y se pusiese fuera del alcance de toda persecución. Y en Roma me ha dicho nuestro padre Prepósito, que tampoco el Rey Luis de Francia quiso encarcelar á las encumbradas señoras y Princesas de la sangre que terciaban en las brujerías y venenos, y sobre cuyo cuerpo se dijo la misa de Satanás... ¡Ah, señor Maestrescuela de mi alma! ¡Ojalá se pudieran enterrar tales abominaciones á siete estados bajo tierra, para que nunca se sospechasen!

—Razón lleva su paternidad, y convencido me ha—contestó francamente el canónigo.—Son secretos de Estado; el vulgo no debe ni olfatear siquiera... ¡Tierra, sí, que la tierra todo lo cubre, y á ella van los muertos con la carga de sus pecados... para que Dios se encargue allí del condigno castigo!

—Así será... El brujo no volverá á salir de entre estas paredes. A su mazmorra, incomuni-

cado; la comida por el ventanillo... Sólo en el caso de que pida confesión...

—¡Confesión él!

—¿Quién sabe?... Resende, de la misericordia divina no hay que desconfiar nunca...

Hízose puntualmente como habían determinado los Inquisidores. Con absoluto sigilo fué vuelto á sepultar el caballero Justino Rolando en la prisión casi subterránea que aun puede usted ver, si mañana tiene curiosidad de enterarse de este detalle de la historia. La puerta, defendida y resguardada con barras de hierro, cerrojos y candados, no volvió á abrirse. Los otros brujos, presos en el sábado de la fuente de los Angeles, salieron libres, con verdugones y cardenales de la azotaina; y cuando la gente de Estela susurró algo de la suerte de aquel italiano protegido de los Condes de Landoira, otros susurros, hábilmente esparcidos al aire, contestaron que, después de sufrir el tormento para que declarase las artes mágicas de que se servía á fin de buscar la famosa alquimia del oro, había muerto en las cárceles, á consecuencia de un repentino mal de corazón.

Sólo una pesorna adivinó que Rolando vivía.— Las señoras de Landoira habían regresado á la ciudad, y todas las mañanas, envuelta en el negro y amplio manto de la época, una mujer esperaba á fray Diego en el atrio del convento de San Francisco, edificado en la hondonada que un tiempo se llamó con el tétrico nombre de *Valdeinfierno*. Cuando el franciscano salía, la señorita de Landoira le asía por la manga.

—¿Dónde lo tienes? ¿Dónde lo guardas?

Pasado un año, mejoró al parecer el estado moral y mental de Columba, y creyó fray Diego que podría intentarse restaurar aquel pobre espíritu, abrir las puertas de su alma al arrepentimiento y á la reconciliación con el cielo. Ayudábale en el intento doña Juana, repuesta de los efectos del bebedizo y sinceramente arrepentida, porque era de las que sólo pecan con los sentidos, y no con el espíritu rebelde. Desde la exhortación al exorcismo, todo lo probó el franciscano. Nada sirvió. Columba sonreía con altivez y rechazaba consejos, amenazas y consuelos igualmente.

—Ahora ya sé dondó está. No me importa que me lo escondan—repetía, cuando el fraile la amonestaba—. Está en mí. Le veo en el altar, cuando voy á la Santa Enseñanza, y también de noche, siempre á mi lado, siempre al lado izquierdo. Me habla, le respondo; me dice que nos reuniremos pronto, y á esta promesa siento una felicidad que me arroba y me enajena de mí misma. Aquí le llevo. Nadie conseguirá apartarme de él...

Con terquedad mansa lo repetía á cada hora. En vano fray Diego trajo al Marqués de Armariz al Palacio de los Condes; Columba le recibió mansa y apacible como siempre, pero dijérase que sus ojos abismados no le veían.

Ya desesperado, no sabiendo qué hacer para curar el alma de la hija de los Condes, dió el franciscano en figurarse que lo que sostenía el hechizo que la tenía cautiva podría ser la mal-

dita efigie que se retorció á los pies de San Miguel en la iglesia de la Santa Enseñanza, única que frecuentaba Colomba diariamente. Una conversación con la Abadesa fué suficiente para que Fray Diego lograra su propósito: la efigie bajó del altar, las monjas la confiaron á un escultor, para que reemplazase con una cabeza de dragón, endriago ó sierpe aquella terrible cabeza humana, de cambiantes ojos. La antigua testa fué enviada al convento de San Francisco, y fray Diego, sobre las losas del claustro de arcos ojivales, cerca de la fuentequilla que manaba allí como un raudal de lágrimas de contrición, hizo una hoguera, á la cual arrojó la cabeza condenada, la del gesto de orgullo, desprecio y melancolía infinita. Las llamas prendieron en la madera seca y la consumieron veloces, haciendo estallar los ojos de vidrio, cuya mirada enardecían con vislumbres fosfóricas los rayos del sol poniente. Al no quedar de la efigie sino cenizas, respiró mejor el fraile, dando por seguro que el maleficio estaba deshecho.

Por la tarde vinieron á avisarle de que se había puesto gravemente enferma la señorita de Landoira.

Siete largos días pasó á su cabecera fray Diego, agotando, inútilmente, los ruegos y hasta el llanto, para que la niña muriese como mueren los santos y los ángeles, que tienen la misma forma exterior en que estaba envuelto aquel espíritu nacido y criado para la bienaventuranza... Fué imposible. Las palabras del brujo volvían á la memoria del franciscano: «¡Es mía,

me pertenece y no conseguiréis quitármela!» Columba se extinguía en una especie de éxtasis... el éxtasis quietista, el éxtasis de tantos heréticos y heréticas, alumbrados y poseídos como entonces pulularon en España, en Francia, en Portugal. ¡Remedo espantoso de la beatitud mueca del eterno jímio que imita porque no he creado, y en el hornillo de la magia contrahac, el verbo vivo y fecundo de la divinidad!

Salía el fraile del aposento de Columba abrumado de aflicción ante la impenitencia final de la que ya había partido Dios sabe hacia qué comarcas misteriosas, mientras sus despojos quedaban allí rígidos, cubiertos con blanca sábana—, y bajaba la escalera del palacio de Landoira, cuando el carcelero de la Inquisición, que subía, le detuvo y pidió ser escuchado un instante.

—El preso ha fallecido. ¿Qué hago con su cadáver?—preguntó.

—Lo sepultarás tú solo, sin que nadie lo sepa, de noche, en el camposanto... no, fuera de él... debajo del ciprés... sin señalar con cruz...

—¿Y sus ropas?

—Quémalas.

El médico de la Condesa de Landoira, que asistió á doña Columba en su enfermedad de consunción, testificó que tenía una señal roja, indeleble, al lado izquierdo del pecho, y que había muerto virgen.

—Y no escriba usted palabra de todo esto—suplicó el arqueólogo—, mientras yo no publique mi libro, que, ya usted no lo ignora, arrojará luz sobre un enigma...



CADA UNO...

I

VISITANDO la biblioteca y capilla de un establecimiento de enseñanza, fundado por la Orden religiosa más combatida de los tiempos modernos, me llamó la atención el aire de gran cortesía mundana que conservaba, bajo la estrecha sotana negra, el sacerdote constituido en *cicerone* mío. El hábito es como el uniforme; desde lejos iguala, pero visto de cerca, tal vez hace resaltar más de bulto las diversidades personales, la infinita variedad individual.

Sobre aviso ya, miraba al sacerdote y se iniciaba en mí el proceso de reconstitución de una fisonomía que hemos conocido mucho en otro tiempo, y que ha cambiado hasta el extremo de

ser difícil identificarla. La persona desaparecida de la sociedad, y que yo suponía volver á encontrar en el jesuita, tenía más alta estatura, líneas esbeltas, de exquisita elegancia meridional, en su torso; el pelo castaño, ensortijado con gracia; la barba del mismo matiz, sedosa, recortada en punta; los ojos soñadores ó alegres, garzos y envueltos en sombra de pestañas tupidas; la frente tersa, marfileña; los labios provocativos, rojos, retadores bajo el bigote caballerescamente retorcido; el aspecto animoso de un retrato de galanteador y batallador, y el agridulce de los caracteres desenfados, propensos á cierta elegante insolencia.

No tardé diez minutos en compaginar lo pasado y lo presente. La estatura, ¿no disminuye al encorvarse y agobiarse el espinazo? Las líneas del quebrado talle, ¿no se alteran cuando el cuerpo se encorva? ¿No se cae el cabello? ¿No se rasura la barba? ¿No se apagan los ojos, no los quema y despoja el llanto reprimido? ¿No se consume la boca? ¿No se muda un semblante hasta quedar desconocido para quien más lo amó en este mundo? Y en el caso presente no era así; restando todo lo que había que restar, ciertos rasgos se marcaban, se precisaban, imponiéndome ya la evidencia, hasta arrancarme la exclamación:

—¡Enrique! ¿No me conoces?

El permaneció encalmado, dueño de sí mismo. Sin embargo, pronunció con serenidad, á su vez, mi nombre de pila.

—Te conocí desde que entraste. Lo que me

extraña es que hayas caído tú en quién soy. Creí estar más desfigurado.

—Y lo estás. ¿No me abrazas?—añadí intentando echarle los brazos al cuello; él se desvió, y quedé á media acción, cohibido.

—Tengo gusto en verte—pronunció como pronunciaría «buenas noches»—. Tengo sumo gusto. Por aquí viene gente que me trataba... entonces; nadie sospecha... No me oculto; pero si no caen en quién soy... prefiero callarme.

—Oye, Enrique—exclamé apoderándome de una mano, que encontré seca y ardorosa—. Eramos bastante amigos... ¿te acuerdas? Salí á viajar; pasé dos años en Londres... y á la vuelta no te encontré en S..., y nadie supo darme razón de tu paradero. Pregunté, y dispensa..., me cuchichearon no sé qué historia, no sé qué drama, que confusamente empiezo á esforzarme en recordar... Era y no era; cada versión aparecía distinta... De mi memoria se ha ido el suceso, y detalles y suposiciones...; pero queda la impresión de una fatalidad que pesa sobre tí... ¿Me equivoco? ¿Puede un amigo verdadero servirte de algo?

Enrique alzó los ojos, los clavó en mí, y encontré por un momento la irradiación antigua de sus pupilas claras. Había algo de malicia y mucho de penetración superior en aquel mirar.

—Gracias — contestó sin inflexiones en el acento—. Tengo cuanto necesito; he descubierto y aplicado el remedio de mis males, y, además, ahora veo descifradas muchas cosas que antes eran para mí ininteligibles. Te lo voy

á demostrar. Tú crees de buena fe ofrecerme ayuda por simpatía y compasión, cuando lo que sientes es curiosidad. No, no te disculpes... La curiosidad en este caso es natural. Yo también la experimentaría. Y como se me figura que no redundará en perjuicio, sino acaso en provecho de tu alma el saber la verdad, voy á pedir permiso para contártela... Espérame aquí.

Poco tardó en volver. Hízome una señal afirmativa con la cabeza, y me condujo al locutorio del establecimiento, completamente solitario entonces. Era una sala cuadrilonga, espaciosa, pintada al temple de color uniforme, amueblada con sofases y sillas de rejilla, decorada tan sólo con dos ó tres muy medianos cuadros al óleo: María Auxiliadora, San Ignacio, la Sacra Familia. Nos sentamos en un ángulo, ante una puerta vidriera. Nadie me quitará de la cabeza que, detrás de aquella puertecilla de deslustrados cristales, alguien escuchaba. Acaso fuese aprensión mía, nacida de la reserva y pudor de lenguaje con que el jesuíta se expresó. Habiendo yo tenido después ocasión de comprobar todo lo que me dijo, no conservo escrupulosamente la forma de su relato, sino que la traduzco con entera libertad, y hasta con el color efectista que revistió en mi imaginación exaltada...

II

—Ya sabes quién era yo y cómo vivía—pricipió Enrique, entrando de rodillas por la puerta de humildad de las grandes confesiones.—No diré como Mañara, aunque podría decirlo con más razón que él, que fuese el peor hombre del mundo; diré sólo que era uno de tantos hijos del siglo, nacidos con la mesa puesta, recibidos por la sociedad con la sonrisa en los labios y consagrados, desde que les amanece á medio día, á la abrumadora tarea de hacer su capricho. Mi padre—perdónele Dios, que yo sólo de amor y bondad excesiva pudiera acusarle—me dió rienda floja, dinero largo, y únicamente me rogó, con los mayores extremos, dos cosas: que no me olvidase de casarme á tiempo, y entre tanto, cuidase lo posible mi preciosa salud. «Quiero que me des nietos, unos nietos muy guapos», advirtió acariciándome: «No te esclavizo; primero deja correr la juventud, y cuando llegues á los treinta y pico..., boda». Insistió reiteradamente en esto, añadiendo que, llegado el instante, él me buscaría novia arreglada á mi posición, y además guapa y atractiva. Como yo por entonces andaba muy lejos de pensar en matrimonio, y consideraba tal contingencia remotísima, prometí cuanto quiso mi padre, y quedó acordado, las cosas han de

decirse en puridad, que yo fuese libre mucho tiempo para hacer el mal que quisiese, y pasado este plazo, me transformase en ciudadano respetable, útil á mi patria; en esposo y padre de familia.

Usé de mi libertad como suelen los muchachos; repartí el tiempo entre el campo, Madrid y S..., intercalando viajes á París y sirviéndome las temporadas que pasaba en la Corte y el extranjero para volver con mayor experiencia de goces y travesuras, y ser más admirado é imitado por los restantes ociosos y perdularios de mi ciudad natal. Ahora que recapitulo acerca de mis obras en aquel período, comprendo que yo en el fondo no era un vicioso, ó al menos ninguno de los vicios que contrahe llenaba mis horas con un estímulo superior al aburrimiento. El juego, dueño tan imperioso del que nace bajo su sino fatal, fué acaso de todas mis disipaciones la que más me dominó, pero sin ese acérrimo atractivo, superior á la razón y al instinto de conservación, que ejerce sobre sus víctimas, sino sencillamente porque yo veía en el juego un medio de reforzar la pensión, nada floja, que me servía mi padre, y de derrochar doblemente. Tenía suerte, una suerte insensata, y la aprovechaba sin parar la atención en qué, cuando se gasta mucho más de lo que lícita y naturalmente se puede, nos exponemos á la calumnia. Hoy la calumnia no me importa, porque nosotros somos los grandes calumniados, los calumniados por privilegio histórico; pero entonces, si realmente

yo profesase el ideal del honor burgués, con el cual se intenta sustituir en la sociedad contemporánea á tantos ideales muertos, debiera preocuparme el que en S... murmurasen, con la intención que se presume: «Ese demontre de Enriquillo Arcos, ¿si tendrá montada fábrica de moneda falsa en las bodegas de su padre?»

Lejos de intentar explicar á mis conciudadanos el secreto de mi lujo—y no me hubiesen creído; las explicaciones que restauran la honra, en este caso relativa, no suelen creerse—, preferí deslumbrarles y echarles á la cara las motas del barro que salpicaban mis trenes á la calesera. Miraba con el mayor desprecio á la humanidad, y si la humanidad era pacífica, seria, laboriosa, me parecía doblemente menos preciable, buena para burlarla con jugarretas mortificadoras y crueles. Con los muy interiores era más bondadoso, por lo cual me gané simpatías de la gente plebeya; en cambio, mis burlas me valieron, en otras esferas, nota de desalmado, y me crearon una leyenda que era mi orgullo. Sí; yo me sentía orgulloso de asustar á las viejas y á la gente apocada y timorata; me complacía que rodease mi nombre la aureola de ese temor que no se funda en cosa alguna concreta, y estaba seguro, por otra parte, de que las mujeres bonitas, á cualquier clase social que perteneciesen, se sentían fascinadas por mi desenfado y mis arranques. De esto tuve pruebas positivas.

Eran las mujeres para mí como todo lo demás: un modo de entretener desocupadas ho-

ras, un estimulante, una sensación violenta y un fastidio de muerte alternados. Es curioso y es ejemplar lo que me sucedía con las mujeres y sucede á muchos de los que con ellas, sin amarlas, estragan la flor del existir. Al momento en que, sinceramente, les decía las cosas más exageradas y apasionadas, sucedía el momento en que las arrojaría por la escalera sin reparo, á puntapiés. Ese amargo sentimiento del desprecio á la humanidad, que maceraba en hieles mi espíritu, nunca se revelaba tan intenso como en las relaciones con la mujer. El rencor de encontrar insatisfecha mi alma cuando mi cuerpo pecador se hartaba y vencía, transformaba el desdén en odio, transitorio y fugaz, pero odio bien definido, con todos los caracteres é impulsiones que los psicólogos reconocen en esta terrible pasión, superior en actividad al amor mismo.

¡Cuántas noches, ó mejor dicho, cuántos amaneceres, al salir con el cuello del abrigo subido hasta las orejas y la cabeza aturdida, de alguna cena con amigos, igualmente pervertidos que yo, la última carcajada y la última copa de champaña ahogaron en mis labios el «huye, mujer, te detesto», del poeta romántico, la imprecación que sentía entre los labios y que el miedo á ponerme en ridículo me impedía formular! Mis compañeros se hubiesen reído, y acaso mi prestigio de hierofante del culto báquico y saturnal padecería. Sin embargo, en el fondo del corazón, muchos de aquellos chicos alegres, profesionales del mal vivir, llevaban la misma espina clavada.

III

De uno de ellos, por lo menos, me constaba que así era. Y este, á quien me refiero, influyó de un modo decisivo en el giro que tomó mi suerte.

Llamábase Donato Almanzora; era hijo del Capitán general de S... y teniente de Artillería. Compañero de todas nuestras locuras, acostumbáramos decir que nos las aguaba, porque, dándolas de moralista, siempre tenía qué reprehender, cuando no con las palabras, con la actitud, encapotada y ceñuda. No se exceptuaba á sí mismo de las censuras que prodigaba á nuestra conducta, y se trataba de cerdo epicúreo, de árbol carcomido, de hongo criado en la podredumbre, y otras cosas semejantes.

Una tarde—antecedida por una noche borrascosa y una mañana de pereza—, como fuésemos juntos, á caballo, á reunirnos con otros compinches para merendar en un célebre ventorro, en las afueras de la ciudad, le vi tan abatido y compungido que le interpele irónicamente:

—¿Te duele algo? ¿Se puede saber si te metes cartujo?

—¡Ojalá!—respondió, arrancando del pecho un suspiro—. A bien que tengo esperanzas, si no de parar en cartujo, de parar, y muy pron-

to, en algo que me redima de la degradación en que vivo, y vives, y los demás que andan con nosotros.

Lo mismo que si fuese hoy recuerdo el momento en que Donato se expresó así. La hora vespertina era esplendorosa, cual suele ser en el campo andaluz; las montañas, á lo lejos, se teñían de color de rosa, y los espinos blancos, las jaras y las retamas en flor olían á juventud brava y fogosa. A la derecha, al borde del camino, una cruz de palo, medio caída, señalaba el lugar donde quizás habría sucumbido un hombre. Donato espoleó á su caballo... y se persignó devotamente.

—Algo raro debe de pasarte, en efecto; ya me parecía á mí... Nada, que te veo en los altares.

—En los altares, no; pero en el ara de Himeneo, que será para mí un altar..., sí que has de verme pronto—exclamó resueltamente Donato.

—A ese altar no es difícil ir, cuando hay desnudo y bazarría...

Mi acento burlón debió de pinchar á mi amigo en ese punto sensible, en carne viva, que tienen los enamorados, y respondió enfáticamente:

—Desnudo le hace falta á una mujer como la que yo pretendo para unirse á mí, aunque más necesitaría para casarse contigo, que eres peor... Yo, al menos, reconozco mis errores; yo, al menos, comprendo la distancia que va de mí á un ángel.

Sentí impulsos de soltar la carcajada, porque lo de *ángel* me pareció risible. Una impulsión refinadamente malvada me contuvo, pues el preámbulo había picado mi curiosidad de aburrido y ocioso, y vislumbraaba, por oculta intuición, algo que pudiese entretenerme y saciar mi amor propio á expensas del ajeno. En una palabra: confusamente adiviné—á aquella hora tan dulce, en que Dios parecía querer infundirnos, por medio del espectáculo de la naturaleza adormeciéndose, ansias de paz y bondad—la contingencia de desgarrar un alma... el alma de un hombre á quien llamaba amigo... y yo no creía cometer una maldad, sino solamente ejercitar un juego, cruel y fuerte, varonil.

He notado que una perversa intención principia siempre por un disimulo. Disimulé el regocijo irónico que me causaba el calificativo de *ángel*, aplicado á una novia, y afecté repentina formalidad é interés. Como la mayor parte de los enamorados sólo desean hablar de lo que les preocupa, Donato cayó en la red, y me enteró plenamente de cuanto ocurría. Refrenando su caballo, para prolongar la confidencia, al suave paso de andadura del hermoso alazán, me informó de que el ángel era Leonisa Mendoza, hija menor del viejo Duque de Torquemada. Padre é hija venían todos los años á pasar tres ó cuatro meses á S... desde que los últimos cierzos de Febrero se convertían en soplos primaverales; pero hacían vida retirada y pacífica en su antiguo palacio de la calle de los Arcabu-

ces, pues el Duque había educado á sus hijas con monástica severidad, impropia ya de la época y costumbres actuales. Yo apenas les conocía; en cambio, llevaba amistad superficial con la hija mayor, esposa de un aristócrata francés, de lo puro de San Germán; alguna vez había almorzado en su elegante residencia de la calle de Grenelle. El anuncio del noviazgo de Almanzora me sorprendió, deslumbrándome. La novia era bonita, de veintiún años, de altísima posición, de encumbrado nacimiento; más de lo que podía soñar un teniente, con su espada por todo porvenir...

Comprendí que el acicate de la vanidad y del orgullo, en este caso, espolease al amor, el cual, sin duda, existía; lo delataba el quebranto involuntario de la voz, el centelleo de los ojos, la especie de reparo tímido al pronunciar el nombre de Leonisa—, signos inequívocos que denunciaban el amoroso interés.

Dada la perversión de mi sentir, fué todo ello incentivo, y la idea caprichosa se concretó mi mente. Yo, yo mismo, le quitaría á Donato su radiante novia, y no por los medios violentos y desaforados con que don Juan le roba la dama á don Luis, sino por otros tan hábiles y sutiles, que ni aun le quedase el derecho de mostrarse quejoso. Para mis fines no emplearía medio vedado por el código de la caballería mundana; y en mi soberbia, con sólo prometerme guardar tales prescripciones, creí sancionado y lícito mi propósito y empecé á gozar, mentalmente, de la impensada distracción que

proporcionaba á mi hastío constante. La malévolá complacencia debió de manifestarse ó en mi sonrisa ó en mis ojos, pues advertí en los de Donato súbita expresión de esa desconfianza, casi animal, que nos previene contra un riesgo desconocido. Todo, un relámpago. Activamos el paso de nuestras monturas, y llegamos al sospechoso ventorro, donde corrimos la broma con más ímpetu que nunca. Sólo lamenté la escasa imaginación y garbo del organizador de aquella zambra, un muchacho fanático mío, Pepe Velilla, que nos trajo las mismas mozuelas de las noches anteriores.

—Hijo—protestó Velilla—, no es mi culpa. Ya se me previno... Quise presentarte bocado fresco y de gusto... La Asunción, ¿no sabes?, la *Floría*, que acaba de llegar de Málaga con trónio y boato; como que hay allí un inglés más rico que Rotschild y la ha equipado por las nubes... Pero no le ha dado la gana á la flamenca. Dice que donde estés tú no quiere estar. ¿La conoces? ¿La has faltado alguna vez?

—Ni de vista... Me alegro saberlo—declaré intencionadamente—. A la primera que arregle yo, vendrá la *Floría*, ¡vaya si vendrá! Eres un pazguato, Pepillo, y esto está que parece un velatorio. ¡A meter bulla! ¡A romper vidrios! ¡A descuajarse!

IV

Dos ó tres días después supe que habían llegado á S... el Duque de Torquemada y su hija, é interpele á amigablemente á Donato. Entraba en mi plan disipar sus recelos, y creí haberlo conseguido.

—¿Estarás entusiasmado? ¿Habrá palique por la reja?

—No me encuentro aún á esas alturas... —murmuró—. Además, ¡cualquiera hace salir á una reja á Leonisa! ¡Con el rigor de sus principios, con su educación especial! Yo soy un pretendiente á quien miran con buenos ojos... Tengo fundadas esperanzas... ¡Pero la reja, es otra cosa! Esta noche iré á su tertulia; una tertulia de cuatro vejestorios, en el patio. Un coto... Allí no entra nadie...

—Casualmente—respondí como al desdén—tengo yo para el Duque una visita; su hija Laura, la que está casada en París, me ha encargado que le salude. Hazme el favor de anunciarme hoy, y mañana les ofreceré mis respetos, como se dice. Así veré mejor á tu novia; apenas puedo decir de qué color tiene los ojos.

Me expresaba con tal naturalidad, que Donato no se amoscó; al contrario, dijo sonriendo:

—Bueno; entretendrás al Duque.

— Aunque no es muy halagüeño el papel, lo

acepto por servirte. ¿A la recíproca, eh? si llega la ocasión...

Cumplióse el programa, y á las diez de la noche del día siguiente pisé el patio morisco, de columnas alabastrinas, que visitan con admiración los turistas en el palacio de Mendoza, cuando están ausentes los dueños. Al atravesar la cancela del zaguán, alumbrado por rico farol de bronce, y penetrar en el recinto, donde Leonisa estaba sentada ante una mesilla, conversando á media voz con el Arcediano, señor famoso por sus eruditos trabajos, mal pude suponer que entraba en mi destino...

Leonisa me tendió la mano, diciéndome algunas frases amables, fundadas en que su hermana hablaba de mí en carta reciente. La novia de Donato era de corta estatura, de menudas facciones, por lo cual, si de lejos parecía bonita, no seducía ni la mitad que de cerca. Al aproximarse á ella, sorprendía lo profundo y aterciopelado de su mirar, la gracia y delicadeza de su boca de capullo, el primor de su dentadura perfecta, la gallardía de su cuello de cisne, y todos los encantos de su fisonomía meridional, seria y llena de sentimiento. El hechizo de su voz completaba el efecto casi fascinador que ejercía involuntariamente. Conocedor en la materia, desde el primer golpe de vista me di cuenta de la especie de mujer que era Leonisa; y consecuente en proceder con maña y tino, después de rendir amplio tributo á la cortesía social, elogiando á la hermana ausente, cedí el sitio á Donato, que, impaciente,

esperaba, y me consagré al anciano Duque—, según lo estipulado.

Entablé con el austero prócer una de esas conversaciones sobre política del día, que escarban como garfios en opiniones é ideas y las sacan á luz. Me proponía saber por qué motivo el Duque de Torquemada veía con gusto las pretensiones de Donato Almanzora, que no era un gran partido por ningún concepto, y á la media hora de charlar con el magnate, arrellanados en mecedoras, cerca de las rejas por donde entraba el aire tibio de la estrellada noche, comprendí la razón. El Duque era partidario decidido de otros tiempos y otras costumbres, y un moralista tan acre como Donato; encontraba desquiciada la sociedad, peligroso el giro que lleva y reprochable y anticristiana, en general, la vida que se hace en Madrid, sobre todo en los círculos elegantes. Casi me repetía frases de mi amigo, y entendí que esta identidad de criterio había hecho á Donato persona grata. Indudablemente, el Duque no sabía que Donato andaba en los mismos pasos que otros mozalbetes; y no era la primera vez que yo notaba la habilidad de Almanzora para crearse fama de rígido, viviendo en la disolución. El comprobarlo me infundió hacia Donato humorístico desprecio; cuanto se hiciese contra el hipócrita era *justo*, según mi manera de discurrir.

Otro soltaría indiscreciones; yo, al contrario, ensalzé á mi amigo, le calificué de modelo de jóvenes y confesé con afectada humildad que yo, en cambio, era un mala cabeza. Sonreía

con cierta indulgencia compasiva el viejo, y se esponjó doblemente cuando, refiriéndome á su hija Laura, manifesté cierta melancólica envidia, como de réprobo á la puerta del Paraíso, ante la felicidad de aquellos esposos unidos y creyentes. Al despedirme del Duque, retirándome de la tertulia temprano, mi convicción estaba formada y dejaba la impresión que deseaba dejar.

Mientras me dedicaba al padre, mi ojo avizor, furtivamente, se posaba en la hija, á cuyo lado permanecía Almanzora. Oscura percepción me inclinaba á sospechar que tal vez Leonisa no compartía del todo los sentimientos de su padre respecto al joven teniente; ó mejor dicho, y para que el análisis sea exacto, que los compartía, que estimaba á Donato, que aprobaba honradamente sus teorías—no conociendo sus prácticas—, que le miraba sin desagrado, pero... En este *pero* encerraba yo un mundo de reticencias maliciosas y desengañadas, un abismo de psicologías femeniles interpretadas por mí del modo más desenfrenado. El semblante de Leonisa, el tono cálido de su timbrada voz me parecían indicios de un alma vehemente y ardorosa, predispuesta á soñar y á sentir, y daba por seguro que Donato no poseía el talismán para penetrar en lo íntimo de la encantadora criatura. «Si no eres un necio, Enrique —pensaba yo—, tú la despertarás.»

V

Necio, lo hubiese sido si vuelvo á la tertulia la noche siguiente, ni en bastantes noches. En cambio—llamando á un granuja, servidor mío incondicional, espumarajo de mancebía y taberna, en cuyo magín se rebullía una sagacidad agudísima de polizonte—, le ordené que, con absoluto sigilo y sin perdonar medio, espíase el palacio de Torquemada, indagase cuanto hacían sus moradores y viniese á decírmelo puntual y continuamente, con detalles y señas, no á mi casa, sino á un cafetín lóbrego y retirado, pero céntrico, donde otras veces nos habíamos citado para fines siempre misteriosos. Habitado á servir de medianero el granuja (*Jilquero* le llamaban), y teniendo barro á mano, empezó á desempeñar su cometido con exactitud y astucia asombrosas. Ignoro qué cómplices subalternos se procuró en la casa ducal, pero sé que me enteró al dedillo de los pasos de Leonisa, desde el momento en que, deslizándose de su virginal blanco lecho, se calzaba finas chinelas y se envolvía en los encajes de su peinador, hasta que otra vez la cobijaban las holandas y sedas de la colcha... Lo que me faltaba por averiguar Dios sólo lo conocía... y yo me juraba á mí mismo conocerlo también en breve.

En mi táctica, érame indispensable el espionaje, porque no me convenía preguntar nada á gentes de mi clase y esfera, que extrañasen mi interés y me juzgasen enamorado de Leonisa. Una de las cosas más interesantes para mí era saber á ciencia cierta el estado de sus relaciones con Almanzora. Me sería difícil averiguarlo por el interesado mismo, sin renovar sus indefinibles sospechas. El tiempo me demostró que acertaba; pues Donato, como todo enamorado vagamente celoso, no siempre era sincero. A los tres días de espiar me constaba que los supuestos novios no se escribían, y que sólo se veían y hablaban á la hora de la tertulia en el patio. A los tres días también, me había yo tropezado *casualmente* con Leonisa en la calle, volviendo ella de tiendas ó de misa, varias veces, saludándola respetuoso, aparentando no buscar la mirada de los ojos árabes, que me seguían, no pude dudarle, por espacio de un segundo, tal vez curiosos, tal vez guiados por involuntario presentimiento.

No obstante, entre la servidumbre del palacio de Torquemada se decía que el señorito Donato era novio de la señorita, estando en familia concertada la boda. Mi espía me informó de que el general Almanzora, padre de Donato, almorzaba frecuentemente con el Duque; y Donato confirmó la noticia.

—Y ella, tu encantadora novia, ¿cómo te trata?—pregunté con sencillez.

—¿Cómo quieres que me trate?—contestó el teniente, que, á pesar suyo, contrajo ligera-

mente el rostro y frunció el entrecejo—. Ya sabes tú lo que son noviazgos.

—¿Sale á la reja?

—Todavía no... Ya te dije...

—Saldrá, saldrá—repetí con tal aplomo, que Donato, no teniendo en realidad motivo de inquietud, si no fuese por ese misterioso instinto que desde las profundidades del sér anuncia peligros inadvertidos por la razón, acabó espontaneándose, cediendo al gusto de hablar de su cuidado.

—Creo que me corresponde, que me quiere... Si no lo creyese, ¡qué sería de mí!—murmuró en tono que debiera haber bastado para hacerme retroceder en el camino emprendido—. Lo que pasa es que yo estoy tan loco, que todo me parece hielo. Es preciso que esto se decida, porque si no, no sé adónde voy á parar...—Hizo una pausa y añadió en arranque brusco—: ¿Serías capaz de ayudarme?

Aquella aleación de caballerosidad profana que tenía mi desenfreno moral, me movió á responderle:

—No, hijo; pídemme otra cosa, otra prueba de amistad... No soy entusiasta del matrimonio, y no ayudo nunca á las bodas de mis amigos. Tú por tu lado, yo por el mío en esta cuestión—recalqué significativamente, pues se me figuraba que la indicación de Donato tendía á hacerme contraer una especie de compromiso de honor, y que me temía, como temen siempre los enamorados á su mejor amigo—, en quien sólo empiezan á fiar después de casados.

VI

La observación corroboró mis pérfidas intenciones. Aquella misma noche, por segunda vez, seguro de no pecar de entrometido, volví á la tertulia de Torquemada. El Duque me recibió afablemente, me reprendió por mi alejamiento y me invitó á almorzar «cualquier día». Me excusé: en mi plan de campaña entraba el venderme caro.

Donato, sujeto por no sé qué exigencias del servicio, no había llegado aún. Sin buscarlo aparentemente, me encontré sentado cerca de Leonisa. Con todos mis defectos, no era yo excesivamente fatuo, pero tampoco ciego ni torpe, y advertí que mi presencia turbaba á la hermosa, sin definir de qué especie era la turbación—. Puse el diálogo en el terreno más natural; dándome por enterado, embromé á la niña con Donato Almanzora, suponiendo que el noviazgo era cosa convenida, indiscutible. Ella aceptó la broma, y al referirse á Donato, parafraseó las opiniones del Duque, alabando el modo de pensar de su futuro, su formalidad, su bondad. Otro hubiese sentido tentaciones de gritar: «Donato ni es mejor ni peor que los restantes muchachos de su trinca.» Por segunda vez me guardé de esta delación; abundé en el parecer de Leonisa, y deploré no asemejarme á Donato,

ni merecer iguales elogios. Me presenté como hombre que reconoce cuanto malo se puede decir de su género de vida, pero que no tiene ningún aliciente para modificarlo. De esta manera, interesaba á la vez la compasión femenil, sentimiento tan afín á la emoción amorosa, y el amor propio. El cebo fué mordido afanosamente por la cándida criatura, que empezó á amonestarme, queriendo mostrarse severa; á predicarme, en suma, para convertirme. Yo supe manifestar sorpresa, gratitud, noble melancolía, añoranza de un cielo que no me tocaría nunca gozar... Y, al final de la peligrosa platicamurmuré, como si hablase conmigo mismo: «Habrá que obedecer:... ¿Quién sabe si será esta mi salvación?» Ella se reía, pero la risa era defensa vana de un inocente corazón agitado ya.

Buen rato llevábamos de cuchicheo, cuando Donato entró. Me aparté discretamente, pero al hacerlo pronuncié en mi interior la frase brutal de los conquistadores: «Es mía.» Y yo no era un majadero; era sólo un cazador de olfato sutil, perspicaz.

Quien viese á Donato al lado de Leonisa, á mí distante y conversando con los señores formales, mal interpretaría la realidad. Yo era dueño de la niña. De mi arte dependía solamente hacer efectivo mi dominio. Y artista fuí, logrando conciliar la especie de probidad que me imponían las confidencias de Donato y el propósito de apoderarme del alma de Leonisa completamente. Me guardé de asiduidades:

siempre que encontré á la señorita de Mendoza pareció obra de la casualidad, aunque no lo fuese nunca. Supe dejar ver que callaba mucho, y supe insinuar que, desde la conversación con Leonisa, en mí se verificaba un cambio. No frecuenté la tertulia, y así los temores de Donato se adormieron; debieron adormirse tanto más, cuanto que su novia parecía como nunca animada á formalizar las relaciones. Yo tenía descontado esto: al alarmarse Leonisa mirando dentro de sí, la incauta buscaba el remedio, y, cerrando los ojos, aceptaba el matrimonio con la firme resolución de atrincherarse en los deberes y las gravedades del hogar. Sin embargo, al noticiarme Donato, enajenado de gozo, que dentro de una semana—al regresar de Madrid trayendo algunas joyas, primeros regalos de esponsales—, daría el General Almanzora el paso de pedir á Leonisa, sentí, como puñalada de estilete, una cólera sorda, desdeñosa y fría, y resolví precipitar los acontecimientos. Un dato que supe por mi policía me dió alas. Leonisa, el mismo día en que autorizó á Donato á pedirla, lloró mucho, pasó dos horas en la iglesia, y, al volver de rezar, no bajó á almorzar por impedírselo una jaqueca muy fuerte. «Es hora», decidí con aquella precisión matemática que me jactaba de desplegar en esta clase de asuntos.

Cuando hay efervescencia de sentimientos y deseos, dijérase que la casualidad lo sabe y nos auxilia. Una hermana del General Almanzora, madrina de Donato, cayó enferma de cuidado

en Madrid, y el padre telegrafió con urgencia á su hijo: se trataba de una herencia posible, y, además, de un deber de afecto. Donato marchó renegando, dejándome el campo libre. La petición de mano se retrasaba, por razones de decoro, si la señora fallecía. Buenas cartas para mi juego. ¡A jugar!

Cierta ex-amiga mía, amiga también del duque, bonachona y franca, mujer de alto nacimiento y turbia historia, pero bien recibida y muy simpática, no necesitó más que dos palabras al oído para arreglar las cosas conforme á mis planes. Dió en su elegante casa un bailecillo de confianza y muy selecto, invitando con empeño especial á Leonisa, que acabó por acceder. Ausente el novio, nadie extrañó que usase de los fueros de mi intimidad con él, sirviendo y atendiendo á la novia, llevándola del brazo á la iluminada azotea, donde se servían refrescos, y paseándola por el breve jardín regado por surtidores y poblado de naranjos, arrayanes y laureles rosa. Difícil sería reseñar lo que hablamos: sólo importa lo que mal encubrían las palabras, lo que ya no cabía en los pechos. Salí del baile á las tres de la madrugada, y si al salir hubiese encontrado un espejo donde mirarme, lo haría, para cerciorarme de que no era otro hombre distinto del Enrique Arcos, empedernido y aburrido pecador. La sorpresa que me llevaba, la revelación fulminante no era que Leonisa me amase locamente: ¡eso bien sabido lo tenía! Lo inesperado, lo magnífico, era que yo, á mi vez, yo... yo quería á

Leonisa de la entraña, habiendo sentido, al contacto de su lindo brazo apoyado en el mío, al soplo fragante de su puro aliento infantil, impresión divina no sospechada nunca, algo inefable y embriagador que se me subía á la cabeza. Y, en mi asombro, no acertaba á definir si era bueno ó malo el inesperado suceso; si debía sentirlo ó celebrarlo. Sólo después de dos horas de vagar por las calles, cuando la brisa del amanecer se impregnó de los olores del azahar que envolvían á la ciudad dormida, percibí que era feliz, y que cuando se es feliz no conviene analizar el hechizo de la ventura, sobrado raro y precioso para que no temamos perderlo...

VII

Entre resistencias del recato, temblores de pasión y dudas de miedo, Leonisa se había comprometido á salir á la reja al día siguiente, cuando se retirase la tertulia. Prendado ya, temí lo que no temería si estuviese sereno: que la niña se arrepintiese y me dejase rondar inútilmente la calleja solitaria. Cautó en medio de mi trastorno, yo había asegurado á Leonisa que *aquello* de la reja no sería sino una conversacion afectuosa; que un amigo, nada más que un amigo, la suplicaba el favor de una comunicacion franca, lejos de los cien ojos envidio-

sos ó malévolos que nos rodeaban en el baile. Mientras los labios articulaban la engañosa y tantas veces profanada palabra *amistad*, los ojos decían otra cosa, y la decían en inequívoco lenguaje. Sin embargo, reconocí la primera señal de mi verdadero amor en el respeto involuntario, en la limpieza de ánimo, en la ilusión ideal con que acudí la noche siguiente á la cita. Esperé pacientemente á que se fuese el último tertuliano, y cuando el ruido de las botas y el abejorreo de las conversaciones cesaron por completo, y sólo quedó el silencio poético de una noche de luna llena, me acerqué á la reja, á paso reprimido y elástico, deslizándome á saltos, si cabe decirlo así.

La ventana interior estaba abierta; el claror lunar alumbraba la espesa mata de jazmines, el hueco blanquecino entre los hierros negros, artísticamente forjados, y el pavimento de la estancia, donde sus rayos proyectaban blancuras... Me agarré á los hierros... Casi en el mismo instante un dulce hálito me acarició la cara... Era Leonisa, que al encontrarse tan cerca de mí, retrocedió, reprimiendo un grito.

Recobrando mi prudencia, la llamé con suavidad, con ternura. Ella misma inició la conversación, asegurando que estaba allí solamente para cerciorarse de mi enmienda, su mayor anhelo en este mundo. Y sin faltar á la sinceridad, pues en aquel momento lo creía así, me reconocí arrepentido, dispuesto á ser otro, siempre que hubiese *alguien*, una *amiga*, que estimase y premiase mis esfuerzos hacia el bien.

Leonisa me reprendió por esto; según ella, lo bueno se debe hacer sin esperanza de premio inmediato, porque es bueno, y porque estamos obligados á reconocer y practicar la ley de Dios. Me guardé de contradecirla; ¡tanto temía perder el terreno conquistado!, y estuve persuasivo al explicar las causas de mi larga depravación: mi soledad moral, mi abandono, la indiferencia que me rodeaba...

—No he de acusar á mi padre—dije—; le debo mucho amor; pero con sus negocios, sus viñas, sus cosechas, anda siempre ocupado y no ha tenido tiempo de corregir mis desvarios.

Leonisa, entonces, al través de la reja, se encará conmigo, y magnetizándome con sus rasgados ojos de terciopelo obscurísimo, en que brilló una chispa inquieta de altivez de raza, me preguntó:

—A lo menos, va usted á decirme, terminantemente, una cosa; ¿ha hecho usted algo contra el honor? Porque yo he oído que un hombre puede cometer mil locuras, y hasta tener mil vicios, conservando su honra de caballero.

Responder con sumisión, disculparse, hubiese sido torpeza indigna de mí. Prendado y todo, no me olvidaba de mi táctica. Me aparté violentamente de la reja, y, saludando triste y respetuoso á Leonisa, me embocé en mi ligera capa de verano y me alejé, perdiéndome en las callejas inmediatas.

VIII

Pasé una noche rabiosa; temía haber dado un golpe demasiado atrevido. Poco tardé en comprender que mi estrategia era segura. Una dueña, sin el manto negro de sus congéneres en la época de los Felipes, pero del mismo tipo, melosa, picaresca y de corte beatífico, me trajo una esquila, escrita con letra que delataba pulso alterado. La esquila decía solamente: «Aguardo esta noche.» Era el laconismo de los que se arrojan al mar y escriben su despedida; el estilo sin eufemismos de los candorosos... Y entonces, con nueva seguridad, pero con mayor y supremo orgullo, repetí para mis adentros: «Mía... completamente mía.»

Cuando, al dar la media noche, volvimos á encontrarnos separados por una cortina de hierro y ramaje, la pobre criatura me pidió perdón—¡perdón á mí!—de su injuriosa pregunta de la víspera.

—¡La gente es tan infame!—murmuró, cogiéndome ella misma la mano con ansia febril. Han dicho á mi padre que usted gastaba más lujo de lo que permite su fortuna... ¡Y mi padre ha calificado eso tan duramente!

—Leonisa... es verdad que he derrochado... Eran mis ganancias del juego.

—¿Volverá usted á jugar? ¿No cambiará us-

ted de vida, Enrique?—balbuceó la niña estrechándome los dedos, atrayéndolos hacia su corazón cándido.

—Lo que usted quiera, eso será de mí... Usted puede transformarme... Si su carta tarda unas horas más, tal vez no me encuentra en S... porque, incapaz de resistir el despecho y la cólera que me causó la pregunta, hubiese partido en dirección á Madrid, y desde allí á Londres. Al perder mi última esperanza, que eres tú—exclamé tuteándola atrevidamente—, iba á recaer, y más hondo que nunca, en la perdición... Dime si estás dispuesta á salvarme.

La luz de la luna se abrigó en dos lágrimas puras y lentas, que resbalaron por las mejillas de la hija del Duque de Torquemada. Su diestra, que yo oprimía ardorosamente al través del hueco que dejaban los hierros negros y duros, tembló, y sus labios murmuraron como á pesar suyo:

—Enrique, Enrique...

En aquella ocasión, mi mismo enamoramiento me fué útil para conducirme del modo más acertado, como si un cálculo frío me guiase. Un respeto tierno, una alegría sagrada embargaban mis sentidos, dejando sólo despierto el espíritu, que por primera vez se abría al cariño idealizado. Ni un instante pensé en defenderme del sentimiento que me invadía; demasiado feliz para luchar con él, cerré los ojos, me entregué á mis impresiones, y pasé una hora tan venturosa, que la he recordado después mil veces... hasta para confirmarme en otros propósitos

bien distintos, y para reconocer que sólo debe llamarse felicidad en este mundo á lo que nos lleva más allá de la vil sensación y nos adelanta el sabor de lo infinito.

No necesitando fingir; pudiendo unir el corazón y la lengua, todo cuanto dije llevó el artístico sello de la verdad más hermosa. Leonisa, confiada ya como un pájaro domesticado, me preguntaba cosas ingenuas, me exigía promesas, que yo le hacía de buena fe enteramente; y sin que se hubiera pronunciado la palabra «matrimonio», la niña se refería siempre á nuestras existencias juntas, á un porvenir muy largo de noble felicidad, que aún no tenía forma ni nombre. Todo ello era susurrado en frase rápida, entrecortado por exclamaciones, por nuestros nombres repetidos con el énfasis de la pasión. Al despedirnos, citándonos para la noche siguiente, la niña cortó una rama de jazmín, y yo, que la recogí, tributé á la flor las locas caricias con que nunca hubiese profanado las aristocráticas manos, tan pálidas y tan satinadas y tan olorosas como los jazmines mismos. Y me acosté, después de dar mil vueltas por las calles, desvelado de gozo, estrechando el jazmín, olvidado de cuanto no fuese aquella renovación de mi alma, que se bañaba en el azul del amanecer, después de haberse impregnado de argentina luna. Todo lo que había en mí de piel gastada y vieja se desprendía, y aparecía debajo la carne sana de mi juventud, la sangre, todavía no inficionada por la corrupción, ardiente y limpia, encendida por afanes y sueños resplan-

decientes como la mañana—, que despuntaba cuando deslicé el llavín en la cerradura de mi puerta.

No hay que decir con qué ansiedad esperé que llegase la siguiente noche. Probé esa roezón sorda del tiempo que nunca pasa, que es uno de los refinados suplicios del querer. No es lo peor que se sufra tan lancinante inquietud, sino que por engañarla y distraerse se haría cualquier cosa, la más absurda, la más brutal. Esto lo he comprendido después de mi infortunio... ¡Tal vez no me es lícito llamarle así!...

Afinada mi sensibilidad por la viveza de mis impresiones, noté, al penetrar en la callejuela adonde caía la reja de mi amada, una especie de extraño recelo, una angustia indefinible, como si una mano que no se veía, una mano glacial, me detuviese, apoyándose en mi pecho. Loco de esperanza momentos antes, parecióme entonces que el zumbido vago del aire, agitado por indicios de tormenta, me susurraba al oído dos sílabas fatídicas: «Nunca». Estremeciéndome, apreté el paso, y al encontrar á Leonisa, que me esperaba, comprobé, desde las primeras frases que trocamos, que el estado de su ánimo era igual al del mío. Tampoco ella había podido dormir; también ella había experimentado la nerviosa impaciencia, el anhelo de acortar horas, y también ella sufría inexplicables zozobras y temores... Sólo que los suyos eran exactos, definidos, y además perfectamente lógicos. Leonisa temía que, al llegar Donato y encontrar tales novedades, surgiesen conflictos,

un choque entre él y yo, y temblaba igualmente que el Duque, gustoso en la boda con Almanzora, porque le creía hombre serio y de sanos principios, á mí me rechazase. Y al formular estos recelos, Leonisa, acongojada, suspiraba tristemente. Prestándome elocuencia el cariño, me dediqué á tranquilizarla. ¿Qué derechos poseía Donato?

—Si se mira bien, muy pocos—respondió la niña—. Me avenía á casarme con él porque creí que así evitaba quererte... ¡Ya ves qué tonte-ría! Era peor; me exponía á daños más graves... Pero jamás le mostré amor; nunca quise salir á la reja, á pesar de sus apremiantes instancias. Así y todo, de seguro se enojará, y mi padre lo mismo..., que es lo que siento: mi padre es para mí la imagen de Dios; ¡me ha dado ejemplos tales! ¡Oh, Enrique, Enrique!—murmuró sollozando casi—¡Cuánto tengo que quererte, para no volverme atrás ante la certeza de apesadum-brar á mi padre!

—No tengas miedo ninguno, alma mía—re-petí—, no tengas miedo. La imaginación te abulta el peligro. Vamos á ver: dos cuestiones hay ahí: Donato y tu padre. Con Donato creo que debes explicarte de un modo que lastime lo menos posible su amor propio, pero francamente. No le quieres lo bastante para casarte... Eso no es ofensa. Y respecto á él y á mí... no te importe, es lo de menos.

—¿Y si te insulta? ¿Y si tenéis que... que...? La palabra no salía de sus labios.

—¿Que batirnos?—Me eché á reir—Te pro-

meto que he de hacer cuanto pueda por evitarlo, Leonisa de mi vida. Un desafío ahora prevendría más á tu padre contra mí; ya ves si estaré dispuesto á andar á cintarazos. Donato y yo nos conocemos; sé que no es cobarde; él tiene respecto á mí la misma seguridad. Con pincharme no recobraría tu corazón, que no ha poseído nunca. Le supongo lo bastante inteligente para no llevar las cosas á un extremo inútil. Tu padre... Eso ya es distinto. Contra tu padre, armémonos de paciencia y borremos poco á poco el mal concepto que tiene de mí. Después de todo, no creas que he sido ni mejor ni peor que... que la mayoría. (Y aquí me contuve, constante en mi propósito de no desacreditar á Donato.) Quizás he sido más escandaloso...

—¡Ya eso es mucho!—declaró Leonisa— ¡Ay de aquel que produce el escándalo! Enrique, ¡qué difícil va á ser el rehabilitarte!

—Contigo y por ti nada es difícil... Tú verás, tú verás... Y no pensemos más en lo que aún no ha sucedido; pensemos en que ahora somos tan dichosos; aprovechemos este minuto...

Como si algún poder oculto quisiese darme siniestro aviso, una fuerte ráfaga de solano arrancó ramas del jazmín é hizo volar sus hojas esparcidas; el cielo se ennegreció, y en la calleja zumbó triste y estridente la voz del viento, parecida á una amenaza. No tardó en brillar un relámpago; el trueno tableteó en las nubes, y gotas gruesas de furiosa lluvia azotaron el suelo y empaparon la capa que me envolvía. Fué forzoso despedirse. La ventana de la reja se cerró,

y empujé aprisa, empujado por la tormenta, el camino de mi casa, oprimido el pensamiento por una de esas aprensiones que en nada se fundan y por lo mismo adquieren desmesuradas proporciones.

IX

Debí creer al siguiente día que era profética la singular opresión, porque la primer noticia queme dieron en el Casino, adonde concurría por las tardes, fué la del regreso de Donato, rico, gracias al fallecimiento de su tía, que le dejaba toda su hacienda, y decidido á pedir á la hija del Duque de Torquemada para casarse al expirar el luto. Mis entrevistas por la reja, contadas y recientes, con Leonisa, no se habían hecho públicas, y hablaban delante de mí sin reparo. Comentaban la buena suerte de Almanzora y la caprichosa condición del Duque, que después de educar á su hija punto menos que para monja, se aprestaba á casarla con un muchacho como todos los demás, con ligeras diferencias, por creerle un modelo de virtud.

—¿No es cierto, Enrique?—me preguntó el más mordaz de todos, temido por su lengua, Adrián Alfaro—, Donato es un mátalas callando; pero si puede engañar al santo varón del Duque, lo que es á nosotros...

Se encontraba en nuestro círculo el Marqués

de Guadamora, político de algún renombre, y contestó á Adrián, que no se dirigía á él:

—¿Y cree usted que no vale nada hacer las cosas con arte y recato?... Bien ven ustedes que es algo, cuando por ese solo mérito se va á llevar Almanzora el mejor partido de la provincia de S..., y á la vez una mujer divina.

Al oír estas frases, sentí furia homicida contra Donato. He notado que todo amor profano se completa con odios: la ley del desorden pasional así lo quiere. Desde aquel instante destesté á Donato; él no iba á tardar en aborrecerme más hondamente aún.

Al despedirnos, Leonisa y yo habíamos quedado citados para la siguiente noche. Donato concurrió á la tertulia á hacer su corte autorizada; la hija del Duque le recibió con marcada frialdad; los tertulianos lo notaron perfectamente, como supe después, y el recibimiento causó á Donato un despecho, una desazón humillante, que instantáneamente cristalizó en sospecha. ¿Sospecha de qué? De nada y de todo: la desazón física del que se siente robado y no conoce al ladrón. El carácter solapado de Almanzora le inclinaba á la desconfianza, y la desconfianza le servía de talento. Debe advertirse que no había faltado quien le contase el baile en casa de mi ex-amiga, mis atenciones con Leonisa, mi asiduidad en obsequiarla—y este hecho, insignificante en sí, adquirió valor al recibir glacial acogida de su futura—. Ese instinto de inquisidor que se despierta en los que se sienten frustrados, guió á Donato, le iluminó.

Al disolverse la tertulia, se hizo el perdidizo por callejas y volvió al cabo de media hora á rondar el Palacio del Duque, sobre todo la reja codiciada, prohibida para él. Y debió de sentir como si el firmamento se le cayese á plomo encima, cuando desde la boca de la callejuela percibió, arrimado á la reja de sus sueños, un bulto. A paso maquinal, trágico, Donato avanzó... Si lleva armas entonces, creo que mi vida no vale un maravedí... Pero iba de paisano, no tenía más que sus puños, y cuando me reconoció, el estupor le clavó los pies al suelo... Yo también le reconocí; sin perder mi sangre fría me desvié de la reja, me acerqué á él, y le dije muy bajo:

—Nada de estrépito... Me tienes á tu disposición... Pero vámonos de aquí, salgamos á la plaza.

Con gran sorpresa mía, Almanzora no dió señales de aceptar el reto. Su cara lívida, sus ojos inflamados, fueron únicas señales del horrible estado de su espíritu. Rechinando los dientes, murmuró:

—Lo sabía. Tenías que ser tú, canalla. Desde que hablamos de mi amor, camino de la venta, comprendí que te atravesarías en mi camino.

—Repito que estoy á tu disposición—fué mi respuesta.

El me clavó una mirada inolvidable; vaciló un segundo... y, en voz de fantasma, articuló:

—No se trata de eso. Me la has quitado... Has vencido... No te la disputaré con violencias inútiles. No quiero que, además, me pongas en ridículo.

Y, volviéndome la espalda, desapareció entre las sombras. Al pronto quedé confuso; algo parecido al remordimiento se deslizaba en mi ánimo, siempre despreciador de toda responsabilidad moral. Después alcé los hombros como diciendo: «Tanto mejor, ya que lo toma así.» Y paso tras paso volví á la reja, á tranquilizar á Leonisa, que me esperaba transida de susto.

—¡Era él!—tartamudeó—¿Qué ha pasado?

Repetí al pie de la letra el diálogo; la niña respiró.

—Prométeme—dijo—que ni le buscarás ni le ofenderás. Promételo.

—Así lo haré, pase lo que pase... ¿Me crees, Leonisa?

—Te creo... ¡Tengo fe en ti! ¡Tengo fe, Enrique!

Por primera vez, y con veneración, puse los labios en la mano pálida y sedosa.

Al llegar á esta parte de mi historia, sólo por conjeturas puedo hablar de Donato. Si su conducta obedeció á maquiavélico plan, como creo, mi deber de cristiano y de arrepentido me manda perdonarle. Si fué la casualidad la que todo lo hizo, entonces, y más que en caso alguno, la casualidad fué el velo de la Providencia...

Donato, al otro día, no volvió á la tertulia del Duque. El magnate lo extrañó y envió un recado preguntando por su salud. Presentóse entonces Donato á hora impensada, y celebró una larga conferencia, á solas, con el padre de Leonisa. Jamás se supo lo que hablaron. Lo positivo es que empezó á cundir por S... la no-

ticia de que se habían desbaratado los proyectos matrimoniales, y el rumor de que yo era el nuevo pretendiente á la mano de la hija del Duque, pero pretendiente rechazado enérgicamente por el padre. Y en efecto, la reja se cerró; en vano paseé la callejuela; la cara adorada no se asomó entre los hierros; sólo vi las caritas blancas de los jazmines, que parecían enfermos de pena y soledad. Dos noches di vueltas alrededor del palacio como el león por el ámbito del circo, acalenturado, desesperado,icamente. Entonces comprendí lo hondo que me había caído dentro de aquel amor, cimentado en un mal propósito...

X

Sentía el ansia de ir á pedir cuentas á Donato...; pero recordaba mi promesa, y me contenía. A la tercera noche, torturado por la marejada de sentimientos que caracteriza ciertos estados psíquicos, y que llega á producir momentáneos accesos de locura, me dirigí á la tertulia de Torquemada, resuelto á saber á toda costa lo que había sucedido... Al pisar el zaguán, noté esa sensación extraña de silencio y abandono que se percibe en los sitios donde esperábamos encontrar algo que se fué, y el criado de librea que acudió á recibirme, me dijo en

tono acompasado, como si recitase una lección aprendida:

—El señor Duque está un poquillo enfriado. No hay reunión.

—¿La habrá mañana?

—No le puedo decir al señorito. Lo probable es que no. Si hubiese, avisarían.

Comprendí que la enfermedad del anciano señor no era más que un pretexto, y puse en juego otros medios para lograr ver á Leonisa, para hablarla, para preguntarla qué sucedía, y sobre todo, si continuaba queriéndome; si podía contar con su voluntad, y por encima del universo hacer mía su existencia, fundiéndonos en eterno abrazo. Derramé el oro para conseguir que una apasionada carta llegase á manos de la hija del Duque. La carta me fué devuelta á mi casa sin abrir. Entonces caí en una especie de marasmo alternado con accesos de frenesí; en un tedio que no sabía cómo disipar, porque el vacío de mi alma ya no podía llenarse sino con Leonisa... Digo mal: el vacío del alma sólo con Dios se llena; los objetos mortales lo ocupan, lo engañan, pero no lo colman. Esto lo vi más tarde... Entonces creía sinceramente que mi desolación, mi aridez, una mujer las curaría por siempre... En tales situaciones, cada minuto sugiere una resolución. Tan pronto meditaba pegar fuego al palacio de Torquemada para sacar de entre las llamas en mis brazos á Leonisa, como arrojarme á los pies del Duque y prometerle seguir la más ejemplar conducta, ser el modelo de los espo-

sos y los hijos, edificar al mundo con mi proceder, lo mismo que antes lo había escandalizado. Otras veces, impulsiones sanguinarias hervían en mis venas; veía rojo, y me dominaba para no arrojarme sobre Donato y deshacerle, puesto que él, sin género de duda, era el que, al delatarme, me había cerrado las puertas del palacio de Torquemada y quién sabe si las del corazón de Leonisa. Porque lo más cruel para mí era el silencio de mi amada. ¿Qué significaba? ¿Se había desvirtuado el hechizo?

¿Podía haberme olvidado ya la que se estre-
mecía de pasión al sólo eco de mi voz, cuando la bajaba para que resonase en su oído como un murmurio de arroyo? ¿Qué fatal poder la impedía darme alguna señal de vida, mostrarse en la calle siquiera, para que yo la viese? Porque, desde la entrevista de Donato con el padre de Leonisa, ésta no había vuelto á salir ni á la iglesia; por mis espías, á quienes volví á poner en movimiento, supe que, instalado en el palacio un oratorio, la niña oía diariamente la misa de su capellán, y que, más, cual nunca, la casa de Torquemada parecía, por lo recoleta y silenciosa, un convento. Todo esto me producía un estado de ánimo que sólo puede calificarse de insania. Pasaba noches enteras sin conciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas en la cama, arrugando lassábanas, arrojando la ropa, encendiendo luz para tratar de distraerme con un cigarro ó con una lectura, y á veces arrancándome el cabello como un orates, en la furia de mi impotencia contra el muro de pedernal de los sucesos.

Otras noches prefería no acostarme, y recorrería, embozado en mi capa, las calles románticas de la ciudad, ó las alamedas luengas que festonean las márgenes del río, á paso de loco, manoteando como enajenado del sentido, hablando solo ó dejándome caer en un banco, donde permanecía hasta que, entumecidos mis miembros por el rocío nocturno que calaba mi ropa, me era forzoso sacudir la inercia y retirarme á casa para caer, con pesantez de plomo, en el único asilo de los desgraciados: el sueño.

Cuando la vida pletórica de nuestros sentimientos no encuentra válvula en la acción, sin remedio llegamos á buscar en apariencias de acción algún alivio, un cambio de postura. Nuestro tumulto interior pide tumulto fuera, y la imposibilidad de encerrarse en una calma estoica crea la mentira del ruido. Si yo pudiese reunirme con Leonisa, así fuera derramando sangre, arrasándolo todo, ¡qué profundo consuelo para mí! Quemar, romper, entrar en el palacio á tiros... Pero nuestras prosaicas actuales costumbres no me lo permitían, y aquella estancación de mi existir, aquella pared sorda, muda, inmóvil, entre la amada y yo, me precipitaban en la demencia. En estos estados se acepta todo lo que distraiga.—Sin saber lo que hacía, volví á reunirme con mis compañeros de francachelas, recaí rápidamente en mi antiguo modo de ser, con más arrestos, al parecer, que nunca. Dentro de mí, sin embargo, un gusanillo me atarazaba el pensamiento. La imagen de Leonisa se me aparecía

constantemente (lo que se dice *aparecer*), reprendiendo mi caída, con los negros ojos húmedos y la descolorida boca llena de quejas, recordándome quebrantados propósitos; pero un instante después de *haberla sentido*, por decirlo así, físicamente á mi lado (siempre á un mismo lado, es un extraño fenómeno que observé), la desesperación causada por el silencio de la hija del Duque renacía, y yo gozaba salvajemente en creer que con mis desórdenes me vengaba, la ofendía, iba contra su deseo, y tal vez arrancaba efectivamente, á sus largos ojos de gacela, las lágrimas del despecho, á falta del llanto extáticamente amoroso...

IX

Era entonces justamente la época en que S... hervía en diversiones, animado por la venida de algunos extranjeros—no tantos como acuden ahora—y por el regreso de las familias que invernaban en Madrid. Desde lo más encopetado hasta la gente de barrio y tienda, una ola de alegría y de alborozo corría encrespándose. Sólo el palacio de Torquemada permanecía silencioso como un claustro. Invitaciones para tertulias, bailes, jiras, llovían sobre mí, y yo aceptaba todas aquellas que creía pudiesen mortificar á Leonisa; reanudaba galanteos olvi-

dados; iniciaba alborotos; aparentaba enamoramientos, y era, más que nunca, objeto de la atención maligna del público, era el hombre de mala reputación, que, sin embargo, ó por lo mismo, lisonjea á las mujeres llevar á su lado apoyándose en su brazo y reprendiéndole con picaresca indulgencia. Con mis triunfos de salón alternaban otros de muy distinto género; las apuestas á beber, con ingleses y españoles; las juergas con séquito de perdidos y hembras de baja estofa; para decirlo de una vez, usando de una palabra expresiva y pasada de moda—, la orgía fué mi estado habitual.

Frecuentemente me encontraba con Donato, y siempre el mismo impulso de deshacerle entre mis manos surgía del fondo de mi sér, y el respeto inexplicable de una palabra empeñada me contenía; además, soberbio, no quería dejar ver el despecho de haber sido vencido. La presencia de Donato tenía la virtud de incitarme á mayores excesos. No quería demostrar pena, y practicaba la fanfarronería del vicio y de la corrupción. Y al contacto de la gente podrida que me rodeaba, aquellos amargos y feroces sentires que había desarraigado en mí el amor de Leonisa, renacían como abrojos en campo inculto, y el único maldito deleite que saboreaba en mis locuras era el de escarnecer y burlar á la humanidad entera, si fuese posible, y si no, por lo menos á la que alcanzasen mis manos.

A la cabeza de una taifa de desatados como yo, entre los cuales se distinguía Pepe Velilla, que se llamaba mi lugarteniente, me compla-

cía en pisotear á las mujerzuelas, esclavas de la mala vida, que traíamos á nuestras fiestas y banquetes. Un día, almorzando juntos en un colmado, y ya con las cabezas calientes, convinimos mi seide y yo en que nos sabíamos de memoria al rebaño sometido á nuestros caprichos, que todo era una sosería, y que sería preciso esperar ciertas remesas de palomas negras que se anunciaban procedentes de Madrid y París.

—Aquí—murmuró Velilla, sorbiendo una caña—sólo queda una mujer, ya te habrás fijado, que no hay manera de traérnosla. Huye de nosotros como del fuego.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tendré la suerte de que exista tal mujer? No lo creo, aunque me lo jures.

—Pero si tú lo sabes; sólo que, como no te importaba un comino, te has olvidado.

—¿Asunción la *Floria*?

—La misma. Pues si hablamos del asunto... todavía ayer. ¿No te has enterado? Parece ser que á la chica, que á mí me gusta de veras, porque...—aquí Velilla dió una serie de razones incongruentes é indecorosas—la echó las cartas esa gitana célebre, la Marinoche, que tiene fama de acertar y que se gana un dineral explotando la credulidad del mujerío. La bruja pronosticó que el encontrarse contigo sería funesto para la Asunción, y por eso nunca quiere ir adonde tú vas... Bien sabes que ni ofreciéndola el oro y el moro hemos conseguido...

—Según eso, ¿la dificultad soy yo?—exclamé

riendo—. Aguárdate... Nos vamos á divertir más que nunca. Vamos á tener el gran día. ¿No pensamos embarcarnos el domingo y correr la broma en el río, cerca de la quinta de Jumiel? Pues salgo de víspera, diciendo que tengo que irme á L..., á la feria, á comprar jacas; y en vez de ir á L..., en Jumiel os aguardo; me quedo á dormir de víspera en la quinta de Añafiles; tú te las compones para que sepa la *Floria* que me he marchado; eres generoso, regalas joyas—yo pago—, y la comprometes. Te ocupas de embarcación, comida y bebida, y cuando estéis frente á Jumiel, salgo en el esquife de la quinta, subo á bordo... y que llame la *Floria* por todas las gitanas del mundo.

Pareció de perlas; lo combinamos en sus pormenores; se frotó las manos Velilla; me gocé de antemano en la aflicción de una criatura como yo, hija del mismo Padre que nos ha ordenado amarnos fraternalmente... y, de allí á dos días, partí por la tarde, á caballo, hacia L...; pero, apenas me vi fuera de la ciudad, tomé un sendero transversal y emprendí la vuelta de la quinta de Jumiel. Pertenecía esta quinta á un amigo mío, á la sazón ausente, el Marqués de los Añafiles, y tenían consigna el mayordomo y el jardinero de poner á mi disposición cuanto la quinta encerraba, desde sus bien surtidas bodegas, hasta sus salones alhajados con fastuosos muebles barrocos. Como ya iba apretando el calor, me acomodaron en una sala baja, en la misma cama que solía ocupar la madre del Marqués, señora muy celebrada

por su belleza, y cuyo retrato, obra de Madrazo, envuelto en mantilla de blonda, decoraba el testero de la habitación. A la luz de las bujías, que ardían en candelabros de plata, el retrato de la gran señora, de rostro oval y prolongados ojos, me recordó á Leonisa, y una rara congoja oprimió mi pecho. Buscando aire me acerqué á la reja, por donde entraban los rayos lunares, y el olor del jazmín, que tupía y enramaba los barrotes de hierro, penetró en mi corazón á manera de un estilete que abriese una herida suave, estrecha, profunda... De pronto, sin explicarme cómo pudo suceder, apoyé la cabeza en los barrotes y rompí á sollozar, como una mujer ó un niño... Las lágrimas corrían de mis ojos; un placer infinito dilataba mi corazón, y un movimiento imperioso de la voluntad, una especie de *orden*, que nacía dentro de mí mismo, se formulaba, se destacaba entre el silencio majestuoso del jardín envuelto en fantástica plateada luz. La *orden* era esta: «No irás mañana al río. No escarnecerás á una pobre mujer.» Sequé con rabia mi llanto; me aparté de la reja y me arrojé vestido sobre el lecho. Un sueño pesado me aletargó. Me pareció que la figura del retrato, aquella castiza figura española, de mantilla y peinado isabeleño, bajaba del cuadro y se acercaba á mí, pisando los azulejos con su pie diminuto, calzado de negro tabinete, y que el aroma del jazmín que prendía en su pecho me infundía un dulcísimo deliquio, un arrobamiento celestial. Era Leonisa, era su semblante adorado, su mirar

lleno de candores, su cuerpo transido de amor al oír la música de mis palabras... Yo la tendía los brazos, repitiendo su nombre; ella ponía un dedo sobre los labios y murmuraba: «Tengo fe en ti...», y, deslizándose, desaparecía por la reja; en el marco del cuadro quedaba el fondo de la cortina y del paisaje solamente...

XII

Desperté cuando ya el sol, insinuándose por entre las enredaderas, doraba el copete de mi rico lecho. Al pronto, recuerdo que no me di cuenta de por qué estaba allí. Asociando al fin ideas, salté de la cama, me lavé, pedí el desayuno, salí á pasear por los jardines y el huerto. En los primeros momentos, la *orden* interior «de no bajar al río» se formulaba categórica en mi voluntad. Poco á poco, entumecida la conciencia con la claridad del día, empezó á parecerme *vergonzoso* el retraimiento y el llanto que derramé junto á la reja acordándome del bien perdido, y resolví no faltar á la fiesta del libertinaje.

Esto de la vergüenza es peregrino: vergüenza de ser bueno, vergüenza de humillarse, vergüenza de sufrir... vergüenza de ser hombre. Yo había organizado aquel dislate; mi presencia era obligatoria en él. Así raciocinaba. Sin embargo, como la indefinible repugnancia á la

excursión persistía, como una pereza invencible parecía apoderarse de mí según se acercaba la hora convenida de reunirme con los expedicionarios, que era la del caer de la tarde, pedí que en la comida, que me sirvieron, según costumbre española de entonces, cerca de las tres, no faltasen vinos y licores. No era necesario el encargo, pues el apoderado de Añafles, conocedor de nuestros gustos, había sacado el riñón de la rica bodega. El deseo de aturdirme me hizo cargar la mano. Al llegar el momento de unirme á mis cómplices, no diré que estuviese completamente ebrio (mi resistencia era grande): pero me encontraba en ese estado en que algunos vasos más hacen fulminante la embriaguez.

Desatracaron el botecillo; el mismo capataz tomó los remos y nos dirigimos hacia el punto donde debía esperarme la falúa. Cantos, carcajadas, el rasgueo de una guitarra, salían de la embarcación. Al verme, los juerguistas alzaron formidable vocerío. Trepé ligeramente á bordo de la falúa, engalanada con faroles de colorines, banderolas y guirnaldas de follaje. Velilla había seguido mis instrucciones. Asunción, la *Floría*, era la reina de aquella fiesta crapulosa. Al saltar yo en la embarcación, exclamaron todos: «Sunción, niña, aquí tienes á tu pareja».

Ella me miró; no podía convencerse. Una palidez arcillosa empañó su cutis moreno y terso... Con su instinto de criatura primitiva comprendió que le habíamos preparado una emboscada; extendió las manos como para defenderse

y rechazarme, y en voz enronquecida pronunció:

—Negra hora es esta para mí... Estaba é Dió que había é yegá... Cuando etán é Dió la cosa... ¡A ve!—chilló de pronto—. Que arrime el bote en que ha venío este cabayero..., que me quió largar en él.

Hice señás al bote de que se alejase, y aproximándome á la *Floría*, empecé á requebrarla irónicamente. Al pronto se contuvo y me oyó callada y sombría; después, desatándose, respondió á mis chanzas con dicterios y maldiciones de su pintoresco repertorio. El miedo y la repugnancia que yo la inspiraba desfiguraban y contraían su rostro; al injuriarme, se retorció como una víbora pisada para escaparse de mis brazos, y hubo un instante en que sus uñas amagaron á mis ojos y sus dientes de tigresa se hincaron en mi mano, arrancando de la piel algunas gotas de sangre... Aquella pelea, disipando mi fastidio, me hizo olvidar un momento preocupaciones hondas, y encendió en mis venas vergonzosa chispa de capricho despótico y tirano, que más que otra cosa era afán de subyugar á la mujer que así me detestaba. Lo conseguí, ayudado con vil complacencia por mis amigos, y apenas logrado, como si me hubiesen dado á beber el filtro del odio, experimenté sed de crueldades, de torturar y de humillar... Había bebido más, y estaba ya fuera de juicio. Llamé á Velilla aparte y le di una consigna que le hizo reír á borbotones, tan divertida le pareció.

Cuando estábamos secreteando, vi salir de un rincón de la falúa á un compañero inesperado: Donato Almanzora. A tener la cabeza despejada, recordaría bien haber convenido con Velilla que nada se le dijese á Donato de aquella juerga. En tal momento, no extrañé verle entre nosotros. Sólo le dije: «Hola, Donato, ya estamos todos aquí: los que miramos á un mismo sol y nos hemos quedado ciegos...» Me contestó con una sonrisa de desdén, y volviéndose hacia Velilla, exclamó: «No tomo parte en lo que hacéis... ¡Conste! no tomo parte».

La protesta de mi rival me exaltó doblemente, y riendo de un modo insultante nos precipitamos á realizar la infame hazaña. Rodeamos á la *Floria*, que chillaba y manoteaba defendiéndose; la sujetamos; arrancamos á jirones sus ropas; pasamos una cuerda bajo sus brazos, y descolgamos el cuerpo, magullado y palpitante, hasta sumergirlo en las aguas del río, en tales parajes bastante profundo.

Cuando recuerdo aquel instante maldito, por singular mezcla de impresiones recuerdo igualmente, como si lo viese reproducido en bien pintada tela, el aspecto de lo que nos rodeaba. Mientras unos cuantos miserables — lo éramos —, enloquecidos de brutalidad, desencajados, descompuestos, con la blasfemia en la boca y el hervidero de la maldad en el corazón, nos convertíamos en fieras salvajes; cuando perdíamos hasta el nombre de caballeros, habiendo perdido ya tiempo hacia el de cristianos —, era el momento en que declinaba la tarde y se en-

cendía el poniente, como inmensa flor de rubíes, como la llamarada amante de un ancho corazón de Jesús, abierto é inflamado de amor y piedad. El incendio del ocaso se reflejaba en el río, cuyas ondas tranquilas se teñían de vislumbres ígneas, rojas, ligeramente tembladoras, con majestuoso temblor pacífico. Los sauzales y álamos de la orilla se difumaban ya, inciertos, entre la sombra que avanzaba. Y sobre nuestras pecadoras frentes, el lucero de la tarde resplandecía como enorme lágrima de pena y de dolor resignado...

¿Cómo vi todo esto, á la vez que apretaba los puños para sostener la cuerda que sujetaba á nuestra víctima? No lo sé. Quizás se debiese á la dualidad de mis sentimientos, á los dos espíritus que secretamente luchaban en mí... Pendiente de la sogá, sumergida hasta el cuello, la *Floría* ya no luchaba; exhalaba únicamente un grito de agonía... Y en aquel mismo instante Donato, detrás de mí, repetía como el que trata de ponerse á salvo:

—¡Lo que estáis haciendo es una cobardía! ¡Eso no se hace! ¡No me da la gana de presentarlo! ¡No me da la gana!

Y, sin embargo, no se iba, no se arrojaba al agua, no nos acometía con un palo, con un arma cualquiera, que sería cumplir su deber de único cuerdo entre tantos furiosos... Sus voces, en vez de hacerme volver en mí, me exaltaron más; como que, volviéndome hacia él, y dando salida al rencor, al aborrecimiento estancado y rebosante, grité:

—La sacamos á ella..., y vas tú al río en su lugar... Te conviene un baño...

Y ordené:

—¡A izarla!... ¡A sacarla!... ¡Arriba!...

Tiramos de la cuerda vigorosamente. El cuerpo inerte subía; de pronto crujió la soga; oímos un ruido pesado, de piedra que cae en el agua, y Velilla, alarmado, gritó:

—¡Mil demonios! ¡La hicimos! ¡Se ha roto la cuerda!

El torso de la mujer pasó ante mis ojos como una vislumbre blanca... La corriente se lo llevaba río abajo.

Desemborrachado súbitamente, me quité la chaqueta y me arrojé al agua sin vacilar. Detrás de mí se arrojó el patrón de la falúa—gracias á lo cual no sufrí la misma suerte que la *Floría*.

Otro marinero la sacó á la orilla un cuarto de hora después, rígida, ahogada.

XIII

Atracamos en Jumiel, desembarcamos todos y nos refugiarnos en la quinta para celebrar consejo. Donato había desaparecido. «Acordáos—dijo antes de montar el caballo que le prestó el mayordamo—de que no tengo parte alguna en lo que habéis hecho.» Yo temblaba de fiebre;

viéndome incapaz de discurrir, me acostaron, me sirvieron bebidas calientes, y Velilla, más muerto que vivo, aterrado de lo que se nos venía encima, empezó á dar instrucciones, á combinar declaraciones, á ofrecer dinero á patrón, marineros y mujeres—todo el dinero que hiciese falta para asegurar su silencio—. La versión autorizada sería que nuestra víctima, retozando y en broma, se había caído al agua, de donde, á pesar de todos los esfuerzos realizados, no la pudimos extraer viviente. Lo demás, el resto de la tierra que se echase al asunto, sería cuestión de recomendaciones, de favor, de intriga social.

Por evitar mayor sospecha si yo me quedase en Jumiel, me trasladaron como pudieron á S..., á mi casa. Deliré dos días; al tercero volvió á mí la razón, y con ella la noción clara, aterradora, de todo lo ocurrido. Me incorporé en la cama; mi criado, que vigilaba solícito tendido en un sofá, se acercó y, viéndome despejado, me dijo confidencialmente:

—Ha venío varias veces el señorito Velilla... Que no hay cuidiao... Que se arregla tó ar pelo... Y esta carta han trafo el mesmo día que er señorito salió á caballo y no vorvió...

Magnetizado de horror, cogí la carta... ¡Era de Leonisa!

—¡Vete!—ordené al leal servidor.

Que no me había escrito antes por obedecer á su padre... Que éste había fijado un plazo... Que el plazo expiraba aquel día... Que el Duque imponía el plazo, porque estaba seguro de

que antes de que transcurriese, mi conducta justificaría su negativa cerrada á confiarme el porvenir de Leonisa... Que ella creía exactamente lo contrario, y, al creerlo, me ofrecía de nuevo su vida y su alma, siempre mías, y mías solamente... «Tú habrás tenido fe en mí, yo la he tenido en ti...»

Así acababa la misiva.

Permanecí algunos instantes bajo el peso de mi tremenda suerte y bajo el látigo con que me azotaba las espaldas la ira del que no perdona castigo, pues no en vano es Justo. Salté del lecho y, sin vestirme, me arrodillé al pie de una butaca, revolví la cara contra el asiento, hundiendo los dedos entre el pelo, que arrancaba sin querer, sin darme cuenta de mis actos, riendo nerviosamente y sollozando por turno, visitado por la impulsión directa, precisa, categórica, de la propia destrucción... Fué un breve momento, y no se hubiese necesitado más, pues mi gabinete y mi salón estaban llenos de panoplias... Me levanté determinado, y corrí á descolgar un arma. He pensado después si será la circulación de la sangre la que causa ciertos singulares fenómenos: sea lo que sea, á mi lado izquierdo, *la vi...* Y *la orden* de vivir, de expiar, de negarme á mí mismo, pero con humildad, buscando la contricción y el perdón, se leía en sus piadosos ojos, en su cara descolorida, triste hasta la muerte...

Tardé aún día y medio en desaparecer de S... Siempre hay mucho que arreglar antes de despedirse del mundo; y me importaba conferen-

ciar extensamente con Velilla, para aceptar todas las responsabilidades en caso necesario.

—Voy—le dije—á emprender un viaje; pero te dejo suficiente dinero y unas señas, que puedes utilizar si se te ofrece... Estoy pronto á confesarme autor de la muerte de esa mujer, yo solo; que ninguno sufra por mi causa.

—No seas tonto, no te hagas mala sangre —interrumpió mi amigo—. Por el pueblo hay un rum-rum terrible; te cuelgan á ti, á ti solo, el milagro... Creo que lo ha esparcido Almanzora..., y como yo pueda, andando el tiempo, me las ha de pagar ese zorro, ese falso amigo...

—El falso soy yo. Almanzora no merece culpa. Eso tenía que saberse.

—Pues no se sabrá; todos negarán, todos dirán lo que se ha convenido; el Juez está de nuestra parte; tierra y más tierra. ¿A qué viene esa cara de *Ecce-Homo*? Los amigos se encuentran perfectamente tranquilos, y, al fin y al cabo, á nadie se le ocurre que hubo en ello sino una casualidad desdichada...

—Cada uno —respondí— sabe lo que lleva dentro del arca del pecho. Cada uno conoce su propia iniquidad. Yo conozco la mía. Adiós, Pepe; no pienses más en mí. Por un año, aguardo; quizás sea preciso llamarme á declarar...

—¿Escribirás?

—Tal vez no... Un abrazo... Que Dios nos perdone...

Un año, en cumplimiento de mi oferta, esperé, oculto en un rincón de los Pirineos. Velilla me noticiaba frecuentemente que «la cosa

iba á medida del deseo» y que el «rum-rum» se apaciguaba. Pasado el año, escribí á Leonisa dos renglones de despedida eterna, confesándome indigno de que ni siquiera me recordase, y entré en el noviciado de esta santa Compañía.

—Y ¿eres feliz, Enrique? — pregunté, volviendo á asir la ardorosa y seca mano.

—Sólo Dios basta — contestó, sonriendo con su antigua sonrisa melancólica y arrogante.

—¿Qué hizo Leonisa? — añadí, apoyando sin temor el dedo en la llaga antigua, que acaso sangrase bajo la sotana negra.

Enrique calló un momento; sus labios se movían imperceptiblemente, cual si una oración interior los estremeciese á pesar suyo.

—No he querido saberlo nunca, y te ruego que no me lo digas, si llegas á saberlo tú — suplicó con serena y estoica impasibilidad —. Aquí, el que desea ignorar, ignora...

Y dándome la mano para despacharme — ya sería la hora del rezo ó la de cenar —, me rogó desde lo profundo:

—Sé bueno.



LA GOTA DE SANGRE

I

PARA combatir una neurastenia profunda que me tenía agobiado—diré neurastenia, no sabiendo qué decir—, consulté al doctor Luz, hombre tan artista como científico, y opinó sonriente:

—Usted no necesita cuidarse... sino todo lo contrario.

—¿Descuidarme?

—Casi... Tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten á su vida violento interés. Lo que padece usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

—Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.

—¿No le agradan los viajes?

—¿Viajes? ¿El «gladstone», el Baedeker, las fondas? Me sé de memoria á Europa, y como no busque aventuras á lo Julio Verne... Ya no quedan más viajes emocionantes que los viajes en aeroplano...

—Pues no viaje usted por tierras; explore almas. No hay vida humana sin misterio. La curiosidad puede ascender á pasión. Para una persona como usted, que posee elementos de investigación psicológica...

Agradecí el consejo lo mismo que si hubiese de servirme de algo, y me fui convencido de que la ciencia, ante mi caso, se declaraba impotente.

Aquella misma noche, á cosa de las doce, entré en el teatro de Apolo y me senté en una butaca. Al hacerlo, pasé con el mayor cuidado por delante de los espectadores de mi fila, instalados ya. Creíame seguro de no haber molestado á nadie, y me asombró oír que uno de ellos, el más próximo á mí, me increpaba, en alta voz:

—¡Ya podía usted andar con cuidado, so tío!

Mi sorpresa subió de punto, notando que quien así me trataba era un muchacho que solía encontrarme en el Casino y en la Peña, una persona «conocida». Tal furia, sin motivo alguno, y la extrañeza que me causó, fué el primer chispazo que reanimó mi abatido espíritu. Al pronto pensé:

—¿Estará borracho...?

Pudiera confirmar la suposición el notar en

el rostro de mi interlocutor la palidez y el brillo singular de la pupila, que caracteriza el período álgido de la borrachera. Pero reiteró el insulto, profiriendo: «¡Eh! ¡Con usted hablo!» y ni la voz, ni el gesto tenían el titubeo de los ebrios. ¿Por qué buscaba camorra aquel individuo?

La gente se fijaba, rumoreaba: los de la fila se levantaron. Eramos objeto de la atención general; alguien se interpuso. De súbito, mi agresor cambió de tono, y, con transición demasiado brusca, ó que me lo pareció, se echó á reir, pronunciando:

—¡Ah; Selva! Usted perdone... No me había fijado... Dispense. Lo siento mucho... Le ruego que me excuse.

Era el desagravio tan cortés como inmotivado el enojo, y me dejó igual sabor de recelo. Vago, inconsciente, pronto á disiparse, el recelo me hurgó en el espíritu y lo tonificó, despertando mis facultades y fijando mi atención antes distraída.

Mientras me aporreaba los oídos la enervante y estrepitosa música de matchichas y tangos, mi fantasía galopaba, como suelto, ardiente potro. Daba en antojárseme que todo el enfado de aquel sujeto—se llamaba Andrés Ariza—era ficción. ¿Por qué? Los actos humanos siempre reconocen algún móvil, alguna causa. ¿Qué móvil impulsaba á Andrés Ariza á fingir encolerizarse cuando yo entré sin meterme con él?

En vez de detallar los pies y piernas de las artistas, sus mallas rosadas, sus zapatos curvos de raso brillante, sus redondeces de algodón y

sus trapos lentejuelados, mi mirada, de reojo, se posó en Ariza, ávidamente.

No atendía á lo que pasaba en escena. No cabía duda; algo raro le preocupaba. Su mano, blanca y bien contorneada, retorció nerviosa la vírgula del bigotillo, y de vez en cuando, inquieto, giraba la cabeza hacia mí. Yo evitaba que me sorprendiese mirándole, pero cada vez me atraía más—con atracción de carácter enteramente indefinible—el estudio de su alterada fisonomía. Un perfume intenso y capcioso, de gardenia, venía de él, cuando se movía, y el tal aroma se me subía al cerebro, como un vino compuesto, irritante. Muy violento tenía que ser el olor, para que se destacase sobre los mil de un teatro lleno.

De pronto me estremecí... Lo que acababa de notar, no era nada que no pudiese tener explicación trivial, naturalísima, pero ya he dicho que mi fantasía volaba, y no acertando yo á sujetarla, iba arrastrado por ella. Era—en la pechera de la camisa de Andrés, y casi cubierta por el chaleco—una diminuta manchita roja, viva como labio encendido por el amor; una reciente gotica de sangre. Y me eché á pintar á brochazos un cuadro de tonos rojos, de asunto dramático, de locura, de venganza... ¿Quién sabe si un desafío sin testigos, un lance á todo riesgo, en el secreto que imponen las exigencias de la honra?

Cuando, media hora después, salí del teatro para recogerme pacíficamente á mi domicilio, cambiaron de giro mis ideas. Sin duda el rau-

dal de aire de la calle de Alcalá, el aspecto de normalidad de las cosas que me rodeaban, el golfillo de siempre ofreciéndose á avisar al simón, las mismas desaharrapadas hembras brindándome, enronquecidas, los diarios, los tranvías ya espaciados, la gente dispersándose entre un mosconeó de conversaciones humorísticas, desgarradas, achuladas, me devolvieron á la cárcel de la realidad vulgar, engendradora de mi tedio. Por unos minutos se me había figurado que algo extraordinario pasaba cerca de mí, produciéndome comezón novelesca. La hora en que me dominó tal impresión no era una hora de fastidio, sino de exaltación inquieta y acalenturada. ¡Qué hervor y qué devaneo, por el arrebato de ira de un señor cualquiera, por una gotezuela de sangre que pudo saltar de las narices! Desgraciadamente, la mayor parte de las cosas tienen siempre explicación vulgar y prosaica, y la vida es un tejido de mallas flojas, mecánico, previsto: nada romancesco lo borda.

Encogiéndome de hombros, eché á andar. La noche, aunque de invierno y nublosa, era serena, y yo esperaba que algo de ejercicio me ayudase á conciliar el sueño, rebelde en acudir antes del amanecer. Vivía yo en una de esas calles nuevas, no urbanizadas ni edificadas enteramente. Al lado del hotelito que había alquilado, existía un solar no desmontado aún, barrancoso, mal cerrado con valla de tablas blanquiazules. No era el único en la solitaria vía, donde el alumbrado corría parejas con lo demás. Las probabilidades de un atraco no me

alarmaban: llevaba mi Browning. No sé por qué en aquel instante la idea, si no del atraco, de algo anormal, se precisaba y tomaba cuerpo, mientras me dirigía, alejándome del centro, hacia mi domicilio. Sin duda la efervescencia fantástica del teatro actuaba aún. No se sabe qué, tenía que sucederme: la aventura me acechaba para saltarme al cuello. Alarmado, miraba hacia todas partes, espiaba los ruidos. Y, al mismo tiempo, me obstinaba en repensar en la cara desencajada, el falso enojo de Andrés Ariza. ¿Por qué fingía cólera? ¿Qué explicación tenía semejante fingimiento?

Nada justificaba mis aprensiones. A mi alrededor no había sino esa peculiar sugestión dramática que adquieren de noche las casas cerradas y mudas. Completa soledad. En Madrid, como es sabido, dura hasta muy tarde la animación en las calles céntricas, pero por las vías algo apartadas y donde vive gente rica y aristocrática, es raro que á la una y media ó cerca de las dos transite nadie. Cerca de mi calle ya no vi al sereno, el bueno de Pacomio. Sin duda, como otras veces, se hallaba refugiado en cierto figón-taberna donde comen los jornaleros que trabajan en los varios edificios en construcción próximos á mi casa. No me importó, pues llevaba la llave de mi verja y el llavín de mi puerta en el bolsillo.

Al aproximarme, una especie de atracción que no sé explicar me hizo fijarme en el solar abandonado, y noté que la valla presentaba un regular boquete. Varias tablas habían sido

arrancadas, y se hacinaban confusas á uno y otro lado. Y, á la parte de adentro, sobre el color claro de la tierra arcillosa endurecida por la helada, observé una forma confusa, algo grande, negro y largo, con algo blanco al extremo. Me incliné, me acerqué bajándome... Era el cuerpo de un hombre, vestido de etiqueta, sin abrigo, y lo que blanqueaba, su cara cérea y el pechero rígido de su camisa. ¡Un cadáver!

El muerto—suponiendo que lo fuese—, estaba completamente al borde de la valla. Si había entrado vivo, caería al punto de cruzarla. Saqué mi encendedor y proyecté su luz hacia el rostro.

Era una cara nueva para mí, que creo conocer, al menos de vista, á cuantos muchachos frecuentan los círculos de la corte. Representaba unos veinticinco años, y resplandecía su bigote rubio. El recuerdo de Ariza me acudió nuevamente, evocado por aquel bigote: me acordé del que retorció con movimiento tan impaciente. Me llamó la atención que el muerto no llevase corbata, ni botones en la pechera, ni chaleco. Absorto en esta contemplación, me sobrecogió un ruido de pasos toscos. Era sencillamente el sereno, que, en cultivo de propina, solía alumbrarme para que fácilmente introdujese la llave en la cerradura. Zapateaba, sin aliento, y se confundía en explicaciones.

—Señorito... me habían llamado en la otra calle... Abriendo estaba al Sr. Conde de Marciela...

En cualquier ocasión me hubiese reído de la

excusa, porque conocidos los hábitos del enfermizo Conde de Marciela, señor metódico y valetudinario, era sumamente inverosímil que se retirase á tal hora. Pero no me sentía dispuesto á reir. Me volví hacia el astur, con un gesto de mandato.

—Tenga cuidado, no mienta. Hoy podría ser para usted un compromiso serio haber dicho cualquier cosa que no fuese la pura verdad. No trate usted de engañar á la justicia. En ese solar hay un muerto.

Aterrado, el «gusano de luz», dirigió la de su linterna al punto que yo señalaba, y, cuando vió el cuadro, entre dientes, soltó una interjección.

Yo permanecía bajo el peso del descubrimiento horrible. Una duda me asaltó entonces. ¿Y si el hombre no estuviese muerto, sino borracho? Era preciso socorrerle sin tardanza, abrigarle, recogerle á techado.

—Ayúdeme á levantarlo—dije al sereno—. Puede que tenga vida.

—¡No le toque, señorito!—imploró Pacomio. No tengamos líos con «los» de la justicia; no nos desgraciemos. Ya tengo visto muchos difuntos, y éste es uno más.

Me enhebré, rozando las tablas, en el solar. El sereno, protestando, aconsejando, exclamando, alumbraba. Me incliné sobre el cuerpo; palpé una mano; estaba helada. Traté de percibir la respiración. No la había. Alcé un brazo. Recayó rígido. Tenía razón Pacomio: los auxilios eran inútiles.

—No quiero molestias, ni pasar la noche en vela—murmuré entonces, deslizando un duro al sereno—. Pida usted socorro: venga la autoridad, haga lo que sea costumbre. Repito que no mienta usted, ni oculte que yo he visto ese cuerpo. Este es un caso de decir la verdad, para no tener disgustos.

Ya en mi casa, me acosté, y quise dormir. Cuando lo conseguí, fué mi sueño un tejer y destejer confuso de interrumpidas escenas, en que se combinaban las dos impresiones de la noche. El incidente del teatro, el drama del solar, se encadenaban en la relación íntima que entre ambos establecía mi excitada mente. Unas veces daba en creer que el muerto y el fingido encolerizado eran una sola persona; que el frío cuerpo del solar era el de Andrés Ariza. Otras, que Andrés Ariza lo descubría antes que yo y me acusaba, fundándose en la proximidad de mi vivienda al lugar donde aparecía la víctima. ¿Víctima? ¿Crimen? Despierto, no podía yo ni asegurar que lo fuese, porque no recordaba haber visto en aquel hombre lesión ni herida alguna. Y, sin embargo, la convicción del crimen originaba mi fiebre. Lo comprendía: lo único que llegaba adentro, que rompía la gris uniformidad de la civilización, era el crimen. El sabor amargo y salado del crimen había quitado de mi paladar la insipidez del tedio. Sólo el crimen podía conseguir interesarme. Me revolvía en la cama sobre espinas; por mis venas corría azogue. ¿Por qué no había querido ver levantar el cadáver? Quizás para madurar mi ensueño,

mi intuición misteriosa. Para meditar, como meditan los visionarios, fuera de lo real que se ve, en busca de lo real que se esconde.

II

No pudo sorprenderme el recibir, á las once de la mañana, la citación del Juez llamándome á su despacho con urgencia.

Me arreglé, almorcé frugalmente, y, tomando un coche para llegar más aprisa, me presenté al funcionario. Era un abogado joven, con pretensiones de intelectual, de esos que tienen en su despacho una fila de obras de la casa Alcán, y disertan en la Academia de Jurisprudencia, en veladas conmemorativas. Yo le conocía del Ateneo, pero esto no lo recordé hasta que le vi. Me saludó con afectación de obsequiosidad, asegurando, por vía de exordio, que me llamaba únicamente para pedirme que cambiásemos impresiones, puesto que, según afirmación del sereno, era yo el primero que había visto en el solar el cadáver.

—Hay otra razón para que se me interrogue—respondí, deseoso de divertirme un poco á expensas del Juez, que imaginaba ser más listo que yo—. Y es que mi hotelito linda con el solar. Son dos datos cuya importancia no necesito encarecer, pues usted la adivina. No sólo

conviene interrogarme, sino también á mis dos criados. Algo pueden haber visto.

—¡Por Dios!—exclamó el Juez—. ¿De usted, quién sería capaz de pensar?

—Usted mismo. Tengo para mí que, por ahora, soy la única pista. ¿Me equivoco?

—Vamos, déjese usted de bromas, Sr. Selva, y hágame el favor, porque el asunto es serio, de no regatearme su preciosa cooperación. No le pregunto de dónde venía usted cuando halló el cuerpo, porque lo sé; venía usted del teatro de Apolo, donde cuestionó con un muchacho, Ariza, que ocupaba la localidad inmediata. Cuestión baladí; Ariza se excusó y quedaron ustedes amigos.

—Veo que está usted bien enterado. Pregunte, y le manifestaré lo poquísimo que conozco.

Así lo hice, punto por punto. El Juez me escuchaba ávidamente.

—¿De suerte que usted no conoce al muerto?

—No recuerdo haberle visto jamás en parte alguna.

—¿Es cuanto puede usted decirme respecto á su personalidad?

—En absoluto.

Noté un rápido fruncimiento de cejas.

—Seguramente, Selva, tendremos que marearle á usted con motivo de este crimen...

—Pero, ¿hay crimen?—exclamé con vehemencia casi gozosa.

—¿Lo duda usted?

—Al mirar ayer el cuerpo no vi en él lesión ni huella de violencia.

—Es que...

—Perdone que le interrumpa. ¡Adivino! No quiero que usted suponga que necesito la explicación. No se veía lesión, porque le vestirían después de matarle. Debí suponerlo, cuando noté que ni llevaba corbata, ni botones en la pechera.

La cara del Juez se nubló más. Empezaba á alarmarse. Su escama crecía visiblemente. Sentía en mí una fuerza que le obligaba á desplegar toda la suya, y acaso no le bastase, ante un adversario tan dueño de sí y tan astuto.

—Vamos á poner en claro la situación, señor Juez—continué pidiéndole permiso, con un ademán, para ofrecerle un cigarro y encender otro—: usted sospecha de mí. Hace usted bien; en su caso, me sucedería lo propio. Insisto en que no hay rastros de otra pista, por ahora. El crimen no puede atribuirse á unos atracadores vulgares, porque los atracadores, si desnudan á un hombre en la calle (se han dado casos), no es para volver á vestirle. Su deber de usted es agotar los medios de establecer mi culpabilidad. Sin tardanza creo que procederá usted á tomarme una declaración en forma. Por mi parte, tengo algo que advertir y que rogar á usted. La advertencia es que si usted, por ejemplo, dejándose llevar de sugerencias que pueden partir de la opinión alborotada y reflejarse en la prensa, me mete en la cárcel, será el modo de que este crimen no se averigüe jamás.

—Como favor amistoso le ruego que me indique el por qué de esa afirmación—suplicó el Juez.

—Muy sencillo. Porque me he propuesto ser yo quien lo descubra, y se me figura que sólo yo lo he de lograr. Quizá me ha sugerido tal propósito la lectura de esas novelas inglesas que ahora están de moda, y en que hay policías de afición, ó sea «detectives» por «sport». Ya sabe usted que así como el hombre de la naturaleza refleja impresiones directas, el de la civilización refleja lecturas. Usted es una persona demasiado culta para no hacerse cargo de esto.

—Y además, Sr. Selva, y perdone; usted necesita demostrar, con claridad meridiana, lo que por otra parte, todos afirmaríamos: que es ajeno por completo á este suceso sensacional.

—¡Pch!, creo que no es eso lo que me impulsa... Eso se demostraría sólo, y desafío á la autoridad á que pruebe lo contrario... Pero lo mismo da; el móvil no importa. ¿Le conviene á usted que le desenrede esta madeja? Entonces, sin faltar en lo más mínimo á sus deberes profesionales, auxílieme á su vez; entéreme ahora de lo que no sea reservado, de lo que la prensa de esta noche contará á todo Madrid.

El funcionario vaciló un momento. Recelaba sin duda contraer serias responsabilidades. Al fin se decidió:

—Pregunte usted.

—¿Quién es el muerto? ¿Se le ha identificado?

—Sí. Se llama don Francisco Grijalba; es malagueño, y solía venir á Madrid de cuando en cuando, á pasar unos días, por los negocios

de la casa azucarera en que ocupaba un cargo importante.

—¿Persona de sociedad? ¿Soltero? ¿Rico?

—Algo de todo eso. Un muchacho «bien» y que trabajaba, y al cual se le auguraba un porvenir en los asuntos comerciales.

—¿Tenía querida en Madrid, ó andaba á la que salta?

—No hemos llegado aún á dilucidar ese delicado punto... Veo que usted piensa que debe aplicarse el antiguo consejo «buscad la mujer».

—¿Tenía familia en Málaga?

—Una hermana casada, y el padre, un señor achacoso, que no podrá venir por sus padecimientos.

—¿Cómo le mataron? ¿Qué golpes ó qué heridas recibió?

—Dos heridas, de estoque, una de ellas bajo la tetilla izquierda, que habrá interesado el corazón. No se ha procedido aún á la autopsia.

—¿Cómo se las compusieron ustedes para identificar?...

—No ha sido difícil. ¡Oh! Nosotros ya estamos familiarizados... Se preguntó en los hoteles de lujo si faltaba algún huésped. Contestaron en el de Londres que no parecía desde la tarde de ayer este señorito, D. Francisco Grijalba. Se llamó al dueño, y en el depósito, le reconoció.

Anoté en mi cartera, «Hotel de Londres».

—Puede usted proceder á tomarme declaración, señor Juez — advertí — después de que

apure ese cigarro. Y tomada la declaración, convendrá que inmediatamente, y sin necesidad de auto, porque el auto es usted mismo, se venga á mi casa á practicar un reconocimiento, á registrar mis papeles y mis armarios y todo. Al lado está el solar; convendrá también que usted lo examine detenidamente. En estos casos nada debe descuidarse.

Nuevas brumas se condensaron en la frente de aquel hombre, que no sabía si ver en mí al criminal clínico, descarado y lleno de osadía, ó á un sér superior, «dilettante» de emociones, capaz de darle lecciones en su profesión misma, á pesar de la biblioteca Alcán y las disertaciones académicas.

—Bien—profirió—; no veo inconveniente alguno en seguir la marcha que usted me indica, pues es la misma que yo me proponía; se lo digo á usted en confianza. A sus criados de usted se les interrogará, así que evacuemos la diligencia de registro.

Momentos después entraba el escribano y se me tomaba declaración. Dije la verdad estricta, lacónicamente.

—¿Qué hizo usted y por dónde anduvo todo el día de ayer?—fué una de las preguntas.

—Por la mañana, á las diez, estuve en casa del doctor Luz, con quien consulté. A las once y media volví á casa, y nada de particular hice hasta las doce y media, hora en que me sirvieron el almuerzo. A las tres fuí al Casino y leí la prensa y charlé de política con algunos socios. A las seis salí del Casino y estuve en la

tienda del anticuario Roelas, en la calle del Prado. A las ocho comí en la Peña. A las diez salí de la Peña, y como en todo el día no había hecho ejercicio y me sentía muy aburrido y de muy mal humor, paseé sin objeto por las calles, desentumeciéndome. A las doce menos cuarto entré en Apolo, para desde allí, vista la última función, retirarme á casa á dormir.

—Fíjese usted bien. Se le va á leer su declaración—advirtió el Juez—. Ante todo, le ruego que recuerde si habló con alguien ó le vió alguien que le conozca en esas dos horas, de diez á doce.

—Ya—observé—. Esas son las horas en que se ha cometido el crimen. Cuando yo ocupé mi butaca de Apolo, el cuerpo de D. Francisco Grijalba estaba en el solar. Los médicos suponen que la muerte ocurrió de once á once y media, ¿no es eso?

—Eso es...

—Pues no puedo nombrar á nadie con quien haya conversado, ni que yo conozca y me haya visto á esas horas. Yo llevaba alto el cuello del mac-ferlán, un tapobocas de seda blanco, muy subido por temor á las neuralgias, y el sombrero calado; además, en la calle, huyo de los pesados que se nos agregan para quitarnos la soledad y no darnos compañía. Lo probable será que no haya coartada, señor Juez.

El funcionario parecía reflexionar. Al fin decidió:

—¿De modo que usted ha dicho cuanto sabe?

—Sin faltar punto ni coma.

—¿Se confirma usted en que no conocía al muerto?

—Ni de vista.

Me leyeron la declaración, que firmé; y, ya extraoficialmente, el Juez me interpeló:

—¿Insiste usted en que descubrirá la verdad sobre este crimen, que tan misterioso se anuncia?

Un momento dudé. Iba á comprometerme á algo que probablemente no podría realizar: tal vez antes, al jactarme de descubrir el crimen, había procedido á impulsos de esa fanfarronería ó gasconada que tanto abunda, aquí donde el individuo, no auxiliado por la sociedad, cree llegar á todo por sus propias fuerzas, y llega á veces. ¿Qué medios tenía yo para desgarrar el denso cendal? Y, sin embargo, allá en mi interior advertía dos estímulos: el primero, que descubrir el crimen quizá me interesaba personalmente, y, á no descubrirlo yo, la justicia llevaba trazas de caer en una zanja honda; el segundo, que creía saber—de un modo obscuro, borroso, por artes singulares ó por presentimientos casi increíbles—, «algo» del sombrero hecho...

—¡Qué diablos!—reaccioné mentalmente—. Soy hombre de inteligencia y cultura, desocupado, y que además siente el inexplicable golpeo de la corazonada... El drama me ha interesado en su primer acto; he de intervenir en el desenlace. El caso es que desde ayer no me aburro... ¿Cuándo empecé á no sentir el peso del fastidio? ¿Cuándo solté el yugo de plomo?

Recordé. No me aburría desde el punto en que en el teatro, Andrés Ariza me injurió. Volví á ver su rostro demudado, alteradísimo, y la centella de granate de la gota sangrienta sobre la blanca pechera volvió á herir mis ojos... Resuelto, me encaré con el Juez.

—Insisto en que lo pondré todo en claro, si se me ayuda con buena voluntad, con amplitud de espíritu, dándome facilidades, atendiendo á mis indicaciones, y no prendiéndome todavía.

—Dispuesto estoy á hacerlo—concedió el Juez—; pero usted no ignora que sobre mí pesan deberes y responsabilidades. No me pida usted sino lo que quepa en mis atribuciones.

—Usted verá. En la medida en que se me auxilie, prosperará mi indagatoria.

—¿Está usted conforme en que procedamos al registro de su casa inmediatamente? Lo ha solicitado usted—respondió de un modo evasivo el funcionario.

—Y vuelvo á solicitarlo. Si usted quiere, salgo delante, tomo un coche, y usted, señor Juez, en otro, me sigue. A mi puerta le aguardo. No conviene que desde aquí nos vean ir juntos. Se nos vendrían encima mil curiosos.

Convino en ello, y me despedí «hasta ahora». Afuera, en los pasillos, aguardaba un grupo de reporteros judiciales—, alborotados con lo que el crimen parecía que iba á dar de sí, y la tela de artículos é informaciones que se anunciaban—, que intentó detenerme. Cortésmente, me escurrí. No ocurría nada que mereciese referirse, les dije con amables fórmulas; todo se-

guía envuelto en misterio impenetrable. Dos fotografías entretanto me enfocaron. La luz era escasa, y espero que por tal retrato no será fácil reconocirme.

III

Al acercarme á mi casa noté que bastantes papanatas permanecían inmóviles delante del solar.

Se precipitaron á ver cómo me bajaba del coche. Minutos después llegaba el Juez con el escribano, y en otro coche, dos sujetos bien portados, pero que tenían ese aire basto y burgués, esa falta de soltura en el modo de llevar la ropa que caracteriza á la policía. Sus gabanes, sus sombreros, eran de líneas duras. No hice tal observación hasta que estuvimos dentro del hotel, pues fuera había oscurecido, y en el recibimiento iluminado fué donde nos saludamos.

—Los señores son de la policía—dije al Juez.
—Sean bien venidos.

Uno se adelantó y se me acercó, afectando cordialidad. De cerca, sus ojos eran sagaces, buscones. Después supe que entre los de su profesión, pasa por ser quizá el más entendido y de más fino olfato. Lo sensacional del crimen, el revuelo que estaba iniciándose en Madrid,

indujeron á que, desde los primeros pasos, se acudiese al renombrado Cordelero, poniendo en sus manos el asunto.

—Adelante, señores—me apresuré á decir.

Mi casa es una cómoda vivienda de soltero que ocupa posición desahogada y tiene gustos de arte y literatura. Está en perfecto orden, y mandé al criado Remigio, y á su mujer Teresa, mis dos antiguos y leales servidores, que franqueasen mis habitaciones. Los dos sirvientes tenían caras de desenterrados, en que se traslucía sin disimulo su terror á la justicia. Obedecieron, taciturnos, y entregadas mis llaves, fueron abriendo puertas y muebles. Harto debían de saber que allí no se había cometido ni sombra de acción criminal, y, sin embargo, comprendí el temblor de sus almas. Registramos el comedor, el saloncillo, un gabinete donde tengo el piano, la cocina, las dependencias. Todo revelaba una vida pacífica, legal. Subimos al segundo: allí están los dormitorios y el baño. Fuimos derechos á mi alcoba, donde guardo mis papeles, en un secreter Imperio, cuya llave presenté al Juez. Mientras éste la hacía girar, Cordelero, que permanecía en segundo término, se acercaba á la ventana, y rápido, recogía del suelo un paquete.

—¿Qué es esto?—preguntó, como si hablase consigo mismo.

Me volví, y vi con extrañeza un envoltorio cubierto de tela oscura y amarrado con cinta negra, de seda.

—¿Qué es esto, Teresa?—pregunté á mi vez,

dirigiéndome á la criada— ¿Quién de ustedes puso ahí ese envoltorio?

—No sabemos qué es, señorito. No lo hemos puesto.

Cordelero colocó el paquete sospechoso, muy cuidadosamente, encima de la mesilla donde suelen servirme el desayuno, y me interrogó con la mirada antes de desatarlo.

Al signo afirmativo que hice, soltó los nudos de la cinta, separó la cubierta de percalina sedosa, y apareció un abrigo de paño, fino y elegante de corte, muy doblado, y dentro de él varios objetos: una cartera olorosa, de cuero inglés, un pañuelo, un reloj extraplano con su cadena, unos botones de pechera (ojos de gato y rubíes «calibrés»), unos guantes blancos, una petaca lisa con trébol de esmeraldas.

El juez me miraba más encapotado que cielo de tormenta.

—Cordelero—supliqué—, voy á pedir á usted un favor. Este hallazgo extrañísimo debe aprovecharse, venga de donde viniere. No toque usted á los objetos de metal y cuero. Es del mayor interés que se tomen las improntas digitales que sus superficies conservarán, de seguro. La huella de los dedos del criminal ó de su cómplice está ahí.

El policía me miraba con expresión mixta de triunfo y de asombro. Para él era aplastante contra mí aquello de haber descubierto en mi casa el abrigo y los efectos de la víctima, después de hallarse su cuerpo en el solar. Y, á la vez, comprendía que mi observación era exacta

y conforme al último figurín policíaco: allí estarían las improntas, las huellas de las yemas del asesino.

—No se tocará...—barbotó—. Señor Juez, hay que tomar nota de lo que aquí aparece...

Adelantóse el criado Remigio. Su voz la entrecortaba y la empañaba un sentimiento de indignación,

—Con licencia de usía, señor Juez, ese paquete lo han tirado desde el solar á este cuarto: que me degüellen si no es así (y se pasaba la mano, de refilón, por el pescuezo). El señorito nos tiene mandado que la ventana de su dormitorio esté abierta siempre. Ya le tengo dicho que un día le darán un disgusto, que ese solar es muy mala vecindad; pero quien manda, manda. El dice así, dice:—Más quiero que un día me roben, que respirar siempre aire malo—. ¿Verdad, tú, Teresa, que es lo que dice el señorito? Y hoy, cuando vine á cerrar, de noche (tan cierto como que soy Remigio Camino y nací en Lugo), entré á obscuras y sólo con la vislumbre de la luz del pasillo, cerré y me salí. El paquete lo tiraron desde fuera, y estaría ya dentro.

La explicación del fámulo tenía todas las trazas de verdad. Miré á Cordelero con sonrisa irónica. El apartó la cara, malhumorado. «¡Mi pista» era tan lucida, tan aparatosa, tan cómoda! Siendo yo el asesino, no había que quebrarse los cascos ni riesgo de plancha policíaca. Ya me tenían entre sus uñas...

Terminado el registro, y sellados, por indi-

cación mía, los papeles, me volví hacia el Juez.

—Desearía—rogué—hablar con usted y con el Sr. Cordelero, reservadamente, un cuarto de hora.

Salieron los comparsas—escribano, criados, el policía que secundaba á Cordelero—y ofrecí asiento á mis interlocutores.

—En estas primeras diligencias—afirmé—se ha perdido un tiempo precioso, y lamento no haberme quedado á presenciar el levantamiento del cadáver por el Juez de guardia. En el solar se habrían podido descubrir huellas del pie de los asesinos, que trajeron ahí el cuerpo desde el sitio en que se cometió el crimen.

—¿Por qué dice usted asesinos?—rezongó el policía—. ¿Está usted convencido de que son varios?

—Son lo menos dos, hombre y mujer. Y figúrese usted lo que valdría sorprender las huellas de un gentil piececito. ¡Ahora ya es inútil: cien pisadas las borraron! En fin, al grano, señores. Ustedes parten de la idea que yo soy el culpable. Hace unas horas, no lo extrañaba: no existía más apariencia que la mía; lo reconozco. Pero ahora, después de que han aparecido en mi dormitorio el abrigo y demás prendas de la víctima, hallo sumamente cándido que no hayan ustedes cambiado de rumbo. Para quien tenga nariz, tal hallazgo es prueba refulgente de mi inocencia. Recuerden ustedes que yo mismo pedí el registro, y vean si, de ser culpable, no hubiese lanzado el paquete á una alcantarilla, que es lo de rigor. Sr. Cordelero,

le creí á usted más largo. Todo esto viene de que la Prensa, por la mañana, empieza á asirse á mí, y abunda en reticencias acerca de dos hechos: que yo descubriese el cadáver, y que mi casa linde con el solar. La turbamulta me cree culpable; y los verdaderos culpables, en vista de eso, y de que estas prendas les comprometían, han discurrido venir á boca de noche á meterlas por mi ventana. Probablemente su plan era dejarlas en el solar; vieron la ventana abierta, é hicieron puntería. Y se fueron riendo. Se fué riendo, debo decir, porque no vendría sino uno. Esto reviste un carácter de trama burda, que no puede engañar á un funcionario judicial ni á un policía tan experto.

Cordelero no sabía lo que le pasaba. La evidencia de mis observaciones le confundía. Entreveía un mundo de ciencia policiaca y una escuela de arte á la europea, que le avergonzaban por no conocerlas.

—¿Por qué dice usted—preguntó—que los criminales son un hombre y una mujer?

Me di el gustazo de desafiarme con un sonreír compasivo; y el Juez se precipitó, deseoso de manifestar que comprendía más que el desconcertado sabueso.

—¡Porque... amigo Cordelero, eso se cae de suyo! La víctima ha sido asesinada estando en la cama... Y como no fué asesinada en el hotel donde vivía, mujer tuvo que andar por medio...

—Mujer anda por medio siempre—afirmé—pero á veces se queda entre bastidores. Aquí,

me atrevo á jurar que tomó parte activa. Ese paquetito fué liado por una mujer. El pedazo de lustrina que lo envolvía no es cosa que tenga en su casa ningún hombre; sólo las mujeres conservan retales así en sus armarios. Acaban ustedes de ver los míos. No se parecen á los de una dama. La cinta es un accesorio que tampoco guarda ningún hombre. ¿Qué dice usted, Cordelero?

—Usted me permitirá—contestó involuntariamente mortificado—que me reserve mis impresiones.

—Resérvelas enhorabuena. Yo juego limpio y le doy á usted los triunfos. Los señores asesinos, sean quienes fueren, se han permitido procurar que recaigan en mí las sospechas. Voy á barrerles la telaraña: voy á descubrirles, y esto ha de ser en plazo breve. A lo sumo... invertiré tres días, á contar desde este instante. Y si cumplo mi propósito (que lo cumpliré), deseo que recaiga en el Sr. Cordelero toda la gloria. Diré á quien me quiera oír que fueron ustedes, el Sr. Cordelero y el digno señor Juez, los que alumbraron las obscuridades de la instrucción. En cambio, impongo dos condiciones. La primera, que trabajen, cuanto más mejor, por establecer mi culpabilidad. La segunda, que me averigüe usted, Sr. Cordelero, esta misma noche, por los medios que tiene á su alcance, los nombres y el género de vida de las personas que habitan en las casas de las dos calles que desembocan en ésta. A los moradores de mi calle les conozco, y sé que no hay nada que

aprovechar por ahí. Si usted tiene la bondad de traerme la relación mañana por la mañana, á medio día me pondré en campaña... y milagro será...

—La proposición me parece razonable, Cordelero—intervino el Juez—. Selva no puede hacer más.

—Y vigile usted mi casa y mi persona entretanto; no se me ocurra escaparme al extranjero—añadí con el gesto de fina chunga que me placía adoptar—. Pero active esto de la lista. Y si usted no pudiese hacerlo, lo haré yo..., sólo que entonces necesito un día más.

Cordelero protestó.

—¿No se ha de poder hacer? ¡Inmediatamente!

Parecía un perro que no sabe si le ofrecen un hueso ó un latigazo.

Mis criados declararon á su vez. Creyeron hacer una habilidad encerrándose en monosílabos y medias palabras.

IV

La noche fué agitada, como la anterior, y volví á soñar cosas incoherentes, no sobre el crimen, sino sobre la insignificante incidencia del teatro de Apolo. Veía á Andrés Ariza precipitándose contra mí con el puño cerrado, en el cual, como si fuese un apache, ocultaba una

llave inglesa armada de un pincho agudo, de esos que causan herida mortal. Cuando yo iba á gritar «¡socorro!», Ariza escondía la mano y me tendía la otra, dándome mil satisfacciones. La pesadilla duraba aún al entrar Remigio, con la misma cara larga de la víspera, á anunciarme que ya estaba ahí «ese señor».

—Que entre, hombre... No estés tan afligido, no nos ahorcan... Y tráeme el desayuno.

Siempre ceñudo, Cordelero sacó su lista, é intentó leerla. Un movimiento mío le detuvo.

—Tengo que pedir á usted mil perdones; le hice trabajar demasiado y en balde. Debí decirle que no eran necesarios nombres ni informes de los inquilinos que viven con su familia, y son gente respetable y formal. Permitame usted—añadí cogiendo la lista—. Don Antonio Díaz Otero y señora..., no hay caso. Marquesa de la Islaverde..., esa señora viuda y caritativa..., tampoco. Conde de la Baldía..., setenta años, reumático..., menos. General Escalante, ¡Bah! El General es una persona muy seria. A ver, á ver... Aguarde usted... Doña Julia Fernandina... ¿No es ésta la que llamábamos Chulita Ferna, la famosa hija del Conde de la Tolvanera? Chulita... ¡Vaya! ¿En el número 15? Espere usted... Bueno. Mil gracias, Sr. Cordelero. Si usted me lo permite, guardo esta lista, y me voy derecho al hotel de Londres, donde la víctima se hospedaba.

—Ya se han hecho allí averiguaciones. No me toca exponérselas á usted; pero eso á mí no se me escapó, Sr. de Selva.

—Lo supongo. Pero, en fin, amigo, más ven cuatro ojos que dos. Lo que le suplico, en cumplimiento de lo estipulado, es que me acompañe al hotel, para que no tengan reparo en facilitarme indicaciones. Es más: si usted quiere, será usted quien dirija las preguntas. Ya sabe usted que toda la gloria del descubrimiento, en el Sr. Cordelero recaerá.

Me miró, entre zafno y escamón, y se atusó el hispido bigote.

—Lo que encargo es reserva—añadí—. ¡Un cuidado infinito con la Prensa! ¡Sobre todo al principio! No convienen espantaliebres. Deje usted que sigan acusándome. Nada de nuevas pistas.

Me arrojé de la cama; me vestí en un vuelo, y salimos por una puertecilla que se abría sobre el diminuto jardín de mi hotel y comunicaba con otra calle. Y bien nos avino, pues ante la verja hacían centinela tres reporteros de diarios, que vanamente habían intentado corromper á Remigio y llegar hasta mí.

En el hotel de Londres preguntamos por el dueño. Salió solícito, y se puso á nuestras órdenes.

—Ya estuvo aquí el señor ayer, horas después del crimen—advirtió señalando á Cordelero—, y ha preguntado mil cosas... En fin, vuelvan á preguntar, que la verdad diremos. Nuestro afán es que todo se averigüe. ¡Pobre señorito Paco, tan simpático! Hay que reprimir la «inmoralidad»; los tiempos están perdidos!

Cuando habló así el hostelero, ponía yo en

tensión mis facultades, y, allá en lo recóndito de mi sér espiritual, sentía algo tan anómalo, que apenas acierto á definirlo. Era como si la intuición confusa y vaga cristalizase de repente, y su punta afilada me hiriese, arrancándome un grito. «Ahí, ahí», parecía que exclamaba, en la sombra, una persona desconocida, distinta de mí mismo. La inspiración debe de revelarse en tal manera, por una especie de dolor exaltado, al impulsar á los actos que no tienen que ver con la razón, con sus cálculos lentos y sus vuelos cortos. De este escondido fondo psicológico salió la voz que pronunció, como en sueños:

—Es cierto; le han preguntado á usted mucho; pero es preciso completar la indagatoria, enterándose de cuándo vino aquí por última vez á visitar ó buscar al señorito Grijalba, ese amigo suyo..., el señorito de Ariza.

¡Verdad que viene de lo alto, verdad suprema! A mi interrogación, lanzada al azar, desde lo desconocido, el fondista, con la mayor naturalidad, respondió:

—Deje usted que recuerde... El caso de la muerte del señorito Francisco ocurrió un lunes... El sábado había estado aquí el señorito de Ariza, pero no subió; mandó recado de que el otro bajase. Por eso me enteré.

—¿Venía mucho?— insistí, tembloroso, radiante.

—No, señor... Venía rara vez... Pero, ¿se pone enfermo el señor? Tiene un color muy «malismo».

—¡Quiá! Es que encuentro muy frío este locutorio. Siga, siga, ¿dice usted que venía poco? El caso es que se veían.

—Como verse, no digo que no se viesen. Yo sólo me entero de lo que pasa aquí; fuera, cada huésped tendrá sus amistades.

—¿Qué negocios traía ahora el señorito Paco? ¿Lo sabe usted?

—Vamos, como saber de fijo, de fijo..., no. Pero serían, como siempre, de esa Sociedad, la Azucarera, que representaba. Ya, otras temporadas que estuvo, trabajó en recoger créditos.

—¿Sabe usted si las sumas que cobraba las giraba á Málaga, ó las depositaba en alguna parte?

El fondista trató de hacer memoria.

—De eso me preguntó también el Sr. Cordeiro... Yo, ciertamente, no sé... Lo único que puedo recordar, es que pedía á veces comunicación por teléfono con el Banco. En el Banco debía depositarlas.

—¿Puedo ver la habitación del muerto?—interrogué.

— Está sellada por el Juzgado — advirtió el policía, severo—. Sin autorización...

—En ese caso, retirémonos. Poco fruto ha dado esta indagatoria—agregué hipócritamente.

Corrimos al Banco. Una fiebre dulce encendía mis venas. En vano me dirigía á mí mismo exhortaciones para moderar la fantasía, para no agigantar las cosas. El júbilo de hallar el nombre de Ariza mezclado en el sombrío drama, me enloquecía. Desde el primer momento,

como guió á los Magos una estrella, me había guiado á mí la gota de sangre. A su rojo brillo, ¡qué de horizontes! El negro crimen parecía esclarecerse ya. Y no obstante, ¿qué había averiguado yo de positivo? Que Ariza, como otros muchachos alegres de Madrid, era amigo de la víctima... Y no más; ¡y bastaba! Porque la fatalidad parecía haber puesto á Ariza en mi camino, y él, temerario, había cruzado su destino con el mío, igual que se cruzan dos espadas de combate...

En el Banco, el Director nos recibió, después de hacernos esperar un poco.

—Comprendo—dijo con verbosidad, después de los saludos y primeras frases—por qué interviene usted en este asunto, Sr. Selva; una serie de funestas coincidencias le pone en el caso de vindicarse. Para mí, está usted vindicado. Si fuese usted culpable, el muerto no habría sido encontrado nunca en el mismo solar que linda con la casa de usted.

—Gracias por esa opinión, Sr. Director. La policía piensa lo mismo, puesto que me permite asociarme á sus trabajos.

—Que serán muy arduos. Rodean á este crimen sombras tales...

—No lo crea usted. Las sombras no están en los crímenes, sino en los entendimientos. Apenas hay crimen sin rastros claros y elocuentes. Muy poco tardará en descubrirse el que ahora nos preocupa. Faltan algunos datos. Necesitamos saber qué sumas ingresó aquí la víctima.

—Tres veces, en quince días, trajo partidas considerables. Todo se transfirió á la cuenta corriente de la Sociedad anónima, en la sucursal de Málaga. En total, importaría lo ingresado unas cien mil y pico de pesetas.

—¿Cuándo ingresó la última cantidad?

—Aguarde usted...

Pidió la fecha por teléfono á las oficinas, y la respuesta fué que seis días antes del crimen.

—¿Cree usted, señor Director, que Grijalba hubiese hecho efectivos ya todos sus créditos atrasados?

—No lo creo. Se hubiese vuelto á Málaga.

—Importa mucho precisar ese detalle. No necesito sugerir el por qué á una persona que tan sagazmente sabe hacerse cargo.

El Director se acercó al teléfono nuevamente, y dió una orden.

—Que venga el señor Durán.

Momentos después, el señor Durán se presentaba. En su ceceo, en su habla graciosamente contraída, revelaba ser paisano del muerto.

—Señor Durán—instó el Director—, perdone que le molestemos, pero los señores, aquí presentes, tienen que hacer algunas averiguaciones respecto al crimen de la calle de...

Durán se encogió de hombros.

—Eze crimen poco tiene que averiguá... El crimín es Zelva; ¿quién va á zé?

Hice disimulada seña al Director de que callase, y sonriendo afablemente, asentí:

—Entendemos como usted que el criminal es Selva. Todo le acusa; pero el deber nos impone

que esclarezcamos algunas particularidades. ¿Era usted amigo del muerto?

—Venía á vese á consultarme, porque yo conosco á tó Málaga y á toa la gente de negocio de aquí.

—¿Había realizado el Sr. Grijalba la totalidad de sus créditos?

—No, señó; digo, si me diho la verdá. Siento veintisinco mil y ochenta peseta había realisao, pero el taho de cobro era mayó. Le quedaban por realisar unas siento setenta y do mil.

—¿De un solo deudor, ó de varios?

—Epérese uté... De la casa Bordado y Compañía. Parese que andaban mu reasios. Había diferensias de apresiación en el totá del crédito.

—¿No sabe usted si pagaron al fin?

—Lo vamo á sabé ahora mimo, si el señó Diretó me permite que telefonee tomando su nombre...

—Desde luego...

—Mil cuarenta... Bordado... Al jabla, bien... Pregunta el señó Diretó del Banco si se hiso efetivo el crédito que contra esa casa tenía la Sosiedá Asucarera de Málaga... ¿Ah? ¿Que ya comprende á qué viene la pregunta? Perfectamente, algo de eso habrá... ¿Que sí? ¿Cuándo? ¿Eh? ¿Er lune? Aguarde uté... ¿A qué hora? ¿A las tré de la tarde? Grasia... Un horró, pobresiyo Grijalba... ¿Que etán ahí los documento justificativo de que Grijalba cobró y que puén verse? Ya lo suponemo; ¡una casa tan respetable como utés! Perdonen... Grasia.

—¿Qué tiene usted, Sr. Selva? —exclamó

aturdidamente el Director—. Se ha puesto usted muy encarnado... ¿Se siente usted malo?

—No, señor... Es lo contrario. ¡Es alegría! Recuerden ustedes bien lo que acaban de oír: las ciento setenta y dos mil pesetas las hizo efectivas el Sr. Grijalba el lunes, día de su muerte, á una hora en que no podía ingresarlas en el Banco ya.

Al volverme hacia Durán, para encargarle la buena memoria respecto á un extremo grave y de cuantía, le vi tan azorado y confuso que me eché á reír, pues me rebosaba la satisfacción orgullosa.

—¿Qué es eso, Sr. Durán? ¿Está usted cohibido porque acaba de enterarse de que soy el Selva, á quien usted considera autor del crimen? No se apure, ¡qué tontería! Yo, desde afuera, diría lo mismo que usted. Lo bonito de estos casos es que parezcan una cosa y sean la contraria. ¿Verdad, señor Cordelero?

V

Me despedí del enfurruñado policía, y volví á pie á mi casa, suponiendo que no me perdería de vista, desde lejos. Durante el no muy largo trayecto, hervía mi imaginación reconstruyendo la historia de la única mujer de la vecindad que podía haber intervenido en el su-

ceso. ¡Julia Fernandina, Julia Fernandina!...

Era hermana de la actual Condesa de la Tolvanera; pertenecía á familia virtuosa, muy grave, muy ilustre... ¿De dónde? ¿De Andalucía? Sí, de Andalucía... ¡Hasta juraría yo que de Málaga!... ¿Cómo Julita, la niña de la mejor sociedad, se había convertido en la Chulita Ferna, astro de la galantería equívoca? Como sucede en estos casos: empezando por el amor juvenil, loco, pero sagrado, y acabando por el vicio y la decadencia... A los veinte y tantos años, escandalizando á la «high life» andaluza, la aristocrática joven se fugaba con un maestro de francés. En París abatieron el vuelo los tórtolos. De la vida parisiense de Chulita se contaban horrores. Su padre hizo cuanto pudo por desheredarla, pero al morir agobiado de vergüenza, algo de su cuantiosa hacienda quedó á Julia, que vino á Madrid y se montó con lujo. Ninguna señora la trató, pero hubo dos ó tres como ella, caídas y expulsadas de la sociedad, que asistieron á sus tertulias, en compañía de bastantes «muchachos de la crema», y de conspicuos aficionados al género. Diversos hijos de familia, y aun padres de lo mismo, se gastaron con Chulita un riñón. Después empezó á palidecer su estrella, aunque no cambió su conducta; sólo que en vez de exhibirse en fastuosos trenes, vivía casi en el retiro, como viven, en la linde de los cuarenta, muchas de estas que podríamos llamar monjas recoletas del demonio. No por recoleta haría penitencia. Seguía desplumando á los pájaros gordos y con

enjundia si los encontraba, y asociada á algún mozalbete. ¿Quién era el socio más reciente? ¡Si yo estaba seguro de haberlo oído en la Peña!

Mi memoria se tendía como una cuerda de guitarra cuando aprietan la clavija. Evocaba el tipo de belleza de Chulita, menudo, delicado, cuerpo de una gracia serpentina, cabecita pequeña, género Goya, del que ahora se llama «inquietante». Sus ojos eran flechadores y ojerosos, y al ensalzar sus encantos, más ó menos íntimos, se solía detallar su pie, muy arqueado y estrecho. Lo que tenía yo presente era la boca, cruenta en el rostro descolorido. Aquella boquirrita bermeja me había sugerido, en ocasiones, ideas no muy santas. Actualmente, la semejanza de la boca con una herida fresca, me recordó las dos del cadáver de Grijalba, el pecho blanco, juvenil, con agujeros lívidos. ¿Sería en casa de Chulita donde el crimen se había consumado?

Por un momento, y á pesar de los éxitos ya conseguidos, comprendí que me había excedido al comprometerme á poner de manifiesto, en tres días, la urdimbre de la negra tela. Mientras me desalentaba, en los rincones de la subconciencia seguía trabajando el recuerdo. El fonógrafo en que archivamos las impresiones pugnaba por emitir una; ansiaba hablar. El fenómeno era curioso: algo que tenía olvidado, porque cuando lo oí no revestía para mí importancia, al adquirirla ahora tan capital, sordamente volvía á la superficie.

Me veía en la Peña, á la una de la madrugada, soltando distraídamente los diarios, mientras que á mi lado, clavel blanco en ojal y cigarro en boca, Manolo Lanzafuerte y Pepito Arahál charlaban, como siempre, de mujerío. Mezclábanse allí los recatados deslices de altas damas y nobles dueñas, con las públicas aventuras de busconas y daifas; se recontaban ruinas, escándalos, daños, campanadas estrepitosas y mansos acoquinamientos. Y el nombre de Chulita salió á relucir.

—¿Chulita Ferna? ¡Hombre, pues es verdad! Desde que ha tronado con Perico Gonzalvo, no se sabe...

—Estará con algún pollete. Gonzalvo es ya tan viejo que no puede con el rabo, y, además, no hay guita.

Intervenía entonces Tresmes, el escéptico Tresmes, que daba siempre la nota del desengaño, y murmuraba, burlón:

—Con un pollete está, porque cuando se ponen fondonas...

—¡Fondona Chulita!—protestaba Arahál—. Hombre, no entiendes el asunto... La he visto anteayer; iba en un cochecillo, hacia el Hipódromo. Había que quitarse el sombrero. Más guapa que nunca. Es de las aniñadas; tiene un secreto. No representa ahora arriba de veintiséis años.

—Pues, hijo, échala encima quince ó veinte.

—Los que os dé la gana. Eso de la partida de bautismo es pamplina para los canarios. La edad de las mujeres está en la cara y en la serranía,

Chulita vale por doce de esas niñas peinadas á lo serafín, que saben á calabaza cocida. ¡Es mucha hembra!

—¿Por qué no te has arreglado con ella tú?— preguntó con fisga Tresmes.

—¡Ay, ay!—gimió Arahál imitando el canto jondo—¿Sois simples como pájaros fritos, ó sois desmemoriados? Chulita, para mí, pertenece á la historia antigua... ¡Si estáis hartos de saberlo! No digas que no, Manolo.

—¿Y por qué la dejaste?

—Porque llegué á tenerla miedo...

—¿Miedo?

—Yo me entiendo... Es temible. Derrite el dinero y derrite el tuétano. Bueno es que no sean de pasta flora; los ángeles, para el que le gusten; pero tanto, tanto... En fin, si os queréis enterar...

—¡Bah! Enterados estamos, hijo... Que diga Tresmes, ya que lo sabe, quién es el de ahora.

—Que lo diga... Que lo diga...

—¡Que lo diga!—cavilaba yo, ansioso, con la fatiga del que olvidó lo más interesante... Y, como centella deslumbradora, después del momento congojoso, el nombre saltó, brotó con ímpetu...

—¡Andrés Ariza! ¡Andrés Ariza!

Me quedé absorto. Me paré, me recosté en una esquina. Todo se confirmaba. Ya no podía quedarme ni sombra de duda, ni señal de incertidumbre. Veía el crimen como si lo estuviese presenciando: en sus móviles, en su trama, en su desarrollo. Era la gradación clásica de la

caída moral, hasta las profundidades abismales. La pareja apurada por ahogos de dinero; las combinaciones infructuosas para granjearlo; la hipótesis criminal empezando á agitarse y rebullir, como insecto venenoso, en su pensamiento; la llegada del amigo provinciano, que viene á realizar fuertes sumas, créditos de importancia, y es fácil de atraer, porque acaso desde hace tiempo le envuelve el hechizo de Chulita; la emboscada preparada para el instante en que el dinero no puede ingresar en el Banco; los pormenores del hecho atroz, el velo de misterio que se tiende, espeso y tenebroso, en derredor de la verdad... ¡Y todo lo había yo descubierto, sólo con la fuerza de mi instinto, con el romanticismo de mi fantasía, combinando los sucesos reales, visibles, para encontrar la clave de los recónditos!

No se trataba ya sino de confirmar lo adivinado. Para ello tenía yo que jugar un poco al «detective» y servirme de medios un tanto extravagantes, con espíritu de novela jurídico-penal. El primer paso consistía en la entrevista con Chulita Ferna. Lo que esa entrevista hubiese de ser me lo dictarían las circunstancias, la casualidad amiga, el azar, terrible numen que tanto me iba protegiendo.

En mi situación, ¿qué haría un «detective» profesional? La cosa es obvia: empezaría por disfrazarse.—Apenas lo hube imaginado, empecé á dar vueltas á la idea del disfraz. Quería uno que me permitiese recobrar mi personalidad á todo momento, sin la ridiculez de las

barbas postizas y la blusa de albañil, sin renunciar ni breves instantes á la exterioridad de la clase social á que pertenezco. Chulita me conocía muy poco, de vista, de años atrás. Yo no la tenía inscrita, como Pepito Arahál, en los anales de mi pasado. No era, pues, necesario realizar una gran transformación. Entré en una barbería y me hice rasurar barba y bigote, según los últimos cánones de la moda. Adquirí en una perfumería una cajita con pasta para comunicar á la piel un ligero tinte rojizo, y me dirigí á mi casa con propósito de estrenar un terno que acababa de recibir de Londres. Adquirí la certidumbre de que Cordelero seguía vigilándome, y de que no se me perdía de vista, porque dos sujetos, de indudable traza policíaca, que se hacían los transeuntes alrededor de mi hotel, no ocultaron un movimiento de asombro al verme entrar afeitado, y otro más marcado aún, hosco y violento, al verme al poco rato salir convertido en inglés elegante. No supieron disimular su alarma; y, persuadidos de que iba derecho al tren, me siguieron, ya sin disimulo, quizás resueltos á echarme mano. No sería pequeña su admiración cuando comprobaron que me dirigía, sencillamente, al número 15 de la calle inmediata, y, previa una pregunta al portero, subía las escaleras despacio, como quien va de visita.

Al llamar en el piso entresuelo de la munda-na, salió una doncella pizpireta, cuya respingada carilla y gesto picaresco reñían con las ideas tétricas que me guiaban allí.

—¿Espera la señora al señor?—preguntó con mezcla de reserva y melosidad.

—Por lo menos sospecha mi venida—contesté, intrépido.—Traigo un recado del señor Ariza; un recado urgente.

Era arriesgado, pues Ariza podía encontrarse allí mismo; pero sólo con audacia se avanza en ciertas situaciones.

—Pase el señor—se apresuró á conceder la doncella.—¿A quién anuncio?

Di un nombre inventado, mixto de inglés y español, y me introdujeron en la sala, refinadísima y con notas de arte delicado, de Chulita. Desde la puerta, un perfume insinuante se me coló por las narices, dominándome el sentido. Era el aroma trastornador de la blanca y carnosa gardenia.

VI

Soy muy sensible á los perfumes, y, si no me dan jaqueca, al menos me encalabrinan los nervios y me producen una excitación malsana. Aquel aroma, ya percibido en el teatro de Apolo, me recordaba la gotezuela de sangre. Entré en la sala bajo el influjo de tal olor, que delataba y acusaba á Chulita. Como efluvio ya perdido y lejano, acudió á mi sensibilidad íntima la reminiscencia de otra sensación. Se me figuraba que también el muerto, y los objetos

lanzados á mi dormitorio, que habían pertenecido al muerto, exhalaban ese olor, que yo, desde el teatro, traía, como una obsesión, en mis mucosas. Esperando, ocupé un sillón, de forma muy elegante, igual que el resto del mobiliario. El retrato de Chulita, hecho por un pastelista de moda, se ostentaba sobre el sofá. El artista, muerto muy joven, había traducido fielmente aquella expresión enigmática de los oscuros ojos, aquella sangrante frescura de la boca, y, además, el modelado exquisito de un busto perfecto, diminuto como el de una niña, diabólicamente virginal, que señalaba el ceñido traje, de forma imperio, de gasa rojiza realzado por cinturón y bordados de plata oxidada. ¡Oh mujer, señuelo del espíritu del mal! ¡Bajo esa gracia tuya late el hervor de la gusanera del sepulcro!

Cinco minutos tardaría en presentarse la pecadora. Durante ese corto plazo yo había trazedo mi plan de campaña.

Era, como todos los míos en este asunto, un ataque por sorpresa, en que fiaba la victoria á lo brusco de la acometida. Convenía no dar tiempo á que la astuta se pusiese en defensa. Importaba cogerle la acción, con hábil manobra, con rapidez fulminante.

Me levanté y la saludé hasta los pies. Venía risueña, infantil, divinamente ataviada con un traje de interior, de crespone y cintas fofas; representaba los veinticinco, á lo sumo—pero doloridas orejas color de malva orlaban sus ojos de sombra—. Un azoramiento reprimido y ner-

vioso se revelaba en la retracción involuntaria de la mano que me tendió, y que estaba fría y matorosa á la vez.

—La he anunciado que vengo de parte de Ariza... Perdona usted, señorita, este pequeño engaño, cuyo objeto era ser recibido prontamente—dije con pronunciación no extrajera, sino levemente extranjerizada—. Vengo por cuenta propia. Soy malagueño, criado en Londres, y conozco mucho, y desde hace bastantes años, á la familia de D. Francisco Grijalba, que ha sido asesinado, como usted no ignora.

Un tinte terroso se esparció por la cara de Chulita, y sus pupilas giraron, como si la cegase un rayo de luz demasiado fuerte.

—No comprendo, señor mío, qué relación...

—¡Ay! señorita, veo que se encuentra usted muy atrasada de noticias...—exclamé sin astringos de ironía—Ya me lo temía yo; los que tenían obligación de velar por usted son los que la abandonan, llegado el momento crítico. No se comprende que, amándola á usted, Ariza proceda de tal modo. Usted ignora la tormenta que se ha formado, y va á estallar, y á caer sobre su cabeza de usted. En Málaga y también aquí, la gente empieza á señalar como culpables de la muerte de Grijalba... ¿no adivina usted á quién?

—¿Cómo quiere usted que adivine?—contestó, rehaciéndose y flechándose su relampagueante mirada, en que la soberbia era—lo comprendí—disfraz de un pavor hondísimo.

—¿Es posible que nada sepa usted? ¡Qué in-

dignidad, tenerla á usted en la ignorancia de lo que tanto la importa! Ya, desechada una falsa pista, se sigue otra; todo Madrid, soliviantado por este crimen del gran mundo, señala á usted y á Ariza como autores de la tragedia.

Un movimiento confuso, un balbuceo cortado salió de sus labios de grana, que amorataba en aquel momento el reflujo de la sangre al corazón. Vi que estaba bajo la presión del terror del animal cogido en el lazo, bajo el dominio del puro instinto, y comprendí que, por unos minutos, era mía. Decidí aprovecharlos.

—Va usted á ser presa sin tardanza. Ariza, ¡esto es lo peor! en vez de prevenirla á usted, se ha marchado, nadie sabe adónde. Se le busca, pero no se ha dado con él...

Era aventurado el golpe, pues Ariza podía, en aquel mismo momento, llamar á la puerta. Yo contaba con la casualidad, próspera, oportuna. Hice bien: Chulita no dudó; se vió perdida; quiso gritar y no pudo; se llevó la mano á la garganta, y aumentada su palidez hasta un tono mortal, cerró los ojos, desvaneciéndose.

Entonces hice algo osado, más loco. La tomé en brazos, y avancé con mi carga casa adentro. Como había supuesto, el gabinete y la alcoba estaban seguidos, en pos de la sala. No dividían á la alcoba del gabinete sino dos altas columnas, detrás de las cuales colgaba una cortina de espléndido encaje de Bruselas, hecha expresamente sin duda, pues ostentaba el monograma de Julita y la corona conde de la Tolvanera (no sin derecho, pues la hermana de Chulita no tenía

hijos). Vi esto en un relámpago de ojeada; mis facultades parecían haberse centuplicado. La inspiración acudía. Preparaba mi drama mentalmente, como el artista su creación. Levanté la cortina riquísima, y apareció el lecho, de madera blanca con tallas doradas admirables de rosas, carcajes y palomas, velado también de encajes, mullido de sedas... Era allí, en aquel nefando altar de galantería y depravación, donde había sido sacrificada la víctima. Me representaba la escena: Grijalba dormido é inerte, Ariza clavándole su estoque, atravesándole el corazón, y á pesar de lo corto de la hemorragia en tales heridas, recibiendo, sin saberlo, en la pechera, la marca, el estigma del crimen; la gota de sangre que me había iluminado como un astro rojo...

Depositó á Chulita encima del lecho. Continuaba el síncope. La di aire con mi pañuelo, y como no volvía en sí, busqué la complicada abertura de su corpiño, y desabroché y arranqué cintas, y desvié telas para que respirase, y de una mesilla con chismes de plata tomé, precipitadamente, un pulverizador. Del pulverizador salió un agua impregnada de aquel mismo capcioso, embriagador perfume que se respiraba en torno, y cuyo vaho jaquecoso vino á mí én el teatro, saliendo de las ropas del asesino... Un olor es una cosa viva, ó al menos un duende que se nos mete en el ánimo y lo conturba, y lo posee, y lo embriaga. Yo perdí la razón y me entregué á la sugestión del perfume. Abrió ella lentamente los ojos, suspiró, y con impen-

sado movimiento, echó á mi cuello los brazos... Una sonrisa silenciosa florecía en el rojo cáliz de su boca sangrienta, y en el negro abismo de sus pupilas, un reflejo infernal me atraía y me espantaba. No era la mujer y sus ya conocidos lazos y redes lo que causaba mi fascinación maldita; era la idea de que aquella boca estaba macerada en el amargo licor del crimen, en la esencia de la maldad humana, que es también la esencia de nuestro sér decaído, y al morderla gustaría la manzana fatal, la de nuestra perdición y nuestra vida miserable...

Ella, muy bajo, repetía:

—¡Sálvame! ¡Ese infame me ha abandonado! ¡Ya lo temía yo! ¡Se llevó el dinero! ¡El lo hizo todo, todo! ¡Sálvame! ¡He de quererte tanto! ¡Tú no sabes cómo quiero yo! ¡Mi amor es una brasa viva! ¡A él lo aborrezco! ¡No me dejes ir al patíbulo! ¡Sálvame, amor, amor...!

Esto entrecortado, esto suspirado entre las ondas mareadoras de su aroma insidioso, de sus ropas y de su piel de tafetán, entre el nudo serpentino de sus brazos y el embrujamiento de sus labios en que las mieles de varios estíos habían dejado múltiples sabores de perversidad y de anatema. Y la promesa me fué arrancada:

—No tengas miedo, te salvaré...

Por orden mía hizome después el relato del crimen. Todo combinado por Andrés: ¡todo! repetía, rebajándose ante mí con la vileza de querer trasladar la culpa, porque sería noble defender al otro—pero Chulita parecía más mujer al temer y mentir... Y yo la miraba compasivo.

Me olvidaba de que, poco antes, había entrado en la morada de Chulita dispuesto á tenderla un lazo que la perdiese; á adquirir las pruebas de su crimen. Fué el filtro de las épocas poco varoniles, el del lenidad é indulgencia, lo que corrió por mis venas durante un momento, momento irreparable. Acababa de comprometerme á salvar á la mujer, y mi compromiso me hacía, en cierto modo, cómplice de los dos reos. El eje de mi conciencia había girado, cambiando la orientación de mi espíritu. Una parte del pecado me correspondía ya. La horrible manzana había crujido entre mis dientes, y su ceniza me obturaba la garganta, me cegaba los ojos. Yo me recostaba allí donde habían asesinado la cortesana y el perdido, y su crimen me entraba por los poros, me subía al cerebro, serpeaba por mis nervios, cuya vibración sensual duraba aún, y me envolvía en un aire de insensatez, tal, que sin saber lo que hacía, abrí la ventana del gabinete y expuse mi frente al aire puro y helado del exterior. Era una imprudencia incalculable; podían verme en aquella casa donde, acaso al día siguiente, se concentraría la curiosidad de todo Madrid. Pero el baño de aire restauró algún tanto mi conciencia y me prestó lucidez. Me insulté por dentro, me desprecié... y como David me arrepentí. ¡Miseria humana!—Me acerqué á la criminal. Estaba pasándose un peine de plata y concha por los cabellos, admirablemente negros sin tintura, y me sonreía victoriosa, alegre con un triunfo más, aunque todavía agobiada de terror in-

fantil. Retozando, la dije al oído, como si se tratase de un juego:

—¿Ves? por aquí, por este pescuezo tan redondo y tan suave, donde nacen los ricitos crespos, te echará el verdugo la argolla...

—¡No! ¡Has prometido salvarme!—gimió, próxima á desvanecerse otra vez.

—Pues si he de cumplir mi promesa, conviene no perder un minuto, Chula... Vas á contarme como fué, sin omitir nada, diciendo la verdad, ¿entiendes? Si mientes, ¡peor para ti! Y después recogerás tus joyas y el dinero que tengas; yo te daré el que te falte, y de aquí, á la frontera francesa. ¡Habla, habla!

VII

Parecíame como si oyese algo que supiese de antiguo. Mi adivinación había ido derecha á la verdad.

—Yo—declaró Chulita—no conocía á Grijalba, pero él, que era de mi tierra, me vió en el teatro y se encaprichó. Andrés, ¡el malvado Andrés! andaba tan mal de dinero; las cosas habían llegado á un punto tal, que no tenía solución. Dirán que yo gasto... El jugaba, jugaba, y perdía. Se desesperaba. Me habló de marcharse á América, de pegarse un tiro, ¡qué sé yo! Oye, eso de mis joyas... Ninguna me que-

daba ya. Todo empeñado, vendido, ¡hasta los muebles! excepto éstos, sin los cuales no me podía arreglar.... Pero mira...

Abrió una puerta contigua al gabinete, y vi una habitación desmantelada, con solo una silla paticoja y una mesa ordinárisima.

—Eso era el comedor... Tenía preciosidades... Tallas, tapices, plata repujada, alfombras. Todo marchó... Un día me dijo que podíamos salir del paso, que había llegado su amigo Grijalba, hombre de dinero, y que, ciegameamente prendado de mí, me adelantaría de seguro la suma que le pidiese. Y Grijalba vino, presentado por Andrés. Parecía entusiasmado; pero cuando llegó el instante de pedirle el adelanto de la cantidad, se mostró tacaño, se escurrrió, pretendiendo que era todavía modesto empleado, pero que, el año próximo, le asociarían á la Azucarera, y tendría medios de mostrarse más generoso. ¡El año próximo! ¡Años próximos á Chulita! Nunca he sabido yo lo que es el año próximo... Para mí no hay más que el momento presente... De ningún otro estamos seguros. ¡Bah! ¡La vida es corta! Y tampoco hay más amor que el presente, el que acaba de quemarme el alma, ¿has entendido? Y yo no me voy de Madrid, gitano, si no me juras que te reunirás conmigo en el extranjero...

—Adelante, Chula, adelante...

—Entonces, Andrés empezó á persuadirme de que teníamos otro medio de sacar partido de Grijalba. El venía á realizar importantes créditos: Cosa de millones, según parecía. Si conse-

guíamos atraerle aquí un día en que acabase de cobrar, era muy fácil sustraerle la cartera, sin que pudiese reclamar, y hasta haciéndole creer que la había perdido en otra parte. Cuestión de habilidad. Pero Grijalba, muy precavido, depositaba sin tardanza en el Banco. Ya desesperábamos del golpe cuando una tarde se me presentó Andrés; venía como loco y hablaba como en sueños.

—Ha cobrado hoy ciento setenta mil pesetas de la casa Bordado y Compañía... No ha tenido tiempo de ingresar... Como es tan desconfiado, no lo dejará tampoco en el hotel... ¡Y vamos á arreglar que pase aquí la noche!

Lo arreglamos. Andrés no aparecería; rara vez aparecía estando Grijalba. Se ocultaría. Mi doncella—lo mismo que en otras varias ocasiones, por lo cual no tenía que extrañarlo—fué enviada fuera, á dormir en casa de una prima suya. Andrés vino al anochecer; no le vió subir nadie. Los porteros estaban cenando. Momentos después, y sin ser tampoco visto, Grijalba. Le serví aquí mismo una cena fiambre, y procuré que bebiese la mayor cantidad de Champagne y de licores posible. No diré que se achispase, pero algo se mareó. Contribuyó al mareo un cestillo de gardenias que me había enviado y que puse cerca. ¡Olían tan fuerte! Andrés se agazapó en esa habitación sin muebles. Esperaba á que yo registrase la ropa de Grijalba, sacase la cartera y se la pasase por la rendija de la puerta. Pero Grijalba era, en efecto, desconfiadísimo. A pesar del mareo, puso la cartera debajo de la al-

mohada; se veía que no pensaba sino en su cartera. Aquello me indignó: era un desprecio para mí. ¡Tanto preocuparse de su cartera! Yo no lo comprendo: lo primero es el amor. Salí con un pretexto y advertí á Andrés lo que ocurría. Le vi fruncir el ceño, morderse el bigote y re-flexionar.—Apaga la luz—me dijo—y enciende de golpe cuando yo esté dentro.—Le obedecí. Yo era una máquina. Andrés se quitó las botas: no le oí entrar.—Enciende—murmuró su voz, como un soplo. Di vuelta á la llave... No tuve tiempo sino de ver un relámpago, el brillo del estoque desnudo que fulguró dos veces, al herir á Grijalba que medio se incorporaba, atónito. La primera herida le arrancó un grito; la segunda, nada, porque había pasado el arma á través del corazón. Cayó sobre la almohada, inerte. ¡Qué pronto se muere uno! Por algo digo yo que todo vale poca cosa... Ya ves... Andrés registró y se guardó la cartera. Después volvió á calzarse—venía descalzo—. Luego se miró los puños y la pechera, receloso de alguna mancha. No la había...

—Sí la había—respondí á Chulita solemnemente—. Tanto la había que yo la vi, y por ella he llegado á descubrir cuanto ha sucedido. Por una gotita, por nada. Sábelo, y ojalá quieras mudar de vida: nada se oculta: todo lo señala, todo lo revela «aquello» que nos castiga siempre á proporción del delito...

Un estremecimiento profundo pasó por el cuerpo de la pecadora. Un escalofrío sobrenatural heló sus venas un segundo.

—Cada uno tiene su suerte... Yo ya no puedo mudar de vida... Yo no puedo ser buena...

Acercó su boca á mi oído, como había hecho yo con ella momentos antes, y balbució:

—¡Estoy en poder del Malo desde hace tiempo! ¿No sabes que mi padre murió de la pena que le di con mis locuras?

Con infantil volubilidad añadió:

—¡Pero sálvame! ¡Tengo miedo, mucho miedo!

—Sigue...

—Me dijo entonces que era preciso esconder el cuerpo, sacarlo de casa. La parte más difícil. Me entró una angustia. Bebí, para reanimarme, una copa de cognac. Andrés no hacía sino repetir: «Démonos prisa, démonos prisa». Le vestimos en un vuelo; se le manejaba bien, porque estaba flexible aún. Le salía de la boca una espuma encarnada que limpié con un pañuelo. Nos olvidamos de cubrirle con el abrigo, porque él lo había dejado en la antesala. Yo cogí mi llavín y di luz á la escalera. Antes miré por la vidriera si andaba rondando el sereno, lo cual sucede rara vez si hace frío. Todo estaba solitario. Ayudé á Andrés á bajar el cuerpo al portal, y abrí la puerta de la calle. Por fortuna, tengo bien poca escalera. Andrés me mandó que cerrase y subiese. Quería yo acompañarle, pero me dijo que una mujer llama más la atención. Bastaba él. Cinco minutos después volvió.

—Lo he dejado en el solar ese, al lado del hotel. Creo que tardarán en encontrarlo...

Se atusó, se miró al espejo. No se gastaría hora y media en todo lo que te he contado, desde la llegada de Grijalba hasta que descansó en el solar su cuerpo...

—Convienes—advirtió—que me vean en algún sitio público; voy á hacerme presente... Tú lava si hay manchas: tienes horas disponibles.—Y se fué.

Cuando dijo así Chulita, sonreí. ¡El fingido enojo del teatro de Apolo! ¡Un medio de exhibirse, de preparar testigos que afirmasen que casi á la misma hora en que el crimen pudo haberse cometido, él, Andrés Ariza, se encontraba en un teatro, lejos del lugar en que ocurría la tragedia!

—¿Y después, Chulita?

—Me quedé sola. Cada vez me persuadía más de que todo era mentira. ¡Qué disparate! ¡Un muerto, que parecía haberse deshecho en humo! ¡Un muerto en mi alcoba! ¡Yo vistiéndole, yo llevándole por la escalera abajo! Pero Andrés, al desaparecer, me había encargado que mirase bien si había sangre. «La sangre es la que habla», repetía. Miré. En las sábanas hallé señales. En el suelo, nada. El estoque era fino como una aguja. Lavé las sábanas, que poco tenían, y no quedó otra huella que el reloj, los gemelos y demás. De madrugada, Andrés vino; envolví cuidadosamente estos objetos y se los llevé para hacerlos desaparecer.

—Quien debe desaparecer inmediatamente eres tú—exclamé, enterado ya de cuanto quería—. Vístete de trapillo; ponte sombrero pequeño,

velo tupido, y dentro de una hora, si no recibes aviso en contra, vete á la esquina de la calle de... Allí te aguardará un automóvil alquilado por mí, que te llevará á Francia. Toma un poco de dinero; el mecánico te entregará un sobre con alguno más. Si puedes, no vuelvas á pecar...

Me clavó sus ojos orlados y que sabían volverse inocentes en su deliquio de pasión, y murmuró:

—¡Reúnete conmigo en Francia!... ¡Aunque sólo sea para convertirme!

VIII

Puesta en salvo Chulita, faltaba hacer otra cosa. Desde que había reconocido con bochorno mi flaqueza, mi propia insania; desde que me sentía capaz de sufrir la atracción del abismo, me volví relativamente misericordioso; quería evitarle á Ariza, por lo menos, la afrenta pública.

Informado del domicilio del criminal, al preguntar por él en la casa de huéspedes—no muy decorosa—, á que le había traído sin duda su crítica situación económica, me advirtió la patrona, encogiéndose de hombros:

—¿El señorito Andrés? ¡Pues si hace más de tres días que no aporta por aquí!

Me retiré sin demostrar extrañeza. Aun cuando la prensa no había hecho alusiones que pudiesen alarmar al criminal, era lógico que anduviese azorado. Lo que yo le había contado á Chulita acerca de la desaparición de su cómplice, era invención, pero en buena ley, no parecería sorprendente que levantase el vuelo el culpable.

—¡Vaya un policía que hago!—pensaba yo— Soy un torpe con estos retrasos y preparativos. Lo primero que se mandaba ántaño, era «prender los cuerpos y asegurar las personas» de los sospechosos. Con mis romanticismos, á la una la he librado de la justicia, y al otro, probablemente también. Apenas se reirá Cordelero... En fin, aunque tarde, hagamos lo debido. Voy á declarar ante el Juez la verdad entera. Acaso Ariza no haya salido aún de España.

El Juez me oyó con admiración. Mi relato era dramático y tenía el sello inconfundible de lo auténtico. Lo único que no le dije fué que Chulita seguramente no se encontraba ya en tierra española.

—Le aconsejo á usted, señor Juez—añadí— que me permita continuar dirigiendo este asunto bajo cuerda, á fin de que no se pierda un minuto. Los culpables, al pronto, han estado seguros, porque la justicia seguía una pista falsa. Ha sido bueno que se me acusase. La opinión empezaba á extraviarse, y la prensa á señalarme ya claramente, á azuzar al vulgo contra mí. Pero, de un momento á otro, Ariza, que tiene el dinero, puede evaporarse.

—Se van á tomar todas las medidas... Usted nos aconsejará...

Púsose la policía en movimiento, con gran reserva. Respecto á Chulita, sabía yo que no sería fácil capturarla, y que, además, no lo intentarían aún. A las doce de la mañana del día siguiente, tampoco Ariza había parecido. Vino á comunicármelo el siempre receloso Cordelero, y comprendí que á pesar de lo significativo de esta desaparición, no había llegado á su espíritu la persuasión de mi inocencia.

—¿Cómo se explica usted que no parezca el señor de Ariza?—me preguntó huraño.

—O él se esconde bien, ó ustedes le buscan mal—fué mi respuesta.

—Quisiera ver cómo le buscaba usted—retó el policía.

—Pues bueno—contesté, picado en el punto sensible del amor propio... en la vanidad del aficionado que quiere dar lecciones á los profesionales—. Voy á rematar la suerte, amigo Cordelero. Voy á encontrar á Ariza. Ustedes, por su lado, trabajen; yo, por mi cuenta. Sólo les pido un favor. Que hoy no me vigilen, y mucho menos vigilen la casa de doña Julia. Que nadie aporte por allí. Es indispensable. ¿Concedido?

—¡Si á usted «ya» no le vigilamos!—protestó él.

—Basta. Libertad y soledad, al menos por unas horas.

De nuevo llamé en mi auxilio á la extraña facultad de semiadivinación que, sobre una base

insignificante en lo real, me había guiado al través del laberinto del sombrío crimen, llamado, en apariencia, á no salir de las tinieblas, como tantos otros que en Madrid se cometen. Mis inducciones de psicólogo me sirvieron para combinar un proyecto á la vez poético y sutil. Me apoyé en la idea de «la querencia». Como el toro, el criminal la siente. Raro será el criminal que no ronde los lugares donde ha delinquido. La misma zozobra de la persecución les incita á llegarse adonde suponen que sucede algo que puede importarles. Hay un anzuelo clavado en su alma, y el misterio tira del cordel y les atrae. Son peces asegurados por el Pescador... Y en Ariza, á la querencia del crimen se unía la de la mujer. El pez picaría...

Me embosqué en el portal de Chulita, habiendo antes sobornado á la portera con propina untuosa. Estaba resuelto á no moverme de allí en bastante tiempo. Diestramente, me enteré de que, en la casa, la desaparición de la mundana no había preocupado á nadie, porque ella, cauta, dejó dicho á su doncella que iba á pasar un día en Aranjuez, de broma con amigos, y no siendo el caso insólito, nadie se preocupó, y se la esperaba aquella noche ó al día siguiente. La policía, siguiendo mis instrucciones, no había aportado por allí. Me instalé en un sofá desvencijado, en la portería, y aguardé en acecho, paciente. En el bolsillo de mi abrigo tenía un paquete de pasteles y emparedados para entretener el hambre si se prolongaba la guardia. A las cuatro de la tarde, nada aún.

Entraban y salían gentes. De Ariza, ni señales.

Poco á poco fuí despachando mis pasteles, devorados á la sordina, con glotonería de hombre sujeto á un ayuno que agudizaban emociones intensas. Anochece, y rogué á la portera que diese luz. La mujer principiaba á mirarme con suma desconfianza; una nueva propina, copiosa, la anestesió. Las seis y media serían cuando mi corazón pegó el salto profético. Ariza, recatado por un abrigo y un tapabocas, penetraba en el portal.

Me adelanté y le cogí por el cuello.

—Ahora—le dije en voz contenida—, no te me escapas. No intentes resistir; la calle está llena de agentes ocultos en los portales, y á un grito saldrán.

—Pero, ¿quién es usted?—preguntó, echándose atrás y desprendiéndose de mis manos—. ¿Qué me quiere usted? Suélteme, ó...

—Salgamos—ordené.

Me vió entonces la cara y exclamó: ¡Selva!

—Selva, sí, aquel con quien has querido cruzar tu destino. ¿No sabes que ese cruce es peor que el de dos espadas? Me has injuriado en Apolo para atraer la atención del público, y que constase que allí estabas: has llevado al solar contiguo á mi casa el cuerpo del asesinado, y has arrojado á mi dormitorio el paquete con los objetos comprometedores. ¡Has hecho mal! ¡Yo no soy hombre con quien convenga divertirse, seor asesino! Has despertado en mí la sagacidad del perseguidor y del vengador. He descu-

bierto el crimen; y como me repugnaba enviar al patíbulo ó siquiera á presidio á una mujer, yo he asegurado la fuga de Chulita, que está prendada de mí.

Escuchaba Ariza con expresión imposible de describir. Sus ojos llameaban en la semiobscuridad de la calle, cual los ojos eléctricos de los gatos.

—No entiendo, no sé de qué crimen habla usted...—repetía estúpidamente; pero sus pupilas ardorosas desmentían sus palabras.

—No vale ya ese recurso—Y dejé de tutearle—. Acepte usted serenamente la suerte. Tenga valor; es lo menos que puede tener.

—Tengo valor para comérmelo á usted—gritó; y sus puños me amenazaban.

—Pierde usted el tiempo... Mi intención para usted es buena, á pesar de que usted, imprudente siempre, todavía busca quimera conmigo. A una voz que yo diese tendría usted á la policía encima; pero no la daré, á menos que usted me fuerce á ello. Al contrario; mi deseo es facilitarle á usted tiempo suficiente para... No; no es eso—exclamé leyendo en sus ojos—. Escaparse, no. ¿Me toma usted por algún necio? Yo no protejo «así» más que á las mujeres; los hombres, que tengan alma. Usted no es un criminal de oficio. Usted ha sido siempre, á pesar de sus vicios, un caballero, por la clase social á que pertenece. Y un caballero tiene que creer que hay cosas que importan más que la seguridad y la vida. ¿Me equivoco?

Ariza callaba. Sus ojos giraban, como si bus-

case en el suelo la grieta que debía tragarle, sustrayéndole á mi presencia.

—No se equivoca usted—dijo al fin—, pero no comprendo por qué le interesa mi honor.

Sonrei y lancé la frase altivamente.

—Por espíritu de clase.

Miró de nuevo en derredor suyo. Puesto en el terrible trance, sin duda cavilaba en medios, en sitio, en algo que el natural instinto le impulsaba á no encontrar de buenas á primeras.

—No tengo armas—dijo al fin.

—¿Y el estoquito?—pregunté. Hiere muy limpio, aunque en su pechera de usted había una gota de sangre, ¡sépalos usted, Ariza! ¡La sangre habla, como usted le advirtió á su cómplice!

—¡Maldita sea!—tartamudeó.—En fin, acabemos... Le he dicho que no tengo armas.

—Llevo siempre mi Browning—respondí—. Ahí va.

Inmediatamente sentí un escalofrío. La cara de Ariza era trágica, y me apuntaba á la altura de la frente, con mi propia pistola. Me dominé gallardamente, me crucé de brazos, y le desafié con la mirada. Entonces, de súbito, bajó el arma y echó á correr enloquecido. Se detuvo en una plazoleta próxima. Un soldado; el dueño del figón donde pasaba las noches mi sereno; el dependiente medidor, le vieron acercar el arma á la sien, disparar, caer boca abajo...

Cuando se registró su cuerpo se halló, en un bolsillo interior, la suma, algo incompleta. El bastón de estoque apareció en su propia habi-

tación de la fonda, oculto bajo la alfombra, á ras de la pared.

Después de esta aventura, he comprendido que, desde la cuna, mi vocación es la de policía aficionado. Las sensaciones que experimenté con motivo de mi indagatoria fueron de primer orden por lo intensas. Me di cuenta de que el fastidio no volvería á mí si me dedicaba á una profesión que tan bien armoniza con mis gustos, y, me atrevo á decirlo, con mis condiciones y aptitudes, ó si se quiere mis inspiraciones atrevidas y geniales. Resuelto á ejercerla, me voy á Inglaterra á estudiarla bien, á tomar lecciones de los maestros. Y tendré ancho campo en este Madrid, donde reinan el misterio y la impunidad. Traeré al descubrimiento de los crímenes elementos novelescos é intelectuales, y acaso un día podré contar al público algo digno de la letra de imprenta.



ALLENDE LA VERDAD

I

ABRIÓ Quintín la esquila de su amigo, el *factotum* del Ministerio de Estado, y los dos renglones le saltaron á los ojos y le cruzaron como un trallazo el alma.

«Oficialmente consta que ha sido fusilado por los insurrectos el General Morans.»

Tan sobrecogido al pronto que no entendía por qué le escribían aquello—enlazó después la noticia con telegramas de la Prensa referentes á la revolución de Colombia, y en los cuales maquinalmente se había fijado. ¡Ahí es nada! ¡Mercedes viuda!

Iba á cumplir Quintín Carrillo de Albornoz los treinta y ocho, y hacía nueve ó diez años que le unía á Mercedes Alvarado, esposa del célebre Brigadier Morans, el de las cuarteladas,

un lazo secreto..., no tan secreto, sin embargo, que no lo conociesen bastantes curiosos. Cierto que, cansados de murmurar, optaban ya por callarse, tomando como fórmula de transacción el «puede que sea calumnia», y el «eso debe de haberse acabado hace un siglo» del indiferentismo mundano; y no menos cierto que á nadie interesaba mayormente el honor conyugal de aquel Brigadier, valentón, pero cabeza destornillada si las hubo, que después de gastarse lo suyo y buena parte de lo de Mercedes en vicios estrepitosos é intencionas de sediciones republicanas—que á poco le cuestan la piel—, emigró, no á París, que es lo corriente, sino á la América Central, donde unos le dieron por muerto, y otros, mejor informados, por encumbrado personaje militar, brazo derecho del Presidente. Sin embargo, á Quintín Carrillo, educado por padres de principios severos y hasta estrechos, en una familia de esa antigua magistratura española donde tuvo altares la integridad, le había escocido siempre lo irregular de su situación, y en los primeros años de amor deseó mil veces, involuntariamente, la noticia que recibía ahora. El destino tiene de estas jugarretas sarcásticas. Ahora..., ahora, Quintín daría algo bueno porque aquella bala perdida del Brigadier Morans emulase en longevidad al patriarca Matusalem.

En efecto, era cosa resuelta, en las deliberaciones del amante, romper con la amada—no amada ya—. Para justificar la resolución, Quintín se alegaba á sí mismo, de buena fe,

larga serie de razones. Como el que vuelve á la casa paterna después de largo tiempo, abre un armario y encuentra en él recuerdos de la madre muerta—el abanico que evoca la forma de sus manos, la pañoleta arrugada por su cuello, el devocionario señalado por la página que contiene la oración familiar, la fotografía amarillenta que concreta la imagen medio desvanecida—, Quintín sentía ascender, del trasfondo de su alma, anterior á la crisis pasional, las impresiones de la primera edad, en que estaba moldeado su espíritu de hombre; y le infundían hacia Mercedes un desasimiento gradual, una náusea moral, en los comienzos imperceptible, luego caracterizada, que le alejaba de la mujer por quien pensó, antaño, morir de dicha y de celos... A compás de este desvío, nacía y alesteaba un ensueño, al cual prestaba algo de poesía el conflicto de su oposición con la realidad del vivir de Quintín. Por lo demás, era un ideal semejante al del vecino de enfrente; un ideal burgués, sin rastro del romanticismo habitual, que escandece y solivianta el ánimo en los amores prohibidos. ¡Casarse... un hijo..., sacarlo á paseo! He aquí la modesta aspiración de Carrillo.

¿Modesta? No tanto... No le salen hijos al que quiere, y poderosos de la tierra hay que pagarían á peso de diamantes el retoño de su sangre y de su raza... ¿Modesta? En diez años, Mercedes, ni por asomos... «Yo tengo derecho á ser padre», repetía para sí Carrillo, sin admitir ni la contingencia de que también la esposa

legítima saliese estéril... Con Mercedes misma había hablado, insistiendo, del sueño de paternidad..., claro es que sin aludir á los preliminares conyugales. «¡Me gustan todos los niños que veo por ahí; figúrate, uno propio!» Y como la edad viril avanzase, camino de la madurez, que es la senda por donde se llega presto á la vejez, Quintín no aguardaba más... ¡Ruptura, vida nueva...! A buscar manera de desenredarse pronto de aquella *historia*—como crudamente la llamaba, en ese lenguaje interior, tan cínico y tan descarnado, de los amantes enfermos de hartura... Y he aquí que el amigo funcionario en Estado, cumpliendo un encargo cuya importancia no ignora, transmite la nueva del fusilamiento, que hace á Mercedes dueña de sí, y posible la legalidad de sus relaciones...

Algunos minutos permaneció absorto Quintín. No se le ocurría solución alguna. Dejó al fin la esquela sobre una mesa, encendió un cigarrillo y llamó al timbre. Acudió el criado—el socarrón de Benito, pisando quedo, afeitado, blando de ademán, tan semejante á un seminarista—, y no formulada aún, adivinó la orden y la dió al aire con acento cauteloso, entre galiciano y portugués:

—Ñorito... ¿Un vaso de café frío y el ron?

Era la bebida favorita de Quintín, habituado á ella en las frecuentes excursiones á que le obligaba su profesión de ingeniero agobiado de trabajo lucrativo. El médico le había ordenado: «No cale usted aguas que no conozca; ni en la montaña, ni surtiendo de piedra. Coma de lo

que le presenten, pero llévese consigo una maquinilla, hierva bien el agua desconocida y tómela saturada de café. En el agua bebemos nuestra condenación.» Cuando Benito posó sobre la mesa la bandeja, instintivamente Quintín recogió receloso la carta y se la guardó en el bolsillo. El ladino servidor ya miraba de soslayo. «Pues de la señorita Mercedes, no es.»

Enjugóse Quintín la seca garganta con la infusión adicionada de *Negrita*, y su voluntad pareció templarse como acero. Justamente porque Mercedes estaba viuda, era por lo que urgía desatar... Cuanto antes; no perder un minuto... Y la cobardía, latente bajo apariencias de valor, susurró al oído miserables consejos. «Adelántate. La noticia no se sabrá hasta dentro de días. Quizás los periódicos ni la comuniquen. ¡Interesa tan poco aquí lo que sucede en Colombia! Si Mercedes se entera de la muerte de su marido, se enreda la madeja, y al romper, la ofendes y humillas... Aprovechemos los instantes; insinuemos algo de separación sin decir palabra de la viudez, y sirvan de excusa viajes, negocios... Daré palabra de escribir... Después, no se escribe, ó se escribe de manera que contribuya al desengaño..., y á la vuelta, todo arreglado insensiblemente...» Convenido consigo mismo el fraude, Carrillo dudó entre una misiva hábil ó ir en persona. «Más vale ir», decidió al fin, ante la dificultad de redactar páginas impregnadas de mentira desde la cruz á la fecha. No era gran epistológrafo, y el conocimiento que creía atesorar del carácter de Mer-

cedes le prometía mejor resultado en una entrevista, que hasta podía ser muy cariñosa...

Creía Quintín conocer á Mercedes á fondo, y se engañaba, como se engañan cuantos piensan que es igual una mujer que se siente amada á una mujer vendida y ofendida.

A la vuelta de tantos años y de tan estrecha intimidad, Carrillo no había desentrañado el arcano de un alma femenina, porque la relación amorosa tiende un velo sobre ciertos aspectos de las almas, y un fingimiento sincero, si cabe decirlo así, obliga á la mujer enamorada á no descubrir el fondo de negrura psíquica, el sedimento demasiado humano que acaso ella misma ignora. Se adereza y acicala lo moral como lo físico, y lo moral y lo físico serían quizás hermosos siempre, á no desfigurarlos el corrosivo de la maldad ajena. Carrillo no sospechaba que Mercedes se contase entre las mujeres á quienes la desgracia vuelve peores — pues las hay que salen del purgatorio del dolor purificadas y casi santas—. Poco observador de lo inmediato, como suele suceder á los hombres dados á estudios científicos, no entendió que su amiga era capaz de impulsos generosos, pero también de rencorosas violencias; de espiritualismos ultradelicados y de egoísmos sensuales; de rectitud y desinterés exagerado—particularmente en cuestiones de dinero, sin lo cual Morans no hubiese podido despojarla de la mitad de su hacienda—, y de perversidad sabia en el daño, si á ello la impulsaban hiriéndola alevosamente. De que le había sido fiel, con probada

fidelidad, deducía Carrillo que en ningún terreno era Mercedes peligrosa. Unicamente le cohibía, en aquella decisiva hora, algo de compasión y piedad, el afecto que engendra la costumbre, el sufrimiento de ver sufrir. «A bien — discurría, mientras le presentaba Benito guantes, sombrero, abrigo y bastón — que de tiempo acá, ella debe de haber notado... Me ha dado quejas... Se la tiene tragada, de seguro...»

II

Corridos diez minutos, se apeaba del tranvía, no delante de la casa de Mercedes — porque después de comprometerla al principio con indiscretos extremos, ahora no omitía nunca las precauciones —, sino en la plazuela, donde desembocan varias calles. Anduvo un rato y se enhebró por la bocacalle segunda. En el portal, la señá Malia, la portera, hembra jacarandosa del pueblo madrileño, artísticamente atusada, llena de bucles y bandolina, como que venía en derechura del más próximo «Salón de arrepeinar señoras» del barrio, le dirigió un «¡Felices, señorito!», con su airosa y recalcada pronunciación de chulapa. Apenas contestó Quintín, y la mujer, chafada, rezongó: «¡Andá! No va poco metió en sí! ¿Qué mosca l'abrá picao? Otras ve-

ces me pregunta por los chicos ó les hace carantoñas...»

Al llamar del modo tan conocido á la tan conocida puerta, las piernas de Quintín eran dos rollos de algodón en rama, y las arterias de sus sienes armaban un ruido de fragua que le aturdió el cráneo. No valía repetirse sordamente: «Hago bien, voy de lo prohibido á lo lícito: me dirijo hacia lo más santo, que es la paternidad...» La conciencia argüía sin réplica: «¡Farsante! Ya no es prohibido... ¡Es que te has cansado, es que Mercedes no te seduce... No me vengas con retóricas: á mí nadie me la pega! Soy el Testigo, soy el ojo...»

Aguardaba Mercedes en el gabinete donde diariamente se veían, sentada en el mismo sofá de elegante forma, en que se acurrucaba entre pilas de fofos y finos almohadones, cómplices de la amorosa languidez. Si alguien pudiese acechar la expresión de su fisonomía, descubriría en ella una ansiedad trágica. Las noticias auténticas que Quintín, secretamente, pedía á la amistad, las tenía desde muy atrás solicitada la señora de Morans mediante soborno en el consulado de Colombia. Un empleado subalterno enteraba, en reserva, de cuanto se sabía del aventurero Brigadier; y no hacía tres horas que, en persona, había venido su confidente á referirla lo que después se llamó «el drama de Popayán». Rotas estaban sus cadenas...

—¿Qué efecto produciría la nueva en Quintín?—De la respuesta á esta interrogación dependía todo el porvenir de Mercedes Alvarado.

Otra mujer menos cauta se propondría recibir á su amigo espetándole la novedad entre la expansión de un abrazo tierno... Ella se guardaría de cometer tal inocentada. Primero le tantearía, dirigiría la plática hacia el terreno candente... No la engreía la dulce seguridad del que se cree adorado. Al contrario, temblaba y temía. Quintín no era el de antes...

La ya viuda de Morans no representaba los treinta y seis años que rezaba su partida de bautismo. No muy alta, carnosa, pero esbelta aún, de facciones expresivas y regulares, de ojos bien engastados y penetrantes y flecheros, la hacían más joven el abundoso pelo, de un negro de tinta, y el diseño de la boca, que en momentos de gozo sonreía casi infantilmente. La nariz, un tanto aguileña, dilataba sus alas palpitantes; y el mirar, en horas de desconfianza, era astuto, de una agudeza completamente femenil. No debía de ser fácil burlar á aquella hembra, y sobre todo, una vez sospechada la burla, no sería cómoda de aplacar, sobre todo, si en vez de estallar por fuera, la cólera se recogía adentro, hirviendo en la sombra, acechando oportunidad de venganza. Como toda mujer que tiene vida sentimental y es un poco jamona, Mercedes cuidaba prolijamente de su tocado y atavío. A la hora en que sonó el timbre advirtiéndole que Quintín llegaba, la señora de Morans se envolvía en una bata de crespón rosa hortensia—color que realzaba la negrura de la cabellera española, y que incrustaban irlandesas antiguas, entre gasas blandamente rizadas y flotan-

tes.—El pie que el remangue de la bata descubría, era delicado, primoroso, calzado de raso negro y cautivo en media de seda transparente. Una hebillita de estrás blasonaba el empeine curvo. Los dijes de un brazalete de barbada, que rodeaba la muñeca izquierda, tilinteaban apenas á la agitación del pulso y al temblor de la mano, larga y ebúrnea, cuidada como una flor.

Bastó á Mercedes ver entrar á su amigo para comprender al vuelo que también él *sabía*. ¿Por qué? No es fácil razonar las corazonadas, y todo enamorado las tiene. Quintín estaba al cabo, y venía á tiro hecho... «¿Por dónde saldrá?...» Dominándose prontamente, le interrogó aparentando sólo la acostumbrada amante solicitud:

—¿Qué te pasa? Parece que vienes... preocupado... Siéntate, explica... Anda, Tinito, acércate...

El se acomodó en la butaca, ceñudo, displicente, colocándose de modo que ni el paño de su ropa rozase los sueltos encajes de la bata de su amiga. Actitud cruel, como es cruel todo en los fines de amor. Mercedes se sintió apuñalada por el cuchillo de aquella estudiada distanciaci3n, mucho peor que una ausencia, y calculó: «Sabe que he enviudado y se desvía... Quiere romper.» La atroz convicci3n la dejó un punto sin habla, sin pensamiento... Al fin recobró la voz y exclamó imperiosamente:

—¿Qué es eso? No te reconozco el derecho de venir á sentarte frente á mí convertido en estatua... Hazme el favor de explicarte de una vez

y no mirarme así, como si tú fueses el juez y yo el reo...

Mascando quina ó algo que difícilmente se tragaba, Quintín acabó por arrancarse con una solemne simpleza:

—Tengo cerca de los cuarenta, Mercedes... Tengo cerca de los cuarenta...

—Bien; ¿y qué?—murmuró Mercedes irónica—Sabemos mutuamente nuestras edades.

—Es que... Es que debo advertirte que me urge hacer... hacer muchas cosas... que no puedo hacer estando á tu lado... ¿entiendes? Y después no será hora ya... ¡El tiempo pasa!

III

Sofocación repentina cortó el respiro á Mercedes. ¡El tiempo! ¡Por dónde salía ahora! ¡Qué mezquino, qué miserable subterfugio! ¡Qué frases sin ilación, de apocamiento, de embuste! Con disculpas balbucientes quería esconder la verdad... Notó la de Alvarado un curioso sentimiento: el bochorno por cuenta ajena; se avergonzó de aquel hombre, tan idolatrado y tan pequeño, tan falso y tan cohibido... Llanto repentino, saltando de los lagrimales, aguzó sus negras pestañas, y se apresuró por el surco de las mejillas. Se remedió con el pañuelo. Un tanto conmovido por dentro, impasible por fue-

ra, Quintín volvía la cara. ¿No estaban descon-
tadas las lagrimitas? Sólo que no es lo mismo
suponer estas cosas que verlas... ¿Consuelos?
¿La vulgaridad de la protesta amistosa, de la
esperanza á largo plazo, del llamamiento á la
cordura? Por torpe en sentir que Quintín
fuese, bien sabía que no hay consuelo huma-
no... ¡El tiempo! Sí; el tiempo consuela—por-
que es la forma en que diariamente se acerca la
muerte á nosotros...—Consuela el tiempo como
adormece el dolor la morfina: matando á la
corta ó á la larga...

—Bueno...—balbuceó ella, alzando los ojos
ya enjutos y enrojecidos—. Comprendido, ¿en-
tienes? No necesitas molestarte más. ¿Por qué
no dices las cosas abiertamente, entre nosotros,
que nos hemos jurado mil veces franqueza?
Estás cansado de mí y tienes tus planes de ca-
samiento. ¿A que sí? Magnífico... Venga el nom-
bre de la futura.

—¡Si no hay tal futura!—protestó él aga-
rrándose con ansia á un clavo ardiendo—. Te
equivocas... ¿De dónde sacas...? Lo que yo me
he propuesto es viajar... un año... ó dos... Lo
exigen mis asuntos profesionales; he de residir
en el extranjero, para realizar un sin fin de pla-
nes y aprender muchas cosas nuevas, que me
conviene dominar... Y necesito ir con la manos
desatadas, tranquilo... Recobro mi libertad ena-
jenada...

—¡Alto ahí! —clamó la señora con arran-
que—¡Nada de mala fe! No te he quitado la
libertad nunca. Nuestro compromiso ha sido

voluntario. Si otra cosa aseguras, mentirás.

La voz vibraba indignada.

—Voluntario ó no, he vivido siempre sujeto. ¡Sé razonable, Mercedes! No vayas á figurarte tonterías. Esto no es acabar, no es un corte definitivo. Déjame respirar... Respiremos los dos un poco. Después, ¿quién sabe?, acaso nos querremos doblemente...

—Sí, sí... Calla, calla.—Mercedes se había levantado, poniéndose de espaldas para esconder otro acceso de llanto, de gritos, de sollozos; pero la voz la denunciaba, á pesar del bárbaro esfuerzo con que se contenía. Al cabo de un rato se volvió jadeante.—¿No ves que eso es pueril y además desleal? Ten siquiera valor: descarga el golpe con el pulso sereno. Mírame, serena también.—Y se encaró con él, apoyándole las manos en los hombros, enviándole al rostro la sugestión de otro rostro que acusaba y retaba, y el soplo violento de su furia.—Estoy serena...—Al hacer esta afirmación increíble, Mercedes tenía un gesto siniestro, un mirar de abismo. En los breves instantes de la crisis, la *idea* vengadora había surgido al choque del mismo dolor en el espíritu apasionado, que no se resignaba ni renunciaba. Ideas semejantes laten algún tiempo en lo indeterminado del pensar, con latido apenas perceptible; flotan allí, en previsión de lo que pueda suceder, arrinconadas, rechazadas por fantásticas y absurdas, hasta el momento en que la necesidad las impone y el arrojo de la desesperación les presta relieve, les da cuerpo... Preparada es-

taba Mercedes; en largas noches de vela, en días desocupados, de esos intervalos tranquilos que hay en el proceso pasional más ardoroso, si se prolonga, la mujer, temerosa de ver evaporarse de pronto la esencia de su vida, había agotado todas las hipótesis, presentado todas las formas en que puede aparecerse la fatalidad y calculado los medios para contrarrestarla. Hallábase dispuesta en cualquier momento á luchar. Los medios serían buenos con tal que fuesen eficaces. En el sentimiento, Mercedes profesaba los principios de un hombre de acción.

Recogida interiormente, tensa y flechada el alma como un arco de combate, esperaba. Quería ver si aquel miserable proseguía callándose lo principal, la muerte de Morans, lo que precisamente le impulsaba á precipitar la ruptura, sin miramientos, sin respeto á lo pasado, sin dar siquiera espacio para que el tremendo golpe doliese un poco menos...

—¡Ceditas!—pronunció él, usando el nombre íntimo, con ineficaz intento de aliviar lo inaliviable—Ceditas, un poco de paciencia... Yo siempre te recordaré... No creas que se trata de abandonarte... Vamos, no seas así; mira que me afliges...

—¡Te aflijo yo á ti!—Y la señora rió con una especie de ironía salvaje — ¿Qué dices? ¿Que me recordarás siempre?—añadió ya decidida—¡Pues no me habías de recordar! De eso sí que estoy segura... No tengas miedo, no cabe que me olvides; pero no será por virtud de tu

ternura ni por la fidelidad de tu memoria. Será por algo que tú no puedas sospechar... y que te va á sorprender... ¡Vaya! A sorprender mucho. Graba en tu imaginación la fecha de hoy, grábala; estamos á 15 de Marzo... ¡La casualidad es rara! Pero no la llares casualidad; llámala Providencia... Fíjate, el 15 de Marzo...

Mientras soltaba estas cláusulas misteriosas devoraba con la vista al que la contemplaba alarmado. Un goce maligno dilataba su antes oprimido pecho.

—¡Tramposo!—pensaba—defraudador... Ya te tengo en mis uñas. ¡Qué placer, lo que te preparo!

La extraña y frecuente metamorfosis del sumo querer en odio sumo se verificaba con rapidez eléctrica. Y el peor odio, el que anhela proximidad, el que es amor vuelto del revés, amor podrido. Parecía un fenómeno repentino, y quizá no lo era. También el odio de Mercedes, como el desvío de Quintín, se había incubado lento, lento, ante los rasgos de indiferencia del amante fatigado, ante la comprobación del disimulo y la mentira, ante los indicios de debilidad y bajeza, ignominia de los rompimientos amorosos. La enloquecía la idea de que Quintín era sabedor de su viudez y callaba para evitar la contingencia de una proposición de matrimonio. ¡Qué vergonzosa precaución!

Y se encendía en furor, en rabia justiciera. ¡Todo es perdonable menos el engaño! Recordaba mentalmente los sacrificios hechos, las ternezas prodigadas, la honra descuidada, tan-

tos años de constancia, de complacencia, tanta fe, tanta sinceridad, el corazón y el alma siempre asomados á la boca en un impulso de lealtad y abnegación continua... «¡Y este es el pago!» Sus labios se estremecían; con tremenda fuerza de voluntad, ensangrentándolos, volvió á dominarse. ¡Calma, calma para vencer!

—Me hace fijarme en la fecha de hoy—pensaba azorado Quintín—porque está enterada de lo de su marido... Defendámonos, echémonos fuera... No entiendo—dijo en alto—qué tiene que ver el 15 de Marzo con...

—¡Ya lo entenderás! Ahora vete donde quieras y haz lo que gustes; sólo te pido—creo que tengo títulos para pedirte algo—que me empeñes tu palabra de no realizar nada *definitivo* antes del otoño... Antes del mes de Octubre. ¡Contesta!

—¡Criatura!—exclamó él ya sosegado, transigiendo—¿A qué llamas *definitivo*? ¿Sigues con la manía de mis soñadas bodas? Te juro...

—No jures; ó, mejor dicho, no perjures—gritó ella con un hipo de cólera—. Los juramentos son cosa propia del amor... y tú ya...—Al hablar así se descompuso, expresando infinita angustia, el semblante de Mercedes—. Pido lo que entre indiferentes: la palabra de caballero. ¿No te casarás antes de Octubre?

—¡Qué tema! Si no se me ha ocurrido...

—¿Prometes ó no?—El acento conminaba, forzaba la voluntad.

—Si te empeñas... bien puedo prometerlo..., y lo prometo por mi honor.

—¿Por la sepultura de tu madre?

Carrillo de Albornoz titubeó un momento. ¡Su madre mezclada en tal escena! Acabó por resignarse.

—Corriente, si eso te tranquiliza... por la sepultura de mi pobre madre. ¿Te basta?

—Necesitaré saber tu paradero, si sales de Madrid... porque llegará un instante en que tendré una comunicación que hacerte.

—¿Una comunicación?

—Y muy grave. ¡Gravísima!

—Lo dicho—volvió á cavilar Quintín—. Me participará que es viuda; no está segura aún... y por eso no me lo encaja ahora... Contemporicemos; todo acaba por arreglarse. ¡Zafémonos!—Y acercándose, en finta de enternecimiento, sopló en las sienes y cabellos de su amiga, rozándolos con labios flojos, algunas palabras, farfulladas, que pretendían ser dulces...—Te escribiré... No faltaba más. Ea, juicio, Ceditas, si no sucede nada... Jesús, cómo eres de cavilosa. Un viaje, ¿qué tiene eso de particular? Adiós, no me seas chiquilla...

El último tibio consuelo se perdió entre el abrazo y el beso de despedida, voluntariamente estrecho el uno y prolongado el otro.

IV

—¡Judas!—tartamudeó la señora después de oír el castañetazo apagado de la puerta que se cerraba. Por un instante permaneció de pie, limpiándose con el pañuelo húmedo y arrugado la frente y las mejillas; luego lo arrojó con grima sobre la mesa. Se desplomó otra vez en el sofá y meditó—una de esas meditaciones intensas en que las fuerzas del discurso parecen centuplicarse—. El plan entero se desenvolvía, claro y lógico, como una comedia de trama bien urdida y en que están fundadas las peripecias. Rió en alta voz, con sarcástica risa—. ¡Soberbio!—Y tocó el timbre. La doncella acudió, peripuesta, con blancuras de delantal bordado sobre la librea de lana negra de la domesticidad femenina—A Amalia que suba un momento... Tengo que saber si encontró por fin esa lavandera buena de que hablamos. ¡Ah!—añadió como el que hace memoria—. Y usted, Alejandra, váyase ahora mismo á la calle del Carmen, á todas las tiendas en que gasto, y tráigase muestras de géneros negros, cachemir fino y crespón inglés... Antes preguntará usted en casa de madame Bourbette si ha arreglado mi sombrero gris... Si no lo arregló que no lo arregle ya... Que me envíe modelos ne-

gros... Pase usted también recado á Ifigenia, la modista, que la necesito...

—¿Tiene luto la señora?—interrogó la doncellita, muy amiga de curiosear.

—Sí... Traiga usted también muestras de glase para los fondos... ¡Ah!, guantes negros de mi medida...

Despachado para buen rato el testigo peligroso, la señora esperó á la mujer del pueblo, á quien iba á imponer—¿por qué medios?—su intención vengadora. Creía Mercedes adivinar el modo de ser de la Amalia, su psicología no muy complicada, y una inspiración pronta, feliz, la dictaba lo que debía decir y hacer en tan decisiva ocasión. Empezó, pues, por dar suelta á las lágrimas antes reprimidas y reabsorbidas, y así, bañada en llanto, fué como recibió á la vehemente chulapa, «toda corazón desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies».

—¡Jesús! Pero, señorita, ¿qué ocurre? ¿Ha pasao alguna desgracia?

Y la penetración mujeril de la portera relacionó instantáneamente la actitud de Mercedes con el «metimiento en sí» del señorito... «Vamos, se han peleao éstos»...

—¡La desgracia mayor de mi vida!... El señorito Quintín y yo hemos acabado... acabado para siempre...

Nueva explosión de llanto, y sobre todo, aquella brusca, halagüeña confianza que depositaban en ella, derritieron la de suyo blanda manteca de las entrañas de la chula. Señá Malia era también así, contadora de sus penas,

partidaria de no tragárselas. El que á ella acudía pidiendo socorro, la encontraba; y el que la ofendía y la buscaba las cosquillas, ¡andá!, ese la encontraba más pronto, si cabe.

—¡Válgame Dios, señorita! ¡Lo que es el mundo! ¡Qué hombres condenaos! Cuanto mejor es una, más trastás la hacen... ¿Y va usted á afligirse de ese modo? Pa lo que valen los malditos...

—¡Es que yo le quería, y sigo queriéndole!— exclamó Mercedes, comprendiendo el resorte que era preciso tocar — ¡Es que yo no podré vivir sin él, Amalia!...

—Ya, ya...—murmuró pensativa y apiadada la portera, sentándose al borde de una silla, con las manos colgantes—. Claro, esa tecla del querer... sale allá, de no sé dónde, de entre una, y puede más que una... ¡Y tantos años como llevaban ustés, amos, de ser amigos!

—¡Tantos años!—repitió Mercedes, cogiendo la mano de la chula—Sin haberle yo dado así de motivo. ¡Usted bien lo sabe! Y ahora..., ¡escuche usted esto!, ahora que podíamos carnos...

—¿Qué, por último... ha falleció... el señor esposo de usté?

—Le han matado allá en América.

—¡En gloria esté! Y el otro... ¡amos! ¡Bonito porte! ¡Si digo que valen más los canes que trincan los laceros!

Mercedes atrajo á sí á la chula, pasándola un brazo por el hombro, y recostó la cabeza en él. Sollozaba sin tener que hacerse violencia, y

Amalia la consolaba, no menos sinceramente, con mil dicterios á los hombres.

La farsa de Mercedes tenía tanto de verdad, que por esa parte de verdad convencía irresistiblemente.

—Pobre, pobre señorita... ¡Eal, no ponerse así..., ¡que me enternezco!... Una señorita tan honrá y tan simpática, sin despreciar á nadie. ¡Siete años llevo en la casa, y lo chillo delante de tó el barrio: no me ha faltao usté nunca á la consideración que nos merecemos las señoras! ¡Y llevo los chicos vestíos con sus obsequios! ¡Si se me pone delante el falso ese, vendío, le insulto!

Mercedes levantó la frente, empleó la sugestión de los ojos y, ya decidida, pronunció:

—No, ese no es buen remedio... Hay otro... Usted puede salvarme...

—¿Yo? ¡Ojalá Dios!... Como fuera por mí...

—Usted, usted misma...

—¡A ver!... ¡Señorita! ¡Sería milagro! Una pobre no puede ná... Voluntá, sí, y picadillo me hago si usté lo dispone...

En voz baja, con entrecortadas frases, entre cuchicheos de súplica ardiente, confidencial, soltó la de Alvarado su inaudita pretensión... La abandonaba Quintín, únicamente porque no le había dado un chico... Si se le hiciese creer que el chico existía, no sólo vuelve á quererla, sino que con ella se casa Carrillo de Albornoz... Una superchería inocente. ¿Qué podía resultar de ella? La dicha de todos: feliz Mercedes, feliz su amigo, y más feliz que nadie la criatura, que

en vez de un porvenir de trabajo y privaciones, tendría el más risueño, heredando la fortuna de sus nuevos padres... Padres de veras, porque le adorarían, no sabrían dónde ponerle. Un chico agraciado con el premio gordo... La... persona... que ayudase á este *arreglo*, tampoco se arrepentiría nunca: el panasegurado, y, con el pan, el vino y la carne. Y esa persona..., esa persona... ¿No estaba Amalia... encinta de dos ó tres meses?...

Escuchaba la señá Malia confusa, atónita, no sabiendo si debía levantarse y exclamar: «¿Qué sa figurao usted?», ó abrir los brazos y gritar: «Por usted se hace eso y más, si se tercia». En la fluctuación, se inclinó á ceder, ante unas frases de Mercedes, que hirieron la cuerda sensible del punto de honor, del desinterés hidalgo: la cuerda resonante del español pobre...

—Esto no es comprar un chico... No media aquí codicia. Lo pido como un favor, Amalia. Sí, un favor, el más grande: de amiga, mejor dicho, de hermana. Hay cosas que ni se hacen por el dinero, ni se pagarían con todo el oro del mundo.

Malia respondió abrazando á la señora, de un achuchón, con sus brazotes cubiertos de tartán á cuadros, y restregándola por las sienes las sortijillas del peinado de filigrana... Impuso sólo una condición.

—He de vivir donde esté mi chico... O al menos, lo he de ver siempre que se me antoje... Ya ve usted, señorita, una madre es una madre... Aunque tiene una ya cuatro enemigos malos en casa, hay cariño para tós y para cien que vengan.

Y saltaron lagrimillas por aquel lado igualmente. El cuchicheo se restableció, íntimo, apresurado, ya sin toques sentimentales. Era la forma práctica del complot. Mercedes allanaba dificultades; lo tenía todo previsto. A pretexto del luto, saldría á viajar, acompañada de su portera. La madre de Malia, bien remunerada, se haría cargo de los cuatro pequeños y de la portería. Capricho de dama pudiente, que acaba de quedarse sin doncella—ya se buscaría modo de dar despachaderas á Alejandra—. Felizmente el marido de Malia, aserrador de oficio, estaba contratado en una fábrica nueva, allá cerca de Segovia, y se pasaría varios meses sin aportar por Madrid. Malia se rió. «Con escribirle que fué equivocación, que no hay tal tripa... ¡Pues poco que se alegrará!...»

Secretearon un rato más las dos mujeres, ya cómplices, y al retirarse Malia, puso Mercedes el dedo en los labios, seña á que correspondió la portera con otra igual, y un movimiento de péndulo de la mano alzada, que significaba: «¡A nadie de este mundo!»

V

Equipada ya de luto Mercedes, sin corresponder á los pésames—al fin se había divulgado el caso cruento del Brigadier Morans—salió de Madrid en dirección á la frontera francesa, llevándose á la chula, enlutada igualmente, y con

el clásico atavío de las doncellas de servir. Se entretuvo una semana en Burdeos; pero oía hablar en la calle español, pasaban compatriotas que tal vez la conociesen, y, hambrienta de soledad, se trasladó á un pueblecito de Bretaña, un agujero perdido á orillas del mar, donde vivió ignorada hasta bien entrado Mayo. De Quintín no había recibido ni dos letras. ¡Qué frío abandono! Paciencia... paciencia algún tiempo; la paciencia que él la había recomendado, con injurioso alarde de compasión. Mercedes no se encontraba peor que en otra parte en el rincón de aldea, rumiando su desquite, abismada á veces en recuerdos todavía vivaces, frescos labios de la herida que dentro le sangraba. Solía pasear por los acantilados de la costa, por las landas ásperas cubiertas de retama en flor, y á solas lloraba frecuentemente, maldiciendo su imposibilidad de olvidar, de perdonar y de rehacerse la vida. «No soy tan vieja... Pudiera curarme de esta enfermedad, ¿quién sabe?, casarme con otro, quererle... Hasta pudiera tener, en efecto, el hijo que voy á simular... Un hijo, realmente nuestro, será cosa muy buena...» Cinco minutos después recaía en su pensamiento constante, invitada tal vez á la fijeza de las ideas por aquella naturaleza tenaz y sombría, como reconcentrada en un propósito terrible: el tesón de lo eterno. Dunas, landas y marinas melancólicas, la aconsejaban en el sentido de su pasión, y su alma se maceraba en jugos de saña firme, que para ella sustituía á otra emoción encantadora, evaporada ya...

Allí hubiese permanecido la de Alvarado mucho más tiempo, si no se lo estorbaba un serio inconveniente. La chula se secaba, se aburría... Padecía esa afección de nostalgia, que no es sólo privilegio de las razas del Norte y Noroeste; puede acometer á cualquier trasplantado. Malia, que en Madrid se pasaba el santo día renegando de todo, empezando por sus chiquillos y su marido, los «enemigos malos», «los mengues» y «el arrastrao», desde lejos los convertía en seres adorables; y mientras de aquel país, cuyo idioma y cuya salvaje belleza no entendía, decía pestes, á España entonaba himnos. «A tu tierra, grulla...», repetía suspirando. Una de sus más tristes añoranzas era la del peinado de filigrana, la trapisonda de rizos que la armaban en el «Salón». Era el lujo á que estaba habituada, aquel abono á la peluquería, aquellas barrocas maravillas que ejecutaban en su crencha las manos grasientas de Celestina la peinadora; acostumbrada á que la peinasen, ya no sabía ni hacerse un rodete, y balbuceaba con desconsuelo: «¡Qué visión!... Da rabia de verse así». Tales proporciones llegó á tomar en Malia la desazón de andar «desgreñá»—total, para que la viesan cuatro pescadores y unas mujerucas aldeanas, de cofia de aletas—, que la señora se decidió á emprender peinarla, con gran aparato de pomadas y tenacillas. Las manos de marfil, cuidadas como flores, se hundieron en la bravía guedeja, la manejaron, la domaron á fuerza de cosméticos, y halagüeñas, acariciando en Malia el instrumento del desquite, clavaron

en las ondulaciones laterales dos peinetas de deslumbrador estrás...

Se repatriaron por la frontera de Port-Bou, menos concurrida que la de Irún, y recorrieron pueblos solitarios y pintorescos de Cataluña, haciéndose dirigir la correspondencia desde un hotel de Barcelona. Acosadas por el calor, para mayor cautela—á mediados de Julio—, se trasladaron á un puertecito por descubrir, delicioso, de Asturias, y, á fines de Agosto, fué preciso arbitrar dónde iba á verificarse el acontecimiento, pues Malia estaba hecha un baúl.

—Me van á facturar...—exclamaba—. Otras veces he sido buena matutera, que ni se notaba el fardo... Misté, de esta vez, por lo mismo... A ver si traigo dos...

—No nos quejemos—respondía la de Alvarado—; hemos tenido la fortuna de no encontrar conocidos... Si todo continúa saliéndonos así...

Al combinar mentalmente aquella extraordinaria aventura, Mercedes calculó que el campo era más peligroso que un pueblo relativamente grande, obscuro, de esos en que no se detienen los veraneantes; una ciudad muerta. Fijóse en A***, que reunía las condiciones requeridas. El activo y organizador cerebro de Mercedes previó todas las contingencias, ató los últimos cabos. Era preciso que en A*** entrasen las dos mujeres con los papeles trocados: Malia sería la señora; Mercedes la doncella. Así evitaban el peligro de un nuevo cómplice, el médico. Los delitos se descubren siempre por los

cómplices. Creería el médico, de buena fe, asistir á doña Mercedes de Alvarado, viuda de Morans, y lo podría atestiguar, sin mentir, en todo tiempo. Cambiados ya los trajes, en el tren mixto, donde no viaja ninguna «persona decente», salieron hacia A***, llegando de noche, como deseaban, rebozada Mercedes en una toquilla, Malia ostentando tapapolvo lindísimo y un sombrero flamante, perdida de risa al verse «afrancesá». Se acomodaron ó se desacomodaron en un parador con honores de fonda; al otro día, el acaso, protector de aquel enredo, les deparó—por medio del amo de la fonda—un caserón que sus dueños, ausentes, alquilaban amueblado y en desierta calle. Instaláronse en él, tan sin ruido como lo hacían todo, resignadas á las deficiencias del mobiliario y á las carreras de ratones por techos y tabiques, y tomaron una asistenta palurda, cuyos guisotes y sopas de ajo rectificó Mercedes con toquecillos de cocina francesa. Malia no salía de sus habitaciones, en espera del suceso inminente. No exageraban el recato, porque así como otras mujeres quieren á toda costa esconder sus deslices, interesaba á Mercedes que le achacasen aquél; pero algo se recataban por dar verosimilitud al paso de comedia. En esta mezcla de discreción é indiscreción pasaron quince ó veinte días, barriendo Mercedes el cuarto y limpiando la ropa de la chula, y repantigada la chula en el gabinete, con bata de seda perla, libre el voluminoso vientre, al alcance de la mano una cajita de bombones encamisados de

plata y abanicándose con rasgado ademán—pues siempre supuso la señá Malia que el aquél del señorío era arrellanarse en una mecedora y darse aire. «Andá, quién me lo había de decir.»

Ni tarda ni perezosa, Mercedes se informó de doctor. Por la cocinera supo de uno «muy buenísimo» que vivía á la vuelta de la esquina: se le podía avisar á cualquier hora. Juraba Malia que, á no necesitarse para confirmar la superchería, sin médico se pasaba tan ricamente. Ella era muy «feliz»: escupía los chicos como huesos de aceituna... Al llegar la hora, sin embargo, asaeteada de dolores, se alegró viendo al doctor que la animaba. Las instrucciones de Mercedes eran que se quejase, bueno; pero que hablase lo menos posible. ¡Suplicio para la comunicativa, lenguaraz chulapa! Convertida en doncellita elegante, de remilgado estilo, Mercedes tomó de su cuenta la charla, aturdiendo al doctor, bondadoso y mujeriego, que consagró desde el primer momento á la gentil sirviente simpatía y algo de asesinas intenciones... Aprovechó la de Alvarado estas disposiciones excelentes, y llevándosele á un rincón, imploró auxilio para aquella pobre señorita, que necesitaba ocultar su percance—percance era, á él no se le iba á disfrazar la verdad—; y no tenía de quién fiarse, quien diese los pasos de registro, inscripción y elección de nodriza... ¡Ay! ¡Que considerase el señor doctor! ¡La señorita, válgame Dios, engañada por un pillo! Tan buena, que quería ponerle á su hijo, en la inscripción, su nombre, jugándose la honra. Al

expresarse así, Mercedes se estremeció: la idea, por primera vez, la aterraba; en efecto, iba á correr el albur de un deshonor innegable, material, tangible... ¡Si Quintín no se casase! «Bah, se casa... Tengo buena sombra, como dice Malia, en este asunto...» En efecto, la tenía óptima. El doctor, conmovido, filantrópico, se ofreció para cuanto ocurriese; dos horas después nació una niña, rojiza y diminuta... «Ponga usted que su mamá se llama María de las Mercedes Alvarado y Tavira, con todas sus letras... Los papeles están corrientes; esta señora puede demostrar que se llama así...» Con sigilo, con rapidez, con celo, avió aquel desavío el doctor, que ni siquiera extrañó el habla por monosílabos de la recién parida. Sería vergüenza, sería fatiga, de fijo. ¡Una señora! Y, además, él prefería entenderse con la doncella. ¡Qué mujer tan principal! ¡Qué fina, *en su clase*! ¡Hasta olía á violeta!... ¡Y vaya unas manos! Doble de blancas que las de su ama, con unas uñas de rosa... Rumiaba el doctor una frase: «Amalita, por Dios, arañeme usted...»

—Todo nos sale á medida del deseo—cuchicheó Mercedes, mientras administraba un sustancioso caldo á la chula, incorporada sobre las almohadas—. Ahora veremos qué dice el *papá*... Y rió sardónicamente, preguntando el sabor de los sabores, la venganza...

VI

Carrillo, entre tanto, no se estaba quieto. Después de corta estancia en Suiza para negocios profesionales, regresó á España, pero detúvose antes en Biarritz, remolino donde confluye medio Madrid, el Madrid *select*. Persiguiendo su devaneo de fundación de hogar, refrescó amistades, acompañó y convidó á la pastelería *chic* á damiselas españolas, se quejó de su aislamiento de célibe, inició ligeros *flirts*, habló de sus nostalgias de hongo...—¡eso soy, un hongo, amiga mía!—y señalando á las argentinas hebras que se entreparecían en la negrura de la barba rizada, añadía con afectación de involuntaria tristeza: «Ya soy viejo.»

No advertía, sin embargo, en el lado izquierdo del pecho, en el clásico sitio, palpitación alguna, ni siquiera otros fenómenos de orden inferior, al imaginarse á las consabidas damiselas diademadas de azahar contrahecho, terminadas por luenga cola guarnecida de esos encajes que invariablemente bautizan de *Alençon* los revisteros, así sean de Almagro, y velado el ruboroso semblante por crespo tul *ilusión* que aun muestra los dobleces. Hasta un año corrido después de la ceremonia, cuando el delicado moisés floreciese entre espuma de

batista azul y blanca, al pie del tálamo nupcial—cuando viniese el hijo, en suma—no vibraría de amor el corazón de Quintín.

En el baboseo de la galantería descansaba de los años borrascosos de la pasión; pero no acababa de encontrar su media naranja. Esta por coqueta (Quintín se sentía rígido de principios); aquélla por anémica, cepa mala para sacar vástago robusto; una por la perspectiva de doce cuñados; otra porque descubría un carácter sobrado viril... fueron desechadas sucesivamente. Hacia fines de Julio, en San Sebastián, paseando por la Concha, fué presentado Carrillo á una familia de esas en que la cualidad de *respectable* salta á los ojos: los Condes de Aldeablanca. Papá barbudo, apersonado, campechano y caballeroso; mamá no inquietante, no en rivalidad de *toilette* con su hija, pendiente, al contrario, de que ésta agrade, y de mirar por su recato; gente hidalga y seria, del propio solar durangués, del riñón bilbaíno. Descendencia: un mutil en la Universidad de Deusto, y Paulita, de veintidós años, rubia, alta, graciosa sin provocación, seria por dentro y alegre como un pájaro, cándida y desconfiada al pronto, muy deseosa de amor. Se estableció un acompañamiento diario en la Concha y en el bulevar por la mañana; Quintín dejó tarjeta y se la devolvió á las veinticuatro horas el Conde. Fueron Paulita y Quintín metiéndose en harina; se tomaron informes como al descuido; y de una excursión á Pasajes salieron novios. En la mágica ría, mientras la batelera, hombrunamente,

pujaba del remo, como anocheciese y se confundieran objetos y líneas, Quintín pudo asir la mano de la señorita provinciana y estrecharla un momento, sintiendo aletear los deditos, á la vez azorados y sujetos por un imán. ¡Novios! Al encontrarse sólo en el cuarto del hotel, Carrillo comprobó una desazón interior, una roezón sorda, notada á menudo y al presente agravada. Volvía el pasado, ó su espectro. ¡Mercedes! ¿Qué haría? ¿Dónde estaría? Ahuyentó el moscón importuno del recuerdo y pensó en Paulita. No era dable encontrar mejor madre para el hijo esperado. ¿Qué significaba la carcoma del remordimiento? El cumpliría su solemne compromiso: nada de bodas hasta el año próximo... Entre tanto, un poco de sabroso tortolear, sin tener que ocultarse, sin bochorno, sin arrepentimiento diario. ¿Y la comunicación anunciada por Mercedes? ¡Bah! Probablemente ninguna: ardid de una Dido para no soltar del todo á un fermentido Eneas...

¡Dulce vivir, fin de verano encantador, con la seductora vulgaridad de su noviazgo lícito! Mercedes solía burlarse de los amoríos que saben á cocido, ridiculizando á las parejitas en espera de la bendición, y Quintín había coreado, sí por cierto, la sátira de su amiga... Tarde, pero á tiempo, comprendía lo grato de la sosería, el hechizo de lo sencillo y normal, y cómo apaga la sed el agua clara y pura. No estaba enamorado á lo Amadís, ni con fiebre de los sentidos, y ahora reconocía que *eso* es agua amarga y turbia que inficiona la sangre. Los

atavismos de Carrillo reaparecían, al solidificarse su ideal con la proximidad de la cuarentena, y se prometía ser de hoy más el hombre social por excelencia, el que sitúa su felicidad del lado del orden, como un convaleciente se acomoda donde más calienta el sol... Lisonjeaba su vanidad viril el temblor de alma de Paulita, á quien convertía de niña en mujer el amor naciente. Vino la indispensable visita al Cristo de Lezo, patrón de los enamorados; y como Quintín susurrase en voz baja al oído de la niña, aludiendo á la superstición popular y riéndose: «Ahora ya es seguro que dentro del año nos casamos», ella, nerviosamente, contestó, cerrando los ojos: «¡Quién sabe! No sé por qué, tengo miedo... ¡El santo Cristo lo haga!»

Quintín se proponía cumplir la palabra, tan solemnemente empeñada á Mercedes, de no casarse antes de Enero; eso sólo, y se juzgaba en paz con su ayer; había pagado su deuda. Y además, antes de formalizar nada, necesitaba desenredar asuntos.

—En Febrero volveré—contestó á una directa pregunta de Paulita—y será para no separarnos, naturalmente, hasta morir.

Respiró hondo la mucnacha, y con alarde infantil le deslizó algo en el hueco de la mano derecha, cerrándosela después y murmurando:

—No soltar... No mirar hasta estar en casa y solo...—Quintín, cumplida la orden con pasividad gozosa, encontró una medalla de oro de la Virgen, y la colgó entre el llavero y el cortapuros, en que terminaba su cadena de reloj—.

«Cuando no me quieras me la devuelves...»

Carrillo, seguidamente, teñido de rosa el espíritu, contestó muy de cerca:

—No te la devolveré nunca... ¡Habrás visto la chiquilla esta! El que da y luego quita..

VII

Llegó Quintín á Madrid en una clara mañana de mediados de Octubre; Benito, que había quedado al cuidado de la casa, le esperaba en la estación. A la pregunta sacramental de todo amo que regresa del veraneo, «¿hay algo de nuevo?» el criado contestó, en el tonillo de costumbre:

—Ha ido varias veces la señora de Morans á preguntar cuándo esperaba yo al señorito... Le dije que no sabía nada... Ayer volvió... Dije lo mismo... No sé si acerté...

Carrillo se encogió de hombros. Una punzada honda, una inquietud dramática... Desaparecieron cinco ó seis meses de pronto; se difumaron la figura de Paulita; los paseos, las charlas, los planes... Ahí estaba el pasado comiéndose al presente. La comunicación «¡gravísima!» amagaba... Entró en sus habitaciones, agitado; se sentó á almorzar sin miaja de apetito. «Dentro de una semana me vuelvo á San Sebastián...» Al terminar el café, Benito se acercó, diplomático:

—Ñorito... ahí está la Malia...—No comprendía Quintín al pronto—. La Malia, la portera de la señorita Mercedes... ¿No sabe el ñorito? La siñá Malia...

¡Vaya si sabía! Que pasase...

Hizo irrupción la chula, rozagante, compuesta, con rico mantón de alfombra, peinada por los propios ángeles, luciendo en las manos sortijas, y recoge-abuelos de piedras bajo el moño. Quería no más darle un recado en particular al señor... A una señal, Benito salió, y á las primeras palabras restallantes, categóricas, de la mujer, creyó Quintín que las paredes, el techo, las vigas, la lámpara del comedor, los aparadores, la casa entera se le desplomaban de golpe sobre la nuca, aplastándole. Su boca, desmesuradamente abierta, no podía formar sonidos, pero dentro de su cráneo retumbaba el cañonazo de la noticia:

—¡Un hijo! ¡Un hijo!

¡Cuitada señorita provinciana, que has hilado con tus manos de hilandera casera, guardadora de los lares, el copo blanco de una dicha inofensiva y noble! De nada te ha servido pedir diariamente al Corazón de Jesús que llevas al cuello, que vuelva pronto el elegido. Tampoco el santo Cristo de Lezo ha cumplido su compromiso tácito: *El*, que une las voluntades y las clava juntas para toda la vida con el luen-go clavo de sus divinos pies sangrientos... Pasan días, y después de la postal del camino, no trae el correo nada... Prudente, Paulita no escribe; no es ella de las que acosan al hombre.

A las preguntas de los padres, responde vagamente, sin mostrar desasosiego; hace su vida habitual; no tiene un movimiento que no sea natural y acompasado. El correo sigue mudo... La tez de la señorita adquiere el tono de las rosas de té cortadas y no puestas en agua; sus encías blanquean, sus ojos se mustian. «¿Estará enferma?» Ella responde valerosamente: «No, no; estoy buena, no apurarse...» Ha confesado, y el hijo de Loyola aconseja: «Tranquilidad. Si no escribe, si no viene, será que no te convenía. Dios lo hace todo para nuestro bien.» Y la provinciana deja caer el velo sobre los ojos, un poco enrojecidos, requiere el devocionario, reza un instante y se vuelve á su casa. La inquietud persiste. «¿Está enferma?» La madre angustiada, consulta al padre. «¡Si nos la llevásemos á París!» El médico diagnostica: «Anemia... Ejercicio, distracción, dormir, leche, pollo, huevos...» Una tarde el padre, que leía un periódico, se lo tiende silenciosamente á la madre, señalando con el dedo unas líneas... El cronista de sociedad parece que da la noticia cohibido, sin ditirambos: «Ayer unieron su suerte, en la capilla del Palacio episcopal, la señora viuda de Morans y el distinguido Ingeniero D. Quintín Carrillo de Albornoz. A la boda sólo asistieron personas de la mayor intimidad de los contrayentes. Estos han salido en dirección al extranjero. Les deseamos, etc...» La madre se levanta, corre á esconder bajo llave el diario... Pero el mismo correo que lo trajo, trajo para la señorita un envoltorio cer-

tificado, y dentro una medalla de oro de la Virgen... Y de esta vez no ha podido—vencida, desatados los nervios por la anemia—resistir, y la risa del ataque convulsivo, el chillido agudo, espeluznante, atraen á los padres, desolados ya... «Volando, la antihistérica...» El ataque pasa pronto; la señorita se reprime; siente haber sido ridícula, haber dado espectáculo. Recoge la procesión de sus fallidas esperanzas, de sus amores muertos, y manda que sólo por dentro desfile, lenta y doliente, encapuchada de negro, semejante á la de la Soledad... Y hasta se jura á sí misma sanar, volver á ser risueña y aniñada como antes, y se cumple el juramento á la vuelta de dos ó tres años, cuando entra de novicia en las Reparadoras...

VIII

Más de lo que es costumbre se prolongó el viaje de novios de Quintín y Mercedes. Era preciso *escamotear* la edad de la niña y no presentarla sino cuando no se advirtiese el gatuperio. Para la ley, la criatura estaba legitimada «por subsiguiente matrimonio»; para el mundo... Al mundo, á decir verdad, rara vez se le engaña del todo; si le obligan á tragar una muy gorda, se desquita al principio con un recrudecimiento de maledicencia; pero la traga, al fin, alzando

los hombros y castañeteando los dedos ¿Que si nació antes ó después la chica? ¡Bah! Una de las veintisiete cosas que al «mundo» le tienen sin cuidado. Algunas señoras torcerían el gesto á Mercedes..., hasta que se borrara la huella del episodio entre el vórtice de nuevos escándalos y frescas curiosidades. Después de todo, mejor estaba casada que «de la otra manera.» Lo realmente insólito de aquel caso, nadie lo sospechó en el círculo de Mercedes y Quintín. La gente de escalera abajo, en cambio, no dejó de vislumbrar... Señá Malia, con la mejor intención de ser discreta, era de las que se calientan de boca y se disparan. Si no hablaba claro, por lo menos insinuaba mil cosas. La madre y el marido estuvieron pronto «de vuelta»; pero les convenía hacer la vista gorda. La vulpeja de Benito, en diálogos sinuosos con la chula, averiguó más de lo preciso, pero era listo de sobra para ir repitiendo... Mercedes, precavida y sagaz, determinó sacar á Malia con toda su gente de Madrid—á pesar de lo prometido—, y se avino la chula á apartarse de «su nena», porque la colocación era una canonjía: administrar unas fincas en El Escorial; casa, leña, hortalizas, pingüe sueldo... El ama maragata de la chica, bien recompensada, se había quedado en Astorga; el ama pasiega, tomada en Madrid, esperaría en la frontera con la criatura á los nuevos esposos. Así juzgó Mercedes haber borrado rastros, asegurado el misterio en lo posible. No la preocupaba mucho que se trasluciese la fecha del nacimiento. Te-

mía, en cambio—con temor que era ya un castigo—, que se descubriese la superchería.

Dieron fondo en Bélgica. Allí tenía Quintín tela cortada; le habían encargado proyectos y presupuestos de empresas industriales, fabricación en gran escala, y quería trabajar, preparar un porvenir á su Quintina, su Tinita, dejarla muy rica y muy dichosa... Porque ha de saberse que somos los humanos superiores á nuestra naturaleza física; que todo eso de *la voz de la sangre*, forma del instinto, es una baja leyenda fisiológica; que los hijos se engendran en nuestra psiquis mejor que en una matriz, y creer ser padre es igual á serlo... Ni un instante dudó Carrillo; nada halló inverosímil; casi no preguntó: ¡tenía una hija! Y desapareció *lo demás*, hasta la dulce sombra de la provincia—na..., hasta el anhelo de que el vástago fuese varón..., y se puso á adorar al sér que ya le sonreía y que dentro de pocos meses, tan de buena fe como Carrillo decía «mi niña», tartamudearía, gorjeando, «¡mi papá!»

Mercedes, en cambio, había empezado á sufrir desde el mismo día de su victoria. Para analizar el cruel sufrimiento de Mercedes, sería indispensable aislar dos ó tres elementos.

En primer lugar, creyó vengarse, y resultaba que su víctima era... feliz. El sentimiento paternal, desarrollado, dominante, bastaba para llenar y hermosear la existencia de Carrillo. Pendiente de la criatura, embobado con sus tempranas gracias—esas gracias simples de los mamones; decir adiós cerrando el puñito, ame-

nazar con la mano abierta, soplar para apagar una bujía, tirar del pelo, remedar una actitud—Quintín no salía de su despacho sino para coger á Tina, chillarla, auparla, cantarla mil estribillos de padre baboso. Ninguno de estos extremos locos y bonitos hacía Mercedes; no lograba vencerse y representar la comedia compuesta por ella misma. Y los transportes de Quintín, sus alegrías paternas, avivaban la llama del odio, no extinguida desde el momento fatal de la ruptura.

Así es el odio: cunde más todavía que el amor. Despunta en un alma la vegetación de la ponzoñosa euforbia, y de extremo á extremo la cubre con sus negras ramitas velludas y espinosas y sus flores de gotas de sangre cuajada. No tenía la de Alvarado toda la culpa, si la euforbia destilaba despacio su jugo dentro del corazón, jugo de hiel y de acíbar. Al que le quitan el amor, ¿qué le dejan? Si no es capaz de indiferencia..., el odio, y el odio.

Quintín, después de abandonarla á la hora en que la reparación era posible, no hizo nada, al verse obligado á unirse con ella, para borrar el recuerdo de su falsía y su doblez. No ofende tanto el hecho como el modo..., y el modo de dejarla y el de aceptarla nuevamente eran, no una ofensa, un sartal de ofensas. La memoria de los años de pasión, de cordialidad, de buena fe, de intimidad amorosa, agravaba la mortificación presente. Quintín, con su esposa, no era brutal ni grosero—era algo peor: un témpano, un insensible, gastado ya, inerte, no sólo para

el deliquio, sino hasta para el cariño fraterno...— ¡Si se supiese cuánto mal engendra el mal de no querer! ¡Extraña luna de miel aquella! Las veces que pudo creer Mercedes que tenía esposo ó amante, fueron clara demostración de que ni amigo tenía. Secas, distraídas, yertas, hostiles las relaciones conyugales, quedaba después de ellas la señora más airada, más dolorida, más indignada, allá en lo recóndito de su tenebroso pensar... «Le perdonaría los agravios de antes..., y no puedo perdonarle la manera de acariciarme ahora...» El vacío de su existencia iba colmándose con sentires que, al pronto, la asombraron. La corona de abrojos de su alma tenía espinas de desprecio, de ensañamiento y de ansia de dañar. Se fundaba el desprecio en la ciega y repentina credulidad de Carrillo al abrir los brazos, sin examen, á la criatura que le presentaban; y el deseo de causar daño, mucho daño, un daño horrible—de retorcer, de destruir—en el fracaso de la *vendetta*, á la cual debía Quintín un tesoro inagotable de goces...

Como quiera que el odio no es el olvido; como á veces es pasión gangrenada, entraba también en el sufrir de Mercedes el elemento de los celos. ¡Celos sin amor, sin estimación, compatibles con el aborrecimiento! ¿De quién tenía celos? De todo, de todos; de la olvidada provincianita, pues conocía el episodio veraniego; y, especialmente, de la niña. A cada mimo que Quintín prodigaba á la criatura; á cada palabra tierna que murmuraba, con aquellas inflexiones

de voz tan conocidas en otro tiempo, y que le habían pertenecido sólo á ella, á Mercedes, un estremecimiento profundo, convulsivo, agitaba los nervios de la señora. Inventando pretextos le quitaba de los brazos á Tina, ordenando al ama ó á la niñera que la tuviesen por allá, que el señorito necesitaba dedicarse á su trabajo... Y así se estableció la lucha de cada momento, reflejo de la obsesión que empezaba á apoderarse de Mercedes. Separar al *padre* y á la *hija*, alzar entre ellos una valla; que no disfrutase Quintín de las delicias afectivas, saboreadas tan golosamente; que la niña prefiriese á su *madre*; disputársela, absorberla, no soltarla ni un minuto...

Ningún apego sentía Mercedes hacia Tina; más bien la criaturita plebeya la inspiraba indefinible repulsión. No obstante, apenas regresaron, al cabo de dos años, á Madrid, y Tina se soltó á andar y á manejar una lengua de trapos muy ágil y muy donosa—testimonio de su origen chulo—, la señora puso por obra el plan de no cedérsela á Carrillo ni un instante. Se pregunta á veces la gente la razón por qué personas antes muy sociables y aficionadas á entrar y salir, se han recogido de golpe entre cuatro paredes, y no se dejan ver ni de los amigos que más frecuentaban. Se amontonan conjeturas: enfermedad, ruina? Y á menudo no es sino el cultivo intensivo de un sentimiento—amor, odio—; el encarnizamiento de una batalla doméstica cuyo ruido, cuyo polvo, cuyos estragos, desde afuera no se advierten. Descuidó Merce-

des hasta su tocado; no pagó visitas; prescindió de diversiones, á trueque de no apartarse de Tina y llevársela en coche por sitios retirados, lejos, lo más lejos posible de Carrillo... «Si lo-gro que la niña me prefiera..., él rabiará.» Y vinieron los regalos de juguetes, las coqueterías del traje de Tina, las mil menudencias con las cuales se gana la voluntad á un niño... Quizás, muy escondidamente, dirigía la conducta de Mercedes un anhelo que ni á sí misma se hu-biese confesado: el de atraer á Carrillo con el señuelo de la criatura, á su lado, á su intimi-dad. El misterio de nuestro espíritu es tal, que no desciframos siempre el móvil verdadero de nuestros actos. Capaces de engañar á todos, nos engañamos á nosotros en primer término. El amor mentirá, y no hay duda que miente con harta frecuencia; pero también miente el odio, y odio y amor, encontrándose en la sombra, truecan sus dardos y los clavan, sin que se ave-rigüe de qué mano fué la herida.

IX

Aborrecía Mercedes al hombre con quien vi-vía unida en matrimonio; pero la raíz de su aborrecimiento, raíz era de pasión, y de pasión antigua y honda, que había abrasado larga-mente sus entrañas..., y lo que la memoria, lo

que el entendimiento olvidasen, las entrañas lo recordaban incesantemente, con dolorosa punzada secreta. El fantasma invisible de lo pasado resurgía, aunque la señora lo rechazase. Creíase Mercedes sinceramente incapaz de perdón; pero ¿quién sabe nunca hasta dónde llega la elasticidad del alma? ¿No es cada alma cifra de lo infinito? La fórmula de la esperanza consiste en creer que nunca es tarde... ¡Si Carrillo hubiese llamado á la puerta, en apariencia de bronce y sin llave, quizás le respondiesen desde lo interior de la tristísima morada, en que se consumía y se devoraba el corazón su infeliz mujer! Lejos de llamar, Carrillo se iba más lejos, más lejos... Entumecido al principio, ahora se entregaba también al sentimiento negro, porque á su vez sufría celosamente, viendo cómo la que creía madre se apoderaba de la niña, ejercitando un derecho imposible de discutir, imposible de coartar... Cuando daba señales de contrariedad y manifestaba el afán de poseer á Tina unos minutos, sentándola en sus rodillas ó sacándola á paseo—¡el sueño antiguo, el hijo llevado de la mano!—Mercedes se oponía, con frases agrias y desdenosas: «Mi hija es mía. Bastantes amarguras y sofocos me ha costado. Cuando yo la traje á este mundo, tú te divertías en San Sebastián. El que quiere hijos, que pase tragos por ellos. No te exigí que te casases conmigo. Lo has hecho..., porque se te antojó. No te debo consideraciones. ¡Mi hija es mía!» Y Carrillo, de noche, se revolvía desazonado entre las sábanas, cavilando en la conquista de su hija—en

la manera de apoderarse de aquel sér por quien había sacrificado el amor naciente y la perspectiva de la paz doméstica. Porque también él, Carrillo, había sacrificado... ¡Era inicuo que no tuviese alguna compensación! ¡No era justo que le tostasen á fuego lento, que le privasen de lo único que amaba!

Al fin, después de dar miles de vueltas, en cientos de noches de insomnio, en que cundieron descaradamente los hilos blancos que antes sólo asomaban á trechos entre su barba, optó por una solución. Si Mercedes no le dejaba llevarse consigo á Tina, Mercedes no podía rehusar la compañía de su marido... Y en casa, en el coche, en los teatros por la tarde, pudo verse á Quintín y Mercedes juntos, y en medio la niña, exageradamente mimada y halagada á porfía por los dos... El mundo (aquel mundo distraído, cuya actitud favorita, como sabemos, es el benévolo encogimiento de hombros) encontró una coyuntura de esforzar el optimismo, y las señoras gordas y candorosas—¡hay tantas!—se babaron repitiendo á porfía: «Da gusto ver á ese matrimonio con su nena... Es un cuadro consolador... Todavía quedan familias á la anti-gua, unidas y cariñosas...»

El infierno entre dos y disputándose á un angelín: así pudiera definirse el hogar de Carrillo... Nada salpicaba al exterior de aquel amargo oleaje; casi no había regaños ni frases pinchonas; todo estaba en la actitud, en el gesto, en la inflexión de la voz... ¡y era sobrado! El suplicio del alfilerazo fué el martirio que por

entonces agotó Carrillo, sin que quedase en su cuerpo un milímetro de piel donde el alfiler no se hincase, sacando su gotita castaña, su menudo rocío de sangre frita. Había alfileres hasta en los ojos de Mercedes, los ojos que antaño eran todos luz pasional, flúido viviente de atracción... Un movimiento, un alzar de cejas, un codazo, clavaban —¡pic!— el alfiler, no sólo en la epidermis, más adentro... Quintín andaba á dos dedos de volverse loco. La hipótesis de arrojar á Mercedes por un balcón—descabellada hipótesis, de la cual se mofaba de día—obsesionaba su cerebro todas las noches.

—Cuándo me veré libre de...—Y se detenía, y empezaba á devanar la madeja del remordimiento—. ¡Es su madre! ¡Y es una mujer á quien abandoné en condiciones...!

Faltábale á Quintín añadir, arrepentido, que el mal engendra, como todos los seres, á su semejante, y que la mentira atrae la venganza...

Sin embargo, la actitud resignada y algo contrita de Carrillo dió sus frutos. En la reñida lucha de sus supuestos padres por apoderarse de su corazoncito, Tina, generosa y compasiva por transmisión hereditaria de su madre verdadera, la vehemente chulapa, dió en inclinarse al «pobe papá, que está siempre tan callado y tan tiste.» Las preferencias de los niños poco tiempo están ocultas. Se demuestran con la espontaneidad y la vivacidad propia de todas sus acciones. En el modo de echarle los brazos al cuello la criatura; en la zalamería del beso, gorjeado con el estribillo de «papaíto... papaíto... riquín...»;

en la tenacidad de ofrecerle sus juguetes, «para que te diviertas mucho, ¿eh? Para que te rías, prr; así, así», hinchando la mejillas, y apretando la boca, y espurriando la carcajada al repetir, Quintín conoció su triunfo... En voz bajísima se atrevió á susurrar al oído de la niña, cogiendo las vueltas á Mercedes:

—¿A quién quieres tú más, gloria, á mamá ó á mí?

Y el pecho le palpitaba anhelante esperando la respuesta, y saltó de júbilo y enajenamiento al oír la vocecilla fresca, apagada por precoz disimulo, afirmando:

—A ti... á ti... No lo digas á mamá...¿eh?... Es á ti, riquín... guapo...

Guardó Carrillo su delicioso secreto... Pero, ¿hay modo de ocultar nada á la inquisición perenne de una mujer que persigue una venganza segura y silenciosa? Reparando en la satisfacción mal encubierta de Carrillo, Mercedes adoptó otra táctica. Fué mostrando á la niña primer desvío, luego un género de malquerencia, una severidad áspera, no de madre educadora, sino de madrastra en acecho...

X

Una noche Carrillo pidió encarecidamente á la doncella francesa que Mercedes tenía al cuidado de Tina, el favor de ser él quien sirviese á la pequeña el chocolate y el par de huevos

pasados que constituían su cena. Soñaba Quintín con este placer desde hacía dos semanas. ¡Había envidiado tanto á Mercedes el privilegio! Puesto que ahora recaía en la criada, se atrevería el padre...

Ante la mesa redonda, ya cubierta por pulcro mantel de granillo orlado de guipur, se hallaba sentada Tina; Quintín, á su lado, cortaba tiritas de pan que remojar en la yema. Empezó por atar bajo la barbita el babero, con su rótulo bordado: *Sois sage*. Después, al traer *Palmyre* los huevos, muy arropados en una servilleta para que no se enfriasen, Quintín los puso en la doble huevera y los cascó limpiamente, revolviendo la yema y mojando el pan... Tina abría la boca riendo y piaba como un pollito:

—Bevo á mí... bevo á mí.

Embelesado, servíala Quintín con ademanes de adoración. La miraba morder, tragar el bocado, y hubiese querido darle el jugo de sus venas, lo mejor de sí mismo... Reía puerilmente á su vez, y suplicaba de un modo cómico:

—Déjame un poquirritín, nena. Yo también tengo hambre...

Y la doncella, prestándose al juego, ayudaba.

—*Vois tu, papa a très faim... Voyons! mignonne...! Pauv' papa, faut lui laisser un tout petit morceau...*

Pero la chiquilla se hacía la sorda y engullía glotonamente. Devoró los huevos; el chocolate, espumoso y fino, aromatizado de vainilla, venía ya en su bandeja, flaqueado de tos-

tadas y bizcochos. Tina, casi saciada, mojó un bizcocho ella misma y lo tendió á la boca de Carrillo, esgrimiéndolo con tal acierto, que le dibujó varios jeroglíficos marrón en la mejilla y frente, mientras chillaba:

—Topolate pa ti... Pa ti...

Ahogándose de risa, Quintín afectaba relacionarse, aunque fuesen sus labios la única facción de la cara que no había probado el chocolate. «¡Máam, que rico!» Y era un concierto de carcajadas, porque también la francesa, en falsete, celebraba la ocurrencia... *Très drôle!* La puerta del comedor se abrió; apareció en ella Mercedes. Avanzó silencioas, mirando fijamente á su marido, á Tina, á la doncella.

—Puede usted retirarse, *Palmyre*...

La muchacha bajó los ojos y salió. Carrillo sentía frío en las palmas de las manos, y se puso delante de la niña, como para protegerla. La de Alvarado le desvió, apoyándole el dedo índice en el hombro.

—Ve á limpiarte ese tatuaje, estás ridículo; pareces un comparsa de Apolo en *La vuelta al mundo*.

Cobardemente, Carrillo retrocedió... sin irse. Y vió, como en una pesadilla, arremangadas las falditas de la nena, descubierto su blanco nalgatorio, y la mano de Mercedes que caía abierta y claqueaba dos ó tres veces, al paso que su voz, sin eco, blanca de ira, profería entre los dientes apretados:

—Para que aprendas á hacer cochinas.

Los niños azotados no lloran al primer azo-

teo. Si son criaturas felices, no maltratadas nunca, las sobrecoge tanto la dureza (más que el dolor), que enmudecen. Sólo á la nalgada tercera rompió Tina en un llanto corto, de hipo, de profunda angustia. Y Carrillo, pálido, echando fuego por los ojos, detuvo en el aire el brazo de su mujer.

—No la pegues... No la pegues... No volveré á darla su cena... No tengas cuidado... Pero no la hagas daño... Ten compasión, Mercedes... No puedo ver esto... Es nuestra niña... ¡Acuérdate de que es nuestra niña!

No contestó la señora. Arrojó una mirada indefinible á su compañero; volvió las espaldas... y, ya en su habitación, se echó sobre la cama y rompió en desesperados sollozos... ¡Su niña! No, su venganza... Eso era la criatura, y si no servía para eso, más valía enviarla allá, al Escorial, con los que la habían engendrado y con sus hermanitos legítimos, á jugar entre el barro y las ortigas del camino real, calzada de lona y con las greñas amarradas por un bramante... Ser cruel con la niña, era un modo de dar tortura á Carrillo...

No obstante, desagradaba á Mercedes el papel de atormentadora, y después de los azotes, se sintió á mal consigo misma. ¡Adónde la conducían el desamor y la falsedad de Quintín! Le echaba la culpa; por un sofisma ingenioso, hacía responsable del horrible drama moral que se desarrollaba en su espíritu, enturbiado y disuelto por la desesperanza. No era fácil, tampoco, aunque de ello se sintiera capaz, que

Mercedes estableciese como sistema martirizar á Tina; desde lejos, seña Malia velaba por su prole. Casi todos los meses se encaminaba á Madrid, á pretexto de traer regalos de frutas ó roscos, de dar cuenta de algún suceso doméstico, de consultas, y sus ojos brillaban, y sus labios se humedecían, babosos, al encontrarse á la niña en el pasillo ó en el gabinete de la señora.

—¡Andá! ¡Cómo ha creció la muñeca! ¡Qué bonita que va á ser! Es una bendición... ¿Me das un beso, rica?

Y con tono enigmático, con dejo irónico, ordenaba la de Alvarado:

—Tina, nena... Besa á Malia. Bésala muy fuerte... ¡Aprieta!... ¡Así!

No cruzaba por la imaginación de la chula deplorar lo hecho: bien estaban las cosas; ellos *allá* mejor que querían, y lo que es hijos no habían de faltarla; como que ya uno más, desde Navidades, anunciaba con pataditas su intento de presentarse en el mundo... No; Malia se felicitaba de lo ocurrido; pero si ella sospechase que á la nena la matrataban tanto así... ¡ah, entonces! Una cosa es una cosa y otra es otra... y el vigilante corazón leonino de la intrépida chulapa, aquel corazón que ocupaba todo el cuerpo, no estaba forjado para tolerar por interés iniquidad semejante...

XI

Así, desde lejos, una fuerza natural, el amor de la madre, velaba por la inocente criatura.

Natural era también—aunque criminal, y acaso más natural por eso precisamente—la fuerza que poco á poco iba generando en el espíritu enfermo de Mercedes el odio á Tina, retoño del odio á Quintín. Aun sin maltratar á la niña, la rechazaba, y comprobaba á cada instante que la aborrecía de un modo incoercible. Puede haber cariño en una bofetada y odio en una caricia. Para decir claramente que odiaba á la pequeña, sobrábale á Mercedes con un gesto, un fruncimiento de boca y una lumbre de ojos, una nerviosidad de la mano al abrochar un botón, un hielo de los labios negándose al beso. Tenía entonces la niña, oficialmente, cinco años; en realidad, seis; estaba en esa edad, límbica aún por muchos estilos, pero en que empieza á formarse la conciencia sentimental—y aunque sólo fuese por comparación con las adoraciones fanáticas de Carrillo, había de notar el hostil desvío de Mercedes; porque la señora de Alvarado, detestándola, no se separaba de ella; no quería permitir que Quintín poseyese libremente á su chiquilla—y ésta, temerosa ya, cohibida por el ambiente enemigo

que la rodeaba, se entristecía, sentada horas enteras, silenciosa.

—Mamá no me quiere, papaito—secreteó un día al oído de Quintín—. Yo quería que tú me llevases á la talle. Pero tú, tú nada más.

La confidencia, aunque nada nuevo dijera á Quintín, exaltó, si cabe, su delirante paternidad, dándole carácter de empresa heroica: la salvación de una víctima. Además, acabó de separarle para siempre de Mercedes. Sin ruido, sin escándalo, se consumó el divorcio de aquellos dos seres que tanto se atraieron un día. Continuaban viviendo juntos, pero en su lenguaje interior (no hay nadie que no posea ese lenguaje, especie de *argot* psicológico), Quintín llamaba á Mercedes *la madrastra*, y Mercedes á Quintín *el imbécil*. Agotaban la copa de ajeno del desprecio; se embriagaban de aspiraciones á todo género de maldades; llevaban á Sata-nás—el que no puede amar—dentro, abrasando y envenenando sus venas.

Empezó Quintín á desear la muerte de Mercedes con un motivo pueril... Quizás la desease antes, sin saberlo, como había deseado, ¡oh ironía!, la del Brigadier Morans... Fué el caso que, al fijarse la fisonomía de Tina, comenzaron los servidores—en primer término el socarrón de Benito, hipócrita y ladino por excelencia—á exclamar que la pequeña era «toda la cara del señor». Como regocijase tanto á Carrillo esta bobería, desde *Palmyre* hasta la pinche fregona, el cochero y el lacayo, el carbonero y la lavandera, á coro, aduladores, la repitieron.

Y Quintín, comiéndose con los ojos á la niña, buscando ¡y encontrando! en su carita la supuesta semejanza, disfrutaba una fruición inexplicable... ¡No se parecía á Mercedes! ¡Se parecía á él!... Acertó á cruzar la de Alvarado por la antesala en ocasión que la niñera, juntando las manos de admiración ante la niña, vestida para salir y alzada en brazos de Quintín, balbuceaba:

—¡Si es el señor escupido!

Y Mercedes, arrojando una ojeada de incomparable desdén al grupo, soltó una risa insultante, una risa feroz, repitiendo:

—¡Escupido! ¡Escupidito!...

Carrillo saltó... Un impulso violento le lanzaba hacia aquella mujer, impulso que no era dueño de dominar... La hubiese pateado. Por la noche, en el trajín del desvelo, imágenes importunas le asediaban. Se veía viudo, venturoso, dueño de entregarse á su dicha paternal... ¡El único obstáculo era Mercedes!...

A su vez, la señora soñaba con la muerte, ¡la muerte que consuma las venganzas, grabando en ellas la impronta de lo irreparable! Cuando se desvanece la idea del amor en almas semejantes á la de Mercedes, donde hay mucha resaca de pasiones y, como en el mar, el equinoccio de otoño desencadena tempestades, surge de un modo infalible esa otra idea, hermana de la amorosa... «Si muriese la niña, ¡qué pena para Quintín!» Un estremecimiento de todo el sér de Mercedes fué la protesta de lo que aún había en él de noble, al cerciorarse de que an-

siaba la desaparición del angelito, mezclado sin culpa y por la casualidad en un drama moral tan espantoso... No sería verdad decir que no intentó rechazarla; pero, á la segunda noche de vigilia febril, la acariciaba ya... ¡Un niño muere tan fácilmente! ¡Hay tantas enfermedades que atacan en especial á los chiquillos! Que resbalase en una escalera; que *Palmyre* la dejase sentada en el alféizar de la ventana mientras buscaba una prenda de ropa... que la chiquilla se inclinase una miaja y la cabeza la pesase más que el cuerpo... ¡Tanta contingencia!... Después de todo, ¿no es un bien muy grande morir de niño? ¿No se ahorran amarguras á montones? Tina crecería, amaría, pondría en un hombre toda la idealidad de su espíritu, todo el calor de su sangre, todo el fuego de sus sentires... y una tarde el hombre entraría en su cuarto, pletórico de mentira, á masucullar: «Tengo treinta y ocho años y salgo á un viaje... Escribiré...» ¡Cuánto más hubiese valido para Mercedes no convalecer del ataque meníngeo que padeció en la infancia!...

¡La meningitis! Su nombre, aterrador para las madres, brilló con infernal claridad en el pensamiento de Mercedes... Las chiquillas listas, precoces, suelen padecer este mal... Y Tina, á fuer de niña única, zarandeada y estimulada por todos, tenía salidas, parecía lista como una pimienta... ¡Fácil era que!... Un sudor frío en las sienes de Mercedes respondía á la plástica previsión con que se le representaba la tristísima imagen... Se incorporaba en la cama; daba

luz eléctrica; castañeteando los dientes, saltaba á la alfombra, y, arropada en su bata de franela, se agazapaba en la meridiana, metiéndose los puños por las mejillas. Temblona de pulso, se escanciaba agua del servicio colocado sobre la mesa de noche; mezclaba en ella unas gotas de azahar y paseaba la mirada por el dormitorio. Era el mismo que había ocupado siempre, desde el principio de sus amoríos con Quintín; no había un pliegue de cortina, un ángulo de mueble, un dibujo de la tela que vestía sus paredes que no estuviesen para ella embebidos de pasado, palpitantes de las perdidas dichas de ayer... Y aquello que pudiera ser dulce y melancólico, era acerbo, era un latigazo para su furia...

—Le he engañado, pero al engañarle he dado á su vida un objeto, he iluminado su alma con la luz del querer... El es más feliz que yo; vaya, ¡mil veces más feliz! Se cree padre, mientras yo sé que soy una impostora, y esa chiquilla, la hija del arroyo... Mientras viva Tinita, él vivirá contento... ¡Tinita debe morir!... Es indispensable; no resta ya otro medio de venganza... Debe morir...

Desde la voluntad que sentencia hasta la voluntad que busca la manera de ejecutar lo sentenciado, hay todavía incalculable distancia... Atroz es pensar ciertas cosas, pero de seguro tal atrocidad no es caso raro, ni mucho menos; y si se pudiera alzar la tapa de los cráneos como Asmodeo alzaba los tejados, veríamos el secreto anhelo con que el interés suprime mentalmente lo que le estorba. La transición de esta obscura

y miserable ansia, al *acto*, es ya menos frecuente dentro de nuestra civilización con base humanitaria... Nos reímos al oír que tal subalterno está deseando que el diablo se lleve á su jefe, que tal sobrino abrazaría al médico si despachase á la eternidad á su tío... y no tendríamos palabras bastantes de reprobación cuando el subalterno, el sobrino, el impaciente—cualquiera que sea—de enmendarle la plana al destino, lo hiciesen con el revólver, el láudano ó la cuerda... Por dentro, es distinto. El alma esgrime aquel puñal que vió en el aire Macbeth, asido por mano invisible. El alma asesina, la mano respeta.

Si lo más verdadero de nosotros mismos es lo interno, lo que permanece oculto..., ¡cuánto criminal vive y muere, para el mundo, dentro de los límites de la rectitud y la honradez!

Como tantas y tantos, Mercedes *quería*... lo que nunca se hubiese determinado á *realizar*. Ni aun de dejar abierta una ventana, en una noche cruda de invierno, para que Tina cogiese una bronquitis; ni aun de asestar ese género de invisible pu alada se sentía capaz. Altas vallas se alzaban entre la voluntad—definitiva, categórica—, de que Tinita se fuese en una caja blanca enguatada de raso, y el gesto rápido que podría transformar la aspiración en hecho. Lo triste para Mercedes era que no la contuviesen ni la virtud, ni la bondad, ni el reconocimiento de una ley superior á nuestras pasiones, ni la diestra suave y forzada de Cristo, que agarra por el borde de la túnica, ante el precipicio, á

los que creen... La detenía *algo* sin forma ni nombre: una pasividad fatal, una convicción de que *no era posible*; de que *ella no haría eso*, y no lo haría, como no hacemos las cosas superiores á nuestras fuerzas: descolgar una estrella ó desgajar una roca enorme... Y allá en lo recóndito, la voz maldita, repitiendo:

—Tina ha de morir... No hay otra venganza...

XII

Fué una mañana, al despertarse—¡quién sabe si durante el sueño!—cuando la de Alvarado encontró la solución. Mataría á la niña, ya lo creo... ¡La mataría! Sin palo ni piedra. Sin crimen... ¿Era concebible que no se le hubiese ocurrido antes? ¡Una cosa tan obvia, tan fácil, tan lógica! Se levantó, anduvo agitada por el cuarto, y, sin testigos, prorrumpió Mercedes en amarga carcajada, se frotó las manos y dió con el pié en el suelo en testimonio de resolución inquebrantable. De esta vez Carrillo se quedaría sin hija... y con esposa. ¡Encadenado por toda su vida á la roca del buitре, frente á frente con la que ya podía llamar su mortal enemiga, y privado del consuelo y del placer de la paternidad! Todo conseguido por el más eficaz y natural de los medios, infalible, pronto, seguro: ¡el complemento de la ven-

ganza! ¡Ah! Respiró ampliamente la señora... Se bañó, se peinó, se vistió, no sin refinamiento de coquetería, y con fulgor en los ojos y el triunfo escrito en la cara, se dirigió al despacho de su marido, donde entró sin llamar ni preguntar.

Era el bronco gabinete de estudio del hombre para quien la ciencia es un instrumento de trabajo, no recreo y manía de algunas horas. Abandonado moralmente Quintín por su mujer, veía depositarse el polvo en capas grises sobre las pilas de libros y los cuadernos empedrados de números, sin preocuparse, ajeno á la elegancia y aun á la limpieza, absorto en más apremiantes cuidados. Sólo Benito — aunque pasado con armas y bagajes al partido de la *señorita*, que era, sin género de duda, más lista que el *señorito* — paseaba de vez en cuando un negligente plumero y una lánguida escoba por la habitación. «Enfádase si le revuelven sus papeluchos» — decía en la cocina, para disculparse. A tiempo que empujó la puerta Mercedes, Carrillo trabajaba; tenía extendidos por el ancha mesa planos, hojas enormes, mapas y volúmenes abiertos. Alzó la frente y no ocultó un involuntario esguince de mal humor y desagrado; el gesto que se hace al ver á los que no amamos y nos interrumpen. Mercedes sintió hincarse en su alma la resolución como un cuchillo. «Veremos qué mohín vas á hacer dentro de un cuarto de hora». Paladeando su sensación perversa, miró cara á cara, en actitud de reto, á Quintín, cuya frente cruzó una arruga

al advertir que su mujer, tomando una silla, se sentaba frente á él, del otro lado del vasto tablero.

—¿Ocurre algo?—interrogó de mal talante, dejando el lápiz y apoyando el codo en los peles.

—Ocurre... sí; ocurre que vuelvo á tener que hacerte una comunicación..., ¿te acuerdas?, tan considerable, por lo menos, como aquella que te anuncié, ¿sabes?, el día en que tú me notificaste el rompimiento de relaciones... ¿Se te ha olvidado ya? Pero, ¡qué desmemoriado eres, Quintín *mío*! Vamos, un esfuerzo... El 15 de Marzo de...

Quintín la remiró con desabrimiento y melancolía. Ella le miraba igualmente. El sol, entrando de soslayo por la ventana, iluminaba su tez infiltrada de bilis, las relucientes canas de su barba, que trepaban ya á la sien, y el tul polvoriento sobre los libros y la escribanía de bronce.

—Bien, el 15 de Marzo..., acaba; tengo un trabajo urgente y deseo adelantar...

—Calma..., paciencia, como tú me dijiste entonces... El 15 de Marzo supimos los dos que habían fusilado á Morans, allá donde andaba guerreando... Tú lo sabías. No, no lo niegues, porque me consta que lo sabías al venir á mi casa...

Carrillo se estremeció; acababa de asaltarle una esperanza loca, fantástica, de melodrama.

—¿Ha resucitado tu marido? ¿Era falsa la noticia?

Mercedes le fulminó una ojeada tremenda y se encogió de hombros, riendo mofadoramente.

—¿Te has vuelto loco? No, no ha resucitado... Somos esposos ante Dios, la ley, los hombres... ¡Ante todo lo que se puede ser esposos!...

—¿Entonces?... Te agradecería que terminases...

—Sí, pronto será... Decíamos que sabías perfectamente que yo era viuda..., y me lo callaste, y me anunciaste, con circunloquios, que lo *nuestro* se acababa... Un cariño de diez años, una amiga que sólo vivió para ti, no te merecieron más... ¡Ni lealtad, ni respeto siquiera!... Me llamabas en confianza tu mujer... ¿te acuerdas?, ¡y al saber que podía serlo, te faltó tiempo para abandonarme!

—¿A qué viene ahora, hija?...—El acento era de cansancio, de repulsión.

—¡Viene! Ya, ya verás á lo que viene... Te fuiste, te arreglaste allá en San Sebastián con una mujer...

—¡Con una señorita!—El enojo empurpuró las mejillas amarillentas de Quintín.

—Con lo que fuese... Pensabas casarte... cuando te avisé de que tenías una hija...

—¿Me estás contando eso? No merecía la pena, un día en que me urge tanto la labor...

Se gozó breves momentos ella en calcular, en pregustar el efecto de la enormidad que retumbaría entre aquellas paredes revestidas de estantes, asordadas por los librotos aburridos, en fila, mostrando sus lomos, con rótulos fran-

ceses y británicos... «A matar á Tinita», repetía mentalmente; «á matarla en este corazón que fué mío y del cual inicua, arteramente, se me ha despojado...» Alzó la mano, hizo un ademán que significó «aguarda, prepárate...» y articuló, lentamente, destacando las palabras, y luego, revolviéndolas en la herida, después del primer golpe:

—Yo me propuse que no te burlases de mí... Es duro que se burlen de uno, que le escupan y se queden riendo... ¡No he nacido para dejarme escarnecer impunemente! El amor antiguo se me convirtió en... otra cosa... Todo era lícito contra ti; si no me hubieses ocultado la muerte de Morans, creo que hasta te perdonaría; el engaño es lo que no tiene excusa. Mira, se me ocurrió mientras todavía estábamos platicando, tú en el sillón, yo en el sofá, y tú desviándote con mucho recato, para no rozarme la mano siquiera. ¡Recato!... ¡Puah! ¡Qué miserables sois!

—Adelante..., ¿y qué?... —Carrillo, nervioso, rompió entre los dedos el lápiz.

—Que preparé mi desquite, tu castigo, con suma habilidad. ¡Oh! Nadie sabe de lo que es capaz hasta que le escupen á la cara y le parten el alma... Si seis meses antes me hubiesen dicho que haría lo que hice, contesto que no, que nunca. ¡Pues lo hice, y con un arte! He atado todos los cabos, he puesto de mi parte á la ley, he enredado la maraña, de suerte que ni el diablo la desenreda... Para la ley, Tina es tu hija...

Con brinco automático, Carrillo se levantó del sillón giratorio, pegando un puñetazo sobre la mesa. Su cara ponía miedo. Tal estaba de desencajado y mortal.

—¡Tina!—repitió—¡Tina!—Y no acertaba á proferir otras sílabas; y aun éstas salían roncadas, sin eco.

—Tina, sí—remedó Mercedes, desafiándole con bárbaro goce.—¡Ah! Lo he hecho al primor... Difícilmente probarán nada en contrario... Legalmente, es tuya y es mía esa chica, y no de sus padres, de señá Malia la portera y el borrachón de su marido... Ahí tienes: tu merecido te di. A engaño, engaño y medio. ¡Cómo me he complacido al verte tan crédulo, tan necio, tan prendado de la niña! Si me hubieses demostrado algún afecto, Quintín... sentiría lástima, hasta vergüenza de mi embuste. Sí, vergüenza; y trataría de endulzarte la vida, en tu hogar... Reconocerás que no te debí sino frialdad, antipatía... Hiciste bien; así me divertí contigo, con el fanteche ridículo que se cree padre y que no tiene ni un momento de lucidez. ¡Vamos; si á ti sería pecado no engañarte!

Había vuelto Carrillo á caer en el sillón, escondiendo entre las manos la cabeza... Mercedes permanecía en pie, satánica, vencedora. Sólo se oía el resuello angustioso de la víctima, y allá, á lo lejos, en la calle, las voces acanalladas y recias de un piano de manubrio, atornando los ámbitos al repetir por centésima vez la cancamurria de unos cuplés salpimentados.

De pronto, en el pasillo, sonó algo menos armonioso que el piano todavía: un acordeón de juguete, medio afónico, y en manos inexpertas. Gritos y gorjeos acompañaban al desacorde ruido; y de una garganta fresca, viva, límpida, salió este galimatías, pasando al través de la puerta cerrada:

—Papaíto... Atitoy... Te oy senata... Senata, pa que te duemas...—Y el instrumento músico, si cabe llamarle así, estiró y apresuró su flin-flan...

Carrillo apartó de la cara las manos, se alzó y se arrojó sobre Mercedes. Con fuerza de insensato la apretó el brazo, impulsándola á salir de la habitación. La de Alvarado temió por su vida: Quintín parecía un demente. Siempre empujando, arrollando á la niña, llegó con su mujer á la antesala, á la puerta de la calle. Corrió el pestillo y precipitó á Mercedes al descanso de la escalera, donde cayó arrodillada, tan sobrecogidas, que no dió un grito. Quintín si que gritó, vertiendo en el clamor su espíritu, recobrada la palabra al fin:

—¡Fuera de aquí, so embustera! ¡Largo! ¡A mentir fuera de aquí!

Cerró de golpe, y llamando á Tina, tomándola en brazos, la cubrió de hambrientos besos.



FINAFROL

I

TODAVÍA el gallo no había clarineado sus bélicas notas al aire húmedo de la mañana de otoño; y aún no se desperezaban los porcosos, amodorrados en el bienestar de la soñarrera, como si en vez de reposar sobre crujiente *poma* de maíz, les hubiesen dado lecho blandos plumones.

Hacia la derecha, el corral estaba limitado por un *alpendre* ó cobertizo, que respaldaba la tapia y cuyo frente formaban tablones mal juntos, escasa defensa contra el frío madrugero. A la izquierda se veía la casa de los caritativos dueños del Asilo, amplia y destartada. Revestían los balaustres de la carcomida solana ristas de cebollas y espigas de maíz: el primer

destello solar encendió en ellas dulces resplandores de rosa y oro. Entre la casa y el cobertizo estaba la capillita, semiarruinada; y el otro lado del rectángulo lo formaban tapia y portalón—el portalón que ha olvidado la manera de cerrarse, pues los goznes de la puerta ya no giran, por desuso.

¿Qué miedo han de tener á ladrones los dueños? Punto menos pobres son ña Gregoria y Pepe de Reigal, que los mendigos á quienes acogen diariamente. Tienen su pasar, cogen su fruto, venden en Marineda su cosecha de cebolla, pero dinero... si Dios se lo enviase, lo gastarían en caridad; y además, ¿no duermen todas las noches, en el cobertizo, diez ó doce personas? Bien guardada está la casa, y no haya cuidado de que esa *gavilla*, de la cual se habla todos los inviernos con terror, sin que nadie haya llegado á verla, se determíne á venir y llevarse las mazorcas de maíz de la solana y el cerdo salado de la hucha.

Antes que ningún durmiente se rebullese, incorporóse cautelosa una mozállona, de cuyo cuerpo, al movimiento, salió una tufarada bravía. Con pasos táticos, se acercó á la yácija de un viejo que dormía boca abajo, y tiró suavemente de un zurrón que el durmiente sujetaba con el codo. Metió la negruzca garra en el saco burdo, y extrajo un frasco de metal; lo destapó, abocó el gollete, y con beatitud inefable empezó á trasegar el contenido. Se detuvo después de echar un buen trago; volvió el frasco al zurrón, y lo repuso todo en su lugar. No se des-

pertó el viejo, el tío Amaro de Espadanela; pero un espatañado, de sotabarba y de velludo pecho descubierto, echó una voz bronca, tupida de sueño y resquebrajada de aguardiente:

—¡Ei! Me parto en...! ¿Quién rema por ay?

Entonces, de un rincón, se alzó una forma esbelta, y un acento claro y cristalino pronunció:

—¡Tío Amaro! ¡Arriba! Vaya, que cogió el sueño bien á gusto... ¡Tío! Ya es día, señor.

Bostezando hasta desquijarse, medio se incorporó el ciego. El *follato* hizo su música peculiar, crujiente y lamentosa. Las pupilas de vidrio cuajado afrontaban inmóviles la claridad. Entre desperezos, ordenó:

—A ver luego... Dame de la alforja el chisco.

La niña—que empezaba á gallardear de juventud, y era formada y gentil como una varilla de biznaga en flor—sacó el frasco y se lo tendió al ciego. Apenas éste lo llegó á los labios, botó furioso:

—¿Quién es el hijo de can que me ha esguerrichado la caña? ¿Has sido tú, Sidora?

—Así medre, señor, como no he sido—contestó la mocita—. Asco me da. Y le tengo rabia, porque su mercé, cuando bebe, tórnase de peor entraña todavía.

—Allégate—dispuso el viejo—que te goleré.

La niña se aproximó, intranquila. El ciego, al sentirla cerca, lanzó su garrota; pero la muchacha se desvió, y el palo rebotó contra la pared. Y al mismo tiempo, la mozallona chata y de rostro bestial, adelantándose, gritó indignada:

—No maje en la rapaza, no maje en la rapaza, no sea mal cristiano... ¡Yo fui, que no ella, yalma mía!

—¡Tú habías de ser, raposa! ¡Ya te llaman Marica de las Uñas! ¡Aguarda, pega ladrona!

Y se precipitó, al acaso, con los puños dispuestos. Nordés, el ex-marinero, y un tagarote con bocio, conocido por Langrán, le sujetaron. Para decir verdad, sólo le sujetó Langrán con su fuerza hercúlea; pues el mísero de Nordés, con su atrofia muscular progresiva, que le había convertido de pescador en pordiosero, ¿qué había de mandar en nadie?

También se había interpuesto la niña.

—Tío—suplicaba,—deje á Marica, que quien cuenta verdá no merece pena. Tío, á la malpocada le hace falta la calor en la barriga. Aun hay bebida en el frasco. Beba y calle.

Convencido ó dominado, el tío Amaro apuró el resto. Al estruendo de la pelotera, todos los mendigos se despabilaban. Unos se metían los puños en los párpados, como chiquillos hambrientos aún de regalo y pereza; otros, listos como moscas, se sacudían el *follato* y salían al patio de un brinco. Eran sus cataduras, ya cómicas, ya de un horror pintoresco. Uno cojeaba, arrastrando una pierna, retorcida por cura inhábil de saludador ó medicastro; otro, llamado Mediocorpo, reptaba con las manos, privado hasta de muslos y pareciendo arrastrar el vientre. Marica de las Uñas había sacado de la alforja un refajo colorado nuevo, su gala y su orgullo, y se lo vestía delante de todos. Una

centenaria, la tía Bica, temblaba de frío y reía á la vez: reía siempre—de los mozos que mueren mientras ella dura, opinaba el Cojo, que era el más despabilado de los mendigos, y hasta tenía sus ribetes de negociante, tratante y charlatán, que «saca» en las romerías la buenaventura por medio de un pájaro con una cedula en el pico. Cada pordiosero preparaba sus instrumentos de mendicidad. Langrán limpiaba—por decirlo así—el carretillo en que zarandeaba por los caminos á su asociado Medio-corpo; la centenaria, siempre risueña, con su boca sumida de bruja, requería el báculo y se tocaba el pañizuelo; el Cojo se estivaba en su muleta bruñida por el uso. La puerta de la casa se abrió, y aparecieron los amos.

II

Eran una pareja aldeana. Poco á poco, de vinculistas desahogados, los Reigal se habían convertido en labriegos. La capilla no se abría al culto desde el tiempo del abuelo de Pepe de Reigal. Sólo el Asilo, el típico refugio de los mendigos, perduraba, atestiguando épocas más prósperas en la familia. Acaso Jesús de Nazaret no se quejase de que, no pudiendo restaurar la capilla, Pepe de Reigal conservase el Asilo.

El marido, flaco y enjuto, como desecado,

traía en las manos una olla grande; la mujer, ña Gregoria, canosa y robusta, dos cuencos de barro.

—¿Aun casi que no amanece, y ya vos peleáis, rabiosos?—preguntó ña Gregoria, con el asombro inquieto de los pacíficos ante las disputas—. ¿No vos gusta la tranquilidad? Ale, aquí vos traigo una gota de leche... Tú, Pepiño, posa ahí—añadió señalando á un poyo.—Yo reparto: venir...

—Tú la primera, Finafrol—añadió dirigiéndose á la niña—. ¿Quién te hacía mal, que gritabas?

—Nadie me hacía mal, ña Gregoria.

—Sí, por ti, aunque te pelasen viva... Tú eres como las palomas, que no tienen hiel... En ti no pecó Adán.

Tendió á la muchacha el cuenco, más que mediado. Era su predilecta, y para ella doblaba la ración.—¡Avívate, Pepe!—exclamó alargando otra vez el cuenco—¡Los hombres no valéis para nada! ¡Renegados sean los hombres!

—¡Mucho trabajo has pasado tú con los hombres!—protestó Pepe—¡Mucho te llevo dado que sentir!

—Es que tú... no eres hombre—declaró Gregoria.

—Se estima... Y luego, ¿qué soy?

—Se quiere decir... que no eres hombre para el caso de ser animal.

Los pordioseros celebraron la escaramuza con risotadas. Eran tan alegres como prontos á enzarzarse en peleas. Fácilmente se les divertía,

porque sus almas, no turbadas por lecturas ni quemadas por codicias, tenían algo de la frescura de las almas villanas medioevales. Se perdían por una chanza. Hasta el tío Amaro, tan cascarrabias, era á ratos bufón y archivaba nutrido repertorio de chascarrillos. Limpiándose la boca con el revés de la mano, el marinero exclamó:

—¡Hala! ¡A la mar, que se ha levantado viento!

—Señor Nordés, ¿habrá buen lance de sardina?—preguntó perdida de risa María de las Uñas.

Estalló un coro de carcajadas. La sardina, en este caso, era la limosna. Calculaban alegremente las probabilidades del día.

—Lance, mañana en Areal—declaró el Cojo.

—Mañana, San Miguel de las uvas, son los días de D. Migueliño el de la fábrica. Reparten á la puerta...

—A las veces dan á real—confirmó Marica.

—Mas que den á peso—exclamó Nordés—no he de ir yo á recogerlo. ¡Ah, eso ya lo saben!

—¡Qué más quisieras tú, para la taberna!—amonestó ña Gregoria.

—Mujer—advirtió Pepe—no les pedriques, que entonces mejor fuera cerrarles el portón.

—Es que me consume ver que gastan en perrita el bien de caridá que les cae.

—Tú mucho hablas. No andas como ellos á la friage y con la tripa vacía.

Gregoria hizo un gesto de negación. Era vieja entre los cónyuges la disputa; la mujer estaba

por los mendigos sobrios y ordenados, el marido por todos indistintamente, y aun quizá prefería á los máscalamitosos. Pepe conservaba el sentido caritativo sin condiciones y sin propósito moralizador de los Reigal, que aceptaban la miseria y el vicio como fatalidades de los que tienen la mano. A tanto llegaba la indulgencia de Pepe, que hasta se alegraba de lo que era desesperación de ña Gregoria: no haber tenido hijos—porque así podían disponer de unas berzas para la cena y unos haces de paja para cama de los mendigos, y á veces de la miaja de leche y la borona migada del desayuno. No siempre abundaba la hierba, no siempre tenía la vaca inflados los tetos... Pepe sostenía, en su estilo peculiar, que todos los pobres eran igualmente dignos de aquel socorro. Les profesaba una especie de amor, y, para decirlo de una vez, le divertían: cada noche y cada mañana aquellos pillastres rompían la monotonía de su existencia labriega con las riñas, los cuentos, los embustes, la provisión de noticias, tan desmigajadas como los «tacos» de pan que danzaban en sus zurriones. Uno contaba de ferias, otro de la vida de los señores en los Pazos, éste de los comerciantes de Areal, aquél del señor Abad de Mosteiro; y siempre con el buen humor de la miseria, el feliz descuido del no tener... Pepe alababa en sus protegidos ciertas singulares virtudes, por ejemplo, el cuidado que ponían en no recurrir al Asilo sino de tiempo en tiempo, para no abusar de la «posada de la caridad».

Sólo la tía Bica, la centenaria, venía casi

diariamente, ¡la enfelís! A cada noche repetía:

—Hi... higuitos míos... yo no sé si tengo sien años ó más de siento... Yo acuerdo al francés... Poco vos he de cansar...

III

Aquella mañana fué tema de la chismografía la casa de D. Miguel Amorós, el fabricante, que iba á estar de días y á dar limosna. Alguien afirmó que la limosna sería doble, por razón de ser ahora dos los señoritos: el señorito Miguel y su hermano D. Mariano, que acababa de llegar de allá de tierras de América.

—¿No dijeron que muriera?—preguntó ña Gregoria.

—Mala hierba nunca muere—gruñó Nordés—, y esa casta de la fábrica dura más que las silvas en los vallados...

—No seas rencoroso, Nordés—indicó Pepe—. No fué tanto el daño que te hicieron. Al fin tú no podías salir á la pesca.

—Y tan malo no era D. Mariano—disculpó el Cojo—. Llano y simpático, y cigarro suyo nunca faltaba, ni las dos pesetas á las veces...

—¿Conque no era malo—protestó ña Gregoria—y mató á penas á su madre? ¿No era malo, y con los vicios y las mujeronas, por poco arruina la fábrica? ¿No era malo, y si no lo

despachan para América, no deja aquí cosa á vida? ¿No dijisteis que entremientras ha vivido el Sr. Amorós, el padre, se guardaría el hijo menor de poner los pies, no digo en la fábrica, ni en la playa de Areal? ¿No me lo tenedes contado vosotros mismos millenta veces?

—Porque un hombre eche un chisco y coja una baraja y le guste una buena mosa, no es ningún visioso—declaró el Cojo riendo—. Con el tiempo un hombre se hace formal.

—Sí, sí,—dudó Gregoria.—Fíate, fíate... No me fiaría yo si fuese el hermano, ni se fió el padre, aquel Sr. Amorós, el catalán, tan agenciador, que para trabajar se levantaba con estrellas.

—Ya supo hacer testamento—advirtió el Cojo—, ya supo. Todo le quedó á D. Migueliño.

—Eso tampoco es ley de Dios—protestó Pepe—. Hijos son todos, malos y buenos.

—¡Es que iba la fábrica á pique!—exclamó el buhonero—. Se la papaba en un año.

—Tuvo más razón que un santo el padre—aprobó ña Gregoria—. No va á derrearse de trabajo un hombre de bien para que un pillo fume y beba. Este, mi marido, parece parvo de entendimiento.

—Tan tuno es el de América como el de Areal—sentenció á speramente Nordés.

—¿Hay un poco de tabaco?—preguntó la tía Bica al exmarinero, muy bajito.

—¡Tabaco! ¡Quién lo viera!—rezongó él.

La centenaria, suplicante, se llegó á Pepe.

—Por el alma de quien tienes en el otro mundo, me des una presa de tabaco, hiiigo.

—¿No es vergüenza fumar á sus años?—intervino la severa Gregoria, mientras su esposo sacaba de la faltriquera una cajetilla mediada y la deslizaba en la mano, rasposa y fría como piel de reptil, del vestiglo.

—Mujer, no es vicio, que es un costumbre...—gimió la vieja, ocultando la cajetilla, que Nordés devoraba con ávidos ojos—. Un costumbre de cuando ganaba mi vida con la sardina... Todo el santo día en el muelle, y al amanecer, por las carreteras, con la panela en la cabeza, y tanto frío... El Santísimo Sacramento te lo dé en la gloria—añadió dirigiéndose á Pepe.

Algunos se disponían á partir. Mediocorpo, instalado en su carricoche, decía á Langrán, el corpulento mozallón que le rodaba por carreteras, senderos y atajos:

—Si hoy cae tajada en el Pazo de Sanselme, no me la papes... Eres un lobo; todo melo comes.

—Es un tragón—confirmó Gregoria.

—Toma, tiburón—dijo festivamente Pepe—, sacando de otra faltriquera un pequeño men-drugo.

Cuanto podía escondíalo Pepe en las reconditeces del chaquetón, y Gregoria encontraba su hucha, su alacena, sus cajones barridos, vacíos, como si por allí hubiese pasado una banda de ratas famélicas.

—Señora Gregoria—suplicó tímidamente Finafrol—, un favor le quería pedir.

—¡A ver, rosiña de Mayo!

—Mientras el tío Amaro está entretenido en arreglar la alforja, déjeme carretar un barreño de agua de la fuente y lavarme un poco, que me lo pide el cuerpo.

—Ven conmigo — se apresuró á decir la dueña.

IV

Entraron en la casa. Subieron la escalera temblona, de ruidos balaustres de palo, y Gregoria introdujo á la muchacha en su propia habitación, la única que en la vetusta morada de los Reigal tenía el piso un tanto sólido, remendado de fresco; en las restantes se caía á pedazos la tabla de pino, deshecha en polvo por la polilla. En el piso bajo, el suelo no había podido destruirse: era de tierra. Gregoria, solícita, ofreció á la niña mil refinamientos: una palangana puesta sobre una silla; un jarro de hojalata lleno de agua; una concha de jabón verde lechuga; un peine de púas rotas, una toalla «de lamanisco» muy limpia y un cacho de espejo, resto de una luna mediana. Finafrol, aprisa, balbuceando gratitudes, desabrochó las sayas y desatacó su ajustador aldeano, que por ballenas tenía cañas, y hacía talle rígido y honesto. Se descubrieron sus formas gráciles, enjuta aún, pero donde ya la pubertad había di-

señado dulces redondeces. La blancura anacarrada del seno virginal y de los brazos firmes, contrastaba con el atezado trigüeño de cara, cuello y manos. El rostro era delicioso de inocencia y de dibujo admirable; los ojos lo alumbraban con luz celeste, parecida al reflejo de las aguas de la ría, y los dientes de esmalte de perla brillaban como joyas en estuche de seda sonrosada. Soltó el cabello para peinarlo, y se vió su abundancia y su finura de madeja lasa, al esparcirse sobre los hombros. Con las abluciones, la muchacha adquirió una frescura de arbusto joven después de la lluvia. Desaparecía la capa de pegajoso polvo de la mendicidad, y salía á la luz la belleza delicada, la tersura del capullo con toques de musgo naciente.

—¿No te mudas la camisa?—preguntó Gregoria.

Finafrol se volvió, muy colorada... ¡No tenía más que la puesta!

—Toma—exclamó Gregoria abriendo un cajón de la cómoda desvencijada, sin barniz, y sacando una camisa de lienzo gallego, en hoja—. Yo te lavaré la otra, palomiña.

La niña tembló de gozo. ¡Mudarse! ¡Tela nueva sobre sus carnes, una camisa sin desgarrones, sin remiendos! Soplando de bienestar, se vistió la prenda, donde cabía dos veces. ¿Pero acaso los pobres llevan nunca ropa á su medida?

—Tu alma como tu cuerpo—murmuró la dueña—. Y mientras Finafrol se entrenzaba el abundoso pelo, insinuó, como quien suplica;

—Una cosa te había de decir, Finafrol... No te parezca mal... Y es que no andas ya bien por los caminos, mujer... Te has puesto moza garrida, cumplida, y los hombres son peores que los lobos... ¿Por qué no te quedas conmigo, á servirme? No será servirme, que será como si estuvieras con tu madre...

—¡Con mi madre!—repitió Finafrol, y sus ojos se bajaron, nublados un momento—. Mi madre... dejóme en el muelle de Marineda, y se embarcó para Buenos Ayres.

—¡Mala perra!—sentenció Gregoria—. Si te quedas aquí, yo, que no te he parido, te he de querer como si te hubiese llevado en el vientre, ¿me entiendes, froliña? Y no es voluntad de Dios, nuestro Señor, que pases las noches con los hombres brutos, en los pajares.

—¡Bah!—exclamó indiferente la niña—No son hombres para mí, señora Gregoria. Primero me mataban que darles crédito, como les dá la enfelís de Marica. Me repunan como el aguardentazo. Sólo de pensarlo vomitaría. No tenga miedo, que antes me dejo acochillar. Y, ¡bueno es el tío Amaro para lo consentir! Me guarda como un can. Mal puedo dejarlo yo solo, ahora que es viejo, que no se vale. El me recogió en el muelle; desde los siete años ando con él.

—Maltrátate—arguyó Gregoria—. Y al fin es hombre, y tu padre no es.

—Otro no conocí—suspiró Finafrol, sujetándose con agua y jabón los mechones de la frente—. El cuitado tiene el genio así... porque le pasaron muchas desdichas. La mujer, así que lo

vido ciego, se escapó con un barbero á Cádiz. La hija se arregló con un sargento, y le negó un bocado de pan á su padre. La otra mujer... bueno, mujer suya no era... era una bigardona... le hizo perrerías... Y le tengo lástima. ¿He de decirle «ahí te dejo, como á un can?»

—Sidora—pronunció Gregoria—, tu no eres como los otros pobres. Eres decente. Yo de algunos estoy harta, por desagradecidos. Yo no soy como Pepe, que no diferencia á las personas.

—Tiene razón el Sr. Pepe. ¡La caridad mayor es aguantar al malo! Con nos sufrir ganau el cielo, porque es peor nos sufrir, que darnos caldo y cama.

—¡Santiña!—exclamó Gregoria; y, sin poderse contener, la abrazó—. Mira—chilló—, aquí te tengo un regalo.—Y desenvolviendo un rebujo de papel, sacó unos zapatos de cuero amarillo, y unas medias acostilladas, de algodón basto—. No quiero—decidió—que me andes más en pernetas.

La chiquilla, ante los zapatos, se conmovió.

—¡Santo Cristo de Alborada! ¡Para mí!—tartamudeaba—¡Ya estaba hecha á no calzar, pero me costó más lágrimas!, porque ha de saber, ña Gregoria, que no me crié en tanta necesidad como ando... Yo oí de pequeña que era hija de un señor... Lo decían en mi escuela las demás chiquillas... Y á mi madre le daban dinero por mí; pero luego ya no vino el dinero y en casa había mucha falta de todo... Mi má no sabía cómo arreglar... Determinó de marchar se á América...

—¡Y á ti dejóte allí en el muelle por perdida!—exclamó ña Gregoria, recordando el triste episodio—. ¡Dios la perdone! Eso fué un pecado muy grande.

—¡Dios la perdone!—aprobó Finafrol—. ¡Lo que más caro me costó fué hacerme á andar descalza de pie y pierna!—Y, al decirlo, ufanamente, empezó á embutir el pie en la media.

—Que lo rompas con salú... y mejor si es en mi casa...

V

Cuando la niña, calzada ya, bajó al patio, el tío Amaro principiaba á dar señales de impaciencia. Los demás mendigos habían emprendido su caminata al través de los caminos húmedos de rocío matinal, que aun no secaba un pereoso sol de otoño.

El viejo y su guía salieron. La hierba amortiguaba el ruido de los pasos; pero apenas desembocaron del sendero á la carretera, endurecida por las precoces heladas, el ciego, con la finura de sentidos que caracteriza á sus congéneres, notó algo extraño en el sonido del andar de Finafrol.

—¿Tú llevas calzado, Sidora?—preguntó severamente...

—Sí, señor... Me regaló la señora Gregoria, Dios se lo pague, unos zapatos.

La frente del viejo se nubló y su boca se frunció de enojo.

—¡Estamos bien!—gruñó furibundo—Zapatos! ¡afoera con ellos ahora mismo, lisca! En te viendo tan maja, nadie dará al siego la cortesa de tocino. Dirán que somos ricos. ¡A descalsarte! ¡Zapatos nuevos!

Los ojos de la muchacha se arrasaron de lágrimas, y por primera vez, un instinto de rebeldía surgió en su espíritu. Hecha á aguantar estoicamente otras injusticias, hasta puñadas, palos y repelones, no podía sufrir ésta, que la hería en sus aspiraciones femeniles, en sus recuerdos constantes de haber sido «hija de un señor» y haber andado vestida y calzada hasta con coquetería en sus primeros años. ¡Qué mal hacían á nadie sus pobres zapatitos! ¡Por qué no había de cubrir su desnudez, ahora que tenía edad para avergonzarse de ella! ¡Sus zapatos queridos, tan bonitos, tan fuertes, de color amarillo tan alegre, con la suela oliendo á material nuevecito! ¡Volver á andar por ahí enseñando la pierna, el pie ennegrecido del polvo! No, eso no; no obedecería al cruel capricho del viejo.

—¿Tú te descalsas, ó te descalso yo con el palo?—gritó el de Espadanela, avanzando hacia donde estaba la niña.

Intimidada, toda llorosa, Finafrol se sentó en un montón de grava, al pie de un castaño secular, achaparrado, de inmensa copa—uno de la docena que en el país se conocía por *los Apóstoles*—y procedió lentamente á desatar los cor-

dones anudados con tanto gusto—. De improviso, tuvo la sensación de que la miraban... Alzó la cabeza. En efecto, del soto lindante con el camino real acababan de salir dos señoritos, con arreos de cazadores: escopeta, morral, bota alta de cuero. Al uno le conocía Finafrol: como que era D. Miguel Amorós, el salazonero de Areal. Y el otro... ¿quién sería? Quien fuese, la contemplaba de un modo tan fijo, tan directo, que en la cara, bajo la superficial escaldadura del llanto, percibió Sidora otra quemadura, un rubor profundo, el bochorno de ser mirada así, cuando remangaba su grueso refajo de bayetón para quitarse zapatos y medias.

—¿Cómo te llamas, rapaza?—interrogó el cazador desconocido.

—Llámome Finafrol, para servirle—balbuceó casi ininteligiblemente la niña, bajando cuanto podía las bayetas de sus haldas.

—¿A ver? ¿Repite ese nombre, que parece muy bonito?

—Finafrol... También llámanme Sidora.

—No, no, que te llamen Finafrol siempre... ¡No sabes tú la poesía que hay en ese nombre!

Nuevamente las mejillas de la niña se abarcaron... Fué como si la hubiesen requebrado, y en efecto, requebrar era la intención del señorito. ¡Un señorito! Tenía el cazador aire muy distinto del de la gente de Areal; su pelo de artista, revuelto y rizado, se escapaba por debajo de la gorra gris á cuadros; sus facciones eran perfiladas, expresivas y algo marchitas, con ese principio de fatiga que causa el abuso.

de los placeres, que puede confundirse con la más noble melancolía—y á veces la engendra—. Su cuerpo, dentro del burdo chaquetón, permanecía elegante y flexible, y vistiendo exactamente como el fabricante, no se explicaba por qué éste parecía el criado y el otro el amo. La mirada del desconocido, terciopelosa y atrevida, se hincaba en el alma como un cuchillo de oro. Ninguna mirada de sus compañeros de mendicidad había turbado nunca á Finafrol. Delante de ellos, nada la importaría descalzarse. Delante del señorito, podía el tío Amaro matarla... que no se descalzaba, no.—Y su mayor sofoquina era que las faldas usadas, roídas por el barro, pingajosas, no tapaban ni el pie—de forma pura á pesar de tantas caminatas—ni el perfecto arranque de la pierna juvenil.

D. Miguel intervino: también él miraba, curioso y engolosinado, á la chiquilla.

—Acaba, mujer—dijo campechanamente—. Ya sabemos que los zapatiños son para los días de fiesta, y no conviene gastarlos al andar. Te los cuelgas al hombro... y tan campante.

Quiso gritar Finafrol.—Me los quito á la fuerza—pero no fué menester: el desconocido habló en su lugar.

—¡Si no es eso!—exclamó—No te has enterado, hermano. La rapaza se descalza por orden del ciego. Ella, al contrario, llora porque quería ir con sus zapatos nuevos—. Irá. ¡No faltaba más! Y la he de comprar yo otro par, mejor que ese, y una docena de pares de medias. ¿Cómo se entiende, descalzar á una criatura tan encantadora?

Conocía Miguel Amorós á Finafrol y al tío Amaro. Bastantes veces acudían á la puerta de su fábrica, en demanda de sardinas saladas y mendrugos de pan. Al ciego le tenía por un tipo cómico, un grotesco de feria. En la chiquilla apenas se había fijado. Ahora reparaba en su belleza, que había irrumpido de pronto, como la de los claveles reventones en los rotos cacharros de las solanas de aldea.

—Tío Amaro—dijo cual si se asociase al capricho de su hermano—¿por qué manda que se quite los zapatos Sidorina? Deje que los gaste en paz.

El ciego no había pronunciado palabra hasta entonces. Una contracción de astucia y de desconfianza aparecía, ya que no en sus horribles pupilas lechosas, en su rojiza frente, donde cada arruga se señalaba por un trazo denegrido, de rancia suciedad. Lo que tantas veces había temido, estaba allí. ¡Los señoritos de Areal ponían en Finafrol los ojos! No era ya Finafrol aquella rapaza desmedradilla que, al tirarla él de las greñas, le llegaba justamente á la altura de la extendida palma: ahora se había hecho moza y garrida, y se la quitarían, dejándole otra vez solo, cuando llevaba años de creerla suya, tan suya como el zurrón y la *zanfona*... Se veló su cara, con esa trágica seriedad que la angustia de la sombra presta al rostro de los ciegos... Interpelado, tuvo que responder; y respondió con la evasiva de una copla. Requiriendo la *zanfona*, en ronca voz entonó la ramplona y adulatora improvisación:

Estos nobles señoritos
me parecen dos Marqueses;
Dios los cubra de regalo
y la Virgüe se lo premie.

—Déjese de cantares...—interrumpió Mariano Amorós, pues el cazador desconocido no era sino el hermano del salazonero—. ¿Es hija suya esta muchacha?

A un mismo tiempo respondieron, el ciego, con la boca, que sí, y la niña, con la cabeza, que no.

—¿Para qué mientes, perillán? — exclamó Mariano.— Ni es hija tuya, ni en tal piensa. ¿Querías engañarnos, eh? Verás cómo te ponemos al habla con la justicia, y se aclara el por qué abusas de esta criatura, llevándola descalza por los caminos. Sabe Dios dónde has robado tú á la rapaza.

— ¡No me robó, no, señor! — protestó la niña — Es á modo de mi padre, porque ni padre ni madre tengo.

VI

Aturdido al pronto el ciego por la tempestad que se le venía encima, callaba, haciendo con los labios el movimiento de rumiar, gesto de los momentos críticos. Su iracundia le hervía

á borbotones en el pecho, y sus dedos se engarrotaban oprimiendo el báculo.

—¡Qué perro debe de ser el maldito!—pensaron casi á un tiempo los dos hermanos — ¡Si pudiese, nos daba de estacazos ahora!

De pronto, un cambio súbito demostró en el tío Amaro esas facultades de histrión que llegan á poseer los mendigos al cabo de cierto tiempo de ejercer su profesión intranquila y perseguida. Adoptó aire humilde, y murmuró, seguro de que Finafrol no le desmentiría:

—No la robé, no, señoritiños, que alhajas con dientes no tienen para qué las robar los pobres. Recógila, y anda conmigo. Por su voluntad anda, que ella no dirá menos.

—Así es—declaró Finafrol—. Ando por mi voluntá.

—¿Y te parece bien, raposo viejo, traer á una muchacha así durmiendo en las carreteras, ó en las tabernas?—acusó Miguel, que empezaba á interesarse mucho en la suerte de Finafrol.

—No dormimos en taberna ninguna, señorito; nos recogemos las más noches en los pajares, ó en la posada de los pobres.

—Buena posada será—dijo Mariano riendo.

—¡Ay, señorito!—gimoteó el de Espadanela — ¡La posada no es como la de los ricos, eso ya se sabe! Los ricos, señorito de mi yalma, todo lo tienen manífico. Sus buenas camas compridas, con sus seis colchones para la blandura, si cuadra, y sus doce mantas para se bien cubrir, y sus tres colchas de raso; pero al pobre que anda á las puertas sábele bien el saco

relleno de paja triga, ó el montón de poma. Con eso y la taza de caldo..., posada hay.

Los hermanos sonrieron á un tiempo de la descripción. Más familiarizado con el país, Miguel comprendió en seguida.

—¿Es la casa de Pepe Reigal?—preguntó.

—Sí, señor, señorito — prosiguió el ciego, acentuando su alarde de humildad. Es la posada de las buenas almas, donde no paga el pobre. El ciego lleva ya treinta años de pedir por los caminos, y cuando no tiene cama, no va para casa de ningún señor, sino para la de Reigal. Que se junten cinco pobres, que se junten diez, no ha faltar el saco de paja ni la tasa de caldo.

Miguel reflexionaba. Las palabras del ciego le despertaban una especie de remordimiento. Puede que la prosperidad de su fábrica le obligase á ocuparse de los necesitados... ¡Los Reigal, después de todo, eran unos labriegos, y hacían tanto bien! Con su parsimonia de industrial calculador, que sabe el valor del dinero, y lo que cuesta ganarlo, discurría que, en beneficencia como en todo, un duro bien administrado produce más que cien pesetas derrochadas. Acaso otras ideas, otras aspiraciones confusas y que de pronto habían surgido también en lo íntimo de su sér, eran oculta raíz del momentáneo impulso filantrópico. Mientras recordaba lo que había oído decir á las sardineras respecto al Asilo de los esposos Reigal, no apartaba la vista de Sidora. Dijérase que la veía por primera vez. Y, en efecto, por primera vez se

le aparecía la Sidora mujer, espigada, formada, lavada de fresco, calzada, encendida con ese retoque del pudor que depende de un pedazo de jabón, y es imposible que hermosee la faz cuando, como el cuerpo, va cubierta de inmundicia.

—¿No me darán un bien de caridad, señoritos?—imploró la voz ronca del ciego, que deseaba terminar el episodio.

—Un peso te daré mañana, día del santo de Miguel, en la fábrica—prometió Mariano—si vas con Finafrol y ella calzada. Como sepa que la has obligado á descalzarse, ó como mañana no te presentes..., te lo aviso, te entenderás con la Guardia civil, que te llevará trincado á un Asilo, pero un Asilo verdadero, en Marinada.

Ya Miguel había echado mano al portamonedas, é iba á sacar plata; pero su hermano le hizo una seña. Si daban plata ahora, el ciego no iría al día siguiente á la fábrica; no verían á la rapaza, Dios sabe hasta cuándo. Comprendió Miguel, y se puso á silbar, encendiendo una cerilla. Después metió en la mano del ciego algunos pitillos.

—¿Hay codornices por esta banda?—preguntó como al descuido.

—Sí, señorito... Cara á Breame las encuentra—respondió Finafrol.

—Pues abur, rapaza—dijo el fabricante haciendo un guiño de inteligencia á la chiquilla.

Los dos cazadores se alejaron despacio. Habían tomado un sendero de travesía, por entre rastrojos de maizales recién segados, hacia el

pinar, que azuleaba, á corta distancia, encubriendo la perspectiva de la ría. Ambos guardaban silencio: de esos silencios eléctricos, más elocuentes que las palabras. Mariano, el menor, el recién llegado de América, fué el primero que se soltó á hablar; no veía motivo de ocultar lo que sentía, y lo soltó, con alegre cinismo de vividor incorregible, de hombre que sólo obedece á su impresión del momento.

— La chica — exclamó — es una monada. Como las hortensias de nuestro huerto cuando se ponen color de rosa. No se puede consentir que siga el asqueroso del ciego divirtiéndose con ella.

—Creo que es un disparate eso que dices —protestó Miguel, más molestado de lo que al parecer requería el asunto—. El ciego, para esa chiquilla, será como un padre.

— ¡Psch! — respondió Mariano alzando los hombros — Ahí tienes una de las veintisiete cosas que no me importan. La cuestión es que la chiquilla vale un mundo. Su aire de distinción y de candor aumentan el atractivo de su cara preciosa. Si yo desasno á esta pequeña, la espera un gran porvenir. Haré una buena obra, un verdadero «bien de caridad», como ellos dicen.

Miguel sintió que le subía al rostro la oleada de cólera que frecuentemente encrespaban los hechos y dichos de Mariano.

— ¡Qué conjunto de barbaridades! —gritó, tan alto, que á él mismo le extrañó el airado sonido de su voz.

— ¿Barbaridades? — Mariano soltó la carcajada — ¿De qué madera se hizo la Carolina Ote-

ro, vamos á ver? ¿No andaba, como ésta, descalza y pidiendo?

—¡Calla, calla!—Miguel sentía una especie de dolor, una contrariedad inexplicable.—¡Ya se ve!—prosiguió, incapaz de contenerse — ¡Tú, qué has de pensar, sino esas cosas! No hay para ti, hermano, ni enmienda ni castigo. No te ha bastado pasar miseria por tus vicios, y quieres volver á las andadas. En vez de hacer aquí vida tranquila, discurrees maldades... ¡Para ti no hay salvación, Mariano; no la hay!

El joven se había parado. Encendía trabajosamente un cigarro, protegiéndolo con el sombrero de la brisa fuerte y salobre de la ría. Una expresión sardónica desfiguraba sus bellas facciones.

—¡Vaya un predicador que me he echado!—murmuró— Mira, Miguelito, hace tiempo que falleció nuestro padre.

—¡Ah! ¡Si viviese!—exclamó el hermano mayor.

—Si viviese... ¿qué? A mí no me pone andadores nadie, ¿entiendes? Y no creas que pienso darte mucho la tabarra con mi presencia, ni que Areal es tan divertido para que uno se eternice aquí. En cuanto sueltes lo que me debes de mi parte en la fábrica, levanto el vuelo, y probablemente no vuelves á verme en tu vida.

—Tu parte... ¡Tu parte, ya sabes que es poca cosa!—respondió Miguel, estremecido de ira— Mi padre me lo dejó todo á mí, porque te conocía bien.

—Pero hay los gananciales de mi madre... Eso lo discutirán nuestros abogados, si tú de

bueno á bueno no me dices lo que en justicia me corresponde.

No se habían cruzado todavía entre los hermanos palabras tan ásperas. Los primeros días de la imprevista llegada de Mariano, se diría que evitaban la conversación peligrosa, aunque Miguel comprendiese que la venida del menor no era á humo de pajas. En aquella mañana de otoño, bajo un sol tibio, quizás les excitaba el aroma de la resina, el montés esfluvio de los brezos rosados, ó acaso otra causa, otra influencia—, la que hace perpetuarse la vida.

—Lo discutirán los abogados, bueno—pronunció Miguel, con la frialdad característica de la cólera que se reprime—. Tendrás el gusto de estorbar mis negocios, de embarazar la marcha de la fábrica, que tantos desvelos costó á nuestro padre, todo para sacar unos cuartos que te gastarás en tres días con bribonas y con truhanes. Eso será el resultado de tu vuelta á España. A cosa buena no vendrías tú.

Mariano escuchaba con aire de reto.

—¡Corriente!—respondió al fin—; si los gasto á mi gusto, eso habré sacado. Lo que no haría nunca, entérate, sería estármelos ahorrando, metido en un rincón, en un poblacho como Areal, entre sardineras y patanes, para que un día me sorprendiese la muerte sin haber gozado de la vida. ¿Estás tú seguro de despertarte mañana? Yo, no...

Cuando así se expresó Mariano, se respaldaba en el tronco de un pino, árbol enorme, con relación á los demás que formaban el pinar es-

trecho, prolongado hasta la ría. Sin duda el pinar había sido cortado dos ó tres veces en un siglo, respetando el hacha solamente aquel ejemplar soberbio, en razón de su magnitud. Su copa sombría y alta, formada por varios brazos vigorosos, desafiaba al cielo, y servía de asilo, en estío, á las aves, que el otoño iba haciendo enmudecer. Sin embargo, cuando Mariano formuló sus dudas acerca de la duración de la vida, un canto característico se oyó entre el denso ramaje. Era el del cuco—profeta, el cuco que dice los años que se ha de vivir—, y Miguel, llevado por instinto indefinible, lanzó á su hermano un emplazamiento:

—Eso de si despertarás ó no, pregúntaselo al cuco rey...

Mariano recordó la superstición aldeana, y alzando la gentil cabeza hacia la copa del árbol, interrogó al ave:

—¿Cuántos años *vivirey*?

Al punto mismo, un claro gemido aflautado, repetido, el disílabo ¡*¡cú!* ¡*¡cú!*! salió de entre el verdiazul ramaje... Los hermanos esperaron que el ave agorera segundase el canto, pero sólo notaron el misterioso silencio ambiente y el hondo murmullo del pinar, agitado por la brisa marina. Dejaron transcurrir algunos instantes. El cuco no volvió á cantar.

—Ya lo ves—dijo Mariano al fin con risa algo forzada—. El profeta me anuncia que moriré este año... ¡Mira si debo andar pensando en hacer economías!

Miguel no contestó sino con otra risa, que

trataba de encubrir la impresión grave, involuntaria. Y habló, entre chanzas y veras. Todo aquello eran tonterías... Lo seguro es no tirar á la calle el dinero.

Y la proposición que le bullía en la mente, la proposición natural del negociante, acudió á sus labios:

—Oye, Mariano... Lo que debías hacer, era dejar tu parte en la casa, seguir asociado. Justamente este año pensaba yo ensanchar la fábrica, construir un pabellón para almacenar las barricas... De Cuba me han hecho un pedido ventajosísimo, expedición mensual, regularizada. Hace falta almacenar en la estación que empieza ahora, para ir luego sirviendo. Yo te pasaré, estés donde estés, el producto líquido... Piénsalo.

El gesto de indiferencia de Mariano provocó otro de despecho. Los dos cazadores avanzaron bosque adelante, y en su imaginación, sobre el fondo de la playa que en el último término del horizonte adivinaban más que veían, una forma juvenil fué como surgiendo de la línea del agua, de un pálido azul blanquecino. Miguel pensaba:

—No tiene trazas de saber lo que es maldad esa chiquilla..

Y Mariano discurría para sí:

—¡Qué emoción la causaba lo que la dije! Si quiero, me la llevo... Cuando tenga un puñado de duros para viajar largo.

VII

Entretanto, el tío Amaro y Finafrol—calzada—subían la cuestecilla, camino de la rectoral de Soñedo, donde el ama del cura no les negaría una taza de caldo. El ama era vieja, compasiva, regañona y en extremo avara; su caldo, para decir lo más cierto, agua de fregar. Por suerte de los dos pordioseros, el Abad se encontraba en la rectoral, no teniendo aquel día fiesta, ni entierro, ni nada que hacer, sino releer el Boletín de la diócesis y unos cuantos números descabalados de la *La Hormiga de oro*. Así que oyó bajo la ventana la plañidera salmodia del ciego de Espadanela, hízole subir á la solana, con su guía, y mandó que se les diese, amén del caldo, un vaso de *pisón*, y sardinas asadas, calientes, con su cacho de bolla de maíz. El festín lo despacharon el viejo y la niña, entre bendiciones. Comer caliente es para el mendigo un regalo.

—¿Cuántos años tiene, tío Amaro?—preguntó el cura, mientras el viejo engullía.

—No sé, señor Abad—contestó él; y decía verdad; es raro que un aldeano sepa su edad justa.

—¿De los tres pesos ha de pasar?

—Voy para los tres y medio.

El cura meditaba, liando á mano un cigarri-
llo. Se le había ocurrido un consejo.

—Hace mal en andar por los caminos, tío.
Amaro. Tiene muchos años para eso ya. Un
día le coge la enfermedad y no sabe cómo va-
lerse. Es menester que entre en un Asilito de
esos que hay en Marineda. Las Hermanitas de
los Pobres... ¡Si viese cómo los cuidan!

El viejo hizo un gesto violento. ¡La misma
amenaza del señorito de Amorós! ¿Se habían pro-
puesto todos enterrarle aquel día? Pues á fe que
estaba él capaz de darles un disgusto, y que
como pudiera esgrimir la cachava... Su hipo-
cresía fatal, hipocresía forzada, de mendigo, le
enseñó á disimular una vez más.

—¡Ah, señor Abad!—articuló—¡Dios se lo
pague! Por lo de ahora, me valgo bien, y en-
fermo no estoy, que no tengo más mal que el
de la vista, ¡que nunca le falte, señor!

—Bueno, no tiene otro mal, pero le basta; se-
va á quedar desamparado, porque Sidora poco
tiempo le ha de servir, que es moza y otras co-
locaciones encontrará.

Un estremecimiento íntimo agitó al ciego.
¿Sidora? ¿A Sidora querían quitarle? Sí, eso era
lo que se tramaba, lo que se proponían todos...
Su instinto le hizo apretar el garrote. ¿Quitarle
á Sidora? No lo verían los desalmados. ¿Habían
de robárselo todo, á él, al tío Amaro, en este
mundo? Como sucede en las horas de conflicto
interior, en las almas desesperadas, volvían á
la del ciego los recuerdos de todas sus amargu-
ras, de las desgracias que le habían creado tal

como era, cazurro y feroz, bajo apariencias de bufón inofensivo y canturreador jocoso, y, en el fondo, saturado de odio y de pesimismo burdo. La vida tenía con él pendiente una cuenta terrible. Desde que se había quedado ciego, era continuo el escarnio. Primero, su mujer, su infame mujer, escapándose con el tunante del raparbas, porque era un mozalbete guapín, que tocaba la bandurria y cantaba coplas de amoríos y de porquerías... Luego, la hija, que después de «andar con todos» se engancha con el hombrachón del sargento, y cierra la puerta á su padre, en la miseria, en la mendicidad. La peor, la otra maldita, la que le acompañó por las calles tres años, la codiciosa, que no le daba de comer por guardarse las perras de la colecta, y así que tuvo ahorrados unos pesos, á fuerza de matarle de hambre, una mañana desapareció, llevándose todo, y pareciendo á los pocos meses casada, ó el diablo que sepa, con el dueño de la cantina del ferrocarril, allá en Astorga... La única hembra que no le había salido falsa era Finafrol, y él se creía de buena fe su dueño, su protector, su amparo—porque todos necesitan pensar que son algo para alguien en este mundo...—No era amor senil, no era ternura paternal lo que el tío Amaro consagraba á Sidora: era otra cosa: era el acre apego de la posesión, era que juzgaba ser su amo, como se es amo de una ternera ó de un pollino; era el instinto quizá más fuerte—el de la propiedad absoluta—, la propiedad que más embriaga y más trastorna, la de un sér humano, la de un

cuerpo y un espíritu; el cuerpo, para servir á otro cuerpo sufriendo privaciones y fatigas, el espíritu sin libertad, sentenciado á no emanciparse; la posesión del esclavo. Sí, aquel viejo repulsivo, desharrapado, sin techo ni hogar, aquel despojo de barredura arrojado á la polvorienta carretera, rodando bajo los pies de los transeuntes, como la herradura gastada que suelta el caballo, aquel vagabundo sumido en noche eterna, tenía una esclava... Finafrol. Le obedecía, le atendía, era su cosa, su única pertenencia; y ahora intentaban arrebatársela. A pesar de su mandato expreso, también ella, sulevada, olvidaba la costumbre de obedecer sin réplica. Todo el camino, los zapatos nuevos de la niña, resonando sobre las guijas de la carretera con un sonido bien distinto del que hacían los pies desnudos, gritaban: ¡libertad, libertad! Viene un señorito, y bastó; la esclava rompía su cadena. ¡Los señoritos! ¡El primero que había perdido á su hija, señorito era! ¡Ahora le sonsacarían á Finafrol, y la quería más que á su hija; más no, pero de otro modo, como quiere el avariento á su cofre, el coleccionista maníático á la perla de su colección! ¡El que nunca poseyó nada, poseía dominio sobre uno de sus semejantes; él, despreciado por todos, tenía alguien para quien, la víspera, era señor, era Dios... Y se la llevarían y se quedarían riendo, y le mandarían á un refugio de viejos chochos, gobernado por monjas! ¡Al tío Amaro, con su cachava, con su zanfona, con su independencia de vagabundo! No sucedería tal. Allí estaba

él... Como animal acosado, que recurre á la astucia para esconderse de sus perseguidores, el ciego, mientras exageraba el gimoteo, el rezuqueo, el humorismo de sus chascarrillos aldeanos para divertir al Abad, trazó sus líneas, su plan diabólico de resistencia y venganza.

VIII

Al otro día—San Miguel, San Migueliño, el de las uvas, que viene tarde y dura poco—el viejo y la muchacha, después de pasar la noche regaladamente en un molino, sobre los mullidos sacos de harina, salieron hacia Areal, con propósito de recoger en la fábrica la ofrecida y pingüe limosna. Una noche de buen descanso, un día entero sin gota de aguardiente en el estómago y con comida sana y suficiente, habían refrescado el magín del pordiosero, y comprendía que no era prudente escapar, pues le perseguirían. Valía más presentarse. Una idea pueril y cruel, de celoso, le movió á decir á Finafrol:

—Rapaza... A ver si te echas por la cara un poco de tierra... No te laves... Atápate bien con el pañuelo...

La precaución llegaba tarde. En una escapatoria, Finafrol se había lavado á refregones en la presa del molino, inmensa palangana rodea-

da de una orla de espadañas y poas, y sus ojos azules, su pelo de oro cardado, sus mejillas de flor de espinera brava, brillaban al sol dulce y madurador de la mañana otoñal.

—Ya me eché la tierra, tío... Ya me atapé con el pañuelo...

Mentía por primera vez acaso en su vida. Y mentía sin escrúpulo. En su corazón había penetrado la gran fuerza que enseña el engaño á los sinceros y arranca la verdad de los labios que la desconocen: la fuerza arrolladora que aduerme y despierta, que mata y resucita... Finafrol pensaba que iba á ver al señorito por cuya intervención llevaba zapatos, y que la había llamado encantadora, con un tono de voz distinto del de todos los hombres que ella conocía. La niña hacía esfuerzos para representarse la cara de Mariano; pero, como suele suceder cuando un rostro impresiona demasiado al alma, los sentidos se negaban á reproducirlo con precisión: la niebla de la ilusión psíquica lo envolvía y borraba sus facciones. ¡En cambio, la voz! A solas, al chapuzarse en la presa del molino, tras de la cual se oía el ruido musical del agua, Finafrol había tratado de repetir algunas palabras dichas por Mariano, con el mismo tono, la misma entonación... Creía estar oyendo aún la voz de plata, que acariciaba y prometía...

Serían las ocho cuando se detuvieron los dos mendigos á la puerta de la fábrica de conservas, ó, mejor dicho, á la del corral rodeado de cobertizos donde se hacinaban confusamente las

barricas de salazón y los maderos para construir las. Allí estaban ya los demás parroquianos de la posada caritativa de Reigal: Medio-corpo en su carrito, la Bica temblando y riendo, el Cojo admirando la industria de los Amorós—¡él había nacido industrial!—, y Marica de las Uñas comiéndose unos racimos robados en una huerta de otra parroquia. Nor-dés era el único que faltaba: todos sabían por qué: cuando iba, iba á escandalizar, no á pedir, porque los Amorós le habían dejado por puertas al robarle su barca; y delante de Dios, le debían mucho dinero, ¡retoño!

La fábrica de salazón se asentaba al borde de la playa, la extensa playa orgullo de Areal, que rodean malecones de mampostería y sillería, formando un paseo frecuentado por marineros, chiquillería oliente á saín, y pescadoras con cestos de sardinas en equilibrio sobre la cabeza. Alamos blancos corpulentos, de argentino follaje color de luna, sombrean desde afuera el patio, ante el cual (á pesar de las exhortaciones del único guardia de orden público que en Areal existe), se hacinan despojos de sardinas y calamares, el residuo de las conservas, apestando el aire, que la brisa del mar purifica. Alrededor de estos pintorescos inmundiciarios, que huelen á fósforo, agrupábanse los pordioseros aguardando la hora de la distribución.

La sangre de Finafrol dió una vuelta cuando salió por la puerta que del corral conduce á la casa, un bulto de hombre. ¡Ay!... no era Mariano. La niña no sabía que estos señoritos rara

vez madrugan... Era el mayor—el que parecía criado del otro—, y un coro de adulaciones mendicantes acogió su presencia, ¡Dios le prosperase, Dios se lo aumentase de gloria!... Giraban los desharrapados letras, endosando su gratitud al cielo... Al encararse con el de Espadanela y su guía, Miguel sonrió.

—¡Ah! ¡Me alegro! Pensé que no ibais á venir... Entrad, pasad á la cocina.

Quedáronse los demás envidiando. Para ir más pronto á la cocina particular de Miguel—no la enorme barraca donde se guisaban las conservas—era preciso cruzar el huerto, en que murmuraba una fuente. Protegida por un empujado, abríase la puerta de la cocina, que sería algo lóbrega, á no alegrarla el rojo rubí del fogón encendido. Una mujer anciana fregaba cazuelas; aquel día era de cómilona, en obsequio al santo.

—Reimunda—ordenó el fabricante—, dales un buen desayuno.

—¿Caldo?—preguntó la mujeruca, criada antigua, algo desdeñosa de los pordioseros.

—No, caldo no... Les fríes huevos... Les calientas café y leche...

Y volviéndose hacia los mendigos, añadió:

—En comiendo á gusto, avisar, que tengo que hablaros.

Se hartaron. Miguel aguardaba en su despacho comercial, de aspecto árido, polvoriento. Allí pasaba el joven fabricante interminables horas uncido á su trabajo, ahorrándose cajero y dependiente, según el encogido sistema de

su padre, el viejo Amorós, fundador de la fortuna de la familia, y que tenía por máxima que «el dinero lo cría el sudor». Seguro ya de poseer un bonito capital y de sacarle interés suficiente para vivir con desahogo, Miguel continuaba al yunque, sin otorgarse un momento de solaz. Estaba habituado á trabajar, como á holgar su hermano, y se encontraba á gusto entre sus facturas y sus libros de caja, ó sufriendo los punzantes olores de los guisados para las latas, y el salobre vaho de la sardina embanastada ó salmorándose en el pilo. Sin embargo, ahora, el prosaico fabricante sentía ansias vehementes de otra cosa distinta, de una alegría en la vida obscura, de un afecto de mujer. Su soledad, su trabajo bovino empezaban á pesarle, y las palabras de su hermano acerca de lo fugaz de la existencia le acudían al pensamiento. «Me moriré sin haber vivido.»

Entraron con paso receloso el tío Amaro y la niña, y antes de invitarlos á que se sentasen, Miguel les tendió un reluciente duro.

—Ya veo que traes los zapatos, Finafrol... Ahí va el premio que mi hermano ofreció ayer...

La niña pasó la moneda al ciego, y se oyó el marmoneo de las gracias.

—Siéntate, Fina... Y usted también, tío Amaro... Oye, chiquilla: he determinado que no andes más por ahí pidiendo. No lo consentiré. ¿Quieres entrar en mi fábrica á ganar jornal?

—No sabe de trabajar, señorito—interrumpió el viejo.

—¿Que no sabe? ¿No ha de saber coger la

sardina del batiporte y echarla al pilo? ¿Qué tiene eso que aprender?

—Quiérese decir, señorito Miguel, que no está vezada en eso, y no la crié para la fábrica.

—Oiga, tío Amaro—pronunció Miguel con calma—. No trate de oponerse á que se le haga bien á la muchacha, porque perderá el tiempo. Me he propuesto que no se desgracie esta criatura, que coma su pan honradamente, y que no ande rodando por ahí, de mala manera. A usted también le saco de la mala vida. Si no prefiere que le recojan en un asilo, aquí tendrá comida, y cama mejor que el mollo de paja... ¡y me parece que le ha caído hoy un premio de lotería! Estará usted con Finafrol, que yo no le echo á la calle, ni le mando á sus años á caerse de un ribazo por falta de quien le guie.

Hosco, sombrío silencio fué la respuesta del ciego, cuya frente rugosa parecía cubrirse lentamente de niebla. Su voluntad contenía su furia, pero le rugía dentro, mientras con una mano apretaba el duro, codiciosamente.

—¿Qué dice el ciego de Espadanela?—interrogó Miguel—¿Es mala mi proposición? ¿Comer, descansar...?

—Señorito—rezongó sentencioso el viejo,—como aquel que dice, yo estoy hecho á mi modo de andare... y ya á mis años, que me moriré mañana si cuadra, no me sale de dentro otra cosa...

—¡Bueno! Pues siga en su vagancia... Búsquese un chiquillo, un perro... Finafrol no va más con usted.

Saltó el ciego, sin contenerse, en la silla.

—¡Esa no es ley de Dios! ¡Señorito! ¡Le quitar al ciego su compañía! ¡Esa no es ley buena! ¡Y el señorito de la fábrica no es quien para le coger al pobre su hija!

—¡No es hija tuya! Si lo fuese, sería otra cosa. No tienes sobre ella derecho ninguno. Amiguiño, eso acabó. Si no es por bien, será de otro modo... porque hay muchos modos de hacer las cosas, cuando la gente no anda como debe andar... Tiene usted—añadió suprimiendo ya el tuteo—la ley en contra suya. ¡Mejor será que se venga á buenas, y acepte el beneficio que se le hace!

Finafrol escuchaba en silencio. El ciego, trémulo de furor, recobró la astucia de callar. Sentíase cogido, y, como la alimaña montés en igual caso, antes de intentar la desesperada defensa última, se encogía y se encaracolaba haciéndose el mortecino.

Al fin, balbuceó una frase:

—Será como usted dice... Los pobres no valemos nada, ya se sabe... Contra un pobre todos pueden...

—¡Ah, raposo!—pronunció la voz hermosa, cálida, sugestiva de Mariano, que acababa de entrar.—¿Conque los pobres, eh? Bueno, usted ya puede considerarse rico, porque mi hermano va á trabajar como un mulo para que usted descanse... y para que lo pase bien esta paloma. ¿Verdad, Finafrol, que estarás muy contenta aquí?

Tampoco se atrevió á contestar la muchacha.

Pero sus ojos, límpidos como el agua de la ría mimosa, se posaron un instante en el rostro descolorido de sueño y un poco ajado de Mariano, en su frente aún sudorosa que guarnecían los rizos del pelo obscuro,—y la respuesta fué más clara que si los labios hubiesen pronunciado palabras de abnegación y amor. Sonrió el perdido. ¡Conocía tanto aquella expresión divina, incondicional, de los rostros femeniles!

—Todo está arreglado—dijo—. El tío Amaro se paseará por donde se le antoje. Tienes un duro de mi hermano y ahí va el mío. Finafrol se queda aquí. Ayudará á Reimunda, porque en la fábrica no ha de trabajar. ¿Para que apesete y se llene de escama el cutis?

IX

Así que se retiraron el ciego y la niña, refunfuño Miguel.

—Oye, quien debe dar órdenes soy yo. Estoy en mi casa, me parece.

Mariano soltó una risa de ironía.

—Mientras no se arreglen nuestras cuentas pendientes, hermanito, estamos en nuestra casa los dos. Y además, lo que he mandado es lo mismo que tú mandabas. ¿No les proponías, que yo lo oí desde el pasillo, alojarles aquí para que no sigan mendigando?

—Sí, pero por lo mismo no tenías tú que mezclarte...

—¡Vamos, no te pongas impertinente! Mira, si te estorbo, despáchame: es bien sencillo. Me largas mi parte... y en paz. Pero créeme: yo sé hacer estas cosas mejor que tú. ¿Pues no se te ocurría proponer á la muchacha que entrase á trabajar en la fábrica? ¿Sacarla del polvo de las carreteras y meterla en la escama apestosa de la sardina? Hijo mío, para todo hace falta un poco de estética.

—La daba una profesión honrada—protestó Miguel.

—¡Bah, bah! No parece sino que este es asunto de honradez. No seas tonto: á mí podrás enseñarme lo que gustes en materia de negocios, pero en capítulo de mujerío no me das lecciones, porque eres un infeliz... Hablemos claro, ¿quieres? A los dos nos ha parecido bien la niña, que es como una rosa. Se trata de ver cuál la camela primero: ¡somos rivales!

Miguel palideció de ira y de repugnancia.

—Eres un bárbaro—pronunció, temblando al ver desgarrado así el velo de lo que él creía secreto, y un poco sagrado ya.

—Soy franco, no hay más—contestó Mariano.—¿O es que has pensado casarte con todos los requisitos? Entonces, dilo, y te aseguro que nadie me ganará en respetar á mi futura cuñadita.

Miguel titubeó el espacio de un segundo... La idea se le había ocurrido, ó mejor dicho, había percibido la impulsión de armonizar la

felicidad amorosa con el orden y la regularidad que formaban la base de su existencia... y esto sólo podía ser dentro del matrimonio... Pero las palabras de Mariano el día anterior, alusivas á la posibilidad de una relación torpe entre el ciego y su guía, ó de cualquier otro incidente que hubiese manchado á Finafrol, cohibieron este arranque, generoso dentro de su egoísmo. La precaución del negociante poco sentimental reapareció.

—¿Estas loco?—dijo—No he pensado semejante cosa.

—¡Entonces, nos veremos!—desafió risueño el menor.

Mientras conversaban los dos hermanos, el tío Amaro salía á la playa, tanteando con la garrota. La niña quedaba en la cocina, ayudando á Reimunda á lavar verduras y restregar peroles.

El ciego, en quien los sentidos estaban afinadísimos, respiraba con fuerza el aire vivaz del mar. En su cabeza, momentos antes congestionada de sangre, las ideas se esclarecían, y la astucia empezaba á dictar planes complicados ó de terrible y rápida sencillez. Resuelto estaba el viejo á no consentir que se apoderasen de Finafrol, *¡que le pertenecía*, que no pertenecía á nadie más! Revueltas las heces del dolor, el instinto de devolver mal por mal, de herir, porque tantas veces le habían herido, asomó pujante y bravo, como gato montés que sale de su guarida.

Una voz familiar le interpeló.

—¿Aonde va tan solo, tío Amaro?

Era el vocejón turbio, atascado de tabaco, de Nordés.

—Por ahí... Finafrol queda en la fábrica echando una mano en la cocina...

—Vamos, sí—asintió Nordés—. Como hoy es el santo del señorito Miguel..., ¡que maldito sea! Y habrá gran comilona... ¡Cosas de ricos! Nosotros, á nos apretar la barriga. Nos quitan hasta el trabajo...

—También nosotros vamos hoy á disfrutar—advirtió el viejo, que oprimía entre les dedos tiesos por el reuma dos duros.—Yo te convido, rapaz: vamos á casa del *Bonito*.

Se encaminaron á la taberna, que era á la vez tenducho de aceite y vinagre. El dueño les miró con alguna desconfianza, pero el tío Amaro echó un duro sobre el mostrador, recién fregado con cloruro, que olía á muerto.

—Está bien, está bien—refunfuñó el amo, que debía su sobrenombre á la perfección de unas facciones de angelote bobo, hoy borradas por la grasa. Y, sin preguntar, sacó caña, vasos, y, para Nordés, el único hambrón, pedazos de bacalao frito y huevos duros. El ciego pidió que les pusiesen la mesa en sitio retirado para que no le viesen comer «cosas buenas», y se instalaron en un rincón de la cuadra, ahora vacía, y á veces ocupada por caballos de trajinantes.

El ex-marinero devoró. La cañita empujaba el condumio y desataba la lengua. Sólo que Nordés, al charlar, se ponía más sañudo y la-

crimoso, al paso que el viejo, sin dejar de atizarse caña, guardaba la cauta actitud de un preguntón.

—Vamos, que te echaron á pique—decía de vez en cuando, moviendo la cabeza.

—Sí, señor, á pique—gimoteaba Nordés.—Un hombre tiene su bote para se ganar la vida, y le prestan cuatro cuartos, á cuenta de lances de sardina... y luego disen que no sirve para remar, que se le acabó la fuersa... y le llevan su bote, porque no ha pagado los cuatro cuartos del empréstamo... y lo echan á pedir limosna por el mundo adelante, que es una verjuensa, cuando el hombre se había ganado siempre con honra el taco de pan, ¡retoño!

Era la vieja manía de Nordés, el declararse expoliado por los Amorós, despojado de su barca, aprovechándose de su enfermedad para presentarle como un inválido, un inútil. Los otros marineros, que recordaban hechos y sabían cosas, se reían de la tema, pero aquel día, el ciego de Espadanela le dió la razón plenamente, lo cual exaltó más á Nordés.

—Un hombre, cuando le hasen una, no se queda así—declaró el ciego.

—¡Ay, señor Amaro!—barbotó el marinero.—¡Los pobres no tenemos poder!

—No tenemos poder para reponernos; pero, ¿tú viste lo que hase el cangrejo, con perdón? No se repone, pero como pueda agarrarte con la tenasa, te fastidia. Yo, en tu pellejo...

—¡No se puede haser nada! ¡Nada! ¡Hay que se dejar róbar! ¡Mi barca, me la han quitado, y

ahí la veo en la playa todos los días, y no soy dueño de sacarla á la mar, ni una tarde, para me divertir en coger panchos! ¡Quien se divierte en ella todos los días es el señorito más joven, D. Mariano, y no me aseta para remar, que rema él!

—Eso es haser burla de un hombre.

—Hay que poner la cara para que nos arreen la bofetada, y dar gracias ensima, retoño.

—No lo había de sufrir yo.

—No tendría mas remedio.

—Ya discurriría, que hay mucho que discurrir.

—Pues venga discurso, que yo tengo ojos.

—No eres hombre para haser lo que yo discurra.

—Soy hombre para todo—Y con énfasis brutal, el marinero se golpeó el negruzco pecho—. ¡Soy hombre para meterle á cualquiera un cuchillo por las tripas, me parto...!

—Calla, brután... ¿Quién piensa en cuchillos? El chiste es que se queden sin el bote que te robaron...

Nordés exhaló un gruñido de asentimiento.

—Una noche pego fuego al bote.

—No, parvo, que entonces se sabe que fuiste tú! Eso se ha de haser de otra manera mejor. Yo te esprico, y tú, cuando yo te diga, haces lo que yo te esprique.

—Boeno, Sr. Amaro... Ganas tengo de jugarles la mía... ¿No será nada que tenga que ver con la justisia; me parto en ella?

—No se podrá meter en nada la justisia,

que es el demonche para los pobres, ¡ya se sabe! Tú llévame á caron de la barca, y te diré...

Y los dos mendigos, temblones de piernas á causa de un principio de embriaguez, salieron de la tasca por la puerta de la corraliza.

X

Miguel durmió poco y mal la noche que siguió á su conferencia con los pordioseros—la primera noche que una mujer joven y hermosa pasó bajo sus tejas de celibatario.—Planes y sueños, inquietudes de lo presente y figuraciones de lo porvenir, le tuvieron en acalenturado desvelo.

Lo que estorbaba á Miguel en sus ánsias sentimentales, era su hermano. Debe decirse que Mariano, con toda su jactancia de galanteador, se mostraba en esta ocasión prudente, y parecía haber tomado en cuenta las advertencias de Miguel sobre el respeto á la criatura acogida en el hogar. No se le veía mostrarse insinuante con Finafrol. Sin embargo, mientras él estuviese allí, Miguel no podía adelantar un paso en la intimidad con la muchacha. Era, si no el enemigo y el rival, por lo menos el testigo importuno, burlón, molesto. No había más que un medio de librarse de él; y este medio era el mismo que la inteligencia comercial del fabricante aconsejaba: dar pronto y sin más revi-

ravueitas defensivas al perdido su parte, y que se fuese por esos mundos otra vez, á violentar á la fortuna ó á que le echasen á presidio.

Como hombre práctico, Miguel comprendía la utilidad de desenredar la maraña de la herencia. ¡Cada uno lo suyo! La sangre catalana hablaba alto.

Mientras disponía la entrega, con actividad, Miguel observaba á la niña, y la observación disipaba parte de sus sospechas acerca de la índole de las relaciones de la mendiguita con el ciego. La pureza deslumbra como el resplandor de la nieve, y el modo de ser y de conducirse de Finafrol respecto al tío Amaro era al mismo tiempo filial y castamente reservado; no permitía duda. Igual recato que con su antiguo amo y tirano, mostraba Finafrol con el joven fabricante. En medio de su alegre dulzura, de su humildad infantil, Finafrol descubría el instinto tan profundamente femenino del pudor, señuelo del alma del hombre. Bajo la arena de su vida errante había brotado en estrecho y recogido capullo esa azucena rosada de la vergüenza, semejante á las que, en los arenales y playas de la región, dan una nota viva en el otoño. Y Miguel entre sus facturas y sus libros de caja, se sentía preso, embarbetado por el ganchillo dulce, atraído por el cebo delicioso...

Un nuevo encanto de Finafrol consistía en el rápido aseñoramiento y embellecimiento de su persona. Es asombroso lo pronto que suelta la mujer joven la rugosa envoltura de la crisálida, la parda deformidad de la miseria y

saca á luz los colores aterciopelados de la hermosura. Miguel había dado á la muchacha dinero en concepto de salario adelantado, y ella lo empleaba en asearse y acicalarse, con modesta coquetería. Su magnífico pelo de seda lisa, del tono de la espiga madura, formaba ahora bien alisada cortina alrededor de su frente, y hacía resaltar sus matices blondos un lacito travieso, de negra cinta de velludo. Su purificada tez tenía los tonos nacarinos de las conchillas de la playa. Sus pies limpios se encerraban en *bebés* de cordero negro, abrochados sobre tersa media de azul algodón. Sus dos ó tres trajecillos de percal, incesantemente lavados y planchados, eran claros, con pintas ó rayas. Sus manos empezaban á perder la rudeza de la vida mendicante, los estigmas de la vagancia; sus uñas crecían, y se las cortaba con la tijera de coser. Nadie la había enseñado á tener primor, ni á labrar de costura, sino allá antaño en la escuela, pero por instinto ella propendía á todo lo femenino, y hasta á todo lo señorial—atavismo quizás;—la sangre del caballero que—según la leyenda—daba azul á sus venas menudas. Al ayudar en la cocina á la vieja Reimunda, se ponía un niveo delantal, y al servir á la mesa, lo hacía con ligereza y cuidado, sin manchar los manteles ni derramar salsa de las fuentes. Preparaba el café con inteligencia y perfección. y colocaba en medio de la mesa un jarro de cristal azogado, de esos que tanto abundan en Areal y en los pueblos de la costa, lleno de flores cogidas en el huerto, hortensias, ramas bien

olientes de *lesta*, ropero y mejorana, para alegrar más la blancura de los manteles. Secretamente se había comprado en el Bazar un tarro de violeta, pero como los perfumes se delatan, al acercarse con los platos de la comida, Miguel percibía el olor de la niña, que trastornaba sus sentidos. ¡Que se fuese Mariano cuanto antes! ¡Que se llevase lo suyo, y dejase á los demás vivir! Por apresurar el despacho del negocio, Miguel tuvo que emprender cortos viajes á Marinada, idas y vueltas en el coche de línea que diariamente hace el trayecto á la capital. Una desconfianza propia de enamorado le movió á decir á la anciana criada:

—No se aparte de Finafrol... No la deje sola con nadie...

Temía á Mariano, á sus mañas de conquistador, á su incorregible voluntariedad.

Pero Mariano hacía especial estudio en aparecer respetuoso con la niña.

No quería precipitar los acontecimientos, seguro de que todo llegaría á su hora, en oportuna sazón. Sin ser fatuo, Mariano era experto, y conocía al vuelo lo que inspiraba. Sidora, por otra parte, no sabía disimular: no era hipócrita como el ciego: sus ojos de aguamarina dejaban trasmanar el alma. Desde la primera vez que se encontraron con los de Mariano, lo que expresaron no tenía otra interpretación sino la verdadera. ¡Mariano solía reirse de los que preguntan á la mujer si son amados, y exigen respuestas verbales, categóricas! La mujer se entrega con la mirada, con ese flúido divino que asoma á las

pupilas é irradiaba fuego de pasión. ¡Bah! No necesitaba él preguntar á Finafrol su sentir... Lo que más convenía era dejar madurar el fruto, al sol de otras miradas, de gestos, de palabras que no dijese nada sino por la expresión del rostro y la magia de la voz. Había notado bien Mariano el efecto de su voz sobre Sidora: al oírle, la emoción hinchaba el pecho de la niña, y á veces traía lágrimas á sus pupilas veladas por denso pestañaje. El magnetismo de aquella voz varonil y un poco triste, con cierto ceceo adquirido en América, sería milagroso... si no fuese tan natural. Aunque la ciencia llegue á esclarecer muchos misterios, no será fácil que dé explicación satisfactoria de cómo en amor se producen ciertos hechos anormales, y se crea una psicología especial. La importancia que adquiere una palabra, un acento, un dicho insignificante, sólo se puede comparar á los fenómenos de la sugestión hipnótica, que producen la abolición de la conciencia propia y paralizan la voluntad. No necesitaba Mariano ni rondar, ni cortejar, ni acosar, ni acechar á Finafrol para arrebatárle la primer caricia, que prepara la segunda; al contrario, la habilidad era adoptar un método de aparente exquisita reserva, y no aprovechar por el momento los viajes de su hermano. ¡Ya vendría ocasión, ya vendría rodada!

En nada alteró Mariano su vida de costumbre cuando Miguel tuvo que ausentarse: unas horas gastadas en el café, en partidas de billar y de otros juegos menos inocentes, aunque no peli-

grosos, pues en Areal no había *puntos* fuertes; otras horas invertidas en largos paseos por el mar, en la embarcación de Nordés, pescando *panchos*; y sólo alguna vez, al encontrar á la chiquilla en el huerto dando de comer al ave-río, cogiendo legumbres ó tendiendo sus vestidillos recién lavados al sol en unas matas, diálogos cortos, sin nada de amor en las palabras, todo amor en la sonrisa, en el lucir de los ojos, en lo significativo de las chanceras preguntas... Y era de sobra, é inútil cuanto se añadiese. El alma de la niña se había hincado de rodillas, sus ojos habían reconocido la entera cautividad. Cuando el señor y dueño mandase, sería obedecido... Mariano, al apartarse de ella, sonreía echando atrás su cabeza artística, los bucles cuidados y desaliñados á la vez de su pelo más largo ahora.—«¡Tuviese yo tan segura la combinación para hacer saltar la banca!»

XI

Entre los mendigos, el encumbramiento de Finafrol daba no poco que hablar. En el Asilo de los Reigal no se comentaba otra cosa. ¡Suerte como la del tío Amaro! ¡Mantenido, regalado, sin hacer nada! ¡Y aún no estaba contento el condenado, rayo en él! ¡Y le sobraba dinero para convidar todos los días al pellejo de Nordés en la taberna del Benito! ¡Y también *rosma-*

ba Nordés, después de caerle tal chiripa de convites! Marica de las Uñas renegaba. «¡No es la suerte para quien la merese! ¡A ella no la convidaban nunca! Una vez que se acercó á los bebedores, la echaron con mil maldiciones, pauliñas y plagas. ¡Estaban en una conversación tan calladita que no querían escuchas!» Y la garduña guiñaba el ojo maliciosamente, dando á entender que á ella no la engañaban aquellos dos, que sin duda sacaban buen jugo á la residencia del ciego en casa del rico fabricante...

Los domingos, toda la pobretalla de los anti-guos compañeros de Finafrol se descolgaba á la puerta del corralón, sombreado por los álamos blancos, pidiendo gollerías... Creían que la niña podía darles, no sólo dinero, sino comida y ropa; y prorrumpían en himnos aduladores á su belleza, á su majencia, con la nueva manera de vestirse y de peinarse que ahora tenía. Y se oía el marmoneo admirativo de la centenaria, susurro sin dientes, baboso:

—¡Asús, Asús bendito, mi madre de los Dolores, San Mamed nos valga! ¡Pareces la Reina, rapaciña! ¡Qué fortuna, mujer, qué fortuna!

Mariano, un día, le puso en la mano un billete de cinco duros, para que tuviese con qué hacer limosna. Y fué una alegría infinita para Finafrol poder distribuirlo. ¡Tenía también esto, como herencia de aquel «señor» misterioso que la había traído á este mundo... ¡Dar! ¡Qué goce! La niña quisiera despojarse de lo que llevaba puesto, con actitud bizarra y generosa,

quedándose ella sin nada. Era una simpatía más que la unía á Mariano, al pródigo, al perdido...

Vino al fin el Notario; llegó la hora de que los hermanos liquidasen definitivamente. Aquel día toda la casa tomó un aire de misterio y gravedad. Cada palabra parecía tener especial y serio significado, aunque Mariano alardease de su habitual alegría y descuido.

Ambos hermanos, en el fondo, estaban satisfechos; Miguel se veía por fin dueño indiscutido de lo poco ó mucho que después de la liquidación le quedase; Mariano se veía ya en ciudades vibrantes del extranjero, donde el oro rueda en los grandes Casinos y la vida es más intensa, más complicada y rauda, y más delirante la orgía... Se veía con Finafrol del brazo, pero una Finafrol transformada, sacada á luz como diamante que el diamantista talla y monta al aire en delicada montura... Una Finafrol cuyo rubio cabello había convertido un peluquero en espuma de Champagne; cuyo cuerpo, espiritualizado, se adivinaba entero, flexuoso y mórbido, bajo las telas plegadas por el gran modisto, y cuyo rostro, en vez de la frescura que presta el aire libre, mostraba esa ligera y graciosa fatiga, esas tintas malva suave en el cerco de los ojos, que descubren la alteración de los nervios en la exaltación de la dicha... «Yo la lanzaré»... Ni por un momento se le ocurría á Mariano que la idea fuese monstruosa. Al contrario: juzgaba tan natural sacar á luz la belleza de una mujer, como enviar á Milán á un rústico que tiene

voz de tenor, ó á Roma á un mozalbete que empieza á manchar lienzo. ¿Cuánto mejor era para la niña mendiga el porvenir brillante, la suerte de una Otero ó una Cleo de Merode, que acomodarse en la fábrica, soltar cada año un chico, desfigurarse, andar en chinelas, y engordar? No: lo estético, era lo que él se proponía hacer de la vagabunda, cuya poesía adivinaba, cuyo retrato presentía en tarjetas postales, en los escaparates de las tiendas de París.

Firmado el contrato, se estipuló la entrega. Se convino en pasar al día siguiente á Marineta, á recoger la suma, y que el mayor la pusiese en manos del menor. Los dos hermanos irían juntos, y allá se ultimaría el negocio.

Pero cuando Miguel se presentó dispuesto á marchar, Mariano se quejó de dolores en las piernas, una antigua afección, que á veces remanece. Sin desconfianza, Miguel partió. No volvería hasta realizar facturas y descontar pagarés para juntar la suma completa. Estos pellizcos nunca se sufren sin dolor. ¡Hacen pupa! El fabricante partió malhumorado... Apenas hubo desaparecido, Mariano se sintió mejor súbitamente, levantóse, se acicaló con el airoso descuido que acostumbraba, y que acentuaba lo original de su tipo, el atractivo de su cabeza rizada y su faz descolorida. Su camisa de seda descubría la garganta fina, sin nuez, como de mujer, y de su persona se exhalaba fragancia de cuero de Rusia y tabaco escogido, la fragancia que entre otras mil reconocería Finafrol.

Bajó al huerto. La niña estaba allí, ocupada en atar con bramante trozos de caña á las patitas de un pollo nacido hacía pocos días, y que empujado por el gallo impaciente de cortejar, se había quebrado el hueso contra una piedra. La gallina, inquieta, daba vueltas alrededor de la niña, dudando entre saltarla los ojos ó agradecerla su cuidado. El ciego, sentado al sol, picaba tabaco con la uña.

—Ahí está ese espantajo—pensó el joven Amorós, frunciendo el ceño. No era la primera vez que notaba que el viejo se interponía siempre entre la muchacha y él, procurando no dejarla sola un instante. Y acercándose al ciego, le metió un duro en la mano, murmurando para sí:—¡Ungüento eficaz!

—Váyase—le dijo—á echar unas copas á mi salud, hoy que ya se acabó la cuestión con mi hermano. ¡Eso hay que mojarlo, hidalgo de la Espadanela!

—Se estima, señorito—contestó el viejo, que guardó la moneda, pero permaneció inmóvil, como si no entendiese.

—¡En vez de estimar, lárgate á beber!—ordenó ya impaciente Mariano.

—¿Tiene muchas ganas de que me vaya?—preguntó con extraño tono el tío Amaro.

—Si piensas que es muy divertido tenerte delante, con esa jeta!—respondió entre colérico y risueño el mozo.

El ciego se levantó sin añadir palabra, y con su paso zopo y su cabeza erguida, vigiladora, se retiró lentamente por la puerta de la cocina.

Mariano, inmediatamente, se acercó á Finafrol, y la auxilió en la piadosa tarea de entablillar la rota patita del ave, que parecía una bola de seda color amarillo pálido, donde hubiesen clavado dos alfilericos negros—, los vivos ojos.—El seno de Finafrol, al tener tan próximo á Mariano, al sentir su aliento que la acariciaba de cerca, se alzaba y deprimía con angustia deleitosa; el corazón parecía á veces pararse, otras saltar como si lo atrajese una aguja magnética. Temblaba aquel corazón nuevo y ardoroso, lo mismo que oscila un rubí de fuego pendiente de sutil cadena. Finafrol era una criatura natural, indefensa, con la fe sublime del salvaje. El amor la encontraba preparada y combustible, mies áurea que el sol encendía.

—¡Deja ya en el suelo el pollito; la madre te va á picar!—insinuó con dulzura mimosa Mariano. Y, en apasionado murmurio, añadió:

—No lo mires tanto, no lo cuides tanto, no lo llegues á la boca, que tengo celos...

Para disimular la confusión, Finafrol soltó una risa de cascabel de plata; y entonces, ni tardo ni perezoso, Mariano se inclinó y bebió, sorbió la risa joven en su puro manantial...

XII

Miguel volvió á medio día. Traía la suma completa, en un cheque del Banco marinedino. ¡Traía la suma! ¡Desmembrando aquel capital, orgullo y medula de los huesos de un negociante honrado, entregaba á la ociosidad y á la disipación su presa,...; pero quedaba libre, seguro, cubierta la obligación, despejado el horizonte, clara y bien puesta la formalidad de la casa Amorós... ¡La suma! A entregarla sin demora...

Cuando se vieron los dos hermanos, después de que Mariano hubo embolsado el cheque, sintió Miguel tentación de predicar un poco, de dar algunos consejos al dilapidador, de comunicar su espíritu serio y positivo, de condenar de antemano el uso que Mariano haría de la cantidad... Y, á su vez, el hermano menor, ya sin interés alguno en guardar consideraciones; encontrando—como suele suceder en casos tales—que salía perjudicado, que la cantidad, ahora al tenerla en la mano, resultaba exigua, no refrenó un impulso de zumba, de ironía, de malevolencia cruel.

—¿Sabes? Eramos mal pensados... Finafrol, una santita: ni con el ciego, ni con nadie... Lo sé de fijo... Capullo cerrado...

Hay bofetones brutales que por su misma furia más aturden que duelen al pronto. Miguel quedó atontado del porrazo. Tardó algunos segundos en entender lo que oía. De pronto se puso granate: la indignación, el despecho, congestionaron su cabeza. Tartamudeaba al exclamar:

—¡Vete de aquí! ¡Vete... de aquí hoy mismo! ¡Ya no te... debo nada! ¡Eres un mal hombre, un pillastre! Tengo á menos ser tu hermano, ¿lo oyes?

Mariano, en vez de enojarse, reía malignamente, con mezcla ofensiva de burla y compasión.

—¿No me dijiste que no pensabas casarte con la rapaza? ¡Pues entonces! Mira, hermanito, no me vengas con palabras retumbantes, que nos conocemos. ¡No es culpa mía si te he ganado por la mano! ¡Bah, ganar! ¡Si tú no entiendes ese tinglado ni lo entenderás nunca... ¡Dame consejos, dame! Metido en este aburridero de Areal; rompiéndote la cabeza en llevar cuentas; trabajando como si fueses un jornalero..., y cuando pasa lo único bueno de la vida, una mujer guapa, soy yo, el vago, el inútil, quien la consigue... ¡A qué tanto matarse y afanarse y ahorrar! ¡La vida es corta!

Y, sonriendo con aquella simpática expresión suya, que haría que todo se le perdonase, si un celoso pudiese perdonar, añadió:

—Al menos, eso dice el cuco-rey...

—¡Déjame en paz!—gritó Miguel perdiendo los estribos— Te vas—insistió—, y te la lle-

vas. No la quiero más aquí, á esa raída. Carga con ella, si se te antoja... y pronto.

Otra vez sonrió el tronera.

—¡Mañana, hijo, que hoy no hay coche...! ¡Si creías que pensaba establecerme en este precioso Areal!

Salió, buscó á la niña, y la avisó.

—Oye, márchate en seguida: mi hermano está furioso.

—¡Ay, mi alma!—suspiró la niña — No le temo yo al señorito Miguel, que no es capaz de una maldad; le temo al tío Amaro... Desde que se largó ayer y nosotros quedamos cuidando del pollito...

—No, no quedamos sólo para eso...

Se encendió la cara pálida de la chiquilla.

—Bueno, desde que se fué..., no sé qué le pasa... Yo que le conozco... ¡Anda como loco! ¡Téngole mucho miedo! ¡Vámonos á pie, á casa de ña Gregoria!

—No mujer; yo impediré que ese cazurro te haga una trastada. Te vas..., te diré á dónde: á casa de Andrea la fondista. Di que vas de mi parte; ella me complace en todo; toma este billete de á cien; que no te falte cosa ninguna... ¡Y mañana me esperas en la carretera, en la revuelta, donde el molino, escondida en el soto; montas en el coche..., y riéte del viejo, y de Miguel, y de todo el mundo!

¡Cuántas veces recordó Finafrol estas apresuradas instrucciones, dadas entre dos besuqueos rápidos! La oculta ley que rige el destino de los hombres, las puso en boca de Mariano,

para abrirle al hado y á la fatalidad la senda de lo que estaba escrito...

Salió de la fábrica el ciego de Espadanela, á la hora acostumbrada, en busca del que era ahora su inseparable amigo, Nordés el marinero. Le pagó como todos los días unas copas, después de haber sacado de debajo del capote pedazos de queso y pan, dádiva de Reimunda, con los cuales el marinero acalló su hambre. La conversación fué grosera, de beodos; maldijeron de las mujeres y de los ricos, el ciego sombríamente, Nordés con lugares comunes de pordiosero. Después se cuchicheó de algo más serio, más íntimo, y el ciego arrastró fuera de la taberna á Nordés, llevándole adonde sabía que se exaltaban sus pasiones de hombre inculto que se cree ofendido y burlado: al lado de la barca que había sido suya.

—Hoy ya te puedes adivertir en abarrenar, rapaz—dijo el mendigo—. Hoy ya no sale á la mar el señorito Mariano, porque se ha largado; no está en el pueblo. Y quien sacará mañana la embarcación será el Lapa. Y la embarcación se le hundirá; y no sabrán cómo fué; pero el Lapa ya nadará, hombre.

—¿No ha de nadar? Como un pancho.

—Pues aprovéchate. No se han reir más de ti, usando la barca que te robaron.

Nordés hizo un guiño de asentimiento, y se metió, como siempre, dentro de la barca á pretexto de dormir en ella su siesta *canónica*. El ciego se alejó en dirección á los peñascos; en la playa andaba bien tentando con el garrote, sin

necesidad de lazarillo. A poco retrocedió, y tendió su oído sagaz, su oreja peluda de raposo en acecho. Un ruidito, como de ratón que roe, sonaba dentro de la barca. El de Espadanela husmeó con inquietud si alguien atisbaba igualmente. Pero nadie andaba por allí, sino algunos chicuelos recogiendo caracoles y formando montones de arena, y allá muy, muy lejos—la playa es enorme—, unos marineros recosiendo y remendando redes. Por la carretera, á la cual formaba parapeto el malecón, pasaba algún trajinero en su borrico, sin detenerse á admirar la hermosura del playal extenso, igual, magnífico, hecho de polvillo de ocre delicado, que al sol parecía limadura de latón, y la de aquella mar verdosa, colérica ya, como si sintiese el ramalazo del fraile, el terrible cordonazo equinoccial de San Francisco.

Mariano—un poco poeta á sus horas, después de los excesos más aún—sintió esa impresión penetrante y fuerte cuando salió á la playa aquella tarde, un poco antes de ponerse el sol, la hora de su paseo por mar. Nunca tan grandiosa le había parecido, ni el oleaje tan majestuoso en su sorda inquietud, ni tan sugestiva la voz de la marejada. Era, sin duda, que se disponía á alejarse para siempre de Areal—ahora sí que iba de veras; tenía resuelto no volver nunca; ¿para qué?—; y las memorias de la niñez, y esa especie de melancolía que infunde todo lo consumado, lo que no ha de reproducirse, le asaltaron en el momento en que el tumbo de las olas, fúnebre y ronco, llegó á sus

oídos. A punto estuvo de renunciar á su paseo, volverse y echarse sobre la cama, que es lo que hacía cuando apretaba el fastidio. Pero una especie de impulso, que no hubiese sabido explicar, le atrajo hacia la barca, en aquel momento puesta á flote por la subida de la marea, y amarrada al parapeto del malecón. El mar le llamaba, en voz profunda y capciosa, y el reflejo rojo del sol, roto en mil culebreos, como los trozos sangrientos de una lampreo, le atraía, le convidaba á la última excursión por las aguas que no volvería á surcar.

—¡Ea!—murmuró para sí—¡Despidámonos de la ría!

Saltó en la barca, y desamarró. Notó una sensación extraña: dijérase que había aumentado su propio peso, pues la frágil embarcación se hundió algo más que otras veces. Mariano escupió en las manos y agarró los remos. A la primer palada se animó: como siempre, el esquife obedecía y se deslizaba suavemente sobre las ondas algo encrespadas, sacudidas por el viento caprichoso.

No pensó Mariano en izar la pequeña vela. Prefería remar. Al llegar á la barra, veríamos.

Desde el malecón, una voz oscura, fatídica, le despedía. Era el tío Amaro, gritando:

—¡Dios lo vea ir, señorito!

Mariano apenas entendió las palabras. Remó ansioso, alejándose del parapeto. Ligeró estremecimiento corrió por su espinazo: el frío y la humedad de la mar, en el anochecer de otoño, le habían sobrecogido sin duda. En el mismo

instante, pudo aún divisar que un hombre llegaba corriendo al malecón. Aquel hombre, que era Nordés, y el ciego, hablaban, manoteaban; después, el ex marinero hizo gestos de loco, dirigiéndose á Mariano. Este alzó los hombros. No era la primera vez que aquel infeliz increpaba á los dueños de la embarcación, que seguía creyendo suya. Con vigorosas paladas, Mariano avanzó hacia la barra, que blanqueaba de espuma. Estaba lejos del alcance de la voz.

XIII

Entretanto, el tío Amaro, á fuerza de razonamientos, acallaba al marinero beodo, pero espantado.

—No te metas, no te metas.... Estaba de Dios... Dios castiga sin piedra ni palo, hombre... Mira que te pierdes... Pobres de nosotros si gritas... ¡Vamos á la horca! ¡A la horca!

Detrás del grupo de los dos hombres, una figura esbelta surgió. Finafrol estaba allí: á pesar de la orden de Mariano, un afán inexplicable la empujaba á la playa. Acababa de ver á su amante saltar dentro de la embarcación; y medio entreoía las palabras del viejo, las exclamaciones mezcladas con blasfemias de Nordés. No entendía bien su significado. Pensativa, se acodó en el parapeto, cerca de los dos mendigos, cuya discusión terminó con un enérgico movimiento del

forzudo ciego, arrastrando al marinero violentamente, como resá quien se lleva del testuz. «Vamos á echar una copa... Calla... Calla...»

Finafrol se quedó allí... El poniente, que suele calmar el viento, parecía haberlo desencadenado con furia. El retumbido del oleaje era pavoroso. El sol se hundía á lo lejos; un bando de gaviotas pasó chillando. La niña se acordó de la Virgen. «¡Ay, madre mía!» Después recordó lo reciente, la iniciación en el amor, la pena y el enojo de don Miguel al enterarse—, y una aflicción la enlutó el alma. Había hecho mal, muy mal; si ña Gregoria lo supiese, la maltrataría..., no, peor que maltratarla; la miraría con enfado silencioso...

Mientras la niña cavilaba así, Mariano, al compás de los remos, se dirigía hacia la barra, en la cual se encrespa el mar como si lo azotasen. Sus brazos, desde hacía un minuto, parecía que desmayaban, rendidos por extraña dejadez. Cada palada le costaba más trabajo; dijérase que ó el remo ó la embarcación se volvían de plomo. Se rehizo; apretó los puños, y dió animosas remadas de deportista, pero el esfuerzo parecía aún más penoso y difícil, y la embarcación creyérase que la sujetaban manos invisibles, según lo lento y renqueante de su avance. Mariano, rendido, soltó los remos y se enjugó el sudor, que la fría niebla del anochecer hacía glacial. La embarcación cabeceaba apenas... Sin embargo, en la barra habían entrado; el oleaje se embravecía. De pronto, el joven brincó asustado: acababa de notar que

tenía los pies metidos en un charco; la barca estaba inundada, casi sumergida.

Vió Mariano el espantoso peligro, en un relámpago de la imaginación. Lo que no pudo adivinar fueron los invisibles agujeros de espumadera que la barrena de Nordés había practicado, tapándolos con cera y serrín, con destreza de marinerio viejo, carpintero á ratos. Al disolverse la mezcla que los obstruía, el agua había ido subiendo de una manera al pronto insensible; dentro de breves instantes, se hundiría la embarcación. Tenía tiempo Amorós de entender y no de remediar. Aunque fuese doblemente fuerte, no movería hacia la orilla aquel leño que le arrastraba al fondo...

Vaciló un momento; lo inminente de la catástrofe le cohibía: ni una idea. La noche había cerrado; no se veía sino la sábana oscura, agitada, infinita, rodeando la embarcación próxima á descender al abismo. Mariano no sabía nadar; sin embargo, un instinto le movió á intentar descalzarse. Las botas, mojadas, resistían... El naufrago levantó la mirada al cielo, y en el plazo de su agonía, entre la lúgubre queja del mar amargo, creyó oír de nuevo el canto profetizador del ave agorera... «Este año morirás.» Cerró los párpados, y dejándose caer por encima de la borda, ya casi al nivel de las olas, desapareció entre la sombría masa de agua salobre, donde blanqueaba vagamente el espumarajo.

Tal fué el fin de Mariano Amorós, por haber encontrado á Sidoríña en un camino, cuando se descalzaba, y haberla mirado con ojos pecadores.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Belcebú.....	5
Cada uno.....	75
La gota de sangre.....	131
Allende la verdad.....	193
Finafrol.....	257

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200020490



